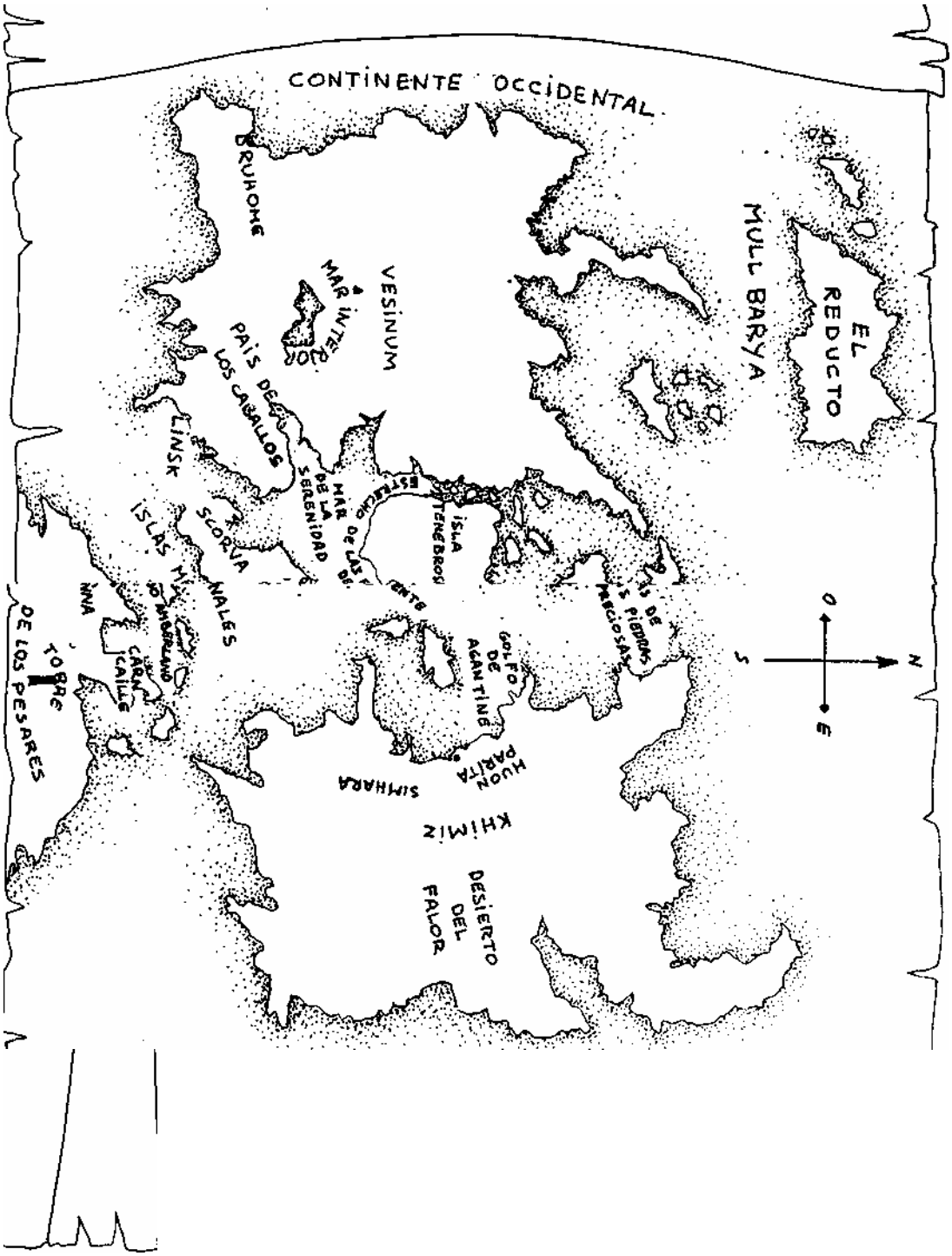
ÍNDIGO IV - NOCTURNO
Louise Cooper



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Noche y silencio. ¿Quién está aquí?
Shakespeare: *El sueño de una noche de verano*

Para Loma,
que está eminentemente cualificada
para ser miembro de la Compañía Cómica Brabazon


CONTINENTE OCCIDENTAL
BRUHOME
VESINUM
MAR INTERIOR
PAÍS DE LOS CABALLOS
LINSK
ESCLAVONIA
ISLAS MAGNA
TORRE DE LOS PESARES
MAR DE LA SERENIDAD
ISLA TENEBROSA
ISLAS DE PIEDRAS PRECIOSAS
GOLFO DE AGANTINE
HUON PARITA
SIMHARA
KHIMIZ
DESIERTO DEL FALOR
MULL BARYA
EL REDUCTO
O
S
N
E

Librodot

PRÓLOGO

En la fría, región más meridional de la tierra, en el linde de los enormes peñascos de hielo que custodian los territorios polares, Cathlor Ryensson gobierna en paz su pequeño reino desde la enorme y antigua fortaleza de Carn Caille. En la sala de Carn Caille, el rostro del padre de Cathlor sonríe en el retrato que cuelga —desde su muerte acaecida cinco años atrás— en el lugar de honor sobre el sillón del rey; y junto a ese retrato cuelga otro, con los colores algo desvaídos por el aire salobre y el humo de la chimenea, que representa un grupo familiar. Este cuadro es particularmente hermoso; parece tan real que resultaría fácil imaginar a las cuatro figuras de la tela a punto de alzarse y, tras desperezarse, descender del marco para atravesar el estrado y ocupar sus lugares en la mesa real.

Pero el rey Kalig, la reina Imagen, su hijo Kirra y su hija Anghara, están muertos hace mucho tiempo. Aniquilados por la fiebre, recordadas ahora tan sólo en relatos y baladas, que cayó como una plaga sobre las Islas Meridionales más de un cuarto de siglo atrás, sólo se los evoca en relatos y baladas.

O eso al menos cree la gente.

Muchos de quienes pasan ahora por esta sala no recuerdan en absoluto a Kalig ni a su familia. Todo su interés se centra en la nueva dinastía fundada por Ryen que se prolonga hoy en su hijo; y aunque algunos se detienen de vez en cuando a contemplar el retrato con admiración y respeto, pocos pueden acordarse ya de la graciosa voz de Imagen ni de la risa espontánea de Kalig.

Nadie, y mucho menos el rey Cathlor, sería capaz de imaginar siquiera en sus más extravagantes sueños que un miembro de la familia de Kalig siga aún con vida, ni que fuera posible volver a ver sin que hubiera envejecido ni cambiado, el rostro serio de la muchacha de cabellos ligeramente rojizos que se sienta a los pies de su padre en el antiguo retrato.

La princesa Anghara no murió con los suyos; aunque muchas veces durante estos largos años lo haya deseado. Es ella, el único ser humano, que conoce la auténtica naturaleza de la plaga que aniquiló a sus seres queridos; porque fueron su mano y su estúpida e imprudente curiosidad, las que por violar una ley ancestral, arrojaron siete demonios al mundo entre alaridos y risas para que esparcieran su maldición sobre la humanidad..

Un momento tan sólo, un impulso salvaje y rebelde; ahora Anghara tiene que soportar una carga de culpabilidad y remordimiento que la atormenta, despierta y dormida, desde el día en que perdió su nombre y su hogar, y abandonó las Islas Meridionales para iniciar una nueva y amarga vida como vagabunda. Sólo ella puede reparar su culpa, buscar y eliminar los siete demonios que ella misma liberó de sus cadenas. Hasta que no haya terminado su tarea no existirá el descanso para ella ni tampoco podrá regresar a su país.

Anghara ha sido olvidada. Pero Índigo —el nuevo nombre que escogió para sí, que es también el color del luto entre los. suyos— vive aún, y, a veces, en remotos rincones de la tierra, hay quienes tienen motivos para conocerla y recordarla. Ha combatido con fuego y ha combatido con agua; por su mano han muerto ya dos demonios y los fantasmas de muchos seres inocentes la persiguen. Los recuerdos se agolpan en su mente y en sus inquietos sueños; y cuando piensa en su hogar y en los suyos, lo hace con una tristeza que los largos años de exilio distancian, pero no mitigan.

A pesar de ser inmortal y de no envejecer jamás, Índigo no está sola en su búsqueda. Con ella viaja una amiga, que, aunque no pertenece al género humano, sabe muy bien lo que significa ser un paria entre los propios congéneres y ha decidido compartir tanto la maldición de Índigo como su compromiso; les pisa los talones un enemigo implacable y eterno: Némesis. Némesis acecha a Índigo como una sombra maligna donde quiera que la muchacha vaya, ya que es parte de ella misma, creada en las profundidades más tenebrosas de su propia alma y que ha adquirido vida independiente: es la más peligrosa de todos sus adversarios, una criatura sonriente que acecha a Índigo detrás de cada sombra; un ser tentador, seductor y embaucador. Mientras Índigo viva, Némesis seguirá existiendo, y su existencia es la mayor de

las amenazas.

Guiada por la piedra-imán que le regaló la Diosa de la Tierra, Índigo viaja ahora por todo el continente occidental. Durante un tiempo ha encontrado algo parecido a la paz, un momento de calma en el frenesí de su vida. Pero la calma no puede durar y sabe que muy pronto deberá retomar los hilos de su siniestro tapiz y ponerse en movimiento de nuevo. Los nubarrones empiezan a hacer su aparición en el horizonte; los malos augurios son cada vez más evidentes. Y en medio de la sombra de una tierra que no es lo que parece, entre amigos y enemigos que pueden intercambiar sus papeles, Índigo debe enfrentarse a la tercera y quizá la más peligrosa de sus pruebas...

CAPÍTULO 1

Templanza Brabazon se sacudió los cabellos, empapados por la persistente llovizna, y aguzó el oído para captar el lejano silbido que le indicaría que las presas se dirigían hacia él. También sus ropas estaban empapadas —la corta capa de piel que las cubría no había sido diseñada para proteger de tanta humedad— y los pies y las manos empezaban a entumecerse a causa de la inactividad y el frío. Flexionó los dedos de los pies, desprendiendo gran cantidad de pizarra suelta que resbaló ladera abajo desde el arrecife donde estaba encaramado sobre el fondo del valle, y maldijo las cuerdas deshilachadas, los ponis que se escapan y el horrible tiempo otoñal.

De pronto la señal que esperaba resonó estridente desde el extremo opuesto del valle, hendió la húmeda neblina y se dejó oír con mucha más fuerza que cualquier grito. El joven Templanza se inclinó hacia adelante, atisbo en la oscuridad, y a lo lejos apenas pudo vislumbrar la mancha borrosa de la brillante cabellera roja de su hermano Valentía que destacaba sobre el indefinido color verde grisáceo de la colina rocosa. Val silbó de nuevo; una sucesión de cuatro notas agudas que, según el código de los hombres del páramo, significaba *prepárate:* Templanza oyó el batir de cascos y entonces tres ponis sin jinetes aparecieron al galope ante sus ojos, conducidos por el pequeño garañón zaino que resoplaba como un caballo de carrera y levantaba terrones de turba con sus peludos cascos. Un segundo más tarde, otros dos ponis montados por jinetes aparecieron tras los primeros, mientras lo que parecía un enorme perro gris corría por el flanco menos escarpado del valle para disuadir al garañón y su reducido séquito de la idea de huir por aquella ruta.

El joven Templanza saltó del arrecife en el mismo instante en que los ponis se precipitaban hacia el estrecho cuello del valle, y les cortó el paso, gritando y agitando los brazos. El garañón se detuvo en seco, se alzó sobre los cuartos traseros y agitó la cabeza, pero su gesto de desafío era fingido; sabía muy bien que estaba atrapado, y, cuando Templanza se le acercó, lanzó un amistoso relincho de saludo y empezó a registrar con el hocico las manos y bolsillos del muchacho en busca de golosinas. Por su parte, las yeguas bajaron las cabezas y empezaron a mordisquear el abundante pasto, mientras agitaban las colas con indiferencia.

Los dos ponis y sus jinetes se acercaron por detrás del pequeño grupo; los jinetes echaron pie a tierra. Franqueza, que tenía diecinueve años y era el mayor de los hermanos Brabazon, se acercó al caballo y le pasó un ronzal por la cabeza, luego alzó la mirada y le sonrió ampliamente a Templanza por entre los empapados cabellos castaños que le caían sobre el rostro.

—Bien hecho, Lanz. Por un momento pensé que te iba a atropellar.

—Este no. —Lanz dirigió una mirada al animal, quien a su vez lo miró con malicia—. Es un aspaventero; un conejo lo vencería en una competición de patadas. ¿Dónde están los otros ponis?

—Los trae Val.

Eran volvió la cabeza por encima del hombro para mirar al jinete que lo acompañaba, una joven alta vestida con un abrigo de cuero, pantalones de montar de lana y largos cabellos sujetos en una cuidada trenza, quien en ese momento colocaba el ronzal a las dos yeguas. El animal de pelo gris había descendido de la ladera para sentarse, jadeante, junto a ella. Eran se acercó a él y se inclinó para acariciarle la parte superior de la leonada cabeza.

—¡Qué, *Grimya!* Ha sido una buena carrera, ¿eh?

Grimya le mostró los colmillos con sonrisa canina, y agitó la cola con fruición. Cualquiera que no fuera natural de aquellas tierras del sudoeste habría pensado que se trataba de una perra, a pesar de su tamaño y de su aspecto salvaje. Los Brabazon, no obstante, estaban mejor informados; a lo largo de los muchos años que llevaban viajando habían llegado a conocer bastante bien a las criaturas salvajes como para distinguir un lobo del bosque de sus primos domésticos. Y durante los últimos diez meses, desde que se encontraran por primera vez con ella y con su dueña, *Grimya* se había convertido en tan buena amiga de la familia como

Librodot

cualquier ser humano.

Fran se irguió, y se encontró con la mirada de la muchacha cuando ésta volvió la cabeza para sonreiría.

—Gracias, Índigo. Si hubieran conseguido salir del valle sólo la Señora de la Cosecha sabe el tiempo que habríamos perdido persiguiéndolos.

—Tres días —intervino Lanz—. Es lo que tardamos la última vez que se comieron los ronzales, ¿recuerdas? No hago más que decirle a papá que necesitamos cuerdas nuevas, pero responde que no vale la pena.

—Tiene razón. Después del próximo día de mercado, será problema de otro.

Lanz parecía todavía contrariado, pero antes de que pudiera seguir con la discusión Fran estiró el cuello y miró al otro lado del valle.

—Ahí viene Val con los otros ponis. ¡Deja de quejarte, Lanz, y regresemos a los carromatos antes de que nos ahoguemos en esta lluvia!

La pequeña cabalgata se puso en marcha a los pocos minutos. Fran conducía al caballo mientras que Val y Lanz se hacían cargo de una yegua cada uno. Tras los hermanos, la joven a quien Fran había llamado Índigo dejaba que su poni anduviera a su aire por el estrecho sendero el páramo. El tiempo empeoraba a medida que avanzaba la mañana; durante los últimos minutos la llovizna había aumentado hasta convertirse en fuerte e ininterrumpida lluvia, mientras deshilachados jirones de un gris más oscuro se movían con rapidez bajo la amenazadora masa de nubes que se extendía de un extremo a otro del horizonte. La visibilidad había quedado reducida a pocos metros; cualquier cosa situada más allá quedaba oculta tras la húmeda oscuridad, y en algún lugar a su derecha Índigo podía escuchar el murmullo de un arroyo que bajaba muy crecido.

Grimya, que trotaba unos pocos pasos delante de ella, volvió la cabeza para mirarla y una voz habló en la mente de Índigo.

«Me alegro de que cogiéramos a los ponis tan deprisa. Este es un día para pasarlo frente al fuego, no corriendo por ahí. »

El comentario hizo sonreír a Índigo, que proyectó una silenciosa respuesta.

«No tardaremos en estar de regreso junto al fuego, cariño. ¡Espero que Caridad nos haya guardado un poco de desayuno!»

Sabía que los Brabazon ignoraban la extraordinaria conversación que tenía lugar entre la loba y ella; la mutación que le permitía a *Grimya* comprender la lengua de los humanos y el extraño vínculo telepático que ambas compartían formaba parte de un viejo y bien guardado secreto. Durante un cuarto de siglo Índigo y *Grimya* habían sido compañeras en un viaje que las había llevado a recorrer la faz de la tierra, un viaje cuyo término las esperaba en un lejano y desconocido futuro. El inverosímil lazo de unión existente entre una mujer, hija por nacimiento de un rey de las Islas Meridionales, y un animal mutante a quien sus «tribulaciones» habían convertido en un paria entre los suyos, ocultaba un secreto más extraño y profundo. A lo largo de todos esos años, a menudo turbulentos, que habían pasado juntas, Índigo y *Grimya* habían llevado con ellas el estigma de la inmortalidad. En el caso de *Grimya* se trataba de un don, otorgado a petición propia por la Diosa de la Tierra; para Índigo, en cambio, saber que no envejecería, que no cambiaría, era casi una carga insoportable, ya que era el eje central de la maldición que su propia estupidez había desencadenado sobre sí misma y sobre el mundo. Y hasta que su viaje y su misión no finalizaran, no se liberaría de ella.

Un cuarto de siglo... Parpadeó para eliminar las gotas de lluvia de sus pestañas y contempló las tres figuras pelirrojas que cabalgaban delante de ella. El año en que Fran, el mayor, nació, *Grimya* y ella estaban en las ardientes tierras situadas más al norte, enfrentadas a un adversario corrompido y letal cuyo recuerdo aún le provocaba horribles pesadillas de las que despertaba gritando y envuelta en sudor. Por la época en que Lanz empezaba a andar, ellas habían iniciado su larga estancia en la zona este de Khimiz, atrapadas por las supercherías de

Librodot

la Serpiente Devoradora. Y ahora, parecía que el ciclo se iniciaba de nuevo.

Con un gesto que a través de los años se había convertido en algo tan familiar como respirar, Índigo levantó una mano y tocó una pequeña bolsa de cuero que le colgaba del cuello sujeta por una correa. El cuero estaba ya viejo y agrietado; en su interior, palpó el duro contorno del guijarro que llevaba consigo desde el inicio de su viaje: la piedra-imán, regalo de la Madre Tierra, que la conducía infalible e incesantemente en su misión. Por tercera vez, el dorado punto luminoso que yacía en el centro de la piedra se había despertado, para latir como un diminuto corazón vivo y hacerle saber que el nuevo combate que tendría que librar estaba ya muy cerca.

Volvió a dejar caer la mano sobre el pomo de la silla de montar, y bajó la mirada al cuello empapado y peludo del poni que avanzaba con paso lento y torpe. Desde que la piedra-imán le empezara a transmitir su inequívoco mensaje, Índigo rezaba con frecuencia para que los Brabazon no se vieran envueltos en lo que pudiera acecharla en el camino. Habían sido primero salvadores y luego fieles amigos tanto de ella como de *Grimya.* desde su primer encuentro casual, y sería una amarga ironía corresponder a su afecto conduciéndolos al peligro. Demasiados inocentes habían muerto ya por ayudarla en su causa: no quería provocar más desgracias.

Durante un rato, la comitiva avanzó despacio y en silencio. *Grimya,,* aunque consciente de las preocupaciones de Índigo, sabía también que a su debido tiempo las superaría *y no decía nada;* ninguno de los otros se sentía tampoco inclinado a la conversación. El clima apagaba hasta la fogosidad del joven semental. El sendero los conducía hacia la cima de una suave escarpadura, en la que un pequeño rebaño de ovejas desconsoladas se apelotonaba como manchas borrosas bajo la fuerte lluvia. Alcanzaron la cresta de la elevación, y de repente Fran alzó una mano para indicar a los otros que se detuvieran. Se levantó sobre los estribos para escudriñar la ladera que tenía ante él, luego se volvió y apremió a sus compañeros a que se acercaran. Cuando estuvieron todos juntos, señaló hacia abajo.

—Mirad. —Su voz era grave, tranquila—. Allí hay otro.

Unos quince metros más abajo del lugar donde se encontraban, serpenteaba al pie de la escarpadura un sendero abierto por el paso de los rebaños. En ese sendero había un jinete solitario, sin abrigo, sin sombrero y que, al parecer, no advertía la lluvia que caía con fuerza sobre su cabeza y espalda. Sujetaba su caballo con unas riendas demasiado tirantes y su mirada estaba clavada rígidamente al frente, como si siguiera un señuelo que sólo él pudiera ver.

Val silbó muy bajo entre dientes, pero Lanz hizo retroceder a su caballo y miró inquieto al mayor de sus hermanos.

—Quizá no sea uno de ellos, Fran. Los que vimos se dirigían hacia el norte, no hacia el este.

—Tú no estabas con Val y con Esti cuando vimos al tercero de ellos —dijo Fran—. Aquella mujer se dirigía hacia el sudoeste. Te lo contamos, ¿recuerdas? No creo que la dirección que sigan tenga mucha importancia.

—No obstante, puede que éste...

—Hay una forma de descubrirlo —interrumpió Val—. Salúdalo, Fran. Veamos si responde.

Fran miró inquisitivo a Lanz, quien se encogió de hombros.

—De acuerdo —repuso Fran, y se volvió de nuevo sobre su silla, haciendo bocina con ambas manos.

—¡Hola! —Los ponis, sorprendidos, dieron un respingo al oír el grito—. ¡Forastero! ¡Aquí arriba!

El grito rebotó y resonó en los páramos, pero, aunque el caballo que estaba a sus pies agitó la cabeza inquieto, su jinete no respondió. Fran volvió a gritar, el caballo relinchó; pero el hombre se limitó a tensar aún más las riendas, obligándole a seguir adelante.

Lanz extendió una mano y la posó sobre el hombro de Fran.

—Lo mejor será que lo dejes, Fran. No podemos hacer nada.

Librodot

—No. —Fran sacudió la cabeza—. Voy a bajar, lo interceptaré y veré si logro descubrir qué podemos hacer.

—No puedes ir solo, entonces.

Fran miró a los otros.

¿Val? ¿Índigo?

—Yo iré contigo —repuso Índigo, que seguía contemplando al solitario jinete.

Aunque compartía la inquietud de Lanz, se había despertado su curiosidad; por las profundidades de su mente rondaba una sensación nada agradable, la intuición le decía que aquello tenía más importancia de lo que ninguno de ellos podía imaginar aún.

Grimya, que había captado su pensamiento, le habló en silencio.

«Creo que a lo mejor tienes razón. Vayamos a ver. »

Val decidió quedarse allí con Lanz, así que Fran les entregó el pequeño semental y dio instrucciones a sus hermanos para que tomaran un sendero más fácil y se reunieran con Índigo y con él en el cruce de caminos situado a unos dos kilómetros de allí. Los dos jóvenes se alejaron; condujeron a los ponis hasta el borde de la escarpadura y se inclinaron hacia atrás en sus sillas para emprender el empinado descenso. Mientras los ponis resbalaban y patinaban por la ladera, Índigo observó con atención al jinete que avanzaba allá abajo y recordó los anteriores y sorprendentes encuentros a los que Fran se había referido. Había visto por sí misma a dos de los otros viajeros: el primero, un hombre mayor, que iba a pie, había pasado por el campamento de los Brabazon cuatro días atrás mientras una plomiza oscuridad se adueñaba del terreno, Caridad y ella estaban ocupándose del fuego para preparar la comida y, de acuerdo con la costumbre de saludar a los forasteros para demostrar que no les deseaban mal alguno, lo habían llamado. El hombre las ignoró y siguió adelante con un andar curiosamente rígido. En la penumbra cada vez mayor, Índigo había observado que el rostro del hombre era de una palidez cadavérica. Dos días más tarde, Fran, Val y su hermana Esti habían topado con un segundo caminante solitario, esta vez una mujer, con la misma palidez mortal en la piel, y que tampoco parecía advertir ID que la rodeaba; y aquella misma tarde el tercer viajero había pasado por el campamento a caballo, avanzando con la firme pero aturdida determinación del sonámbulo o de un hombre en trance. Todos tenían más aspecto de apariciones que de seres humanos; a Índigo le causó náuseas la gélida y silenciosa aureola que los rodeaba. No podía imaginar quiénes eran, adonde iban ni por qué. Y a pesar de su curiosidad tenía la desagradable convicción de que no quería saber la respuesta.

Estaban ya casi a la altura del camino. *Grimya,* que se movía con más seguridad por aquel terreno que los ponis, había salido corriendo delante de ellos; al verla acercarse, el caballo del extraño se asustó e intentó salirse del camino; por reflejo el jinete volvió a dar un violento tirón a las riendas para evitarlo; sin embargo, no demostró la menor señal de advertir la presencia de los intrusos.

El poni de Fran recorrió los últimos metros que faltaban hasta el fondo del valle, se lanzó a medio galope, e interceptó al solitario jinete, atravesándosele en el camino. Fran levantó una mano, con la palma hacia afuera para hacer el gesto universal de saludo amistoso.

—¡Buen día tengáis, señor!

El caballo siguió adelante, Índigo alcanzó a Fran, atravesó su montura en el camino y contempló al jinete a través de la lluvia. Se trataba de un hombre de mediana edad, bien vestido, pero con ropas más apropiadas para estar al amor del fuego que para viajar por el país bajo un aguacero. Su rostro mostraba una palidez mortal, lo mismo que las manos que sujetaban las riendas; los ojos vidriosos, sin dar señales de verla, la traspasaron. La muchacha había visto aquella mirada antes, aquel horrible aire de resolución que insinuaba una obsesión lo bastante fuerte como para haber sacado a este hombre —y al menos a otros tres antes que él— de su casa y de entre su familia, para lanzarse un día frío y lluvioso a cumplir algún inimaginable cometido.

—Yo tenía razón. —También Fran miraba con atención al jinete, al tiempo que sujetaba a su poni, que empezaba a ponerse nervioso a medida que el caballo del extraño se acercaba—.

Librodot

Con éste son cuatro, Índigo. Cuatro, en otros tantos días. No me gusta.

—Será mejor que lo dejemos en paz —aconsejó la muchacha—. No podemos hacer nada para que se dé cuenta de nuestra presencia.

—Oh, no lo sé. Quizá no debiéramos dejar que éste siguiera adelante como hicimos con los otros.

—Fran, no seas... —Pero antes de que pudiera decirlo, Fran había hecho girar su caballo y se dirigía hacia el jinete que seguía acercándose.

—¡Señor! —Fran se colocó a su lado y extendió un brazo para tocar el del extraño—. ¡Señor, deteneos! Quisiera...

Índigo tuvo una fuerte premonición, y gritó.

—*¡Fran!*

El jinete se volvió. Su rostro rígido y pálido contempló a Fran por un instante aunque parecía que la mente del hombre no registraba lo que veían sus ojos. Luego, con tal rapidez que Fran no tuvo tiempo de esquivarlo, un corto látigo restalló en el aire y le alcanzó el hombro. Fran lanzó un aullido de dolor y rabia, su poni relinchó, dio un violento y brusco salto a un lado y el muchacho salió despedido de la silla para caer cuan largo era sobre el sendero mientras el extraño y su caballo pasaban junto a él.

Fran pareció aturdido, pero sólo por un momento. Se arrodilló y escupió grava; luego, soltó un primitivo y furioso juramento y se puso en pie, llevándose una mano al afilado cuchillo curvo que llevaba al cinto.

—¡Fran! —Índigo desmontó y corrió hacia él—. ¡No! —Lo sujetó con fuerza por el brazo, y se lo retorció hacia arriba al ver que tenía la intención de correr tras el jinete que se alejaba.

—¡Suéltame!

Forcejeó para soltarse pero, aunque era más menuda que él, Índigo era más diestra en el arte de la lucha; le retorció el brazo un poco más, hizo presión, y el cuchillo cayó de sus manos.

Fran se apartó de ella dando un traspié y se sujetó la muñeca haciendo una mueca.

—¿Por qué has hecho eso? —Respiraba con dificultad, apenas capaz de controlar su indignación.

—¡Porque no solucionarás nada atacándolo!

—¡El me ha atacado!

—¡No sabía lo que hacía! Tú lo has visto, Fran, has visto la expresión de su rostro. ¡Ni siquiera sabía que estabas allí!

Poco a poco el arrebato de indignación se apagó en los ojos de Fran. Sus hombros se relajaron y por último volvió la cabeza a un lado, murmurando una imprecación.

—Muy bien, muy bien. Lo dejaré ir. —Dejó de prestar atención a la muñeca para fijarla en el hombro dolorido, que se frotó mientras lanzaba una mirada cargada de veneno al extraño, que ya no era más que una forma borrosa entre la lluvia—. Pero si no fuera por el tiempo que hace y porque los otros nos esperan lo seguiría para ver adonde va.

Personalmente, Índigo se sintió tentada de darle la razón, pero lo pensó mejor antes de hacerlo. Fran era impulsivo y ella tenía la fuerte intuición de que seguir al extraño, armados como estaban sólo con cuchillos, podría no ser sensato, aunque le era imposible racionalizar aquella sensación.

En parte para distraer a Fran y en parte para darle otro cariz a su propia inquietud, dijo:

—Parecía enfermo. ¿Te has dado cuenta?

—Hum... Igual que los otros... pálido como un pescado. Como si *algo le hubiera chupado toda* vitalidad. —Fran se echó a reír, nervioso—. Esta tierra está llena de leyendas de fantasmas, hombres lobo y cosas así. A lo mejor a nuestro amigo lo ha atacado un espíritu maligno. O un vampiro. —Vio la expresión de Índigo y forzó una sonrisa—. Estoy bromeando, Índigo. Al menos, eso creo.

Ella comprendió lo que quería decirle, la referencia a la desagradable coincidencia que ambos habían observado antes.

—Espero que así sea, Eran. —Recogió las riendas de su poni y se dispuso a volver a montar—. Lo mejor será que sigamos nuestro camino, o los otros tendrán que esperarnos.

Se pusieron en marcha, y espolearon a sus monturas para que fueran al trote. Al ver que el solitario jinete aparecía otra vez a lo lejos delante de ellos, Índigo condujo su poni fuera del camino para pasar de largo a una prudente distancia y se sintió aliviada cuando Eran la imitó sin discutir. Mientras el jinete quedaba atrás, Eran se colocó de nuevo junto a ella e indicó con el brazo el terreno que se extendía a su izquierda. Las vides crecían aquí en pulcras hileras en forma de terraza, que se encaramaban por la suave ladera orientada al sur. La cosecha otoñal era inminente, pero la lluvia había vapuleado las vides dejándolas convertidas en una lastimosa maraña goteante. Unos cuantos días de sol antes de la vendimia las enderezarían, pero era otro tipo de daño más insidioso el que había llamado la atención de Eran y el que le señalaba a Índigo.

—Más o menos por la mitad de la ladera, hacia el extremo de esa terraza. —Alzó la voz para hacerse oír por encima del siseo de la lluvia y del ruido de los cascos de los ponis—. ¿Lo ves?

La muchacha entrecerró los ojos y lo vio. Todo un conjunto de vides parecía haberse marchitado; había perdido su espléndido colorido y adquirido un enfermizo tono gris blanquecino que le recordaba de forma desconcertante la palidez de la piel del extraño jinete.

—Ya lo veo —respondió—. Entonces se extiende, como dicen los rumores.

—¿Pero en parcelas aisladas como ésa? No es natural. ¡No me extraña que los granjeros de por aquí estén preocupados! —Fran refrenó su montura que acababa de tropezar en un surco—. He oído que también afecta a los manzanos; y en los valles la cosecha de lúpulo no ha sido ni sombra de lo que acostumbra ser. Y siempre la misma cosa. Ninguna señal evidente: no hay podredumbre, no hay moho. Simplemente se marchita y se seca...

—Como si algo les hubiera absorbido la vida. —Índigo terminó la frase por él.

—Sí —repuso Fran sombrío—. Exactamente igual que a nuestro amigo del camino, y a los otros que vimos antes.

Ambos se quedaron silenciosos pero Índigo sabía que sus pensamientos seguían por desagradables derroteros paralelos. Una plaga al parecer sin forma ni origen que afectaba la cosecha en esta crucial época del año. Y extraños, paseantes solitarios que evidenciaban una caída en alguna forma de trance, que no parecían ser conscientes del mundo que los rodeaba, a pie o a caballo en su solitaria marcha con aquel inquietante aire de resolución. A simple vista, no podía existir una relación entre aquellos dos peculiares acontecimientos; pero Fran no era el único que había observado la preocupante similitud entre las blanquecinas cosechas que se marchitaban y el aspecto mustio de los viajeros que se comportaban como zombis.

El cruce de caminos apareció ante ellos. Val y Lanz los esperaban ya con los otros ponis, y cuando Índigo y él se les reunieron, Fran describió su encuentro omitiendo —observó Índigo con cierto regocijo— cualquier referencia a su frustrada reacción ante el ultraje recibido. Val lo escuchó muy serio, luego dijo:

—Deberíamos llegar a Bruhome dentro de dos o tres días. Si alguien sabe qué es lo que está pasando serán sus habitantes. Y habrá mucha gente de fuera venida para la fiesta de la cosecha. *Alguien* podrá decirnos qué se trama.

Los demás estuvieron de acuerdo y no se volvió a hablar del incidente. Pero mientras se ponían en marcha para recorrer el último kilómetro que les faltaba hasta llegar al campamento, Índigo volvió la cabeza, inquieta. A su espalda el camino estaba desierto —el jinete solitario aún no los había alcanzado— y contuvo un estremecimiento que nada tenía que ver con el frío de la lluvia. Val estaba en lo cierto: en Bruhome, que era el eje del comercio y de las fiestas de granjeros, pastores y vendimiadores por igual, obtendrían la respuesta a sus preguntas, si es que había respuesta.

Y supo, con un instinto infalible, que su misión, el enigma de las cosechas arruinadas y los extraños viajeros estaban misteriosa pero inextricablemente unidos.

Librodot

CAPÍTULO 2

Dos días más tarde, los tres carromatos que eran el eje de la vida itinerante de la familia Brabazon rodaban sobre el puente que señala los límites de la ciudad de Bruhome una hora antes de la puesta del sol. Otra gente que cruzaba el puente se hizo a un lado y se detuvo para contemplar el espectáculo: los carromatos, cada uno tirado por una pareja de bueyes de mirada acuosa y estoica —menos excitables y por lo tanto más seguros que los caballos, declaraba el cabeza de familia— eran estructuras de madera de techo elevado, adornadas con profusión y pintadas con gran diversidad de colores brillantes, colocadas sobre cuatro grandes ruedas cada una. De los cortos postes situados a cada lado de los pescantes ondeaban banderines, y en los costados del carromato situado en cabeza se leía en enormes y floridas letras amarillas la siguiente inscripción: COMPAÑÍA CÓMICA BRABAZON.

Constancia Brabazon, padre de Franqueza, Valentía, Templanza y sus diez hermanos y hermanas, se sentaba muy erguido en el pescante del primer carromato; blandía un látigo adornado de cintas multicolores y sonreía de oreja a oreja al mundo que los rodeaba. Era un hombre de baja estatura, fornido y sólido como un roble, con una corona de rizos de llameante color rojo que apenas empezaban a encanecer y a escasear en las sienes. Durante sus cincuenta años de vida había sido un feriante, al igual que su padre y su abuelo antes que él. Su lecho nupcial había sido este carromato, todos sus hijos habían nacido en la carretera entre una ciudad y la siguiente, y durante los seis últimos años, desde que su turbulenta pero adorada esposa muriera al dar a luz a la más pequeña de sus hijas, había gobernado tanto a su caótica familia como a su negocio con una irresistible combinación de temible severidad y exhaustivo buen humor. A finales del invierno de este mismo año, mientras viajaban al sudoeste desde el Mar Interior para divertir a los asistentes a un festival de carreras de bueyes, Constancia y su tribu se habían tropezado con una forastera acompañada de una loba domesticada, que vivía de su ingenio y de su ballesta sin que le fuera demasiado bien, Índigo *y Grimya* habían padecido un duro invierno en un país donde los forasteros —en especial aquellos incapaces de hablar con soltura el idioma local—•_ no eran acogidos demasiado bien: durante cuatro meses Índigo no había encontrado ni trabajo remunerado ni a nadie que quisiera llevarla a las más amistosas tierras del oeste, y con la escasez de caza debido a la época del año y ninguna otra solución que no fuera recorrer los caminos a pie, tanto ella como su compañera habían adelgazado y perdido fuerzas hasta el punto de adquirir un aspecto demacrado. Los Brabazon las habían recogido, alimentado, cuidado; y casi sin darse cuenta Índigo y *Grimya* se habían convertido en miembros honorarios de la familia y en parte integrante del séquito del feriante.

La alegría de Constan al enterarse de que Índigo tocaba y cantaba se vio eclipsada tan sólo por su excitación cuando descubrió que su loba domesticada —en sí misma rareza suficiente como para atraer a las multitudes, dijo— parecía comprender cada cosa que se le decía y actuaba en consecuencia. Cuando Índigo tocó por primera vez para él su pequeña arpa ante el fuego del campamento, una noche, el hombre permaneció inmóvil bajo la luz de las llamas con lágrimas resbalándole por el rostro y declaró que una música así era capaz de hacer llorar a una estatua. La Madre Tierra le había sonreído aquel día, siguió, y llenado su cáliz hasta rebosar. ¡Qué fortuna haber encontrado unas amigas y unos talentos como aquellos: una muchacha encantadora cuyas canciones podían derretir el corazón más duro, *y un* animal amaestrado para maravillar *y* hacer reír después de las lágrimas! Era un hombre bienaventurado, un rey tres veces coronado, al haber recibido tal regalo cuando él no era más que un pobre, indigno comediante que se esforzaba humildemente por llevar un poco de diversión a los buenos pobladores de su país, Índigo, mientras intentaba no echarse a reír, había comprendido la esencia de su retórica y respondido con gran seriedad que tanto ella como *Grimya* se considerarían muy honradas si se les ofrecía un lugar en la caravana de los Brabazon. Así pues, con gran sorpresa por su parte, habían iniciado una nueva vida como cómicos de la legua.

Y hasta ahora había sido una buena vida. Viajaban de un lugar a otro, de ciudad en ciudad, y en cada parada presentaban uno de los espectáculos conocidos como «variedades»: una animada mezcla de música y canciones y representaciones teatrales. Cada uno de los miembros de la familia, desde el mismo Constan hasta la benjamina, Piedad, de seis años, poseía algún talento o habilidad especiales, y los Brabazon estaban muy solicitados allá donde fueran; incluso en aquellas zonas donde las compañías ambulantes eran contempladas con la mayor suspicacia. Nada sabían de la misión de Índigo, ni de la piedra-imán que la había hecho tomar un camino que, afortunadamente coincidía —al menos de momento— con el de ellos. Y por su parte Índigo había tomado un gran cariño a sus nuevos amigos, y esperaba que, aunque el momento de separarse llegaría de forma inevitable, estuviera aún muy lejano.

La muchacha iba sentada ahora junto a Constan en el pescante, contemplando las nuevas imágenes que se revelaban ante ella mientras penetraban en la ciudad. Bruhome estaba situada entre dos pequeños ríos que dividían la espectacular región de los páramos dedicada a la cría de ovejas y cabras de las tierras de cultivo, más bajas y verdes: aquí, los granjeros, cerveceros y vinateros que sacaban su sustento de la tierra venían a vender el fruto de su trabajo, a elegir jefes, pagar impuestos y discutir de política; y para disfrutar de su tiempo libre. La gente de esta región no necesitaba más que la más simple de las excusas para organizar un festival; y ahora, con la cosecha del lúpulo, el ganado bien cebado con los verdes pastos de los páramos y listo para el mercado, y ya avanzada la recogida de la uva y la manzana, era el momento de iniciar la Fiesta de Otoño. La Compañía Cómica Brabazon se había convertido en un visitante frecuente y popular en Bruhome a través de los años y Constan había regalado a Índigo con descripciones de las celebraciones, que duraban siete días y era la forma local de dar las gracias a la Madre de las Cosechas por su generosidad. Se abrirían los primeros toneles de vino de la cosecha del año anterior; habría desfiles, discursos, canciones y bailes, juegos y competiciones; y cualquiera capaz de divertir a una audiencia animada sería bienvenido.

A Índigo, Bruhome le gustó nada más verla. La mayoría de los edificios eran de madera; algunos tenían el techo de paja, otros de tejas, y aunque su disposición era algo desordenada, el alegre revoltijo de casas y tabernas y hosterías, salpicado por un laberinto de calles estrechas y retorcidas le concedía una sensación de orden en lugar de caos. Casi todas las ventanas estaban flanqueadas de postigos pintados de brillantes colores, mientras que figuras esculpidas en madera y murales adornaban los empinados tejados de dos aguas; ante la inminencia del inicio del festival, las calles estaban decoradas con verderón y guirnaldas de flores silvestres lo cual añadía un toque extra a la vivida atmósfera.

La lluvia había dado paso por fin a un tiempo más agradable, y los últimos y suaves rayos de sol de un día glorioso caían oblicuamente sobre la escena. De cuando en cuando, mientras atravesaban la ciudad, a Constan lo saludaban personas que evidentemente conocían a la familia desde hacía tiempo. Pero aunque éste saludaba con la mano y les sonreía a todos, a Índigo le pareció detectar una disminución de su acostumbrada exuberancia; y en dos ocasiones, cuando él creyó que ella no miraba, una débil mueca de inquietud le cruzó el rostro. Nadie más parecía darse cuenta de nada raro: Fran, dentro del carromato con *Grimya,* sacaba la cabeza por una ventana lateral y saludaba a todo el mundo sin excepción con gran entusiasmo, *y proveniente* de uno de los carromatos que los seguían Índigo podía oír el ritmo de una pandereta y las voces de Caridad, Modestia y Armonía, las tres hijas mayores de la familia Brabazon, ensayando una canción popular.

Sus ojos se volvieron de nuevo hacia Constan. Algo *no iba* bien, estaba segura; pero no podía adivinar su causa. No veía nada inconveniente en la ciudad: muy al contrario. Pero Constan estaba inquieto, y eso no era normal en él.

—¿Constan? ¿Sucede algo malo? —preguntó, tocándole el brazo.

La miró, y la expresión preocupada apareció de nuevo en su rostro.

—¿Lo has notado?

—¿Notado el qué?

Su mirada vagó por la escena que tenían delante. Luego suspiró, un sonido siseante que

surgió de entre sus dientes firmemente apretados.

—No sé. A lo mejor estoy equivocado. A lo mejor es tan sólo que ha sido un día muy largo y todos necesitamos dormir. —Se inclinó y le palmeó la rodilla en un cariñoso gesto paternal—. Ya hablaremos sobre ello más tarde y averiguaremos que es qué. Vamos, ahora; sonríele a la gente. Son nuestro público de mañana, y nuestra comida.

En parte para apaciguar a los lugareños nerviosos ante tan grande afluencia de recién llegados, y en parte también para poder controlar con más facilidad a cualquier alborotador potencial, se había dispuesto un terreno en el lado oriental de la ciudad para acomodar a la abigarrada variedad de animadores ambulantes que llegaban para tomar parte en las fiestas. Aquí, donde uno de los ríos se ensanchaba para convertirse en un ancho y perezoso meandro, había espacio para dos docenas o más de carretas y buenos pastos para los animales que tiraban de ellas, y una exclamación de alegría brotó de los carromatos de los Brabazon cuando atravesaron la abierta entrada y pisaron el abundante césped del otro lado.

Empezaba a oscurecer; las estrellas habían comenzado a parpadear en el firmamento y una o dos hogueras ardían ya en el campamento. Fran y Val desenjaezaron a los bueyes y los ataron junto con los ponis, mientras que Constan se alejaba por el prado para ver si había alguno de sus amigos o enemigos entre los grupos que ya estaban acampados. Como a menudo le había explicado a Índigo, los feriantes formaban un grupo tan variado como un saco de accesorios teatrales, y un festival como éste era seguro que atraería a mucha leche agria junto con la crema de la profesión. Mezclados con los auténticos actores, dijo, habría gran cantidad de ladrones, rateros y vagabundos, y ellos, al igual que la buena gente de Bruhome, harían bien en vigilar sus bolsas y sus espaldas.

Mientras estaba fuera, Índigo y dos de las niñas más pequeñas cogieron leña del gran cesto que transportaban en la parte trasera de uno de los carromatos y encendieron una pequeña hoguera. Todos estaban demasiado cansados para explorar las tabernas de Bruhome aquella noche; en lugar de ello comerían alrededor del fuego, luego se tumbarían a dormir bajo las estrellas o en las carretas para estar descansados por la mañana.

Caridad, la mayor de los trece hijos de Constan, era la encargada de cocinar. Había cumplido veintiún años recientemente, y se había adjudicado el papel de madre suplente para con sus hermanos más pequeños; una responsabilidad que se tomaba con mucha seriedad. Era una muchacha alta y esbelta con una larga melena castaña que le llegaba hasta la cintura —todos los Brabazon, tanto padre como hijos, tenían los cabellos de uno u otro tono rojizo— que llevaba sujeta en trenzas arrolladas alrededor de la cabeza, y cuya naturaleza soñadora heredada de su abuela se veía mitigada por una vena de sólido sentido práctico. Constan podría ser la piedra angular de los Brabazon, pero Caridad era su inestimable lugarteniente, e Índigo se preguntaba a menudo qué pasaría cuando —como seguramente sucedería— *el tranquilo* encanto y *la belleza* de Caridad cautivaran a algún joven y ésta escogiera abandonar a sus hermanos y hermanas por un esposo y un hogar propio. Resultaba difícil imaginar a Modestia, la extravagante hermana que la seguía en edad y cuyo nombre resultaba tan poco apropiado a su carácter, ocupando su puesto, y las demás muchachas eran aún demasiado jóvenes para tal responsabilidad.

Caridad cantaba con su cálida voz de contralto mientras colocaba un caldero abollado y viejo sobre el fuego y empezaba a introducir hierbas, verduras lavadas y algunos pedazos de carne y hueso en el agua hirviendo. La cocina resultaba un sacrosanto misterio para la mayoría de los Brabazon, y las habilidades de la misma Índigo eran limitadas; pero a medida que el estofado empezaba a burbujear con fuerza, y mientras Caridad colocaba algunos tubérculos ensartados en afilados palos sobre las ascuas del fuego. para que se asaran, los demás empezaron a aparecer de uno en uno o por parejas, para acercarse al fuego atraídos por el aroma. La luz de las llamas envolvió sus rostros en dramáticas sombras cuando se sentaron frente al fuego; cabellos de color castaño, cabellos cobrizos y cabellos rojo-anaranjados centellearon bajo su reflejo; se inició una relajada conversación entre todos. Sólo faltaba Constan: a Índigo le pareció vislumbrar su característica cabellera entre un grupo de hombres

que charlaban junto a una de las otras hogueras.

—¿Qué hay para comer? —preguntó Lanz mientras se acomodaba sobre la hierba.

—Cordero —le respondió Caridad.

—¿El mismo que Fran y Val... ?

—¡Sí; y que no te pesque contándole nada de esto a nadie en Bruhome! —reprendió Caridad; luego miró con expresión adusta a los dos muchachos mayores—. Robar ovejas... ¡me avergüenzo de vosotros dos!

Fran le dedicó una amplia sonrisa.

—Pero no demasiado avergonzada para comer parte del botín, ¿eh, Cari?

La muchacha sacudió la cabeza.

—Lo que está hecho no puede deshacerse. Ahora quedaos quietos y dejad que me asegure de que todo el mundo está aquí. —Empezó a contar: era un ritual innecesario pero familiar—. Franqueza, Valentía, Modestia, Templanza, Entereza, Armonía, Honestidad, Sinceridad, Gentileza, Moderación, Responsabilidad, Piedad. Luego están Índigo, *Grimya y* yo: eso quiere decir que estamos todos menos papá. —Satisfecha, empezó a repartir cucharadas de estofado dentro de los cuencos.

—Papá está allí con algunos de los otros feriantes —informó Val, señalando con la mano—. El Burgomaestre Mischyn está ahí, también; me parece que está haciendo una especie de discurso.

—Será mejor no molestarlo, entonces. —Cari sacó con gran destreza una de las patatas que se asaban en las brasas y la golpeó ligeramente para ver si estaba bien cocida—. Fran, trae un poco de cerveza, por favor. —Le pasó un cuenco lleno hasta los bordes a Índigo.

Durante unos instantes se produjo un agradable silencio mientras todo el mundo dedicaba su atención a la comida, Índigo saboreaba su última patata, que había empapado en la salsa del estofado, cuando unas pisadas anunciaron la llegada de Constan. Este acomodó su corpulencia entre sus dos hijos mayores, y gruñó sus agradecimientos mientras Caridad llenaba otro cuenco y se lo pasaba.

Fran estudió por un momento la expresión de su padre, luego inquirió con expresión preocupada:

—¿Papá? ¿Qué sucede?

Constan se introdujo una cucharada de estofado en la boca y la engulló junto con un buen trago de cerveza antes de contestar:

—Tanto da que os enteréis ahora como más tarde —dijo sombrío—. Os lo diré ahora. La Fiesta de Otoño se ha acortado. Sólo serán tres días, empezando mañana, y se habrá terminado.

Sólo Responsabilidad y Piedad, que eran demasiado jóvenes para comprender el significado de las palabras de Constan, no reaccionaron. El resto se mostró anonadado.

—*¿Tres días?* ¡Apenas si hay tiempo para hacer nada!

—¿Qué clase de ingresos podemos conseguir en sólo tres días?

—Nos hemos estado preparando para Bruhome durante meses...

—Confiábamos en que aquí conseguiríamos dinero suficiente para pasar el invierno...

Y la voz de Fran, elevándose por encima de las otras con la pregunta de mayor importancia:

—Pero *¿por qué,* papá? ¿Qué ha sucedido?

—Son las cosechas. —Constan tomó otro trago de cerveza; parecía haber perdido todo interés por la comida—. ¿Conocéis los rumores que hemos estado oyendo sobre la plaga? Bien, pues son ciertos. El Burgomaestre Mischyn nos ha contado toda la historia.

Se intercambiaron miradas, y Val dijo en voz baja:

—Esas vides marchitas que vimos...

—No son sólo las vides —repuso Constan—. Es el lúpulo, las manzanas..., incluso los pastos se están viendo afectados. Y nadie sabe qué lo provoca. Las plantas sencillamente pierden color, luego se vuelven blancas, y por fin se marchitan y mueren. Los granjeros de por aquí han perdido ya la mitad de su cosecha de lúpulo, y ahora parece como si le tocara el

Librodot

turno a las vides y a los manzanos. Y también le está sucediendo a parte del ganado, si han pastado en las zonas afectadas. Cada día llegan noticias nuevas sobre ello, dice el Burgomaestre Mischyn. De modo que nadie siente demasiados deseos de celebrar nada.

Modestia se inclinó hacia adelante retorciéndose las manos.

—Pero seguramente no puede durar, papá. Quizá será un mal año, pero cuando llegue el invierno seguro que esta enfermedad morirá junto con todo lo demás. ¿Por qué han de reducir la fiesta? ¡La gente necesita que la animen!

—Si fuera sólo la cosecha, Esti querida, estaría de acuerdo contigo —dijo Constan—. Pero parece que ha habido otros acontecimientos extraños en la región.

—¿Qué clase de acontecimientos?

Constan apretó los labios.

—Para empezar hay una enfermedad que afecta la ciudad. Una especie de enfermedad del sueño, dice Mischyn. Los que la contraen se duermen y no despiertan.

Caridad lo miró alarmada.

—¡Papá, podemos contraerla!

—No es del tipo contagioso. Mischyn lo sabría: su propio hijo la tiene, y su buena esposa ha estado cuidando al muchacho día y noche sin que la haya afectado. Pero es como la plaga de las cosechas: no saben qué es ni de dónde viene.

—Debe de haber un médico en la ciudad —intervino Índigo—. ¿Qué dice él?

—No está en condiciones de decir nada. Ha contraído la enfermedad: hace ya nueve días que duerme. Ah, ¿cuál fue la palabra que Mischyn utilizó? —Constan chasqueó los dedos, en busca de inspiración—. C... algo...

—¿Coma?

—Eso es. Coma. Pero no tienen ni idea de por qué. Y luego, como si eso no fuera suficiente, ha estado desapareciendo gente.

Se hizo un profundo silencio y unos rostros asombrados lo contemplaron desde el círculo de luz proyectado por el fuego. Por fin, Lanz dijo:

—¿Desapareciendo?

Constan asintió.

—Aquí un día, desaparecidos al siguiente. Un pastor subió a los páramos, y no regresó al atardecer. Enviaron hombres a buscarlo pero no lo encontraron. Un hombre salió a encontrarse con sus amigos en la taberna: no llegó a la taberna, no lo han visto desde entonces. Otro hombre se fue a la cama con su esposa y cuando despertó a la mañana siguiente descubrió que ella se había marchado, de sus ropas sólo faltaba un chal. —Se encogió de hombros de forma elocuente—. Desaparecidos, todos ellos. Sencillamente se fueron.

Índigo sintió cómo la tensión se apoderaba de ella. Miró de soslayo en dirección a Fran y vio que, también él, aparecía inquieto. Adivinó lo que el joven pensaba, y una silenciosa comunicación de *Grimya* se lo confirmó.

«También él recuerda al jinete que vimos en el camino, creo», dijo la loba. *«¿Puede haber alguna relación entre ellos?»*

«Es posible. »

Recordó aquel rostro lívido como el de un muerto, los ojos sin expresión que *parecían mirar sin comprender a* otro mundo. Y la determinación. Por encima de todo, la terrible aura de determinación.

Constan volvía a hablar.

—Sea lo que sea lo que está pasando aquí, es algo a lo que nadie sabe cómo enfrentarse. Conozco al Burgomaestre Mischyn desde antes de que nacierais vosotros tres, los más pequeños, cuando acababa de heredar la cervecería de su padre, y durante todos estos años nunca lo había visto tan agitado coma ahora. Está asustado. —Miró a Índigo y enarcó una ceja irónicamente—. Muchacha, antes me preguntaste qué iba mal cuando atravesamos la ciudad. Ahora ya lo sabes... y si hubieras estado en Bruhome antes de hoy, habrías notado la

diferencia en la actitud de la gente. To*dos* están asustados; y no puedo culparlos.

—¿Entonces qué vamos a hacer? —preguntó Val.

—Lo que siempre hacemos, hasta donde podamos. La celebración tendrá lugar de todas formas aunque resulte un poco atenuada, así que, como dijo Esti, haremos todo lo que podamos para animar a esta buena gente y ayudarle a olvidar por un tiempo sus problemas.

—Y esperemos que podamos ganar dinero suficiente para ir tirando —añadió Candad.

—Exactamente. —Constan bajó los ojos para mirar su cuenco de estofado. Se había enfriado y empezaba a congelarse la grasa, de modo que lo dejó a un lado y volvió a llenar su jarra de *cerveza*—. Vosotros, los más pequeños, deberíais estar en la cama ya. Y el resto de nosotros haría bien en tomarse un buen descanso esta noche. Por la mañana, lo mejor será que le demos un buen repaso al espectáculo que planeamos y veamos qué cambios hay que hacer. No estaría bien representar algo que pudiera ofender la sensibilidad de los habitantes después de todos estos acontecimientos, ¿no es así?

Se trataba de una despedida tácita, y aunque los más mayores parecían dispuestos a discutir, algo en el comportamiento de Constan hizo que se lo repensaran. Despacio, de mala gana, todos se levantaron y fueron a realizar sus últimas tareas del día: Armonía, la tercera de las hijas, empujó a las más pequeñas en dirección al segundo carromato donde dormían todas las mujeres, e Índigo ayudó a Caridad y a Esti a lavar los cuencos y las cucharas en el río y a apagar luego el fuego.

Mientras se extinguían los últimos rescoldos y el corro del campamento se hundía en la oscuridad iluminada tan sólo por las estrellas, Cari levantó los ojos hacia el cielo.

—Creo que lo mejor será que durmamos dentro esta noche —dijo pensativa—. Cuando no hay nubes, puede hacer frío en plena noche en esta época del año.

Esa no era su única razón para buscar la seguridad de la carreta, e Índigo lo sabía; pero no hizo el menor comentario y se limitó a asentir con la cabeza. Empezaron a dirigirse hacia la carreta, con *Grimya* andando junto a Índigo; ya casi habían llegado a los peldaños cuando una mano surgió de la penumbra y tocó el brazo de Índigo.

—Índigo, antes de que te vayas a dormir. —Era Eran. La condujo a un lado, pasando por alto la mirada de exasperación de Cari al pasar junto a ellos, y bajó la voz hasta convertirla en un murmullo—. Pensabas lo mismo que yo, ¿verdad? Cuando papá nos contó lo de la gente que se desvanece. —Se detuvo para escudriñar su rostro—. ¿Y bien? ¿Crees que esas pobres almas que vimos en el camino pueden ser los que han desaparecido?

Índigo vaciló, luego asintió.

—Sí, Eran; lo creo. —Miró en dirección a la carreta; Cari ya había penetrado en su interior—. Pero no creo que debamos decir nada de ello a los otros.

—Val y Lanz ya lo han descubierto por sí mismos. También Esti, si es que la conozco. Y papá. Lo tenía escrito en todo el rostro.

—Sin embargo...

—Lo sé; lo sé. Mira, no le diré nada a nadie a menos que sean ellos los que lo mencionen primero. Pero creo que deberíamos mantener ojos y oídos bien alerta mañana en la ciudad. Y en particular, debiéramos buscar a cualquiera que muestre un aspecto demasiado pálido para ser saludable.

Era una sugerencia muy sensata.

—Sí —repuso Índigo—. Estoy de acuerdo.

Se hubiera dirigido ya en dirección a la carreta, pero Fran parecía reacio a terminar la conversación. De repente, dijo:

—Sobre esa enfermedad, había una palabra para definirla; sabes cuál era...

—Coma.

—Sí. ¿Qué significa?

—Es como un sueño muy profundo —le respondió—. Una especie de trance. Las víctimas siguen vivas, pero es como si sus mentes estuvieran en algo parecido a un limbo.

—¡Ah! —Fran se mordió el labio inferior—. ¿Quieres decir que no se dan cuenta de nada

de lo que sucede a su alrededor... igual que esos viajeros?

El pulso de Índigo se había acelerado hasta llegar a un doloroso latido muy veloz.

—Sí —dijo—. Exactamente igual que esos viajeros.

Era una noche tranquila, y el interior de la carreta oscuro y acogedor: pero Índigo no podía dormir. Permanecía tumbada en el borde de una maraña de almohadones y mantas ásperas extendidas sobre el suelo que formaban la cama que compartía con las hermanas Brabazon, mientras contemplaba el paso infinitesimalmente lento de las estrellas por el firmamento que se veía más allá de la abierta media puerta. A su espalda, Esti roncaba suavemente; Gentileza y Piedad, las dos más pequeñas, habían murmurado y lanzado risitas durante un rato hasta que una soñolienta pero tajante reprimenda por parte de Can las hizo callar; ahora no se oía otra cosa que la rítmica respiración gutural de Esti.

Índigo no podía dejar de pensar en lo que había dicho Fran, y sobre la conexión entre los ciudadanos desaparecidos, los cuatro viajeros en trance que habían visto en la carretera, y la misteriosa enfermedad. Fran estaba en lo cierto: *coma* era la palabra clave, y una descripción inquietantemente apropiada de los abstraídos e inmutables vagabundos.

Se tumbó de espaldas, contemplando el techo pintado de la carreta. Cosechas y pastos echados a perder, que ofrecían el mismo aspecto que si algo les hubiera absorbido la esencia misma de la vida. Animales que sufrían un destino parecido. Seres humanos, descoloridos, secos, que recorrían los caminos a píe o a caballo como si estuvieran en trance. Desapariciones. Una enfermedad del sueño. Era una progresión, pensó; cada fase conducía a la siguiente en una especie de horrible desfile.

Y su subconsciente le gritaba que, en algún lugar detrás de este misterio cada vez más complejo, se ocultaba la mano de un demonio.

El dibujo de sombras formado por la luz de las estrellas en el techo varió de repente, e Índigo miró a su espalda encontrándose con que *Grimya* había alzado la cabeza y la observaba. En la oscuridad, los ojos de la loba brillaban levemente. *«¿Índigo? ¿Estás despierta?»*

«No puedo dormir», le transmitió. *«No puedo dejar de pensar,* Grimya. *Los pensamientos no me dejan tranquila. » «¿Es por lo que Fran decía?» «Es eso, sí; y más cosas. »*

Grimya se incorporó despacio, una silueta reflejada en el marco de la puerta. Levantó el hocico y olfateó el aire. «Es *una buena noche. No sopla el viento y escucho el rumor del río. ¿Por qué no damos un paseo?» «¿No estás cansada?» «No. Ya sabes que adoro la noche. »* Índigo miró por encima del hombro a Esti, que dormía profundamente; luego, con mucho cuidado, se deslizó fuera de la manta que la cubría. En silencio, abrió la parte inferior de la puerta y siguió a *Grimya* descendiendo los peldaños y perdiéndose en la noche.

El aroma de hogueras apagadas, de hierba, de excrementos de animales y del río se entremezcló en su olfato mientras extendía los brazos para aflojar los músculos agarrotados de estar tanto rato inmóvil. El aire poseía un helor otoñal, pero la túnica que llevaba, larga hasta la rodilla, era protección suficiente, y la hierba bajo sus pies desnudos era suave y agradable. Esquivaron carretas y tiendas de campaña donde dormían otros feriantes y descendieron la suave ladera que conducía a la ancha y llana orilla del río. En la vegetación que crecía en la orilla algo crujió y chapoteó; un ave acuática se alejó contoneándose, al tiempo que lanzaba un breve lamento. Las orejas de *Grimya se* irguieron con el instinto del cazador antes de que el ave nadara fuera de su alcance, y luego se relajaron, Índigo se sentó en una mata de hierba rodeada de juncos e introdujo los pies en el agua, observando cómo las ondas centelleaban a la luz de las estrellas mientras se desparramaban en la perezosa corriente.

Permanecieron en silencio durante algunos minutos, hasta que *Grimya.* habló. Mucho tiempo atrás la loba había decidido, a causa de un curioso pero en cierta forma digno sentido del orgullo, que utilizaría su talento para hablar en voz alta (por muy gutural y entrecortada que surgiera su voz) siempre que no hubiera más que Índigo para oírla.

Articulando la pregunta que Índigo no había querido hacerse a sí misma, la loba dijo:

—¿Has... miiiirado la piedra-imán?

—No. —Le sonrió, pero con cierta tristeza—. No he podido reunir el valor suficiente. Sabemos que conducía hacia Bruhome, pero ahora...

—¿Piensas que puede mostrar que hemos llega... do a nues... tro de... destino?

—Es lo que me temo. Y no quiero mezclar a los Brabazon, *Grimya.* Han sido auténticos amigos para con nosotras, y recuerdo muy bien lo que le ha sucedido a todos aquellos con los que hemos trabado amistad.

—Ha sido una buena época ésta —repuso *Grimya* pesarosa—. Es tris... te pensar que ten... tenga que ter... minar.

—Lo sé; y eso es otra parte de ello. —Índigo dirigió la vista a las lentas aguas del río.

—A lo mejor no hará falta que se me... mezclen; al menos no aún —sugirió *Grimya—.* No estamos sssseguras de lo que dice la piedra. No hasta que miremos.

Índigo se sentía reacia a mirar: sabía cuál sería la respuesta de la piedra-imán a su pregunta. Pero la bondadosa reprimenda de *Grimya* era justa: no podía posponerse el momento eternamente.

Se llevó una mano al cuello y sacó la bolsa de cuero que colgaba a su alrededor. La piedra —pequeña, lisa y totalmente corriente— cayó sobre su palma extendida. El dorado punto de luz de su interior era claramente visible incluso en aquella oscuridad; al cabo de unos segundos se la mostró a *Grimya.* Su rostro era inexcrutable.

Grimya la miró, y dijo:

—Ah...

El diminuto ojo dorado ya no indicaba hacia el oeste; se había acomodado en el centro exacto de la piedra.

Habían llegado al final de su viaje.

Ninguna de las dos habló durante un largo rato. *Grimya* observó a su amiga con ojos preocupados, leyendo sus pensamientos pero incapaz de decir nada que pudiera serle de algún consuelo. Había finalizado el rastreo y la caza estaba a punto de empezar: aquí, en este apacible remanso rural, algo siniestro y diabólico las esperaba, y ellas debían dar la espalda al tranquilo idilio del pasado reciente y, una vez más, enfrentarse a una nueva manifestación del horror que Índigo había liberado de la Torre de los Pesares hacía ya tanto tiempo... El tercero de los siete demonios empezaba a agitarse. Y, sin importar a qué precio, había que encontrarlo y destruirlo.

Algo brilló en la mejilla de Índigo, y *Grimya* se dio cuenta de que lloraba. Pero no había ni furia ni desesperación en sus lágrimas; eran simplemente una liberación, un reconocimiento y una aceptación de su destino y un melancólico pesar porque el tranquilo interludio del que habían disfrutado debiera finalizar. La loba parpadeó, e intentó pensar en alguna palabra de consuelo, pero antes de que pudiera hablar, Índigo se secó los ojos con el dorso e la mano.

—Estoy bien, *Grimya.* No te preocupes. Contempló la humedad concentrada sobre su piel, y observó distraídamente que la luz de la luna la hacía relucir como si fuera de plata. Plata: el color de su propia debilidad, la señal de la imperfección que anidaba dentro de ella misma que era, quizás, el mayor peligro de todos. Cerró los ojos con fuerza por un instante, intentando hacer desaparecer la imagen no deseada de un rostro que había visto demasiado a menudo ya en sus sueños. Las facciones de una criatura, dientes felinos como perlas en la pequeña boca de sonrisa cruel, un suave halo de cabellos plateados, ojos plateados calculadores y burlones. Había pasado mucho tiempo ya desde que la criatura a quien ella llamaba Némesis, el impío ser simbiótico nacido de su propia naturaleza oscura y liberado al disfrute de una vida independiente, se había cruzado en su camino. La última vez que la había visto había sido desde la cubierta del *Orgullo de Simhara* cuando zarpaban del poderoso reino oriental de Khimiz, y aún podía recordar el odio vislumbrado en los ojos de la criatura y la sensación de una promesa silenciosa de que aquel encuentro no sería el último. Némesis vivía tan sólo para frustrar su misión y desviarla de su resolución, ya que con la destrucción del último de los demonios también ella, Némesis, moriría. Y la piedra de toque de Némesis era la plata...

Librodot

De repente la noche se tornó fría, y el adormilado río que fluía con tanta suavidad entre ambas orillas pareció adoptar un leve tono amenazador. Un poco más allá, los juncos se agitaron; Índigo empezó a volver la cabeza, pero se detuvo, medio asustada de que si miraba, su cansado estado de ánimo podría traducir el sonido y el movimiento en algo menos inocente que los caprichos de la brisa. Estrellas de plata en el firmamento; reflejos plateados sobre el agua. Se estremeció, y extendió una mano para hundirla en el áspero y reconfortante calor del pelaje de *Grimya.*

—Regresemos —dijo.

Grimya comprendió. Se pusieron en pie, y pasaron despacio junto a las hogueras apagadas y los carromatos sin luces hasta el campamento de los Brabazon. En el aire flotaba aún un débil y agradable aroma a madera quemada; al llegar a la carreta Índigo volvió la cabeza para contemplar el terreno. Nada se movía, y con la loba pisándole los talones ascendió los peldaños y regresó a la paz y seguridad de sus dormidas compañeras.

Librodot

CAPÍTULO 3

—¡Índigo, no encuentro mi *máscara!.* ¡Oh, ayúdame, por favor!

Índigo estaba sentada en uno de los arcones de ropa con la cabeza inclinada sobre el arpa, ocupada en afinar el instrumento. Sobre la elevada plataforma situada detrás de la pantalla que formaba una exigua y provisional zona de preparación para los artistas que participaban en la Fiesta una compañía de acróbatas llegaba al final de su número; el ruido en la plaza era estridente y resultaba casi imposible oír las notas que producían sus dedos sobre las cuerdas, de modo que dejó el arpa a un lado —ya tendría tiempo para una última comprobación más tarde— y fue a responder a la lloriqueante súplica de Honestidad.

—¿Qué máscara has perdido, Honi?

—La de la Danza del Boyero. —Honestidad sostenía un farol con una mano sobre una caja de madera y revolvía frenética su contenido con la otra—. Ya sé que aún no la necesito, pero la he de tener preparada; más tarde no habrá tiempo de buscar.

Un destello de raso amarillo por entre un montón de capas lllamó la atención de Índigo, y extendió la mano.

—¿Ésta?

—¡Ohhh! —Honestidad se llevó una mano al corazón y simuló poner los ojos en blanco como si fuera a desmayarse—. ¡Gracias!

Constan apareció por detrás de las bambalinas. Se detuvo al tiempo que miraba con aire profesional aquel aparente caos, luego dijo:

—¿Todo el mundo listo? Los acróbatas están a punto de terminar.

De la plaza sonaron unos cuantos aplausos, mezclados con algunos vítores y alegres silbidos, y Fran levantó los ojos mientras terminaba de atar las polainas de la pequeña Responsabilidad, de siete años.

—¿Qué tal el público, papá? ¿Es tan malo como temíamos?

—Podría ser mejor, pero claro, también podría ser peor —respondió Constan—. Al menos no falta gente; desde la puesta del sol han llegado muchos más y se amontonan en la plaza como gatitos alrededor de un plato de leche. Pero hay demasiadas caras tristes para mi gusto.

—Bien, pues tendremos que efectuar un esfuerzo extra para animarlas. —Fran se incorporó, terminada su tarea, y Responsabilidad flexionó las piernas de forma experimental.

Se produjo entonces un súbito frenesí de actividad cuando los acróbatas —gente menuda de las lejanas tierras del sudoeste, de piel pálida y cabellos casi blancos— aparecieron corriendo por un lado de las bambalinas. Su jefe sonrió e hizo una reverencia a Constan, luego el grupo se dejó caer sin aliento en el suelo y empezaron a charlar entre ellos en su ininteligible lengua.

—Bien —anunció Constan—. Ahora vamos nosotros. ¿Tienes tu flauta, Cari? Y vosotras, las pequeñas, poneos en fila, ya.

Lanzó una protesta.

—Maldita sea, casi lo olvidaba, Fran: vamos a suprimir la Mascarada de los Espíritus Arbóreos.

—¿Qué? —Fran lo miró boquiabierto—. Por la Diosa de la Cosecha, ¿por qué? ¡Es uno de nuestros mejores números!

—Lo sé. Pero empieza a correr un nuevo rumor; lo acabo de oír de labios del dueño de la posada del Tonel de Manzanas. Al parecer la gente habla de una especie de bosque que ha aparecido allí donde antes no había ninguno.

—¿Eh?

Constan meneó la cabeza.

—No me preguntes qué pasa. Todo lo que oí fue un galimatías sobre bosques negros y árboles que se mueven. Parece como si alguien hubiera bebido más de la cuenta y hubiera empezado a ver visiones, pero la historia se extiende como el fuego sobre la paja. Para no disgustar a esta buena gente, dejaremos ese número.

Fran dijo algo que provocó que Cari lo mirara con profunda desaprobación.

Librodot

—Muy bien. ¿Pero qué podemos poner en su lugar?

—Veremos cómo va la función, y lo discutiremos durante el descanso —respondió su padre—. Tal y como están las cosas puede que lo mejor sea hacer que nuestra actuación resulte más corta de lo normal.

Piedad, que había sacado la roja cabeza por un extremo de la partición, dijo:

—Vamos, nos esperan.

Y Constan hizo un gesto a Fran para que empezaran.

—Vamos, muchacho. No debemos hacer esperar al público.

Lanz tomó un tambor de cuero y, oculto todavía detrás de las bambalinas, empezó a tocar una melodía rápida y solemne. Esti se le unió con la pandereta mientras Fran y Cari se preparaban con sus caramillos: Constan hizo un gesto con la cabeza y todos juntos atacaron una alegre tonada, y las cuatro Brabazon más pequeñas, con Piedad a la cabeza, salieron de detrás de las bambalinas en fila de a una y ascendieron los desvencijados peldaños que conducían a la plataforma.

Se produjo una oleada de fervientes aplausos, e Índigo vio cómo una débil sonrisa cruzaba el rostro de Constan. Sabía lo acertado de iniciar su actuación con un número del pequeño cuarteto. Piedad, que aún no había perdido por completo el ceceo de la infancia, resultaba perfecta para el papel principal: la visión de aquella atractiva criatura con sus pecas y sus brillantes rizos era seguro que conmovería los corazones del público y los colocaría en una atmósfera receptiva.

La comitiva se detuvo en el centro del escenario, entonces Gentileza, Moderación y Responsabilidad se colocaron formando una línea, de modo que Piedad quedó sola delante de ellas. La luz de las antorchas sujetas a largos postes que iluminaban la plataforma hacía que sus cabellos relucieran como una moneda de oro recién acuñada, y de un grupo de mujeres de edad que se habían reunido en una sección del público surgió un suave y afectuoso suspiro. La música se detuvo con un sonoro redoble, y Piedad levantó ligeramente su falda y dedicó una profunda reverencia a la muchedumbre allí reunida.

—Buena gente del lugar, se os saluda —exclamó con voz aguda, con la seguridad de una actriz consumada—, y se os da la bienvenida a esta reunión nocturna. ¡Acercaos, dejad a un lado las penas... y unios a nuestra fiesta!

Las otras tres niñas mayores se tomaron de las manos, y las cuatro entonaron a coro:

¡Sabemos bailar y sabemos cantar,
y estos dones os traemos,
con música y alegría, bromas y juegos,
para desearos felicidad y este día festejar!

Fran, Cari y Lanz atacaron de nuevo la melodía, esta vez en forma de alegre y vibrante tonada. Sobre el escenario, las niñas empezaron a bailar. Las tablas resonaban y crujían de forma alarmante, pero nadie parecía advertirlo; detrás del tabique Constan tomó su violín y Val su organillo mientras los demás ocupaban sus puestos empujándose unos a otros, Índigo cogió su arpa —ya no tendría ocasión de terminar de afinarla ahora, pero no importaba; cualquier nota discordante quedaría ahogada en la alegre algarabía sonora general— y de repente la música de las flautas se vio incrementada, convirtiéndose en un torrente al tiempo que Constan conducía al resto de sus actores al escenario.

Esti, Honi y Armonía se unieron de inmediato a la danza, agitando las panderetas al tiempo que giraban y hacían revolotear sus faldas de vivos colores. Dos de sus hermanos se unieron también al baile, mientras que los músicos se alineaban detrás de los revoloteantes danzarines. Una exclamación surgió de entre la muchedumbre entonces, cuando *Grimya,* en el momento exacto, describió un amplio círculo alrededor del escenario y fue a detenerse ante Piedad; en ese momento la exclamación se trocó en aplauso al ver cómo la loba realizaba una muy buena imitación de una reverencia ante la niña y ambas empezaban a dar vueltas, como si bailaran

juntas.

Desde el fondo del escenario, Índigo sonrió ante las cabriolas de su amiga y la reacción del público. La energía de la música y la excitación de estar de nuevo sobre las tablas estaban disipando los tristes pensamientos de la noche anterior, y a pesar de los problemas que afectaban Bruhome, el público parecía bien dispuesto a dejar de lado sus problemas y disfrutar del espectáculo.

La danza terminó bajo unos aplausos entusiastas, y mientras las más pequeñas marchaban corriendo, con Piedad saludando con la mano y lanzando desvergonzados besos, los mayores corrieron a disponer la escena para la representación de un solo acto que seguía a continuación. Constan, muy prudente, se había decidido por «La Dama y su Indiscreción», un melodrama cómico que permitía la sobreactuación y gran abundancia de insinuaciones y chistes salaces, Índigo no tenía ningún papel en la obra, y por lo tanto se retiró detrás de las bambalinas para controlar a las pequeñas y escuchar la marcha de la representación, que era coreada por grandes carcajadas por parte de los espectadores. Esti, que poseía un gran talento cómico natural, resultaba perfecta como la Dama del título, mientras que Constan como su cornudo esposo y Val y Lanz en los papeles de sus dos candidatos a pretendientes en constante disputa la acompañaban con entusiasmo. Se escucharon vítores y aplausos cuando hicieron su última reverencia; señal inequívoca de que el talento de la compañía de cómicos, junto con el vino y la cerveza que ahora circulaba ya libremente por la plaza, estaban obrando su propio y particular efecto sobre la gente.

Tras la obra vino un popurrí de canciones, seguido por la Danza del Boyero, y por último por más canciones, esta vez melodías populares que se animó a la concurrencia a corear, antes de un descanso de media hora para que los actores se recuperaran. Durante esta pausa, Índigo —fortalecida por un pastel cosechero bien picante y una jarra de cerveza— se unió a Esti y a Val para pasear por la atestada plaza y contemplar los adornos florales, líos aromas de la comida y la bebida se mezclaban con los olores más básicos de la naturaleza humana y el hedor de la brea de las llameantes antorchas; mientras estudiaba rostros y captaba fragmentos de conversaciones, Índigo detectó muy pocas señales de las preocupaciones que acosaban Bruhome. La gente charlaba sobre cuestiones mundanas: el clima, el último escándalo doméstico, los defectos de este nuevo aprendiz *o* del dueño de la taberna. Sólo en una o dos ocasiones se interpuso una nota amarga: las palabras *«bosque siniestro»* cuando una voz se destacó por un instante por encima del barullo general; otra voz, trastornada, diciendo: *«tres más se han visto afectados desde esta mañana, según he oído»;* una conversación susurrada, inaudible pero claramente apremiante entre dos mujeres cuyos rostros estaban crispados por el dolor, Índigo no sabía si sus compañeros eran conscientes del tenue hilo de inquietud que se iba extendiendo por la atmósfera, y se guardó muy bien de llamarles la atención sobre ello. Constan, con su conocimiento más profundo de la ciudad y de sus principales ciudadanos, averiguaría qué más había que saber cuando llegara el momento. Hasta entonces, pensó, lo mejor era olvidar aquella corriente oculta y concentrarse en los aspectos más alegres de la noche.

Terminado el descanso, empezó lo que Val denominó con gran pesar el auténtico trabajo duro de la noche. La segunda parte del espectáculo de la Compañía Cómica Brabazon consistía casi por completo en música y danza: llegado este momento, se suponía, el público estaría demasiado excitado, o demasiado bebido (o ambas cosas) para querer que se pusieran a prueba sus poderes de concentración en obras de teatro y poesías. Todo lo que deseaban era corear a grandes gritos las sencillas y viejas canciones que todo el mundo conocía, y —con un poco de estímulo por parte de los Brabazon— tomar parte en los números de danza finales.

Las manos de Índigo estaban doloridas de tanto pulsar las cuerdas del arpa; junto a ella Val se encorvaba sobre su organillo, los dedos se movían a toda velocidad mientras giraba la rueda de madera, mientras que el violín de Constan y el caramillo de Fran desarrollaban una rápida y compleja melodía por entre el retumbante fragor de fondo. Las muchachas habían saltado de la plataforma e invitaban a los hombres del público a formar pareja con ellas; los

Librodot

muchachos, imitándolas, se acercaron a un grupo de mujeres que reían entre ellas y les dedicaron sendas reverencias, extendiendo las manos. Cuando la desconfianza y la timidez se disiparon, y más y más personas empezaron a unirse al baile, Índigo dirigió una rápida mirada de soslayo en dirección a Constan y vio cómo la rápida y crispada mueca de preocupación del día anterior aparecía otra vez en su rostro. No estuvo allí mucho tiempo —estaba demasiado concentrado en su interpretación como para distraerse durante más de un breve instante— pero a la muchacha le resultó fácil adivinar su causa.

Por fin el último número tocó a su fin. Los Brabazon que bailaban dejaron a sus parejas con besos y despreocupadas promesas que no se mantendrían, y dieron una última vuelta al escenario, saludando al público. Los músicos, por su parte, dieron un paso al frente y flexionaron subrepticiamente sus cansados dedos al tiempo que sonreían y hacían reverencias. Mareada por la excitación, alegre y triste a la vez porque los festejos y la fiesta hubieran terminado por aquel día, Índigo siguió a los demás de regreso detrás de los bastidores; pero cuando sus ojos se posaron de nuevo en Constan observó que la inquietud regresaba a su rostro.

—¡Mi cuerpo y mi alma por una jarra de cerveza! —suplicó Val, y apenas dejó caer su organillo en el suelo agitó las manos para mitigar la tensión.

Esti, que estaba sentada sobre una caja tumbada desatándose los zapatos, levantó los ojos.

—Has iniciado los números de baile muy pronto, papá —dijo a Constan—. Unos minutos más y los pies me hubieran empezado a arder... Hemos bailado durante más de una hora, ¿lo sabías?

Algunos de los otros apoyaron su protesta, y Constan frunció el entrecejo.

—Mejor eso que perder a nuestro público, querida. Me di cuenta de que empezaban a mostrarse inquietos; querían tomar parte en lo que sucedía, para quitarse de la cabeza otras cosas.

—Pero...

—Nada de «peros». Cuando lleves tanto tiempo como yo en esto, sabrás cómo interpretar las señales si es que tienes algo de ingenio. —Miró a su hijo mayor—. Fran sabe de lo que hablo.

—Nos costó mucho conseguir que tomaran parte —corroboró el joven—. Lo normal es que los hombres se peleen por bailar con las chicas, pero esta vez... —Dejó que un expresivo encogimiento de hombros terminara su frase.

—Ese es el motivo por el que has tenido que bailar tanto rato. —Constan lanzó a Esti una mirada furiosa—. ¿Satisfecha ahora, señorita? ¿Alguna otra queja?

Esti volvió el rostro. Sus ojos todavía mostraban una expresión rebelde pero se guardó muy bien de discutir.

Fran empezó a guardar el equipo en las cajas y baúles para preparar la caminata de regreso a las carretas.

—¿Qué hay de mañana, papá? —inquirió—. No podemos ofrecer el mismo espectáculo dos veces seguidas. Si tomamos la función de hoy como precedente necesitaremos efectuar algunos cambios.

—Ya lo hablaremos por la mañana. —Constan se frotó los ojos—. En este instante, estoy tan seco como un hueso y no deseo más que un buen trago de algo decente. ¿Alguien más se viene al Tonel de Manzanas a tomar unas cuantas jarras?

Fran, Val, Lanz y Esti enseguida acordaron acompañarlo. Cari, con cierto remilgo, rehusó, e Índigo meneó la cabeza con una sonrisa.

—Gracias, Constan, pero no he dormido bien esta noche pasada. *Grimya y yo* regresaremos a las carretas con los otros.

—Corno quieras. Dejad lo que no podáis llevar y nosotros ya lo recogeremos más tarde. La milicia de la ciudad vigila para que no se robe nada.

El grupo se dividió y marchó en diferentes direcciones. En la plaza y las calles que la rodeaban aún quedaban algunas personas, y de todas las tabernas surgía luz y ruido, pero para

Librodot

la mayoría de los habitantes de Bruhome el día había finalizado. Se había levantado una fresca brisa, y el cielo estaba despejado y negro como el terciopelo. La noche anterior no había habido luna; esta noche había una fina y reluciente medialuna, flotando muy baja en el este mientras iniciaba su viaje nocturno.

—El viento sopla de la luna esta noche —dijo Cari en voz baja viendo el campamento desde la orilla del río.

Ella e Índigo transportaban entre las dos el más grande de los baúles de ropa, e Índigo miró la alta figura de la muchacha con curiosidad.

—¿Es eso importante? —preguntó.

Cari sonrió.

—Oh, no es más que una vieja superstición. Dice que cuando el viento sopla del lugar donde se alza una luna nueva, anuncia grandes cambios.

—¿Para bien o para mal?

—Puede ser cualquiera de las dos cosas.

—Entonces, esperemos que sea para bien esta vez.

—Sí. —En la oscuridad, el rostro de Cari parecía una pálida máscara—. Esperemos que así sea.

Ante la sorpresa de todos, Constan y sus compañeros regresaron al cabo de una hora. En el prado, mucha gente estaba despierta todavía; las hogueras brillaban aquí y allí, y el murmullo ocasional de voces apagadas se dejaba escuchar por el prado. Las cuatro Brabazon más jóvenes estaban ya en cama y dormían, pero los otros, animados ligeramente por la caminata desde la ciudad, se habían reunido en la carreta principal para beber cerveza especiada caliente y charlar tranquilamente sobre los acontecimientos de aquella noche. El sonido de unas botas en los escalones los alertó, y al levantar la cabeza vieron a Constan en la puerta.

—Bien —dijo Constan con cierto resentimiento en la voz—. ¡Parece como si esta noche hubiera más diversión bajo nuestro propio techo que en cualquiera de las tabernas de Bruhome!

Se apretujaron en el reducido espacio y Cari trajo más jarras.

—¿Qué sucede, Constan? —preguntó Índigo—. ¿No habrán cerrado todas?

—No; pero lo mejor sería que lo hicieran por la diversión que pueden ofrecer. Fuimos al Tonel de Manzanas; luego..., déjame ver. —Constan contó con los dedos—: El Vellón, Los Cosechadoras de Lúpulo y a Las Cinco Vides, y en todas partes había lo mismo. Caras largas y ojos asustados. —Sacudió la *cabeza* entristecido—. Nunca había visto nada igual.

—Y la conversación —interpuso Val—. Rumores y más rumores. La historia sobre el bosque ambulante está por todo el pueblo ahora.

Grimya irguió las orejas, e Índigo inquirió intranquila:

—¿Entonces la historia es cierta?

—La gente se comporta como si lo fuera —respondió Constan—. Cada vez son más los que afirman haberlo visto. Árboles negros, dicen, de los que crecen espinas tan largas como el brazo de un hombre. Y denso como la pared más gruesa que jamás se haya construido.

—Pero si realmente hubiera algo de verdad en esto, papá, lo habríamos visto de camino aquí —objetó Cari—. O si nosotros no lo hubiéramos visto, alguno de los otros viajeros lo habría hecho, y ya nos lo habrían contado a estas horas.

Constan le palmeó la mano.

—Lo sé, chica, lo sé. No tiene el menor sentido. Pero la gente de por aquí empieza a creérselo.

—Y eso no es todo —añadió Fran, sombrío—. Otras cinco personas más han contraído hoy esa misteriosa enfermedad, y otras dos han desaparecido.

Constan le dirigió una mirada furiosa.

—Te he dicho que no lo mencionaras. No delante de los más pequeños.

Fran se encogió de hombros.

Librodot

—Si no se lo decimos nosotros, alguien se lo dirá pronto.

—Papá, este lugar no es saludable —dijo Lanz—. Creo que deberíamos irnos, antes de que se vuelva peor..

Fran lanzó un bufido desdeñoso, pero Constan alzó una mano.

—No, Fran. He estado pensando lo mismo y creo que ya he decidido qué hacer. Daremos un nuevo espectáculo mañana, tal y como hemos planeado; pero después de esto nos despediremos de Bruhome y seguiremos adelante.

—¿Y perdernos el final de la Fiesta?

—Sí. Para lo poco que va a valer la pena ahora. —Constan los contempló de uno en uno—. ¿Bien?

Se produjeron murmullos, ruido de pies sobre el suelo.

—Tú sabes lo que es mejor, papá —dijo Armonía.

Y varias voces dieron su asentimiento. Fran continuó ceñudo, pero en su mayor parte el sentimiento parecía ser de alivio. Aunque todo el mundo fingía no sentirse afectado por la plaga que flotaba sobre Bruhome no existía la menor duda de que la inquieta atmósfera de la ciudad había dejado su huella.

Pero mientras que sus amigos parecían alegrarse de la decisión de Constan, Índigo sintió como si un gran peso se hubiera instalado bajo sus costillas. Miró a *Grimya y* supo que la loba compartía su aprensión. Un día más, y la Compañía Cómica Brabazon seguiría su camino. Tendría que comunicarles que ni ella ni *Grimya* irían con ellos.

Desde el principio había sabido que esto acabaría por llegar, pero había alejado la idea de su pensamiento tanto como le había sido posible, convencida de que de nada servía preocuparse por ello hasta que llegara el momento. Y ahora que el momento *había* llegado no sabía cómo encontrar las palabras para decir adiós. No lo comprenderían; creerían que se había cansado de ellos, que simplemente los había estado utilizando; nunca había podido explicarles la verdad...

—¿Índigo?

Alzó la cabeza y vio que Cari la miraba con gran preocupación.

—¿Estás bien? —preguntó Cari—. Tienes un aspecto... bueno, *raro.*

—Estoy... bien. De veras, no es nada...

«Índigo», Grimya se dirigió a su mente con suavidad y tristeza. *«Creo que debes decírselo. Saben que algo no va bien, el momento no tardará en llegar, de todas formas. Díselo, Índigo. Será mejor para todos nosotros. »*

Quizá *Grimya* tenía razón. Si se andaba con rodeos, podría faltarle el valor, ¿y entonces qué sucedería con ella? Cari seguía observándola, nada convencida por su aseveración, e Índigo aspiró con fuerza.

—Constan —dijo—. Todos vosotros. Hay algo que tengo que deciros.

Se hizo el silencio. Todos la miraban ahora, y de repente el discurso que luchaba por formar en su mente se hizo pedazos.

—Eh, vamos, muchacha —Constan se inclinó hacia adelante y le oprimió el brazo—. ¿Qué sucede? Vamos; puedes decírnoslo. ¿No somos acaso tus amigos?

Era lo peor que hubiera podido decir, aunque lo hubiera hecho de forma totalmente involuntaria, e Índigo sintió una dolorosa sensación de ahogo en la garganta. Abrió la boca, obligándose a hablar, y empezó a decir:

—Constan, yo...

Y las palabras se transformaron en una sorprendida exclamación al dejarse oír por el prado un espantoso gemido inhumano.

Las jarras fueron a estrellarse en el suelo del carromato y sólo los reflejos instintivos de Lanz evitaron que el pequeño hornillo de leña se volcara cuando todos se pusieron en pie de un salto.

—¡Por la Madre de la Cosecha! —A Fran se le pusieron de punta los cabellos—. ¿Qué fue eso?

Se dirigió hacia la puerta, pero Constan lo sujetó por el brazo.

—¡Espera, muchacho! Deja que mire.

Se adelantó *y* abrió la puerta superior de par en par. Al hacerlo, el terrible sonido se inició de nuevo; fino, fantasmal, como la voz de un alma bajo atroces tormentos. Cari gimió e intentó taparse los oídos; Armonía y Honestidad se abrazaron, *y* Sinceridad olvidó sus anteriores bravatas de muchacho de doce años y corrió a cogerse de la mano de Índigo. Mientras el espantoso sonido se desvanecía escucharon gritos procedentes de otras partes del prado, y se recortaron siluetas contra los rescoldos de las hogueras a medida que otros feriantes se iban reuniendo. *Grimya,* con todo el pelaje erizado, empezó a gruñir; entonces, se oyó gemir por tercera vez a aquella voz horrible que surgía de la noche, y en algún lugar cerca del río una mujer chilló.

—Proviene de algún lugar al otro lado del río.

Constan abrió la parte inferior de la puerta y bajó corriendo la escalera, con Fran, Val y Esti detrás; y antes de que Índigo pudiera llamarla a su lado, *Grimya* corrió también tras ellos, y los cinco se precipitaron a campo traviesa en dirección a la orilla.

—¡Papá! —gritó Cari, con voz aterrorizada—. ¡Papá, ten cuidado!

La voz excitada de *Grimya* penetró en la mente de Índigo por entre todo aquel caos. La loba se había adelantado a los humanos, mucho más lentos que ella, y ya había llegado a la orilla, donde se detuvo para olfatear el aire con el hocico.

«Oigo de dónde procede este horrible sonido», dijo. *«Viene de muy lejos, del otro lado del río, de las colinas. Y puedo oler algo; puedo hacerlo... ¡Índigo!» y* la voz de *Grimya* irrumpió en el mundo real al transformarse en un aullido.

—¡Madre Todopoderosa!

Índigo descendió los escalones de un salto, y mientras corría en dirección a la orilla escuchó un temeroso lamento procedente de una de las otras dos carretas al despertarse las dos niñas más pequeñas, pero no podía detenerse a ocuparse de ellas. Había sentido la terrible oleada de terror surgida de la mente de *Grimya* cuando ésta aulló, y en la suya empezaba a cobrar forma ese mismo pánico.

Grimya estaba agazapada junto a la orilla, las orejas echadas hacia atrás, sin dejar de gruñir. Constan había intentado calmarla pero no se atrevía a acercarse demasiado, y cuando Índigo llegó corriendo levantó los ojos, aliviado.

—¡Maldita sea, Índigo, está tan asustada como todos nosotros!

—¡Grimya! —Índigo se arrodilló y abrazó la leonada cabeza de la loba—. ¡Tranquila! ¡Todo está bien!

Y añadió en silencio la apremiante pregunta:

«¿Qué has percibido?»

Grimya temblaba; lamió la mano de Índigo para luego apretar con fuerza el hocico contra su cuerpo.

«No... *lo sé. ¡Pero me dio miedo!»*

—Está bien —le dijo Índigo a Constan, que seguía observándola.

—¡Entonces es la única de todos nosotros que lo está! —El rostro de Constan mostraba un tono ceniciento.

La noche volvía a estar en silencio, pero en aquel silencio parecían resonar aún los ecos de aquel terrible gemido. De las tiendas y carromatos salía cada vez más gente que se aproximaba a la orilla; un caballo relinchó y poco a poco las voces empezaron a romper la quietud. Un niño lloriqueó; se escucharon susurros, preguntas, figuras vagas se apretujaban en pequeños grupos para discutir y señalar al otro lado del río. Más atrás, se escuchaban los sollozos de más de una persona, una reacción refleja al temor y la sorpresa.

Constan miró fijamente a la otra orilla. En voz baja, con los dientes apretados, siseó:

—Por cien mil maldiciones, ¿qué es lo que hay ahí?

Val sacudió la cabeza. También él estaba pálido.

—No preguntes, papá. Mejor no saberlo.

Librodot

—No —interpuso Fran con fiereza—. Debiéramos saberlo. —Agitó la mano frenéticamente para indicar las lentas aguas—. ¡Hay algo horrible al otro lado del río, papá, y apostaría cualquier cosa a que tiene algo que ver con lo que está sucediendo en Bruhome! No deberíamos quedarnos aquí quietos como un rebaño de ovejas... ¡deberíamos ir tras eso, y averiguar qué es!

—No seas idiota, muchacho —replicó enojado Constan—. ¡Sea lo que sea esa cosa está fuera de nuestra comprensión!

—¿Cómo podemos saberlo a menos que vayamos a ver? —persistió Fran—. ¡Papá, escúchame! Si cogemos los ponis, tú y yo y Val, y quizá también Temp si tiene valor para ello, e Índigo y *Grimya;* las dos son tan buenas como cualquier hombre; podemos ir y ver por nosotros mismos qué se ha de hacer.

«¡No!», dijo *Grimya* en silencio, pero con terrible énfasis.

Y de repente Índigo supo lo que la loba había estado intentando decirle pero no había podido articular. Se puso en pie.

—No, Fran.

Fran se volvió, sobresaltado, y Constan se interrumpió en el mismo instante en que iba a lanzar una furiosa negativa. Ninguno de los dos había oído nunca hablar a Índigo con tanta autoridad, y Fran arrugó el entrecejo, molesto por su intervención.

—¿Qué quiere decir «no»? —exigió—. ¿De qué otra forma vamos a descubrir qué hay ahí? ¿O es que esperas que nos quedemos quietos sin hacer nada?

—Sí —repuso Índigo—. Si tienes algo de seso, eso es exactamente lo que espero.

Constan empezó a decir:

—Mira, chica...

Pero Fran lo interrumpió, ahora enojado.

—Escúchame a mí, Índigo...

—¡No, Fran, *tú* has de escucharme a *mí!* —Su voz sonaba llena de agresividad—. ¡Y por una vez, ten el sentido común de no discutir con aquellos que saben más que tú! —Hizo una pausa—. Ninguno de vosotros, *ninguno* de vosotros, deberá salir en persecución de lo que sea que haya allí. Ni esta noche, ni mañana, ni ninguna otra noche. *Dejadlo tranquilo.* ¿Me entendéis?

Fran estaba visiblemente sorprendido. Los que estaban lo bastante cerca como para haberla oído los observaban con curiosidad, y para ocultar su contrariedad intentó no tomárselo en serio.

—Mira, Índigo, no te culpo por tener miedo, pero...

—Sí, tengo miedo. —Le cerró el paso—. Y estoy dispuesta a admitirlo, ¡lo cual me convierte en un ser menos idiota que tú! —Y antes de que él pudiera responder, dio media vuelta y se alejó a grandes zancadas de regreso a las carretas.

Fran lanzó una maldición y, decidido a no dejarle decir la última palabra, hizo intención de ir tras ella, pero se detuvo de nuevo, sintiendo que se le revolvía el estómago cuando el agudo y fantasmal gemido se elevó de nuevo en la noche. Esta vez parecía que no era una sino cincuenta las voces que gemían en desolada armonía; la gente chilló temerosa, retrocediendo lejos de la orilla, y el gemido se apagó, se desvaneció hasta quedar tan sólo una única voz torturada. Durante un instante una única nota de profunda agonía resonó desde los distantes páramos; luego, también esta nota se apagó con un estremecimiento y se desvaneció.

No muy lejos, dos hombres se apretaron uno contra el otro y agacharon las cabezas en silenciosa y ferviente plegaria. Las miradas de Fran y Constan se encontraron, pero ninguno pudo hablar. Val y Esti estaban cogidos con fuerza de la mano, mudos. Por fin, Constan rompió el silencio.

—Regresad a las carretas. —Había una tranquila autoridad en su voz que ninguno de ellos se atrevió a desafiar—. Quizá ninguno de nosotros duerma esta noche, pero cerraremos las puertas a cal y canto para mantener a la noche fuera.

Esti y Val empezaron a alejarse y Fran los habría seguido, pero Constan lo contuvo.

—Fran. —Sus ojos lo miraron con fijeza, preocupados—. No me gusta ver peleas.

Fran enrojeció, furioso.

—¡Ella ha empezado! Hablándome como si no fuera más que un pobre palurdo de fiesta de pueblo...

—Quizá se ha pasado de la raya, pero pensó que tenía un buen motivo —repuso Constan con serenidad—. Sólo intentaba hacer lo mejor; y por lo que todos nosotros sabemos, puede que tenga razón. Haz las paces con ella, Fran, y no le guardes rencor.

Fran vaciló, luego asintió de mala gana.

—Sí, papá.

—Buen chico.

Constan volvió la cabeza por encima del hombro para contemplar el río que fluía tranquilo y lento. No podía explicarlo, pero tenía la fuerte convicción de que ya no se oirían más voces fantasmales: al menos, no esta noche. Pero en cuanto a mañana...

—Esto me ha acabado de decidir del todo —dijo en voz baja.

—¿Sobre lo de abandonar Bruhome?

—Sí. Una actuación más, y nos vamos.

Se produjo un largo silencio. Luego Fran dijo:

—Me alegro, papá. Ya sé que fui el único que se opuso, pero... —También él miró el río y contuvo un escalofrío—. Entre tú y yo, me alegro.

Librodot

CAPÍTULO 4

A la mañana siguiente, el ambiente en el campamento del prado estaba muy apagado. La gente se saludaba con suspicacia y parecía ansiosa por evitar mirarse directamente a los ojos; desde luego nadie deseaba siquiera mencionar los acontecimientos de la noche anterior, aunque su recuerdo flotaba sobre el campamento como el humo.

En la ciudad de Bruhome, no obstante, la atmósfera era muy diferente. También sus habitantes habían oído los fantasmales ruidos que provenían de los páramos, pero al contrario que los forasteros no ocultaban su miedo. Cuando Índigo, Cari y Val llegaron al mercado matutino a comprar provisiones para la caravana lo encontraron atestado de gente que hablaba, hacía preguntas y especulaba. Parecía como si todos los hombres, mujeres y niños de Bruhome hubieran salido a las calles en busca de la confortación y la seguridad de la compañía de sus conciudadanos. O más bien, se corrigió pesarosa Índigo, al menos todos aquellos hombres, mujeres y niños que todavía no se habían visto afectados por la enfermedad. Se rumoreaba que otros nueve habían enfermado durante la noche; lo que había empezado como un fenómeno aislado amenazaba con convertirse en epidemia, y los acontecimientos de la noche daban una fea dimensión extra a los terrores de la población. Algunos decían —y el cuchicheo crecía, deslizándose por la ciudad— que aquel espantoso gemido eran las voces de las almas desencarnadas, que erraban perdidas por los páramos: las almas torturadas, quizá, de las desgraciadas criaturas que habían desaparecido de sus hogares desde que empezara la plaga.

Mientras escuchaba los rumores, las historias, los atemorizados cuchicheos, Índigo intentaba no pensar en el enfrentamiento que había tenido con Fran en la orilla del río. Tanto Constan como Fran —*y* tampoco Val ni Esti— habían vuelto a mencionar el incidente, pero su recuerdo aún despertaba cierta amargura en la mente de Índigo, y las habladurías que recorrían la ciudad no hacían nada por disminuirla. Su intención no había sido menospreciar a Fran; pero en aquel momento, con la advertencia de *Grimya* resonando en su cabeza y los ecos del espantoso gemido corrompiendo aún el aire, se había sentido asustada; y con buen motivo.

Algo horrible e impuro había llegado a Bruhome. Índigo creía conocer su esencia si no su forma, y estaba decidida a proteger a los Brabazon de aquello costara lo que costase. La imprudente bravata de Fran nada podía contra esta cosa, y la curiosidad era una trampa mortal. *Tenían* que seguir adelante. Tenían que dejarlas a ella y a *Grimya* allí y marchar de Bruhome antes de que se vieran envueltos en algo que no podrían comprender, y mucho menos controlar.

__—¿... crees? —La voz de Val irrumpió en su mente—. ¿Índigo?

Levantó los ojos desconcertada y comprendió que el joven le había hecho una pregunta, pero no lo había estado escuchando.

—¿Qué?

Val hizo una mueca.

—¿Dónde estabas? ¿En la luna?

—Lo siento. —Miró a su alrededor, a las ligeramente marchitas guirnaldas que adornaban paredes y toldos, y contuvo un estremecimiento—. Miraba las flores.

Val enarcó las cejas.

—Te he preguntado cuánta harina de avena crees que necesitaremos. ¿Un saco o dos? No sé cuánto tiempo se conserva.

Índigo hizo un esfuerzo por regresar a las cuestiones mundanas, pero su cerebro se negaba a responder.

—No... lo sé, Val. Lo mejor será preguntar a Cari.

El joven arrugó la frente.

—Eh, ¿qué te pasa? ¡Parece como si estuvieras en trance! —Su expresión se trocó en una de alarma—, Índigo, ¿no estarás cogiendo la enfermedad?

Librodot

—No —le aseguró—. No, Val.

Sabía de forma instintiva que la enfermedad de Bruhome no la afectaría. Hizo un nuevo esfuerzo, mayor esta vez, y su mente se aclaró y el mundo real regresó ante ella.

—Estoy bien.

—Uf, es la atmósfera de este lugar —Val indicó impotente a su alrededor—. Nos está afectando a todos, Índigo. Empiezo a pensar que papá tendría que olvidarse de la actuación de esta noche y marchar ahora. Sé que parece cruel, porque esta gente necesita que la animen; pero... Bueno, a veces uno tiene que anteponer el propio interés, ¿no crees? —Clavó la mirada en el rostro de ella, ansioso por obtener su aprobación, e Índigo asintió.

—Estoy de acuerdo contigo, Val. La verdad es que hablaría yo misma con tu padre sobre ello si pensara que serviría de algo.

—A lo mejor sí. Es más probable que papá te escuche a ti que a cualquier otro, con excepción quizá de Cari.

Índigo escudriñó los rostros que se apretujaban a su alrededor yendo de un lado a otro, diciéndose que era mejor no pensar en ello, no pensar en lo que significaría; no aún...

—¿Y dónde está Cari?

Val se volvió, mirando al lugar por el que habían venido.

—Estaba allí hace un minuto, en el puesto del quincallero. Dijo que quería un remache nuevo para el cucharón grande; el mango se está soltando. Pero ahora no la veo. ¿Cari? —Alzó la voz—. ¡Cari!

Algunas personas levantaron la cabeza, pero a Cari no se la veía por ninguna parte. Val masculló algo entre dientes y se introdujo entre la multitud, entonces se detuvo y señaló, con una mueca.

—Ahí está. En el banco que hay a la puerta de esa taberna, descansando los pies tranquilamente, la muy perezosa. ¡Cari! ¡Ven aquí!

Una sospecha, sólo eso: pero Índigo sintió un nudo en el. estómago...

—¿Cari?

La expresión de Val cambió de repente. Empezó a moverse, abriéndose paso por entre ciudadanos sorprendidos e indignados.

—*¡Cari!*

Cari estaba recostada en un banco de madera colocado contra la pared encalada de una de las muchas cervecerías de Bruhome. Su bolsa de cáñamo, en el suelo junto a ella, se había volcado y sus compras se desparramaban por el suelo, pero ella no parecía darse cuenta: su cabeza colgaba como la de un borracho, con mechones de sus brillantes cabellos cayéndole sobre el rostro, y sus manos se agitaban débilmente, impotentes, sin que pudiera controlarlas.

—¡Cari! —Val llegó junto a ella con un patinazo final, se dejó caer de rodillas y la sujetó con fuerza por los brazos—. Cari, ¿qué sucede? ¿Qué pasa?

Índigo, cuando por fin lo alcanzó, se inclinó sobre Cari, tomó el rostro de la muchacha entre sus manos y la obligó a levantar la cabeza. Unos ojos total y absolutamente vacíos se enfrentaron a su aturdida mirada, y supo, *supo* antes de que la lógica pudiera hacerse con el control, de lo que se trataba.

El rostro de Cari tenía una palidez mortal. Por un momento, contempló a Índigo sin verla, luego sus labios se torcieron hacia abajo en una expresión de inefable pesar.

—Es tan triste... —dijo, y había una gran sorpresa en su voz, una terrible e infantil inocencia—. Ohhh... es tan *triste...* —Y su cuerpo cayó de lado fuera del banco al tiempo que perdía el conocimiento.

Val la tomó en sus brazos.

—¡Cari! —Pronunció su nombre con voz chillona, desesperada, al tiempo que la zarandeaba—. ¡Cari!

—¡No! —Índigo extendió la mano para detenerlo al ver que parecía a punto de golpear la cabeza de Cari contra la pared en frenética insistencia—. ¡Val, no sirve de nada! Está...

Se interrumpió, consciente de pronto de las personas que empezaban a rodearlos, de los

rostros curiosos, y a medida que el temor se transformaba en certeza, de la sorpresa y simpatía y de la oleada de compañerismo.

—... Justo igual que la muchacha de la buena señora Frene...

—... es tan repentino, nadie puede predecir cuándo...

—El pequeño del Burgomaestre Mischyn; recordáis como...

—Val... —Índigo escuchó alzarse su propia voz por entre el creciente murmullo de voces y apenas si la reconoció—. Regresa al prado. Trae a tu padre; *¡corre!* —Y al darse cuenta de que estaba demasiado aturdido para comprender lo ocurrido, siguió—: Val, ¿no lo comprendes? ¡Tiene la enfermedad!

—¿Qué ha hecho ella para merecer esto? Contestadme a esto: qué ha hecho nunca mi pequeña para merecer verse fulminada así en la flor de la juventud, en plena belleza, en...

—Papá; papá, por favor. —Fran, que había venido corriendo con su padre desde el prado, lo sujetó por los hombros y lo sacudió con suavidad, en un intento por contener el farfullante torrente de palabras—. Cari no ha hecho nada. Es sólo... —Levantó los ojos desvalido hacia el círculo de preocupados espectadores; el Burgomaestre Mischyn, al que la conmoción había sacado de su casa situada muy cerca de allí, meneó la cabeza con tristeza y los demás bajaron los ojos al suelo—. Es mala suerte, papá —terminó Fran pesaroso—. No es más que mala suerte.

—*¿Mala suerte?* —Constan se puso en pie de un salto, furioso—. ¡Los Brabazon no tienen mala suerte! ¡Buena suerte, eso es lo que hemos tenido siempre! ¡Incluso cuando vuestra madre, bendita sea tres veces, nos fue arrebatada eso no fue mala suerte, fue el deseo de la Gran Diosa y una recompensa para ella después de tantos años de trabajo! Nosotros no tenemos mala suerte; no hasta ahora; no hasta que vinimos a este perdido estercolero de ciudad, con sus pestes y sus enfermedades y...

—¡Papá, déjalo ya! —Fran lo zarandeó de nuevo, esta vez con más fuerza—. ¡No piensas lo que dices, y lo sabes! ¡Esto no es culpa de Bruhome; ellos también sufren tanto como nosotros!

El rostro de Constan estaba casi morado. Las lágrimas corrían por sus mejillas y por un momento pareció como si fuera a golpear a Fran; pero enseguida afloró la razón y desvió la mirada, parpadeando.

—Tú no lo comprendes —musitó—. Tú no comprendes lo que es tener hijos, y quererlos e intentar protegerlos y...

—Constan, mi buen amigo. —El Burgomaestre Mischyn dio un paso hacia adelante y rodeó con su brazo los hombros del aturdido padre—. Hay aquí muchas personas que sí comprenden, y que se solidarizan con tu sufrimiento. —*Lanzó un* profundo suspiro—. Si hubiera pensado por un solo instante que esta enfermedad podría extenderse a nuestros invitados, entonces jamás habría permitido que se celebrase el Festival; habría puesto la ciudad en cuarentena, habría hecho cualquier cosa... Constan, es mi culpa, ¡y lo siento profundamente!

Los hombros de Constan se agitaron convulsos y éste tragó saliva. Su autocontrol había regresado ya y asintió, teniendo buen cuidado de no mirar la figura pálida e inmóvil de Cari" tendida sobre el banco.

—Perdóname, Mischyn. El shock; la preocupación... —Hizo un gesto de impotencia—. No quería...

—Claro que no. Y te aseguro que se hará todo lo posible por tu hija. La llevaremos a mi propia casa, y...

—No —lo interrumpió Constan—. Me la llevaré de regreso a los carromatos.

—Como desees, claro está. Pero...

—No —repitió Constan, testarudo—. Irá a su propia casa. Allí es donde quiere estar; conozco a mi hija. Y luego nos iremos. —Dirigió una rápida mirada a Fran y a Val, como retándolos a que se opusieran—. ¡Me llevo a mi pequeña Can a un médico, me la llevo a que

la *curen!*

Nadie habló, pero unas pocas cabezas se agitaron muy serias. Haciendo a un lado los intentos de Fran por ayudarlo, Constan tomó el inerte cuerpo de Cari en sus brazos, para luego dedicar a los reunidos una última y entristecida mirada antes de alejarse a grandes zancadas en dirección al prado. Fran miró al Burgomaestre Mischyn pero no se le ocurrió nada qué decir; en lugar de ello ensayó un gesto de disculpa y, con Val a su lado, salieron en pos de Constan.

Índigo contempló cómo los tres Brabazon y su carga desaparecían entre la multitud, pero no hizo el menor intento de seguirlos. Desde la llegada de Constan se había retirado a un segundo plano; y en la confusión resultante la habían olvidado, y ella, por su parte, no sentía el menor deseo de entrometerse. Sin embargo, al contemplar la deprimente escena que se desarrollaba frente a la taberna, se había visto enfrentada de forma repentina y dolorosa con la fría realidad de su propia conciencia. Fuera lo que fuese lo que los demás dijeran o pensaran, sentía que era ella la única culpable de la desgracia que había caído sobre los Brabazon. Debería de haberles advertido en cuanto se dio cuenta de que su objetivo estaba en Bruhome; habría debido de utilizar todas las artimañas que hubiera podido encontrar para disuadirlos de quedarse en la ciudad. Mejor aún, debiera de haberse negado a dejarse llevar por la debilidad y abandonado la Compañía, con o sin explicaciones, cuando la intuición le había advertido por vez primera de lo que podía haber más adelante. Pero no: en lugar de ello había elegido posponer el momento, ocultándose tras una complaciente ilusión mientras se prometía a sí misma que aún podía continuar en aquella placentera situación durante un poco más, sólo un poco más, sin poner en peligro a sus amigos. Si hubiera sido honrada, pensó con amargura, habría reconocido la verdad mucho antes, y Cari y su familia no sufrirían ahora por culpa de su egoísmo.

Deseó que *Grimya* estuviera aquí. Necesitaba el apoyo de la loba, su consejo y su prosaica sensatez para que la ayudara a decidir qué era lo mejor que podía hacen Pero *Grimya* estaba en el campamento, había preferido jugar con las pequeñas en lugar de deambular por el mercado atestado; y además, Índigo no necesitaba preguntarle para saber lo que le diría. *Grimya* le diría lo que ya sabía: que debía despedirse de los Brabazon ahora, y asegurarse de que estaban a salvo y lejos de Bruhome antes de que ocurriera nada peor. Por muy dolorosa que resultara la despedida para las dos partes, debía hacerse. No había lugar para más excusas.

La bolsa volcada de Cari había quedado olvidada en la confesión, y seguía allí junto al banco, ahora vacío, Índigo se agachó para recoger lo que había caído y colocarlo de nuevo en su interior, luego se incorporó y miró a través del gentío en la dirección que Constan y los otros habían tomado. Una fría y siniestra premonición se agitó en su interior, como el despertar de algo inmundo. Luego levantó la bolsa, se pasó la correa por el hombro, y atravesó la plaza.

Durante todo el camino de regreso al prado, Índigo ensayó en silencio lo que diría a los Brabazon, cómo les comunicaría que no iba a irse con ellos cuando abandonaran Bruhome. Las palabras resultaban inadecuadas y estaban muy lejos de la auténtica verdad, pero eran las mejores que encontró y, fuera lo que fuese lo que ellos pensaran, tendrían que bastar.

Pero cuando avistó el campamento, se dio cuenta de inmediato de que alguna otra cosa no iba bien. Había esperado encontrarse con una gran actividad, carretas que se cargaban, los bueyes enjaezados, los ponis sujetos en hileras detrás del último carromato. En lugar de ello, vio a la familia —a aquellos miembros que no estaban en la carreta de las muchachas cuidando de Cari— reunida alrededor de la carreta principal. Se oían fuertes voces que discutían, y de repente *Grimya* se destacó del grupo. Había percibido la llegada de Índigo, y fue deprisa a su encuentro.

«¿Grimya?» Índigo se dirigió a la loba con su mente. *«¿Qué sucede?»*

«No estoy segura», respondió *Grimya. «Algo le pasa a Cari, y se habló de abandonar la ciudad. No he comprendido todo lo que dijeron. Pero ahora parece que una de las carretas no puede moverse. Constan dice que el eje está roto. »*

La siniestra premonición de Índigo se tornó de repente en algo mucho peor. Aceleró el paso en dirección a las carretas, y *Grimya,* al trote a su lado dijo:

«Índigo, ¿qué le ha sucedido a Cari? Pensaba que estabas con ella en el mercado, pero cuando no has regresado con los otros... »

«Sí estaba con ellos. Cari... ¿sabes Grimya?, *tiene la enfermedad. La enfermedad del sueño que azota la ciudad. »*

Su información transmitió mucho más que palabras, y *Grimya* percibió de inmediato la dolorosa autorrecriminación presente en el mensaje. Llena de lealtad, empezó a protestar, a replicar que Índigo no podía haber previsto aquel giro en los acontecimientos, pero antes de que pudiera transmitir más que algunas enérgicas palabras, Fran levantó la cabeza, las vio, y se acercó enseguida. Su rostro estaba descompuesto.

—La mala suerte nos acompaña, Índigo —le dijo sucintamente.

—¿Qué ha sucedido?

—El travesaño del eje se ha partido. Sólo la Madre sabe cómo ha podido suceder, pero no podemos movernos hasta que esté arreglado.

—¿Cuánto tiempo tardará?

—Es difícil de decir. Por suerte, hay un magnífico carretero en la ciudad. Siempre y cuando no haya caído enfermo o desaparecido podría...

—¡Fran!

Fran se interrumpió al llamarlo su padre desde el lugar donde estaba, agachado junto a la averiada carreta. Constan se puso en pie y se les acercó; sudaba, pero su rostro, bajo el bronceado, estaba pálido.

Saludó a Índigo con un rápido y seco gesto de cabeza y dijo:

—Se necesitará medio día de trabajo para arreglarlo. No pienso esperar tanto tiempo; no mientras mi Cari está ahí tendida como si estuviera muerta. —Se secó la frente con manos mugrientas; el día era caluroso y amenazaba con volverse opresivo—. Escucha, muchacho: quiero que cojas el mejor poni, y te adelantes a caballo. Hay una ciudad a unos cincuenta kilómetros al norte que es lo bastante grande como para tener su propio médico; ve en su busca y regresa aquí con él. Nos encontraremos por el camino.

—Muy bien, papá. —Fran parecía aliviado, agradecido por tener algo práctico y positivo que hacer—. Cogeré el semental; es obstinado pero es veloz y tiene aguante.

Hizo intención de dirigirse a toda prisa hacia la hilera de ponis, y de pronto Índigo dijo:

—Fran..., iré contigo.

La miró. Por un instante la muchacha vio brillar un destello de rencor, como si, recordando su enfrentamiento de la noche anterior, Fran pensara que ella quería dar a entender que el muchacho necesitaba protección, y rápidamente añadió:

—No hay nada que pueda hacer aquí, y quiero ayudar a Cari.

Constan replicó:

—Gracias, muchacha. ¡Gracias!

Y Fran cedió.

—De acuerdo. Vamos; no hay tiempo que perder.

Mientras corrían hacia los ponis, Índigo se preguntó si había tomado una decisión acertada. Había sido puro impulso, alimentado por un sentimiento intuitivo de que, ya que los Brabazon se veían obligados a permanecer en Bruhome, podrían estar más seguros si ella no estaba entre ellos. Era una convicción sin lógica, pero había aprendido por dura experiencia que a menudo el instinto era un guía más certero que la lógica; y además, cualquier ayuda que pudiera proporcionar ahora podría ser una pequeña recompensa por los problemas que había traído a aquella familia. Al diablo la piedra-imán y sus instrucciones, pensó; el asunto que tenía que resolver en Bruhome podía esperar un poco.

Fran ensilló dos ponis mientras Índigo llenaba odres de agua y preparaba un pequeño paquete de raciones básicas. También dedicó un momento a recoger la potente ballesta de cortas saetas que había adquirido hacía varios años en Davakos, después de navegar en *El*

Librodot

Orgullo de Simhara desde Khimiz al continente occidental. Había aprendido a utilizar un arco a una temprana edad y era una tiradora excelente; su puntería junto con la pericia de Fran en la lucha con cuchillo y la presencia de *Grimya* les darían toda la protección que necesitasen durante el viaje.

Grimya aceptó su decisión de acompañar a Fran sin hacer preguntas ni comentarios. La loba se limitó a decir que prefería la actividad a la espera, e Índigo tuvo la sospecha de que, también ella, se sentiría mejor lejos de la caravana. También estuvo de acuerdo con la segunda intención de Índigo, que era hablar con Fran durante la marcha y explicarle de la mejor forma posible por qué regresaría a Bruhome en lugar de continuar con las carretas. Resultaría más fácil, pensaba ella, decir lo que tenía que decir a una persona sola primero en lugar de enfrentarse a las protestas e intentos de persuasión de toda la familia Brabazon. Fran, quizá más que ninguno de los otros, al menos podría intentar comprender sus razones y ayudarla a enfrentarse a los otros cuando llegara el momento.

Se pusieron en marcha sin largas despedidas, y mientras los ponis abandonaban el prado Índigo volvió la cabeza para echar una última mirada al campamento. Vio a Constan y a tres de sus hijos agachados junto a la carreta averiada con Estil y Honi no muy lejos; estaban absortos y apenas si se dieron cuenta de la marcha de los jinetes. Tan sólo Esti levantó los ojos por un instante y los despidió con la mano antes de volver su atención a los otros, e Índigo se sintió invadida por la tristeza.

El prado se perdió a su espalda, y Fran tomó la carretera que los llevaría lejos de la ciudad, Índigo parpadeó para quitarse la humedad que se aferraba con tenacidad a sus pestañas; luego, decidida, dio la espalda al campamento y a sus amigos, y espoleó al poni para que emprendiera un rápido trote.

Durante casi una hora Índigo y Fran cabalgaron sin hablar. Fran mantenía un ritmo rápido, ya que quería recorrer tamo terreno como fuera posible mientras los ponis estuvieran descansados, y no había demasiada ocasión para conversar; sin embargo Índigo era consciente de la existencia de una tensión residual entre ambos que le indicaba que, si bien Fran podría haberle perdonado las duras palabras de la noche anterior, no por ello las había olvidado. Y la muchacha se daba perfecta cuenta de que la muralla que se había alzado entre ellos haría que resultara mucho más difícil lo que tenía que decirle; pero por el momento había poco que pudiera hacer para franquear aquel abismo, de modo que se obligó a concentrarse en el paisaje.

La carretera que discurría al norte de Bruhome se movía por entre dos clases totalmente distintas de terreno que se mezclaban en un panorama típico de esta tierra. Al oeste se encontraba la verde curva de los páramos que se elevaban de forma gradual, interrumpida aquí y allá por el gris de un afloramiento de rocas o de una escarpadura; mientras que al este había una suave extensión de manzanos de poca altura y de campos de lúpulo que se perdían en el nebuloso horizonte. Era un día extraordinariamente caluroso a pesar incluso de lo imprevisible del otoño: no soplaba la menor brisa, y a medida que avanzaba la mañana el cielo perdía su nitidez y adoptaba un tono metálico. Las sombras de los dos jinetes ya no eran visibles sobre el camino, e Índigo supuso que no tardaría mucho en estropearse el día. Deseó que, si es que iba a producirse una tormenta, hubieran llegado ya a su destino antes de que descargara.

Poco después del mediodía llegaron a un vado poco profundo por donde uno He los numerosos riachuelos del páramo atravesaba la carretera, y se detuvieron un rato para descansar y comer, y dar de beber a los ponis. *Grimya* se alejó por su cuenta a explorar madrigueras de conejos en el borde del páramo, mientras Índigo cogía un poco de pan y queso de sus provisiones. Fran, de forma deliberada quizá, se sentó a tal distancia de Índigo que hacía imposible una conversación banal, y la muchacha se dio cuenta de que si aguardaba a que la tensión entre ambos se desvaneciera por sí sola lo que tenía que decir podría no decirse nunca. No podía aplazarlo por más tiempo.

Se puso en pie y, tratando de que pareciera natural, paseó un poco junto al vado antes de

Librodot

darse la vuelta y acercarse a donde estaba sentado Fran. Este no la miró, por el contrario siguió con la vista fija en la carretera que tenían delante, masticando despacio un pedazo de pan.

—Fran, necesito hablar contigo —dijo la joven.

Esta vez sí que levantó la cabeza, y le dedicó un efusivo gesto.

—Claro.

Pero había un amago de cautelosa hostilidad en su voz.

—Cuando lleguemos a la ciudad; cuando hayamos encontrado un médico... —Vaciló—. Fran, yo... es decir, cuando... —Maldición, pensó, *maldita* sea su cobardía. *Tenía* que decirlo.

—Fran, escucha. —Se agachó frente a él—. Cuando hayamos encontrado un médico y lo hayamos conducido hasta el lugar donde nos encontremos con los otros en el camino, yo no seguiré el viaje con vosotros.

Por fin lo había dicho. Y Fran la miraba sin comprender.

—¿Qué?

—Intento decir que ha llegado el momento de que abandone a la Compañía Cómica Brabazon.

Se produjo un profundo silencio mientras lo que había dicho penetraba por completo en la mente de Fran. Luego, éste dijo en un tono de voz totalmente diferente al anterior:

—*¿Por qué?*

Todo rastro de hostilidad se había desvanecido de repente, el rencor se había transformado en desdichado desconcierto, Índigo clavó los ojos en el suelo a sus pies.

—Lo siento. No quería decirlo tan de sopetón; pero no creo que sirviera de mucho envolverlo en fiorituras. Tengo que marchar. Es...

La interrumpió antes de que pudiera terminar.

—Índigo, ¿qué hemos hecho?

—¿Hecho? —Índigo levantó los ojos hacia él, y comprendió que el muchacho había malinterpretado sus palabras—. ¡Nada! No es...

—Soy yo, ¿verdad? Anoche, cuando nosotros... ¡Índigo, te juro por la Gran Madre que no era mi intención discutir contigo! De acuerdo; entonces estaba enojado. Pensé que intentabas decirme cómo debía comportarme y no creía que tuvieras ese derecho, pero...

—Fran. —Extendió una mano y le cogió por el brazo—. No es eso. Lo de anoche no tiene nada que ver con esto.

Estaba claro que no le creía.

—Índigo, no puedes dejar que una cosa tan banal te vuelva contra nosotros... ¡No es justo! ¡Sea lo que sea lo que pienses de mí, no es justo para con los otros!

—¡Fran, por favor, *escucha! No es* a causa de ti. No tiene que ver con *ninguno* de vosotros. —Índigo sentía un nudo en la garganta, pero luchó por controlarse—. En realidad no quiero abandonaros.

—Entonces...

—Pero tengo que hacerlo. Lo he sabido desde el día en que tu padre me recogió, aunque no he tenido el valor de decíroslo antes. Créeme, ojalá pudiera ser de otra forma, pero no hay nada que pueda hacer para cambiarlo.

—¡No comprendo! Hablas como si..., no sé; como si tuvieras alguna *obligación.*

Índigo sacudió la cabeza con vehemencia.

—No puedo explicarlo, Fran. A lo mejor, si hubiera habido más tiempo podría haber dado con las palabras adecuadas, pero tal y como están las cosas, sólo puedo pediros que no penséis muy mal de mí.

Fran consideró todo aquello durante unos instantes. Luego, con lenta deliberación, repuso:

—Así que te vas. Y sea lo que esto sea, sea lo que sea lo que te aparta de nosotros, no nos lo puedes decir, y tampoco vas a cambiar de opinión.

—No puedo cambiar de opinión. Ojalá pudiera.

—Sí, ya veo. —La expresión de Fran se había tornado curiosamente pensativa; entonces

Librodot

volvió a mirarla a los ojos—. *¿Adonde* irás?

La muchacha calló por un instante. En teoría no podría perjudicar a nadie el decírselo, pero la cautela, y su conocimiento de la forma de ser de Fran, le advirtieron en contra.

—No puedo decirlo.

—¿No confías en mí?

—¡Oh, Fran... ! —Estaba demasiado cerca de la verdad, pero no podía confesárselo—. No es eso.

—No. No, claro que no. Bien..., no hay nada más que yo pueda decir, ¿no es así?

Fran se balanceó hacia atrás y se puso en pie de un salto. Guiñó los ojos, mirando en dirección a los páramos que se alzaban por el oeste.

—El cielo se está encapotando. No me sorprendería que empezara a llover antes de la noche.

Índigo se levantó también.

—Fran...

—No. —Se volvió de nuevo hacia ella—. De nada sirve seguir hablando de ello. Si has descansado, deberíamos seguir nuestro camino. —Por un instante la amargura se pintó en sus ojos—. A menos que quieras regresar y recoger tus cosas ahora, y olvidarte de Cari.

—No. —Índigo sintió cómo la vergüenza teñí¿ sus mejillas—. Iré contigo. Es decir, si me lo permites.

—Es cosa tuya —dijo Fran encogiéndose de hombros.

Y se alejó a grandes zancadas en dirección a su poni.

Se pusieron en marcha de nuevo en doloroso silencio. *Grimya* regresó al escuchar la llamada mental de Índigo: había tenido éxito en su cacería y se lamía aún los últimos restos de conejo de las mandíbulas, Índigo le comunicó la esencia de su conversación con Fran, y la loba contempló con tristeza la envarada figura del joven que cabalgaba algunos metros por delante de ella.

«Lamento que se haya tomado tan mal la noticia», dijo. *«Pero en mi opinión has hecho lo único que podías hacer. Tenía que saberlo, y ésta era la forma más fácil. »*

«Sí; pero me siento tan culpable, Grimya... *Como si hubiera traicionado su confianza y su bondad. »*

«No lo has hecho», replicó *Grimya* con energía. *«No decírselo a ellos habría sido una traición aún mayor. Entonces: cuando nos encontremos de nuevo con las carretas, ¿nos despediremos y marcharemos?»*

«Sí; y regresaremos a Bruhome. »

«Espero que la tormenta haya cesado para entonces», observó *Grimya. «Percibo que será muy fuerte. El aire empieza a oler con fuerza a tormenta. »*

Índigo miró hacia el oeste. Sobre los páramos, el cielo tenía ahora el color del bronce pulimentado, y la humedad aumentaba con el calor de tal manera que parecía como si faltara el aire. Extrañas ráfagas de brisa surgían de vez en cuando del este, para estrellarse contra el avance de los nubarrones, y calculó que no faltaban más que unas pocas horas para que descargara la tormenta.

Clavó los talones en los ijares del poni y lo guió al trote, al tiempo que llamaba a Fran. Incluso las voces adquirían un tono extraño en el anormal silencio; demasiado nítidas, demasiado resonantes. Fran volvió la cabeza y ella indicó con la mano en dirección a los nubarrones que se acercaban, y empezó a hablar. Pero Fran miraba más allá de ella, en dirección a los páramos.

—Un momento... —Alzó una mano a modo de advertencia y estiró el cuello; observó, de pronto muy tenso, y luego dijo—: ¡Mira! ¡Allí!

Un destello de algo más pálido se movía por entre la maleza a lo lejos, Índigo descolgó su ballesta con un movimiento instintivo y se llevó una mano a la espalda para tomar una saeta, pero antes de que pudiera cargar el arma, Fran lanzó una maldición entre dientes.

—¡Es otro de ellos!

Librodot

—Otro...

Entonces, de repente, la muchacha comprendió a qué se refería, y se resguardó los ojos del reflejo cobrizo del cielo para ver mejor.

Una figura solitaria avanzaba penosamente en dirección a la cresta de una empinada elevación. Desde donde estaban no se podía distinguir si era hombre o mujer, joven o mayor, pero su aire de inconsciente resolución era inconfundible.

Fran y ella intercambiaron una mirada; las diferencias entre ambos estaban repentinamente olvidadas.

—Crees... —empezó a decir Índigo.

—No puede ser otra cosa, ¿no es así? Y se dirige en la misma dirección en que vamos nosotros.

Fran escudriñó la carretera que tenían delante. Quizás a unos cientos de metros más allá, el límite del páramo se proyectaba sobre una elevada escarpadura alrededor de la cual el sendero describía una curva. Lo que fuera que hubiese más allá de este punto quedaba oculto, pero estaba claro que el camino del solitario paseante debía cruzarse con el de ellos en el otro extremo de aquella misma colina.

Fran tiró de las riendas, haciendo que el semental agitara la cabeza, expectante.

—Vamos —dijo sucintamente—. Veamos adonde va.

El semental saltó hacia adelante antes de que Índigo pudiera protestar, y ésta espoleó a su poni para que lo siguiera. *Grimya* echó a correr junto a ella, y al poco le transmitió impaciente:

«Índigo, soy más veloz que vuestros caballos sobre este terreno accidentado: ¡me adelantaré y averiguaré qué hay ahí detrás!»

«De acuerdo, ¡pero ten cuidado!»

«Lo tendré. »

Grimya salió disparada hacia adelante, adelantó a Fran, y desapareció en la curva de la carretera. Al cabo de un instante Índigo sintió una llamarada de silenciosa conmoción y alarma proveniente de la mente del animal; pronto la loba reapareció; corría hacia ellos con las orejas pegadas a la cabeza.

Fran, al verla, tuvo la presencia de ánimo suficiente como para detener su montura, y *Grimya* corrió hacia Índigo.

«¡Índigo! En el otro lado... hay... » La confusión reinaba en su mente y terminó diciendo con desesperación: *«¡Debes verlo tú misma!».*

—¿Qué la ha puesto tan nerviosa? —inquirió Fran, muy agitado.

—No lo sé. Lo mejor será que sigamos adelante, pero despacio; ten mucho cuidado.

Los ponis habían percibido su inquietud y resoplaron encabritados cuando Índigo y Fran les instaron a seguir adelante. Dieron la vuelta a la escarpadura y el sorprendido juramento de Fran se vio repetido en el grito de horror de Índigo cuando vieron lo que cortaba la carretera.

El bosque se alzaba del suelo frente a ellos, recortándose contra el cielo taciturno. Enormes árboles negros se habían abierto paso por entre la tierra y las rocas, sus extrañas ramas, retorcidas perversamente se enredaban unas con otras para formar una barrera impenetrable que repelía la metálica luz diurna y parecía reflejar una intensa oscuridad propia. Hojas negras, gruesas y cerosas con un lustre maléfico, crujían sin que las agitara la menor brisa, y su sonido evocaba horriblemente los susurros de voces conspiradoras. Y, a pesar de que ningún ser vivo hubiera podido conseguir atravesar aquella barrera, los árboles parecían llamar, atraer, como si fueran a envolver y devorar cualquier cosa que se pusiera a su alcance.

Fran miró frenético a derecha e izquierda. El anormal bosque se extendía en ambas direcciones, perdiéndose en la distancia hasta quedar absorbido por la cada vez más espesa neblina. Por un instante, aquel espectáculo pareció paralizar el cerebro del joven; luego se volvió sobre la silla y miró a Índigo desconcertado.

—¡No estaba aquí antes! —Su voz era aguda, horrorizada—. Antes de llegar a esta curva del camino lo habríamos visto, ¡no nos habría pasado por alto! ¡No estaba aquí!

Librodot

Índigo no le respondió. Sus ojos estaban clavados en los malévolos árboles, la mirada desorbitada, el rostro rígido. Fran dijo:

—Índigo...

Pero ella siguió mirando fijo a lo que tenía delante y ni siquiera lo oyó.

Espinas. Espinas como cuchillos, como filos de espadas: las veía claramente, viciosas y letales por entre los sinuosos movimientos de las hojas. Espinas que podían atravesar a un hombre, traspasarlo y sujetarlo y atraparlo igual que una mosca en una telaraña, para que se desangrara lentamente entre atroces dolores... El recuerdo que había atormentado sus pesadillas durante tanto tiempo, aquel que tan a duras penas había aprendido a desterrar de su mente cuando estaba despierta, regresó de forma brutal para sujetarla con su mano monstruosa. Ya había visto este lugar, estos árboles, con anterioridad. No pertenecían al mundo mortal, eran cosas de otro mundo, de un mundo de demonios.

El mundo al cual, hacía un cuarto de siglo, había sido llevado su adorado Fenran, destrozado y sangrante, para sufrir el tormento de la muerte en vida del que sólo ella podría liberarlo algún día.

Fran la llamaba, apremiante ahora, asustado por aquella parálisis que la convertía en ciega y sorda a su presencia. *Grimya* retrocedía ante los árboles, entre roncos gruñidos, con el lomo erizado. El poni que montaba la muchacha se estremeció, con las patas clavadas en el suelo y los ojos desorbitados mientras se rebelaba contra el bocado; pero Índigo no veía más que el bosque, y las imágenes que su mente superponía sobre las mortíferas ramas negras.

De pronto, un horrible sonido surgió de su garganta: dolor, horror y miedo mezclados en un grito ronco y sin palabras. Dio un tirón a las riendas, obligando al poni a volver la cabeza, y los cascos del animal resbalaron y arañaron el suelo cuando lo lanzó al galope, desandando a toda velocidad el camino que la llevaría de regreso a Bruhome.

Librodot

CAPÍTULO 5

—Estoy bien. —Índigo desasió sus brazos de las manos de Fran y se echó hacia atrás los cabellos con gesto tímido y nervioso—. De veras, Fran. Estoy bien, ahora.

Fran suspiró, al tiempo que dejaba caer los hombros y el aire regresaba a sus pulmones. *Grimya* no había podido alcanzar a Índigo, y Fran la había perseguido durante casi tres kilómetros hasta que la mayor resistencia del semental empezó a hacerse notar y consiguió adelantarla, inclinarse peligrosamente para cubrir el espacio que los separaba y tomar las bridas del poni para obligarla a detenerse, Índigo había perdido el equilibrio y caído de la silla, y cuando Fran fue a ayudarla a levantarse, ante la contrariedad del muchacho ella se había echado a llorar. Jamás la había visto llorar: a pesar de que ella era —o eso creía Fran— sólo unos pocos años mayor que él, por algún motivo Fran siempre se consideraba un chiquillo en comparación; y el verla sollozar con tanta amargura como a una de sus hermanas pequeñas cuando algo les hacía daño o las asustaba, resultaba desconcertante. Había intentado consolarla, pero sabía que sus esfuerzos eran torpes y desmañados, y se sintió aliviado cuando por fin ésta recuperó el autocontrol y las lágrimas cesaron.

Índigo se secó los ojos. *Grimya* estaba inmóvil junto a ella; la miraba preocupada; comprendía queje pasaba pero no sabía qué hacer, y pasados unos instantes Índigo se sintió capaz de mirar a Fran a la cara.

—Lo siento —dijo con voz débil—. No debería haber salido al galope de esa forma.

—Ese lugar era más que suficiente para acobardar a cualquiera —repuso Fran con gran sentimiento—. Pero... ¿qué fue lo que *realmente* te trastornó, Índigo? No es propio de ti el mostrarte tan... —Le falló la voz, incapaz de encontrar la palabra justa, e Índigo le sonrió pesarosa.

—¿Atemorizada? No intentes ser amable conmigo, Fran; es cierto. Estaba aterrorizada. Pero no sé cómo explicar el porqué.

Por un momento sus ojos quedaron en blanco, como si mirara a alguna otra cosa, algo invisible para él, extendido sobre el paisaje frente a ella. Luego aquello pasó con un ligero estremecimiento, y cuando lo miró de nuevo había recuperado toda su serenidad.

—Bien —dijo Índigo—. ¿Ahora qué?

Fran comprendió a qué se refería. La carretera situada detrás de la escarpadura resultaba intransitable: fuera cual fuese la naturaleza o el origen del diabólico bosque ni podían atravesar la barrera que presentaba ni volar sobre él. Ni tampoco, tuvo que admitir, quería arriesgarse a aventurarse cerca de él de nuevo. Por lo que parecía, sólo tenían una elección.

—Lo mejor será que regresemos a Bruhome. De nada sirve intentar buscar otra ruta, no con la tormenta tan cerca. Tendremos que regresar, y aguardar a que pase. —A pesar de su temor e incertidumbre, y su creciente preocupación por la situación de Cari, no pudo evitar que su boca se torciera en una maliciosa sonrisa—. Parece que no te librarás de nosotros tan fácilmente como pensabas.

Índigo bajó la cabeza.

—¡Oh, Fran... !

—Vamos. —Temeroso de que volviera a llorar, le palmeó la espalda torpemente y la condujo a donde aguardaban los ponis—. Será mejor que nos demos prisa, o nos caerá encima. No queremos un buen resfriado que añadir a nuestros problemas, ¿verdad?

Índigo se limitó a asentir, pero no dijo nada. Volvieron a montar y continuaron camino hacia el sur. *Grimya,* que avanzaba junto al poni de Índigo, se mantuvo en silencio por un rato, pero por fin le envió un vacilante mensaje.

«Índigo. Ese bosque. Lo hemos visto antes, ¿verdad?»

Índigo no respondió, pero la loba percibió la rápida punzada de dolor que surgió de su mente.

«Viene del mundo de los demonios», persistió *Grimya. «El mundo retorcido en el que nos aventuramos en una ocasión y en el que estuvimos a punto de perdernos. ¿Significa eso que*

Librodot

tendremos que volver a penetrar en ese mundo?»

Índigo no conocía la respuesta a esa pregunta. Podría ser que la forma que había tomado aquel bosque negro no fuera más que una diabólica coincidencia. O también podría ser que en algún lugar más allá de aquella barrera de árboles corrompidos existiera otra dimensión, paralela pero distante de la suya, y que allí estuviera el objetivo de su búsqueda y el origen de la plaga que se había abatido sobre Bruhome.

Pero no quería pensar en ello. No ahora, con la imagen del bosque tan clara aún en su memoria. Reabría demasiadas viejas heridas.

Grimya leyó sus pensamientos y no dijo nada más. Pero mientras seguían adelante, con las amenazadoras y asfixiantes murallas de nubes que se esparcían por el cielo en dirección a ellos, sintió que sus recuerdos despertaban también. Y a un nivel más profundo, en formas que iban más allá del instinto mortal natural, sintió miedo.

Llegaron a Bruhome a media tarde. Condujeron a los cansados ponis al prado junto al río, y encontraron a los Brabazon, junto con los otros cómicos que aún permanecían en la ciudad, muy ocupados en asegurar a sus carretas contra los elementos. Habían extinguido las hogueras, guardado todas sus posesiones; aunque el eje roto ya había sido reparado, quedaba claro que nadie haría el menor intento por moverse hasta que hubiera pasado la tormenta.

Constan los saludó con una mezcla de desaliento ante el fracaso de su misión y de alivio al ver que estaban bien. Fran había prometido no decir nada de lo que Índigo le había dicho sobre abandonarlos; pero no perdió un minuto en describirles lo que les había sucedido en la carretera. Constan escuchó con creciente inquietud su relato, y cuando lo hubo oído todo sus cejas se unieron en una triste mueca.

—De modo que es verdad, entonces. Ese bosque... no son sólo historias de borrachos... —Dirigió una rápida mirada al cielo cada vez más oscuro como si representara alguna amenaza personal—. No me gusta esto. Tengo la impresión de que las cosas por aquí empeoran con demasiada rapidez. ¿Sabíais que han dejado correr lo de la Fiesta? No puedo decir que me sorprenda, pero demuestra lo preocupada que está la gente ahora. Siete más han contraído la enfermedad desde que os fuisteis; dos de ellos pertenecientes a los cómicos que aquí estamos. Y ha habido más desapariciones. Ahora esta tormenta; dicen que es probable que sea la peor que se ha visto por estos lugares en muchos años, y la gente empieza a temer que esté relacionada con todas las demás desgracias. —¿No ha mejorado Cari? —preguntó Índigo. —No está ni mejor ni peor. Permanece allí tendida como si durmiera, pero nada la despierta. Y su rostro muestra una sonrisa que me hiela la sangre cada vez que la miro. —Constan se estremeció—. Todos tienen esa misma sonrisa, según me han dicho. Es incomprensible. Horrible. —Papá —intervino Fran—, No hay nada que podamos hacer por ella hasta que haya pasado la tormenta. Lo mejor será que desensille los ponis y los ate junto a los otros. A juzgar por el color del cielo, apostaría cualquier cosa a que la tendremos aquí dentro de una hora.

Como en respuesta a sus palabras, un débil trueno resonó a lo lejos, el primer murmullo amenazador del trueno allá a lo lejos en los páramos. Constan asintió con la cabeza. —Sí. Ponlos a todos juntos en un lugar resguardado, y asegúrate de que el semental no puede romper la cuerda con los dientes esta vez. Luego ven a la carreta principal. Es mejor que estemos todos juntos esta noche. —Elevó los hombros en actitud defensiva, como si ya sintiera la fría dentellada de la lluvia a través de su camisa, y añadió, más para sí que para Índigo y Fran—: No, no me gusta esto. No me gusta nada.

La conjetura de Fran resultó acertada y la tormenta se desencadenó casi al cabo de una hora. La luz había cambiado para pasar de un apagado tono metálico a una penumbra irreal que aumentó a medida que la amenaza del cielo se intensificaba. La atmósfera parecía vibrar con energía contenida, y en el interior débilmente iluminado de la caravana los rostros estaban tensos y nerviosos. El primer y tremendo relámpago los cogió a todos por sorpresa; al relámpago le respondió un descomunal trueno, y a los pocos segundos se escuchó un creciente

Librodot

siseo al empezar a llover.

El aguacero fue torrencial, y los relámpagos continuos. Entre el rugir de los truenos y el ruido de la lluvia al golpear contra el techo de la carreta, la conversación en el interior resultaba poco menos que imposible. Para distraer a los más pequeños, Esti, Lanz e Índigo inventaron un juego de mímica, pero mientras jugaban, intentando mantener un semblante alegre, los ojos de Índigo se veían atraídos con frecuencia al jergón situado en un rincón oscuro donde Cari yacía inmóvil y silenciosa cubierta con una manta de retales de colores. Los frecuentes relámpagos iluminaban por completo el rostro de la muchacha, y la sonrisa que tanto había acobardado a Constan resultaba espeluznantemente parecida a la mueca de un cadáver bajo aquellos fogonazos. En una ocasión, con gran sobresalto, Índigo tuvo la impresión de que los ojos de Cari se habían abierto y miraba enloquecida a su alrededor; pero cuando el siguiente relámpago iluminó la carreta comprendió que se había tratado tan sólo de una ilusión momentánea. No obstante, intentó no volver a mirar a Cari.

Resultó imposible calcular cuánto tiempo duró la tormenta. Pareció seguir durante horas, de modo que mentes y sentidos se volvieron insensibles a ella, esperando los relámpagos y escuchando los truenos con un cansancio que bordeaba la indiferencia. Pero por fin se dieron cuenta de que las pausas entre las explosiones de los elementos eran cada vez mayores, hasta que el tamborileo sobre el techo se transformó en un ligero repiqueteo y los relámpagos disminuyeron y el fragor del trueno empezó a apagarse a medida que la tormenta se alejaba hacia el este y dejaba atrás Bruhome.

Cuando los niños, bajo la dirección de Esti, hubieron contado hasta cien cinco veces sin que se viera ningún relámpago, Constan se puso en pie y se abrió paso hacia la puerta de la carreta. Al abrir la mitad superior de ésta, una bocanada de aire fresco penetró en el interior, y con ella un ligero olor a ozono. Un sonido que anteriormente había quedado oculto por el de la tormenta se hizo audible ahora: el febril correr del agua a no mucha distancia, y Fran se puso en pie deprisa con expresión asustada.

—Papá, el río...

—No hay problema. —Constan le hizo un gesto para que volviera a sentarse, luego sacó la cabeza a la noche—. Está crecido, pero no se ha desbordado. Las tiendas que están a su lado siguen allí; puedo distinguirlas.

—Demos gracias por estos pequeños milagros —dijo Fran, lleno de fervor.

—Desde luego; pero de todas formas lo mejor será que echemos una mirada por ahí y veamos si se ha estropeado algo. —Constan volvió la cabeza al interior del carromato—. ¿Todo el mundo está bien? Vamos, Pi; ya puedes sacar la cabeza de la falda de Honi, la tormenta ha pasado.

La tensión se relajó con charlas y risas mientras salían de la carreta y descendían por la escalera hasta el suelo empapado. Los Brabazon más jóvenes reaccionaron, con gran alivio por parte de los demás, con un torrente de enérgica excitación, y se les permitió que ayudaran a sus mayores a comprobar el estado de las carretas y los animales. Por otro pequeño milagro no parecía que el campamento de los Brabazon ni el de los otros cómicos que ahora salían de sus refugios hubieran sufrido el menor daño; un rápido recuento comprobó que los ponis y los bueyes estaban todos sanos y salvos. Y Constan anunció finalmente que ya no había nada más que hacer y que podían retirarse todos a descansar lo que quedaba de la noche.

Índigo se durmió nada más introducirse bajo la manta y apoyar la cabeza sobre la almohada que compartía con Esti. El día había sido largo y lo bastante agotador como para liberarla de pesadillas, y descansó tranquilamente hasta que una débil presencia, una molesta sensación de inquietud, empezó a introducirse en su mente dormida. Intentó ignorarla pero persistió, hasta que la muchacha se encontró despierta en la oscura carreta con las siluetas de sus compañeras a su alrededor. Durante algunos instantes, todavía soñolienta, no supo qué era lo que la había despertado: entonces vio a la vaga silueta de *Grimya* recortada en la puerta semiabierta y comprendió que la loba intentaba comunicarse con ella.

«¿Grimya?»

Todo lo que deseaba era darse la vuelta y volver a dormir, y su pregunta mental estaba teñida de irritación.

«¿Qué sucede?»

«No lo sé. » Grimya volvió la cabeza; Índigo vio cómo sus tiesas orejas se movían. *«Pero algo no va bien. »*

Índigo suspiró, y se sentó.

«¿Qué quieres decir con "no va bien"?»

«No lo sé», repitió *Grimya* con tristeza. *«Pero me lo dice mi instinto... »* Se interrumpió, y un escalofrío recorrió todo su cuerpo. *«Mi instinto me dice que es de día. »*

«¡Grimya, *está todavía oscuro como boca de lobo!»*

«Sí. Pero siento que debería ser de día. La noche ha pasado. Lo siento. »

Índigo contuvo su enojo. También *Grimya* debía de estar cansada y nerviosa aún a causa de la tormenta; no era extraño que su sentido del tiempo, generalmente tan fiable, se hubiera desajustado. No podía culparla por su agitación.

«Ven aquí, cariño. » Extendió una mano, llamándola. *«Ven y túmbate junto a mí. Las dos estamos muy cansadas, y lo más probable es que la mente te esté haciendo alguna mala jugada. Intenta dormir hasta que sea de día. Te sentirás mejor entonces. »*

Grimya lloriqueó con suavidad, como si no estuviera muy convencida, pero fue hacia ella no obstante y se tumbó a su lado, Índigo deslizó su brazo sobre la loba y percibió el rápido latir de su corazón bajo el áspero pelaje; le acarició la cabeza en tono conciliador. *«Así me gusta. »* Lanzó un gran bostezo. *«¿Mejor?» «Eso... creo. »*

«Bien. Duérmete, cariño. » El mundo empezaba a desvanecerse ya en un oscuro y suave terciopelo. *«Duérmete, cariño. »*

No hubo pesadillas que la persiguieran, y cuando por fin, descansada ya, se despertó de forma natural, se volvió sobre su espalda, estiró los brazos y abrió los ojos.

Y cuando la oscuridad del sueño dio paso a la oscuridad de la realidad se dio cuenta con creciente horror de que *Grimya* había tenido razón.

Índigo se sentó en el lecho con un movimiento brusco. Durante unas milésimas de segundo su cerebro intentó decirle que todo aquello era un error, que también ella había sucumbido al agotamiento y aún no había amanecido. Pero sabía la verdad. Por el mismo instinto, menos agudo que la conciencia animal de *Grimya* pero que se negaba a ser refutado, supo que había dormido durante muchas horas, y que la noche debiera haber terminado ya.

Sintió cómo el miedo, sin forma pero terriblemente real, se arrastraba por su cuerpo como un tropel de heladas arañas, *y* proyectó una llamada vacilante.

«¿Grimya?»

Se produjo un movimiento en la oscuridad; y la loba surgió de entre las sombras más profundas para acercarse a ella.

«¡Índigo! ¡Por fin!»

«¿Cuánto tiempo he dormido?»

«No lo sé. También yo he dormido, y no puedo decir cuántas horas han pasado. Pero deben de haber sido muchas. »

«Y todavía es de noche... »

«Sí, he intentado decírtelo antes, pero... »

«Lo siento. Debería haber confiado en tu instinto. » Después de todo el tiempo transcurrido, pensó Índigo, debería haber aprendido al menos esa lección. «Grimya, *¿qué hora del día te dice tu instinto que debe ser ya?» «Media mañana»,* respondió la loba.

Media mañana. En Bruhome el mercado debería de estar en pleno apogeo; en el prado los acampados viajeros deberían estar empezando a encender las fogatas para cocinar la comida del mediodía, Índigo se puso en pie y se dirigió tambaleante a la puerta de la carreta, para mirar al exterior. Algunos de los acampados se movían por el exterior, y se escuchaba el débil murmullo de voces; pero no había nada de la agitada actividad diurna.

«Algunos de los otros están despiertos», le dijo *Grimya. «Pero están aturdidos; aún no*

saben lo que ha sucedido. » Miró a su amiga, muy excitada. *«Cuando se den cuenta de la verdad, les sobrevendrá el pánico. »*

En algún lugar junto al río un caballo lanzó un agudo relincho, y ese sonido sacó a Índigo de su parálisis. Lanzó una rápida mirada por encima del hombro a las dormidas muchachas Brabazon, y abrió la parte inferior de la puerta.

«Vamos», dijo. *«Lo mejor será que salgamos a ver qué podemos averiguar. »*

Con *Grimya* pegada a sus talones descendió en silencio los peldaños de la carreta. Apenas si habían empezado a andar cuando una sombra se movió en la primera carreta, entonces una voz, apenas audible, siseó el nombre de Índigo.

—Constan.

La muchacha se detuvo al ver que éste emergía de la carreta y avanzaba hacia ella.

—¿Qué hora es, muchacha?

Constan intentó dar a su pregunta una entonación despreocupada, pero su expresión, y un ligero temblor en su voz, lo delataron. De nada servía fingir, así que Índigo dijo:

—No lo sé, Constan; no con seguridad. Pero...

Constan terminó la frase por ella.

—Pero el sol ya debería de haber salido. ¿Verdad?

—Sí, eso creo.

—Por la Gran Madre, Índigo, ¿qué es lo que está sucediendo aquí? —La sujetó con fuerza por el brazo, haciéndole daño en su agitación—. ¿Qué está sucediendo?

Una nueva voz que los llamaba desde el río le evitó tener que responder. Un hombre delgado, con una mujer y dos criaturas pequeñas que lo seguían tenaces, se acercaba a toda prisa.

—¡Constancia! ¡Hay algo que no va bien, que no va nada bien!

—La luz del sol —gimió la mujer asustada, y uno de los niños empezó a imitarla entre sollozos:

—¿Dónde está la luz del sol?

Otros, alertados por las voces, empezaban a mirar al cielo, acercándose. De la carreta de los muchachos surgió un quejumbroso lamento, luego Fran apareció en el primer escalón con Lanz detrás de él.

—¿Papá? ¿Qué sucede?

Constan lo miró.

—Lo mejor será que vengas aquí fuera, muchacho. Despierta a los otros y envía a alguien a buscar a las chicas.

El rumor de voces aumentaba a medida que llegaba más gente, atraída por el instinto primitivo de congregarse en momentos de incertidumbre o de peligro. Algunos ya se habían dado cuenta de lo que sucedía pero estaban demasiado asustados para admitirlo; otros, aún más asustados, lo rechazaban y exigían una explicación más sensata. Las voces se volvían más estridentes, las discusiones más enérgicas, e Índigo comprendió que dentro de poco la razón y el control desaparecerían y darían paso, tal y como *Grimya* había predicho, al pánico.

De pronto una potente voz se impuso por encima del barullo. Todas las cabezas se volvieron, e Índigo vio al hombre joven que se había acercado a Constan poco antes. Su mujer estaba aferrada a él con el rostro enterrado en su pecho, mientras que los dos niños, ambos llorando ahora a todo pulmón, se agarraban a la falda de su madre.

—¡No son más que palabras! —gritó el joven, e Índigo percibió el timbre inconfundible de una histeria creciente en su *voz—.* ¿De qué sirve hablar? ¡Sólo la Madre sabe que puede estarse acercando sigilosamente a nosotros mientras nos quedamos aquí cloqueando como gallinas! ¡Hemos de *salir* de este lugar, *marchar* antes de que suceda algo peor!

Todo el mundo lo miró fijamente. El hombre paseó la mirada con desesperación de un rostro a otro.

—Hemos oído las historias de lo que ha estado sucediendo en esta ciudad —exclamó—. Enfermedades, plagas, gente que desaparece... ¡y ahora esto! ¡Os lo digo claramente, una

maldición ha caído sobre Bruhome! ¡Esto no es cosa de la Madre; es *brujería!.* ¡Y si no escapamos, nos vamos a ver atrapados en lo que sea que suceda luego! —Bruscamente tomó las manos de sus hijos *y* los arrastró, a ellos y a su esposa, fuera del grupo de gente—. ¡Muy bien, muy bien, quedaos, esperad a que llegue si es que sois tan estúpidos para no huir! ¡Pero nosotros nos vamos! —Y se dio la vuelta y se alejó corriendo en dirección a su desvencijado carromato.

Se escucharon murmullos, que subieron de tono rápidamente. Otro hombre se apartó del grupo y echó a correr por el prado; luego otros dos. Una mujer que llevaba un tobillo vendado —una acróbata que había caído en el destartalado escenario de la Fiesta— avanzó cojeando desde el río, llamando a alguien de nombre Kindo para marchar, para marchar *ya.* La reunión empezó a caer en el caos, y a los pocos minutos el primer carromato, con el hombre delgado en el pescante, azotando al caballo con una cuerda, avanzó tambaleante hacia la entrada del prado, sin preocuparle si arrollaba a alguien a su paso. Los niños salieron corriendo entre gritos; la carreta se balanceó peligrosamente en un bache, chocó contra la puerta, astillando uno de los postes, y se alejó con gran estrépito por la carretera. A los pocos momentos una rehata de caballos esqueléticos salieron en desbandada del prado, controlados apenas por el jinete que montaba el animal que iba en cabeza lanzando toda clase de imprecaciones. Varias familias recogían sus cosas deprisa; un pequeño grupo se limitó a coger todo aquello que podía cargar y marchó a pie.

—Papá. —Fran se volvió hacia Constan; lo agarró del brazo y lo sacudió para sacarle de la parálisis que parecía haberse apoderado de él—. ¿Qué pasa con nosotros? ¿Qué vamos a hacer?

Un escalofrío recorrió a Constan y su mirada se aclaró. Miró a su alrededor, vio que todos sus hijos habían salido ya de las carretas y esperaban, con los ojos muy abiertos, su consejo.

—Sea lo que sea lo que hagamos —dijo—, no quiero histerias. ¿Comprendéis? Brujería o no, debemos mantener las ideas claras. Fran, Lanz: quiero que ensilléis dos ponis y cabalguéis por delante de nosotros. Nos iremos de aquí, pero con cautela. Ese jovencito puede que fuera un cobarde, pero tenía razón en una cosa: no sabemos qué puede haber ahí fuera, esperándonos. Y no sabemos hasta dónde llega esta oscuridad.

—Constan —lo alertó Índigo—. Allí, mira. Faroles.

Todos se volvieron. Se acercaban unas luces que parecían provenir de la ciudad, balanceándose como una hilera de agitadas luciérnagas en la oscuridad. Al acercarse más, el metal centelleó en el resplandor que dejaban escapar, y quedaron perfectamente visibles las siluetas de unos diez o doce hombres.

—Es la ronda de la ciudad. —La voz de Constan denotaba alivio—. A lo mejor traen noticias.

—¿Constancia Brabazon? ¿Constan, eres tú?

La voz del Burgomaestre Mischyn lo llamó desde las sombras, y Constan se adelantó, alzando una mano.

—¡Mischyn! ¡Por aquí!

—¡Por la Madre, me alegro de encontrarte bien! —Mischyn estaba sin aliento, y su rostro mostraba un aspecto macilento bajo la inestable luz de la lámpara—. La ciudad está presa del pánico; no sabíamos qué habría pasado con los acampados; temimos...

—La mitad se ha ido ya. —Constan indicó con la cabeza por encima del hombro.

—*¿Ido?* Pero...

—¡Burgomaestre Mischyn!

Alguien más había visto a los recién llegados, y estallaron unas voces frenéticas.

—¡La ronda! ¡Es la ronda!

—¡Ayudadnos!

—Burgomaestre, ¿qué nos está sucediendo?

El disperso gentío volvió a agruparse de nuevo rápidamente, aunque ahora eran muchas menos personas que antes. La visión de una figura conocida y con autoridad, junto con diez

Librodot

hombres armados de la ronda con ella, levantaba su confianza y estimulaba su valor, y se amontonaron alrededor de Mischyn aullando preguntas, exigiendo respuestas.

—¡Amigos míos! —Mischyn consiguió por fin hacerse oír por encima de la conmoción y los reunidos poco a poco fueron callando mientras él agitaba los brazos en reclamo de silencio—. ¡Por favor, escuchadme! No puedo contestar vuestras preguntas porque no tengo respuestas. Sé tan sólo lo que sabéis vosotros: que el sol, que según el reloj de la ciudad debiera de haber salido hace seis horas, no lo ha hecho.

Se produjo un nuevo clamor.

—*¿Seis horas?*

—Debe de ser casi mediodía... Madre Todopoderosa, ¿qué es lo que *sucede ?*

—Brujería: alguien dijo que se trataba de brujería...

—¡CALLAOS. —rugió Constan.

Su voz, poderosa y mucho más potente que la de Mischyn, consiguió que se hiciera un completo silencio, y miró a la concurrencia con ojos furiosos.

—¡Maldita sea, dejad que hable!

—Gracias —dijo Mischyn con voz débil—. Amigos míos, he venido aquí a pediros calma. El pánico se ha apoderado de la ciudad, pero nuestra milicia hace todo lo posible por restaurar el orden. Si hemos de enfrentarnos a lo que ha caído sobre nosotros y descubrir la forma de combatirlo, hemos de mantener la razón. Habrá una reunión en la Casa de los Cerveceros dentro de una hora: os ruego que asistáis, y os unáis a nosotros en la búsqueda de una solución a esta grave situación.

De la parte de atrás de la muchedumbre surgió una voz que temblaba de miedo.

—¡Al demonio con vuestra reunión! ¿De qué va a servir eso? ¡Si vosotros no sabéis lo que sucede, entonces no pienso quedarme ni un momento más aquí!

Se escucharon gritos de asentimiento. Mischyn intentó decir algo por encima del repentino griterío, pero su voz resultó inaudible y se volvió hacia Constan en demanda de ayuda.

—¡Constan, no lo comprenden! Ninguno de vosotros lo comprende; pero es eso lo que he venido a deciros. ¡No podéis marchar!

La expresión de Constan se ensombreció, como si temiera alguna amenaza.

—¿Qué quieres decir?

—Exactamente lo que he dicho: no podéis abandonar Bruhome. Nadie puede. Lo hemos intentado en todas direcciones... las carreteras, los senderos de los páramos, todo. Jinetes, corredores; empezaron a salir una hora después de que debiera haber amanecido, y cada uno de ellos ha regresado con el mismo informe. —Y al ver que Constan aún no comprendía del todo, Mischyn añadió, su voz a punto de quebrarse—: Constan, es el bosque. El bosque negro. ¡Nos rodea por todas partes, y no podemos marchar!

Librodot

CAPÍTULO 6

Los habitantes de la ciudad habían hecho todo lo posible, pero la reunión estaba condenada al fracaso desde el principio. Al penetrar en la plaza principal de Bruhome con los Brabazon —todos excepto Honestidad y Gentileza, que se habían quedado para cuidar de Cari—, Índigo sintió inmediatamente la peligrosa inestabilidad que acechaba bajo tensión reinante como un ascua bajo un barril de pólvora. Una chispa, una palabra o un gesto fuera de lugar, y la ciudad se amotinaría.

La plaza tenía un aspecto fantasmal. La negrura del cielo era muy intensa, la oscuridad caía al suelo como una mortaja, espesa, asfixiante y antinatural. Ardían antorchas en cada poste, se habían colgado faroles por toda la plaza y también se los había colocado en todas las grietas disponibles, pero su llameante luz parecía dar muy poca iluminación real y la aplastante impresión que se recibía, mientras el gentío atemorizado se apretujaba y empujaba, era una escena procedente de alguna pesadilla febril.

Índigo rodeó con un brazo a Piedad, que se abrazaba con fuerza a su cintura. Por un instante deseó que hubieran hecho caso, después de todo, al disidente del prado, y al menos hubieran intentado escapar de la ciudad; pero el impulso murió enseguida. Había visto el bosque; conocía la verdad; a lo mejor la había conocido incluso antes de la revelación hecha por el Burgomaestre Mischyn. Algo diabólico había hecho su aparición en Bruhome. El tercer demonio de los siete. Ya no podía haber duda sobre ello ahora, ni la menor duda. Pero si el tercer demonio estaba aquí, ¿cuál era su naturaleza? La pregunta le produjo un escalofrío de temor, ya que parecía como si este poder diabólico careciera de núcleo, no tuviera nada que ella pudiera identificar y desafiar. La plaga, la enfermedad, las desapariciones, el bosque, incluso la llegada de esta malévola y anormal noche, no eran más que manifestaciones. Había algo maligno, algo *muy* maligno aquí, pero a menos que pudiera encontrar la clave ella y *Grimya* estaban tan atrapadas e indefensas como los habitantes de la ciudad.

En un balcón que colgaba sobre la plaza desde la imponente fachada de la Casa de los Cerveceros, alguien había empezado a hablar, Índigo miró hacia arriba y vio al Burgomaestre Mischyn flanqueado por dos de sus funcionarios; intentaba dirigirse a la multitud, pero nada más verlo la gente había avanzado hacia él. Empezaron a gritar, a suplicar y a arengar por turnos. Una trompa resonó ensordecedora mientras la milicia intentaba establecer alguna forma de orden, pero fue inútil. El alboroto aumentaba, el temor alimentándose del temor; una antorcha se estrelló contra el suelo cuando la presión de la gente resultó ser demasiada para el elevado poste que la sujetaba, y se escucharon gritos y alaridos de dolor antes de que un grupo de hombres con más presencia de ánimo que la mayoría consiguieran apagar las llamas a pisotones. Por encima de todo aquel estruendo, Índigo podía escuchar la ocasional y desesperanzada súplica: «Amigos míos... amigos míos... » que salía de los labios de Mischyn, pero la multitud estaba sorda a sus ruegos. Dos hileras de vigilantes empezaron a avanzar hacia adelante desde la puerta principal de la casa en un valiente intento de hacer retroceder a la gente, pero el gesto, aunque bien intencionado, no hizo más que empeorar las cosas. La oleada de pánico se descontrolaba.

De repente un alarido rasgó la oscuridad, y un pequeño grupo en el otro extremo de la muchedumbre empezó a gritar, Índigo percibió la naturaleza de los gritos: horror, conmoción, incredulidad, antes de que otros muchos se hicieran eco y se esparcieran como una oleada por la multitud.

—¿Qué pasa? ¿Qué ha sucedido? —Esti, junto al codo de Índigo, saltaba sin cesar en un vano esfuerzo por ver por encima del océano de ondulantes cabezas.

—¡No lo sé! —Índigo tuvo que gritar para hacerse oír—. Algo allá al fondo...

A su espalda la luz se derramó sobre los adoquines al abrirse una puerta. Volvió la cabeza de forma automática y vio que alguien salía de una de las tres casas estrechas que se alzaban muy apretadas entre una taberna y una panadería; por un momento, al no advertir nada extraño, hizo intención de volver otra vez en dirección al alboroto...

Librodot

Entonces se quedó totalmente inmóvil, al darse cuenta su mente de lo que habían visto sus ojos.

La mujer que salía de la casa iba descalza y llevaba puesto tan sólo un camisón, y su piel tenía la blancura enfermiza de un pescado muerto. Sus ojos estaban fijos al frente, sin ver, y su boca estaba curvada en una sonrisa beatífica pero estúpida. Aquellos que estaban más cerca de ella retrocedieron aturdidos; alguien reprimió una maldición, y la mujer vaciló sólo un instante antes de darse la vuelta y desaparecer con un terrible aire de determinación por una de las calles laterales.

—¡Índigo! —le siseó Esti al oído, aterrorizada—. ¿Has... ?

—Lo he visto.

El corazón de Índigo latía con fuerza; a su lado *Grimya* tenía todos los pelos del lomo erizados en señal de alarma, y la muchacha estiró el brazo para agarrar con fuerza el collarín de la loba.

—¡Santo cielo, allí hay otro! —exclamó Esti, y señalaba—. ¡Allí, mira, mira!

Un niño, desnudo, con aquella misma palidez fantasmal en todo el cuerpo, se movía a lo largo de un extremo de la plaza, sin prestar atención a nadie, absorto en sí mismo. Nadie intentó detenerlo, al igual que con la mujer la gente retrocedía, demasiado sorprendida para reaccionar. Y de la panadería situada junto a las tres casas estrechas salió otro más, un anciano incongruente en su camisa y gorro de dormir, con el rostro lívido, los ojos en blanco, y sonriente.

Uno a uno, bajo las miradas paralizadas de sus conciudadanos, los hombres, mujeres y niños que habían sido víctimas de la misteriosa enfermedad de Bruhome salían de sus casas. Poco a poco el alboroto de la plaza se transformó en un silencio horrorizado a medida que la gente se daba cuenta de lo que sucedía, pero todos seguían sin moverse para interceptar el paso de los sonámbulos o intentar detenerlos. La sorpresa los había paralizado allí donde estaban: sus mentes agobiadas habían cerrado los postigos, incapaces de aceptar este nuevo ataque, y permanecían inmóviles mirando, impotentes, incapaces de cualquier respuesta racional.

De pronto, una voz ronca procedente del balcón rompió el encantamiento; era el Burgomaestre Mischyn que gritaba:

—¡Frenni! ¡No! ¡Mi pequeño Frenni no!

Giró en redondo, atravesó las puertas del balcón a toda velocidad, y mientras corría escaleras abajo en dirección a la puerta principal, Índigo lo oyó gritar a su hijo:

—¡Frenni, no! *¡Regresa!*

El hijo de Mischyn... De repente una terrible idea apareció en su mente y se volvió, agarrando el brazo de Constan.

—¡Constan! ¿Y Cari?

Constan la miró como si fuera la primera vez que la veía. Su rostro estaba en blanco, sin comprender, pero Fran y Esti la habían oído, y tomaron a su padre por los hombros, zarandeándolo.

—¡Papá! ¡Papá, Índigo tiene razón!

—¡Papá, los durmientes! ¡Se despiertan: Cari está en peligro!

Como un hombre que despertase bruscamente de un oscuro sueño, la comprensión regresó a los ojos de Constan a medida que sus súplicas penetraban en su aturdido cerebro. Aspiró con un terrible sonido:

—¡Cari... mi Cari... Oh, Madre Poderosa!

Y se dio la vuelta, echando a correr por entre la gente.

—¡Esti..., Índigo..., traed a las pequeñas! ¡Hemos de regresar al prado!

Fran salía ya en pos de su padre, Índigo y Esti intercambiaron una mirada horrorizada, luego Esti empezó a chillar los nombres de los niños, para que se reunieran con ella.

—¡Cogeos de las manos! ¡Rápido! ¡Rápido! ¡Vamos!

Se pusieron en marcha en caótica confusión; pisaban los pies de la gente, golpeaban

Librodot

estómagos para abrirse paso, atravesaron como pudieron todo aquel gentío. Cuando consiguieron llegar al otro extremo de la plaza, Constan y Fran se habían perdido ya de vista y la muchedumbre se había reducido. A Índigo le pareció ver a lo lejos una forma pálida que avanzaba por una callejuela...

Empezó a correr.

—¿Honi?

Honestidad levantó los ojos para mirar a su hermana menor. Gentileza estaba sentada con las piernas cruzadas en una esquina, la frente arrugada mientras arrancaba hilos del dobladillo de su falda como obsesionada.

—¿Qué? Deja de hacer eso, Gen; vas a estropearla.

Los ojos de Gen brillaban en la mal iluminada carreta. Por un momento su labio inferior tembló; luego dijo:

—Honi, tengo miedo.

Honi suspiró.

—Todos estamos asustados, gatita. Excepto, a lo mejor, papá, pero incluso él...

—No quiero decir eso. No de la oscuridad. Quiero decir, sí eso me asusta, pero... —Dirigió una nerviosa mirada al jergón y a su silencioso ocupante—. Creo que aún me asusta más Cari. La forma en que está ahí tumbada, como si estuviera... —Se detuvo, incapaz de pronunciar la palabra *muerta.*

Honi la comprendió. También ella se había sentido inquieta desde que los demás marcharan a la ciudad, dejándolas a las dos para que cuidaran de su hermana; pero desde lo más profundo de sus trece años estaba decidida a no admitirlo, y menos que a nadie a Gen, que sólo tenía diez años y no podía comprender aún las responsabilidades propias de los adultos.

—¿Quieres ir a la otra carreta? —sugirió.

Gen sacudió la cabeza.

—No si he de ir sola. Eso es aún peor.

—Bueno... —Honi miró al exterior por la puerta semi-abierta—. Te diré qué haremos: saldremos fuera unos minutos. Podemos coger un farol, y no haría ningún daño que echáramos una mirada a los animales, de todas formas.

Gen aceptó la propuesta agradecida, y descendieron en silencio los escalones de la carreta. Honi dejó que Gen llevara el farol, y a su tambaleante resplandor comprobaron que los ponis y los bueyes estaban bien. Todo parecía estar bien. Honi volvió a llenar los cubos de agua en el río, pero eso fue todo. Por fin se dieron la vuelta, sin que ninguna de las dos quisiera admitir su repugnancia, y desandaron sus pasos para regresar a la carreta.

—Honi... —dijo Gen, deteniéndose.

Honi sintió que el corazón le daba un vuelco.

—¿Qué sucede? ¡Gen, no me des esos sustos!

—¡Chisst! Escucha... he oído un ruido, en la carreta...

Honi empezó a decirle enojada que no fuera tan...

Pero las palabras murieron en su garganta cuando Cari apareció en el escalón superior.

—¡Cari!

El chillido de Gen hizo que los ponis relincharan asustados. Dio un paso atrás, llevándose ambas manos a la boca, y Honi contempló a su hermana con incredulidad.

—¿Cari? Cari, ¿estás bien?

La esperanza y el temor se mezclaron en su voz y dio un paso hacia adelante. El rostro de Can mostraba una sonrisa extraña y horrible; sus ojos se clavaron en Honi y más allá de ella, y Honi se dio cuenta con un sobresalto de que fuera lo que fuese lo que su hermana veía, no se trataba de la noche, ni del prado, ni de las distantes luces de Bruhome. Despacio, y con una flaccidez peculiar que hacía que sus pies desnudos descendieran con un pesado golpe sobre cada peldaño, Cari bajó al suelo, y empezó a alejarse con aire decidido.

—¡Cari!

Una oleada de preocupación ahogó los temores de Honi, y ésta corrió a cortar el paso a su hermana; la tomó por el brazo y tiró de ella.

—¡Cari, despierta! ¡Soy yo, Honi! ¡Oh, Gen, ayúdame!

Gen dejó el farol en el suelo y corrió hacia ella, pero antes de que uniera sus fuerzas a las de Honi, Cari se volvió y miró a los ojos a su hermana. Honi retrocedió asustada ante aquella mirada vacía, ante el rictus embelesado de sus labios; entonces la mano libre de Cari se alzó y la golpeó con fuerza en el rostro.

Honi se tambaleó hacia atrás, perdió el equilibrio y cayó sobre el suelo húmedo mientras Cari, con indiferencia, volvía el rostro y continuaba andando en dirección a la puerta de acceso al prado. Gen tiró de su hermana para ponerla en pie y durante un confuso instante las dos no se sintieron capaces de hacer otra cosa que no fuera contemplar impotentes cómo la figura de Cari se perdía en la penumbra. Entonces Honi aulló:

—¡Cógela, Gen! ¡Cógela, Gen, *rápido!*

Corrieron en pos de Cari, la alcanzaron y cada una la sujetó por un brazo, tirando de ella hacia atrás con todas sus fuerzas; pero los pies de Cari siguieron moviéndose como si fuera un autómata, y su fuerza resultaba increíble, tanto que Honi y Gen se vieron arrastradas durante varios metros antes de que pudieran clavar los talones en la blanda tierra y obligarla a detenerse. Cari se detuvo. Durante un momento permaneció rígida, paralizada; luego, con tal rapidez y ferocidad que cogió totalmente desprevenidas a las otras dos muchachas, giró en redondo, desasiendo sus brazos de las manos que los sujetaban. Honi vio su rostro, y los ojos que la contemplaron por encima de la inmutable sonrisa tenían una expresión enloquecida: gritó, horrorizada, y Cari se abalanzó contra Gen, la levantó del suelo y la arrojó lejos. El débil grito de Gen mientras volaba por los aires se cortó con un jadeo y un nauseabundo ruido sordo, y Cari se volvió para mirar de nuevo a Honi como si la desafiara a arriesgarse a recibir un tratamiento similar.

—¿Cari... ? —La voz de Honi era un quejido lastimero—. Cari, ¿qué te ha *sucedido?* Gen; está... ¡Oh, por la *Madre!* —Y, cegada por lágrimas de desconcierto, se dio la vuelta y corrió a donde yacía Gen.

—¡Gen! Gen, gatita, ¿estás bien?

Se dejó caer de rodillas, y le apartó a Gen los cabellos del rostro. La niña estaba inconsciente y respiraba con dificultad: se había golpeado la cabeza con una piedra que estaba medio enterrada, y brotaba un oscuro hilillo de sangre de una fea abertura justo debajo del nacimiento del cabello.

No podía dejar a Gen allí en el suelo. Tenía que llevarla a la carreta, luego correr a la ciudad en busca de su padre, o de Esti, o de Índigo. Ellos sabrían qué hacer. Pero eso significaría dejar a Gen sola. No había nadie más aquí que pudiera cuidarla; todo el mundo había ido a la reunión. ¿Y si le sucedía algo mientras ella no estaba? ¿Qué era lo mejor? ¿Qué debería hacer?

Honi alzó la cabeza y contempló afligida el prado desierto. Cari había desaparecido. Cari la había golpeado, y herido a su hermanita, y se había marchado en medio de la oscuridad como aquellos extraños viajeros que habían encontrado en el camino. Y ella estaba sola; y asustada, muy asustada.

—¡Oh, papá... ! —Las palabras surgieron de la garganta de Honi en forma de profundo sollozo—. ¡Papá, vuelve! ¡Por favor, vuelve... !

Cuando Constan y Fran llegaron cinco minutos más tarde, encontraron a Honi arrodillada sobre la hierba bajo el pequeño círculo de luz de una lámpara, apretando a Gen contra ella. Aún lloraba; estaba demasiado angustiada para resultar coherente, y sólo cuando Fran corrió a la carreta, miró a su interior y vio el jergón vacío de Cari comprendieron lo que había sucedido.

—¡Can! —gritó Constan a la oscuridad, el rostro crispado por el terror—. Cari, ¿dónde estás? *¡Can!*

Librodot

—No sirve de nada, papá.

Fran levantó en brazos a Gen. Esta, por fortuna, empezaba a moverse; y juzgó que aparte de algunas magulladuras y una cabeza dolorida pronto se encontraría perfectamente.

—Ni siquiera Honi sabe qué dirección tomó —siguió el joven. ¡Podría estar en cualquier parte!

—¿Pero adonde van todos ellos? —suplicó Constan con desesperación—. *¿Adonde?*

Fran vio la luz de unos faroles que se acercaban, y escuchó el rumor de voces.

—Aquí están Índigo y los otros —dijo—. Papá, a lo mejor *Grimya* puede seguirle el rastro a Cari: ¡puede ser nuestra última oportunidad para encontrarla!

A causa del paso más lento de los más pequeños, Índigo, *Grimya y* el resto de los Brabazon se habían quedado muy retrasados, y en aquellos momentos cruzaban la entrada del prado. Fran corrió a su encuentro. En pocas palabras les contó lo sucedido, y preguntó a Índigo si *Grimya* podría ayudarles.

«Claro que puedo», dijo *Grimya* a Índigo al escuchar lo que el joven decía. *«Pero no podemos perder tiempo. ¡Creo que Can corre un gran peligro!»*

Y sin aguardar a que le dijeran nada más, corrió de regreso a la entrada y empezó a olfatear el suelo.

Fran la miró asombrado.

—Es como si comprendiera...

—Lo hace. —Índigo no intentó negarlo; no era momento para charadas—. No me preguntes sobre ello, Fran; limítate a seguirla. ¡Rápido!

Grimya ya había encontrado el rastro de Can, y se alejaba cautelosa en la oscuridad. Fran llamó a su padre, y los tres salieron en pos de la loba, mientras Constan gritaba a los otros por encima del hombro que se quedaran cerca de las carretas y no se movieran hasta su regreso.

Al llegar a la carretera, *Grimya* se detuvo, pero sólo por un momento antes de girar hacia el norte. Mientras la seguían, Índigo recordó el viaje que había realizado junto con Fran el día anterior, y se estremeció mientras se preguntaba hasta dónde pensaba ir Cari por aquella carretera, y qué la aguardaba a su fin.

—Deberíamos haber traído un farol. —La voz de Fran interrumpió sus pensamientos cuando el muchacho se colocó a su lado—. La carretera es como un surco arado. Es muy fácil torcerse un tobillo.

—Ahora ya es demasiado tarde.

Ambos estaban sin aliento, y se comían las palabras; la carrera desde la ciudad y la peculiar y asfixiante falta de aire de aquella oscuridad había agotado parte de sus energías. Y la oscuridad se intensificaba a medida que las luces de Bruhome quedaban atrás, dando más énfasis a la advertencia de Fran. Índigo apenas si podía ver los brillantes cabellos de Constan, que iba delante de ella, y cuando, experimentalmente, extendió una mano ante su rostro, su contorno apareció vago y borroso.

«Grimya. » Proyectó el pensamiento apremiante. *«Apenas si podemos ver en esta oscuridad. ¡No nos dejes muy atrás!»*

La silenciosa voz de la loba le respondió:

«¡No me atrevo a esperar! Creo que hay alguien delante de mí a lo lejos, y podría ser Cari. »

«Entonces mantente en contacto conmigo. No dejes de decirme donde estás. »

«De acuerdo. De momento, todo lo que debéis hacer es permanecer en la carretera. » Se produjo una pausa, luego: *«La figura está más cerca ahora. Creo que es ella, pero no estoy segura. Cuando lo sepa, gritaré. »*

Durante un poco más —pudieron ser minutos o segundos; la negrura y su propio nerviosismo distorsionaban cualquier juicio normal— los tres siguieron adelante a trompicones. Entonces, de repente, un sonido que helaba la sangre resonó a lo lejos, en la oscuridad: el potente y ululante aullido de un lobo.

—¡Que la Madre nos proteja! —exclamó Fran con furia.

—¡Es *Grimya!* —Índigo lo sujetó por el brazo para evitar que cayera cuando pareció que iba a perder el equilibrio en la desigual superficie de la carretera—. ¡La ha encontrado!

Unos segundos más tarde *Grimya* surgió corriendo de la penumbra.

«¡Índigo! ¡He encontrado a Cari, pero está en peligro! ¡El bosque negro atraviesa la carretera más adelante, y ella se dirige directo hacia él!

—¿El bosque? ¡Oh, no!

Horrorizada, Índigo habló en voz alta antes de poder contener su lengua. Constan la miró, lanzó un inarticulado grito y echó a correr, sin preocuparle el mal estado del sendero.

—¡Constan! —gritó Índigo—. ¡Ten cuidado! —No le hizo caso y la muchacha lanzó una imprecación—. ¡Deprisa, Fran! *¡Grimya* dice que tenemos el bosque justo enfrente: si Constan choca contra esas espinas, lo atravesarán!

Fran abrió los ojos de par en par.

—*Grimya* dice...

—¡No puedo explicarlo; no hay tiempo! ¡Vamos!

Corrieron tras Constan, que ya les llevaba cierta delantera. *Grimya* lo alcanzó, y empezó a saltar sobre él para intentar desviarlo, pero la ignoró y siguió adelante, tambaleándose como un borracho enloquecido. Y entonces Índigo vio una negrura más intensa que se alzaba en la anormal oscuridad; una masa enorme e informe que bloqueaba la carretera. Oyó el malévolo crujir de las hojas, el suave frotar de una rama contra otra, el débil y siniestro entrechocar de las espinas, y gritó con toda la fuerza de sus pulmones.

—¡Constan! ¡Constan, detente! ¡Si valoras tu vida, *detente!*

Constan estaba a menos de diez metros de los mortíferos árboles. Y delante de él otra cosa se movía en la penumbra; una delgada figura, pálida, fantasmal, que avanzaba como si estuviera en trance.

—¡Constan!

Índigo obligó a sus piernas a correr más deprisa, sin embargo sabía que no tenía la menor esperanza de poder alcanzar a Constan antes de que llegara a las espinas. Y, ahora sólo a dos pasos por delante de su padre, Cari se acercaba al linde del monstruoso bosque.

Las espinas se separaron. Su entrechocar se convirtió en un repentino frenesí, y las deformes ramas se apartaron para formar un negro túnel, como unas voraces fauces abiertas, que conducían a las impenetrables profundidades del bosque. Cari no titubeó y penetró sin pensárselo en las oscuras fauces. Y Constan, aullando su nombre, se abalanzó ciegamente hacia adelante para intentar alcanzarla y saciarla de allí.

—¡No! —gritó Índigo, desesperada—. ¡Constan, regresa! *¡Grimya! ¡Grimya,* detenlo!

Grimya se lanzó hacia adelante. Sus dientes se cerraron sobre la manga de Constan; éste sacudió el brazo para quitársela de encima; entonces, de repente, pareció perder el equilibrio, cayendo hacia adelante. Su mano se agarró a un mechón de cabellos de Cari; *Grimya* saltó de nuevo e intentó sujetarlo otra vez...

El bosque se cerró a sus espaldas, encerrándolos a los tres tras una sólida pared de espino.

Índigo chilló:

«¡Grimya!», y se arrojó contra la negra barrera, golpeando y pisoteando las ramas, las hojas, las espinas, luchando por abrirse paso.

Su voz se elevó histérica, gritando el nombre de *Grimya* una y otra vez, hasta que tiraron de ella hacia atrás y la arrojaron al suelo con violencia, gritando y debatiéndose todavía. Sintió que algo pesado la aplastaba, e intentó apartarlo a patadas, a mordiscos, arañando, escupiendo; luego, un fuerte dolor en la parte posterior de la cabeza se abrió paso por entre su locura, derrotándola, y de repente se dejó caer hacia atrás, agotadas todas sus fuerzas.

Estaba tumbada panza arriba sobre la carretera, con Fran sentado sobre su estómago. El muchacho tenía mechones de sus cabellos en las manos; presa de total desesperación, no sabiendo de qué otra manera dominarla, le había golpeado la cabeza —no con furia, pero lo bastante fuerte como para que le doliera— contra el suelo hasta que dejó de gritar y debatirse; y ahora, mientras el pánico se desvanecía, se miraron el uno al otro en mutuo y mudo horror.

Librodot

—*Grimya...* —repitió Índigo con voz apenas audible—. ¡Oh, Fran... ! —Cerró los ojos y su boca se torció en una fea mueca mientras hacía un esfuerzo por no echarse a llorar.

Fran se incorporó pesadamente, se palpó el cinturón y sacó el cuchillo de su funda.

—A lo mejor puedo abrir un camino. No puede haber ido muy lejos aún.

—No. —El péndulo había regresado a su lugar; tras la histeria llegaba el frío raciocinio— No funcionará, Fran. Ningún cuchillo puede cortar esos árboles...

—¡Al menos puedo intentarlo!

Fran corrió hacia el bosque, con el cuchillo alzado, y empezó a golpear las ramas. Durante varios minutos siguió así, acuchillando la negra vegetación, mientras sus juramentos se volvían más y más sonoros y furibundos; luego, por fin se echó hacia atrás, respirando de forma entrecortada y con el sudor bañándole el rostro.

—¡No puedo! —Su voz sonaba como la de un niño desconcertado—. ¡No le hace el menor *efecto!* —Y se volvió de cara a los árboles de nuevo—. ¡Papá! ¡Cari! ¡Papá, respóndeme! ¡Papá!

Los anormales árboles se agitaron sigilosos, pero no se escuchó ningún grito de respuesta. Temblorosa, Índigo se levantó del suelo. Mientras se acercaba a él, Fran se volvió hacia ella sollozante, y se abrazaron con fuerza y en silencio, en un intento de aliviar su desdicha compartida.

Al poco Fran retrocedió. Temblaba, y sus mejillas estaban húmedas, pero su rostro mostraba una expresión decidida a pesar de que parecía reacio a encontrarse con los ojos de Índigo.

—Hemos de regresar —dijo—. Hemos de decírselo a los otros. —Aspiró con fuerza, rabioso—. Regresaremos con antorchas. Quizá podamos abrir un paso quemándolo.

—No lo creo —respondió Índigo con voz hueca—. Sean lo que sean esos árboles y vengan de donde vengan, no creo que el fuego les afecte más que los cuchillos.

Se revolvió contra ella.

—¡Bueno, pues hemos de hacer algo! ¿No lo comprendes? ¡Papá y Cari están ahí!

—Y *Grimya.*

—Sí, ¡y *Grimya!* ¡Y hemos de sacarlos!

«Si ya no es demasiado tarde», pensó Índigo, y al instante lo lamentó. *Grimya* no podía morir: eso era una parte de su propia maldición que la loba compartía. Pero podía sufrir. Y Constan y Cari eran otro asunto...

Levantó los ojos de nuevo hacia los árboles. Sus copas resultaban invisibles, mezclándose con la espesa noche. Y el susurro de sus hojas sonaba a sus inflamados sentidos como una burlona e irónica risa.

Índigo tomó la mano de Fran.

—Vamos —dijo en voz baja—. Quizá tengas razón; quizás el fuego funcionará. Al menos vale la pena probarlo. Regresemos al campamento, deprisa.

Se alejaron por la carretera, y la risa de los árboles pareció seguirlos, hasta que incluso los pequeños y malévolos ecos de las crujientes ramas y las susurrantes espinas quedaron ahogados en el amenazador silencio de la oscuridad.

CAPÍTULO 7

—De acuerdo —Fran contempló el círculo de rostros reunidos alrededor del fuego del campamento, mientras su expresión desafiaba a cualquiera de ellos a que se atreviera a contradecirle, y finalmente sus ojos se clavaron en Índigo—. Es una buena idea y debería funcionar. Pero no vas a ir sola.

—Fran...

—He dicho *no.* —Fran golpeó la palma de la mano contra el suelo para dar más énfasis a sus palabras—. Mientras papá y Cari no estén yo soy el cabeza de familia, y se hace lo que yo digo. Dos de nosotros iremos contigo o no irá nadie. Y no creas que no podemos obligarte a quedarte si hemos de hacerlo.

No era cierto, pero Índigo lo dejó pasar. Fran necesitaba aquella demostración de autoridad, no tan sólo para tranquilizar a sus hermanos y hermanas sino también para tranquilizarse a sí mismo, y restablecer su autoestima. Durante el viaje de pesadilla de regreso a Bruhome la muchacha lo había oído sollozar mientras corría, y él lo sabía y se sentía avergonzado. Ella había intentado decirle que las lágrimas no significaban afeminamiento, pero él había rechazado sus palabras de consuelo muy enojado: al igual que con la discusión que habían tenido junto al río —que ahora parecía tan lejana— odiaba cualquier sospecha, por equivocada que ésta fuera, de que ella pudiera considerarlo una criatura.

La muchacha bajó los ojos.

—Muy bien.

La muchacha se dijo que el joven tenía también ese derecho: aunque ella era la única responsable de su situación, eran las vidas de su padre y su hermana las que estaban en juego, no la de ella. Y, dejando de lado la conciencia, tuvo que admitir para sí que la idea de estar acompañada ante lo que pudiera encontrar resultaba más que consoladora.

—Bien —ahora fue Esti quien tomó la palabra—, ¿quién va y quién se queda?

—Yo iré con Índigo. —Una vez más, Fran les dedicó su retadora mirada, y nadie disintió—. Y creo que debería venir otro más. Tres se las arreglarán mejor que dos si surge cualquier problema, o si Cari o papá están heridos. Hemos de decidir quién es el más adecuado.

Esti removió el puchero de la comida.

—Eso es fácil. —Levantó la mirada, y sus ojos verdes se clavaron en los de su hermano con determinación—. Yo.

—No seas estúpida. ¡Eres una chica!

—También Índigo, y eso no la va a detener. No, Fran, calla y escucha. Ninguno de nosotros sabe lo que puede suceder aquí mientras vosotros no estáis, y si hay más problemas podemos necesitar fuerza física y capacidad de lucha. Eso significa Val, Lanz y Enti. Los otros chicos son demasiado pequeños para ir. —Se produjo un pequeño conato de protesta por parte de los tres mencionados, y Esti los amenazó con el cucharón—. ¡Callaos! Esto no es un juego, es *serio.* Son demasiado jóvenes. Armonía y Honi son mucho mejores que yo en lo que se refiere a organizar a la gente, y sabrán ocuparse a la perfección de que el campamento funcione. Así pues, es obvio, ¿no? Soy la única persona que puede ir con vosotros.

Fran miró a Índigo, impotente. Estaba claro que no le gustaba la idea, pero Esti lo había dejado sin argumentos.

—¿Índigo? ¿Qué te parece?

Índigo contempló a Esti por unos instantes. De todas las muchachas Brabazon era la más imprevisible; no obstante había una gran fortaleza en ella. Esti era lista y sabía cómo cuidarse; y su razonamiento estaba bien fundado. Siempre y cuando pudieran mantenerse bajo control sus impulsivos excesos —y también los de Fran— eran la única elección lógica.

—Creo que Esti tiene razón. Ella es la que debería venir con nosotros.

Piedad, que no había comprendido por completo qué era lo que se discutía pero que percibía de forma intuitiva que los problemas de la familia no habían terminado ni mucho menos, empezó a llorar; una reacción al caos en que de una forma tan desconcertante se había

Librodot

convertido su vida. Armonía, que empezaba ya a ponerse en el papel que antes había desempeñado Cari, fue inmediatamente a su lado para consolarla, y Fran se apartó del fuego.

—Bien. Si eso está ya decidido, no hay tiempo que perder. Voy a buscar lo que necesite; Índigo, Esti, lo mejor será que hagáis lo mismo. Luego quiero ver a Val, Lanz y Forti en la carreta de papá.

—Honi os traerá algo de comer —dijo Esti—. Sería tonto marchar con el estómago vacío cuando no sabemos cuánto tiempo pasará antes de poder hacer nuestra próxima comida.

La clase de atmósfera que flotaba alrededor del fuego estaba cambiando. Todavía era tensa, pero impregnada ahora de una sensación de que la situación de impotencia de las horas anteriores se había roto por fin. No obstante, Índigo era perfectamente consciente de que, en el entusiasmo del momento, podría resultar muy fácil pasar por alto una cuestión vital que hasta entonces no había tenido la oportunidad de discutir con Fran y Esti. Ninguno de ellos tenía una auténtica idea de a qué podrían enfrentarse si el plan que ella había ideado funcionaba. Las palabras llenas de valor estaban muy bien, pero la realidad resultaría diferente: incluso la estrategia para penetrar a través de la barrera de espinas podía ser su perdición si los Brabazon resultaban ser más remilgados de lo que decían; y al otro lado... ella no sabía qué había al otro lado, pero la intuición y la experiencia le decían que podía ser peor que cualquier pesadilla. No podía dejar que se metieran en todo aquello sin saber a lo que iban: en conciencia, debía decirles lo que realmente les aguardaba en su misión.

Los dos Brabazon se dirigían ya a sus respectivas carretas, y ella se incorporó y los llamó:

—¡Fran! ¡Esti! Antes de que hagáis vuestros preparativos... —Corrió hacia ellos y bajó la voz de modo que los otros no la oyeran—. Hay algo que tengo que deciros, y es vital que lo sepáis antes de que nos pongamos en marcha.

Esti suspiró impaciente, pero los ojos de Fran la miraron astutos.

—¿Algo relacionado con lo que me dijiste en la carretera?

—Sí. Y tiene que ver con nuestro viaje.

—De acuerdo. No deberíamos perder más tiempo que el imprescindible, pero... entremos en la carreta principal. Allí podemos hablar.

Y de este modo, en la intimidad de la carreta, Índigo les contó su historia; o más bien, aquella parte de su historia que consideraba que debían saber y creerían. Les habló de su misión para localizar y destruir a los siete demonios, y de cómo había descubierto que el tercero de estos demonios era la causa de todos los males que aquejaban Bruhome. Les contó también la verdad sobre *Grimya.* Y aunque no les dijo nada sobre su antigua y perdida identidad, ni sobre la maldición de la inmortalidad que era parte de su carga, sí les habló, vacilante y llena de dolor, sobre Fenran, cuya vida dependía de si ella triunfaba o fracasaba.

Cuando hubo terminado de hablar, se hizo el silencio en la carreta durante unos instantes. Luego, muy despacio, Esti extendió una mano y sujetó la suya.

—¡Oh, Índigo! —Los ojos de la muchacha brillaban de emoción—. No teníamos ni idea, ninguno de nosotros. —Dirigió una rápida mirada a Fran, que contemplaba a Índigo con una expresión tensa, pero sin decir nada—. Es una historia tan terrible... Tan *triste.* Es como... no lo sé, como las leyendas que cantamos en nuestras actuaciones, pero...

—¡No seas tan estúpida! —la interrumpió, enojado, Fran—. Eso no son más que cuentos. Esto —miró de nuevo a Índigo, con más fijeza que nunca— es *real.* Le ha sucedido a Índigo, y si todo lo que sabes decir es que recuerda a un tonto cuento de niños...

—¡Eso no era lo que yo quería decir! —replicó Esti—. Claro que sé que es diferente, ¿qué te crees que soy?

—Entonces sabes que Índigo quiere decir exactamente eso cuando dice que rescatar a papá y a Cari va a resultar peligroso, ¿no es así? —La furia de Fran estaba bajo control ahora, pero todavía bullía e Índigo sospechó que había algo más detrás de ella que simple indignación fuera de lugar por las palabras de su hermana—. Cuando Índigo dice que nos enfrentaremos a un demonio, quiere decir un demonio. No un ser de mentirijillas con los que sueñas despierta, sino un...

Librodot

—¡Sé lo que quiere decir! —replicó Esti con violencia—. ¡Sé lo que es un demonio!

Índigo, que había escuchado la pelea con creciente inquietud, intervino ahora.

—Fran, Esti: no quiero ser grosera, pero dudo de que ninguno de los dos comprenda exactamente aún qué es aquello a lo que nos enfrentaremos —dijo con suavidad.

Ambos se volvieron para mirarla, pero ella se anticipó a sus protestas, continuando:

—La verdad es que ninguno de nosotros sabe qué se encontrará. Este poder, este demonio —se sentía reacia a utilizar esta palabra ahora, ya que había colocado demasiados prejuicios en sus mentes—, puede tomar cualquier forma, o no tener ninguna. Puede que no sepamos reconocerlo si lo encontramos...

—Cuando lo encontremos —la corrigió Esti con fiereza.

—Muy bien, cuando lo encontremos. Os he contado mi historia porque quiero que comprendáis mis motivos para realizar este intento, y porque sería una gran injusticia conduciros a este peligro sin que supierais toda la verdad. —Una débil y forzada sonrisa curvó sus labios—. Ojalá os hubiera podido contar lo del demonio sin revelaros mi propia situación, pero eso habría dejado muchas preguntas en el aire. Ahora, pues, sabéis tanto como yo. Todo lo que me queda es esperar que sea suficiente.

Esti, calmada, bajó la mirada.

—Lo siento —dijo—. No era mi intención resultar frívola, Índigo. Y Fran y yo no deberíamos habernos peleado. —Lanzó a su hermano una mirada desafiante, luego le devolvió la sonrisa a Índigo sin mucho convencimiento—. No resulta un inicio muy alentador, ¿verdad? ¡Seguramente te preguntarás si vale la pena llevarnos!

—Claro que no.

No era del todo verdad, pero Índigo sabía que ya era demasiado tarde para, reconsiderarlo. Lo que Fran había dicho antes, lo había dicho en seno: no podía evitar que fueran con ella. Incluso aunque se fuera sola, ellos la seguirían, y las consecuencias de su entrada en el mundo del demonio sin ella para ayudarlos resultaban aterradoras. Aunque resultaran una gran responsabilidad, no tenía otra elección que llevarlos con ella.

—No hablemos ya más de ello, Esti. Aún nos queda mucho que hacer antes de ponernos en marcha, y Fran tiene razón sobre lo de no perder tiempo. —Paseó la mirada del uno al otro—. ¿Hacemos las paces?

—De acuerdo —asintió Esti con vehemencia.

Fran vaciló, luego asintió también:

—De acuerdo.

El plan de Índigo para penetrar en el bosque negro era muy sencillo, aunque un poco macabro. Las cosas habían cambiado en Bruhome durante las últimas horas; por un lado para mejor, pero por el otro habían empeorado. El temido botín en la plaza del mercado había sido evitado, después de todo; por una sorprendente jugarreta del destino, la aparición de los durmientes había resultado un factor atenuante, ya que había actuado como un jarro de agua fría sobre el acaloramiento de la multitud, y había trasladado su atención de los terrores personales a algo más aterrador y apaciguador a la vez. El shock que los habitantes de la ciudad habían recibido los había dejado impotentes, incapaces de hacer otra cosa que contemplar sin comprender cómo las víctimas de la enfermedad, como polillas atraídas por una llama invisible, abandonaban sus lechos *y* sus hogares y se perdían en la noche. Algunos espíritus más audaces habían intentado detener a algunos de los caminantes *y no* habían recibido mejor tratamiento que Honi y Gen; ante su fracaso, una especie de apatía había descendido sobre la ciudad, una aturdida aceptación de que esto, como otros muchos acontecimientos aterradores acaecidos con anterioridad, no eran más que otro eslabón en la cadena, otra manifestación del mal que tenía Bruhome en la palma de la mano. Ya no podían seguir luchando: su voluntad había desaparecido, había muerto junto con las cosechas, se había desvanecido junto con los seres queridos perdidos, estaba enjaulada de la misma forma que aquel extraño bosque enjaulaba a la ciudad. Todo lo que podían hacer era aceptar con

Librodot

pasividad un destino que nadie parecía capaz de alterar, y llorar su desgracia.

Pero aunque Bruhome estaba ahora tranquilo, parecía como si el mal no hubiera terminado con sus víctimas. Una hora después de que el último caminante dormido hubiera abandonado la ciudad, dos niños —gemelos— se habían desplomado ante la chimenea de su propia casa y no se los había podido despertar. Al cabo de otra hora se habían levantado del lecho con el rostro pálido y sonriente, sin prestar atención a los gritos de su madre ni a las súplicas de su embriagado padre, y habían abandonado la casa en dirección al este. Poco después, se vio a dos hombres y a una mujer que avanzaban decididos por la carretera del este. Y en otras partes de la ciudad, en los hogares, en las tabernas, e incluso en la Casa de los Cerveceros adonde muchos habían ido a compartir su congoja con sus vecinos, hacían su aparición nuevos seres que no tardaban en convertirse en caminantes dormidos. Parecía como si aquello que los llamaba, aquello que penetraba en lo más profundo de sus mentes y se los llevaba, no fuera a darse por satisfecho hasta que no quedara nadie.

La noticia traída por Val, quien se había aventurado a ir a la ciudad antes de que ella regresara, le había mostrado a Índigo cómo podría vencer la barrera de espinas. Ahora ya sabía adonde iban los durmientes y por qué tomaban direcciones tan diferentes. Se los atraía hacia el bosque, y el bosque los rodeaba por todas partes. Cada vez que uno de aquellos paseantes sonámbulos se acercaba, el bosque se abría, para admitir a una nueva víctima al interior del infernal mundo que aguardaba al otro lado. E Índigo y sus compañeros pensaban seguir al próximo caminante que se dirigiera al mismo lugar por el que Constan y *Grimya* habían penetrado en aquel mundo siguiendo a Cari, y penetrar ellos también a su vez.

Se reunieron junto al fuego para despedirse. Todos estaban presentes, incluso Gen, que se había recuperado y no mostraba otra señal de haber sido herida que un pequeño y ligero vendaje sujeto gallardamente alrededor de su cabeza. Esti, algo cohibida, ataviada con una camisa y unos pantalones que Índigo le había prestado —ésta había declarado que las faldas resultaban muy poco prácticas para tal empresa— abrazó a cada uno de ellos por turno, dedicándole un beso muy especial a Piedad, luego pretendió comprobar el contenido de la bolsa de provisiones que colgaba de su hombro para que nadie pudiera observar su incertidumbre. Fran se mostró falsamente alegre: instó a los más pequeños a que compusieran una canción sobre sus hazañas y desafió a Val a que aprendiese una complicada canción para flauta en su organillo durante su ausencia, Índigo se sintió incapaz de decir nada, pero cuando Val y Honi, la emoción derrotando a la timidez, corrieron hasta ella y la abrazaron, los apretó con fuerza tanto tiempo como pudo antes de retroceder. Luego, con gran precipitación, se dijeron las últimas palabras de despedida y se intercambiaron los últimos besos, y los tres abandonaron el prado y al cada vez más pequeño grupo de figuras que agitaban los brazos junto al fuego, y se volvieron en dirección a la ciudad.

No habían recorrido ni veinte metros cuando un grito los detuvo. Se dieron la vuelta, e Índigo vio a Val que hacía señales frenéticamente e indicaba a su espalda en dirección al río; Fran aspiró con fuerza, y la muchacha se dio cuenta de que otra figura venía hacia ellos.

—¡Madre Tierra! —exclamó Fran en voz baja—. Es una señal: ¡tiene que serlo!

Los viajeros que habían intentado abandonar Bruhome después de la tormenta habían regresado todos, calmados y acobardados por lo que habían encontrado fuera de la ciudad. La mayoría habían buscado el consuelo de las tabernas locales, pero después de la frustrada reunión en la plaza algunos se habían escabullido de nuevo hasta el campamento del prado a esperar temerosos lo que pudiera acontecer. Ahora, alguien había salido de una de las tiendas situadas junto al río, y en cuanto lo vio, Índigo supo que había caído víctima de la enfermedad, y seguía ahora el mismo e inevitable impulso que se había llevado a otros antes que a él. Ella y sus compañeros se quedaron inmóviles, y el hombre llegó hasta ellos y se les adelantó y cruzó la entrada, con la mirada fija delante de él, sin darse cuenta de nada de lo que lo rodeaba.

—Vamos a seguirlo. —La voz de Fran era un apremiante y tenso susurro—. Rápido. ¡Cuidado que no se nos pierda de vista!

Librodot

Índigo vio temor en los ojos de Esti, pero no dijo nada. Volvió la cabeza para mirar de nuevo el campamento mientras los tres se ponían en marcha para seguir al durmiente, e hizo una señal de reconocimiento a Val, que permanecía un poco apartado de los otros. Levantó la mano en señal de agradecimiento por el aviso, y él le devolvió el gesto. Pero se lo veía desolado.

El hombre en trance se había vuelto hacia el norte desde la entrada del prado, y tomado el mismo camino que Cari, Índigo deseó que su dirección resultase un buen presagio, aunque la experiencia le había enseñado a mostrarse escéptica y no pensaba fiarse demasiado de la esperanza. Incluso aunque penetraran en el mundo del bosque exactamente por el mismo lugar por el que habían desaparecido *Grimya,* Cari y Constan, las posibilidades de poder encontrar su rastro eran remotas; y si no los encontraban, ¿entonces qué? Aún no se había atrevido a considerar esa pregunta.

El caminante que los precedía avanzaba con sorprendente velocidad, y no perderlo de vista no resultaba fácil en la oscuridad a pesar del farol que llevaba Fran. Índigo oía cómo Esti murmuraba en voz baja a cada paso que daba; no estaba muy segura de si las palabras eran para mantener el ritmo o un conjuro contra la mala suerte. No había nadie más en la carretera y la fantasmal quietud planeaba sobre el terreno, aumentada más que mitigada por el sonido de sus rápidas pisadas. Nada se movía en la exuberante vegetación que bordeaba el camino, ningún otro sonido alteraba el silencio. Por caprichosa que esa idea pudiera parecer, a Índigo le dio la impresión de que la tierra contenía la respiración, a la espera de algún acontecimiento sin especificar pero que iba a tener lugar.

Cuando la primera visión de los negros árboles que bloqueaban el camino apareció delante de ellos, los tres se detuvieron al instante. Esti, que aún no había visto el monstruoso bosque, lo contempló en atemorizado silencio, pero la expresión de contrariedad de Índigo —y la de Eran, observó al mirarlo— eran motivadas por algo diferente y más alarmante.

El bosque se había movido. Incluso unas pocas horas antes, cuando habían seguido a Cari por aquella misma carretera, habían andado, según los cálculos de Índigo, al menos otro kilómetro antes de encontrarse con la negra pared de árboles; y el día de la tormenta, cuando habían salido en su frustrada misión hacia la siguiente ciudad, el bosque había estado a bastantes más kilómetros de distancia. Ahora, estaba muy claro que los cercaba, se cerraba sobre Bruhome de la misma forma que un lazo se cerraba lentamente para estrangular a su víctima. ¿Cuánto faltaba, se preguntó Índigo llena de inquietud, para que aquel bosque sobrenatural llegara a la ciudad, y la sepultara?

Fran, que había llegado a la misma conclusión, dijo sucintamente:

—No pensemos en ello, Índigo. Hemos de seguir.

La muchacha asintió, y Esti indicó bruscamente:

—¡Está llegando a los árboles!

El durmiente había llegado casi al bosque, y, justo frente a él, las espinas empezaban a agitarse. Sus malévolos chasquidos produjeron un escalofrío en Índigo y la joven se volvió hacia sus compañeros.

—¡Esti, cógete de nuestras manos, rápido! —Sus dedos se entrelazaron, Esti estaba entre Índigo y Fran—. Ya no tenemos más que unos segundos, muy pocos. ¡Ahora, a *correr.*

Corrieron hacia el durmiente, quien no dio la menor señal de advertir su presencia, y cuando el negro túnel del bosque se abrió, Índigo estiró el brazo para agarrarse a su manga. Al ver aquella negra boca, Esti perdió el valor; lanzó un aterrorizado gemido y, automáticamente, intentó echarse hacia atrás, y por un instante Índigo pensó que perdería contacto con su presa. Pero entonces Fran se abalanzó hacia adelante, agarrándose con desesperación a la camisa del hombre. El farol se balanceó violentamente mientras él intentaba sujetarlos a él y al durmiente a la vez; los cuatro se tambalearon, vacilaron: entonces el impulso tomado los empujó hacia adelante y cuando el durmiente penetró en el túnel que se había abierto como un depredador para darle la bienvenida, se zambulleron entre las espinas tras él.

—¡Hemos pasado! —El grito de Fran fue un ronco aullido de triunfo—. Lo hemos

Librodot

conseguido, estamos...

Como si todo un mundo hubiera abierto la boca para rugir, un tumulto atronador los golpeó igual que si un muro se hubiera desplomado sobre ellos, Índigo se tambaleó hacia atrás, perdiendo contacto con Fran y Esti al apretar las palmas de las manos contra sus oídos en un frenético e inútil esfuerzo por ahogar el ruido. Voces: miles y miles de voces enloquecidas, inhumanas, que chillaban, aullaban y reían, y la golpeaban y abofeteaban desde todas partes mientras ella se retorcía salvajemente de un lado a otro como un animal aterrorizado en una trampa. Tenía la boca abierta pero no salía ningún sonido de ella; todo lo que era capaz de hacer era jadear y dar boqueadas. El titánico estruendo siguió creciendo y la muchacha cayó de rodillas, boca abajo, revolviéndose ciegamente en la oscuridad.

—¡Parad! ¡Oh, haced que pare!

Alguien gritó muy cerca de su oreja y sintió unas manos que se aferraban a ella, Índigo se agarró a su invisible compañero, sin saber ni importarle quien fuera, y en el aturdimiento provocado por la conmoción y el dolor también ella empezó a gritar en protesta.

El horrible ruido empezó a disminuir. En un principio la mente aturdida de Índigo no lo advirtió, pero de pronto, aquella parte de ella que aún se aferraba con desesperación a algún vestigio de cordura se dio cuenta de que los aullidos disminuían. Podía incluso oír su propia voz por entre el tumulto, y sus gritos se convirtieron en terribles jadeos mientras luchaba por levantarse del suelo. Una mano la ayudó a incorporarse y en la oscuridad vislumbró el vago contorno oval del asustado rostro de Esti.

—Esti.

Pero antes de que pudiera añadir nada más el horrible ruido empezó a crecer de nuevo, rugiendo a través de la oscuridad. De repente, la chispa de un mal recuerdo se mezcló con la intuición en la mente de Índigo, y comprendió lo que sucedía. Era un truco —un truco malicioso para aturdir a los incautos, para intimidarlos, para destruir sus mentes— y sujetó los hombros de Esti con fuerza, zarandeándola con violencia.

—*¡Grita!*—Su voz resultaba apenas audible por encima de los alaridos que se alzaban a su alrededor como un maremoto—. ¡Esti, *replica!* ¡Grítale a esa cosa: ahora, ahora!

Esti no la comprendió, pero estaba demasiado asustada para hacer otra cosa que obedecer. Empezaron a aullar a la rugiente oscuridad; chillaron, gritaron, arrojaron imprecaciones, sonidos, cualquier cosa que sus pulmones y gargantas *pudieran producir, para, contrarrestar aquel* ataque. Por un terrible instante Índigo creyó haberse equivocado, y que la estratagema no funcionaría; pero entonces, de forma perceptible, el ruido empezó a apagarse de nuevo.

—¡Sigue gritando! —Aulló las palabras con todas sus fuerzas—. ¡No te detengas, hagas lo que hagas, no te detengas!

Gritaron como enloquecidos en aguda discordancia. Esti empezaba a comprender ahora, y su voz adoptó un tono furioso cuando la rabia empezó a reemplazar el temor.

Los aullidos intentaron aumentar en dos ocasiones, pero sus gritos los derrotaron; de repente una tercera voz se unió a ellas, al darse cuenta Fran, con cierto retraso, de lo que sucedía, y añadir sus gritos para darles más fuerza. Y por fin llegó un momento en el que Índigo se dio cuenta de que el sonido había cesado.

Levantó las manos y cuando sus gritos se desvanecieron cayó sobre ellos un completo silencio. Duró sólo un momento, antes de que Esti cayera víctima de un ataque de tos y se apartara a un lado, golpeándose el pecho con el puño y lanzando maldiciones entre ataque y ataque de tos.

Índigo se balanceó hacia atrás en sus talones, subiendo y bajando los hombros mientras recobraba el aliento. Cuando se hubo recuperado lo suficiente para hablar, levantó los ojos y dijo con voz débil pero llena de sentimiento:

—¡Gracias!

Esti lanzó una última y convulsiva expectoración, luego se secó la boca y levantó la cabeza para encontrarse con los ojos de Índigo.

—¡Madre Todopoderosa! —exclamó con voz ronca—. ¡Prometo que jamás volveré a

quejarme por tener que cantar durante demasiado tiempo!

Aquella chispa de humor resultaba grotesca en estas circunstancias, pero a pesar de ello Índigo percibió una ligera disminución de la tensión.

—Hemos tenido suerte de poder descubrir a tiempo cómo detenerlo.

—Querrás decir que hemos tenido suerte de que tú supieras qué hacer. —Esti se frotó la dolorida garganta, luego dejó caer la mano a un lado del cuerpo—. ¿Cómo lo has sabido?

Índigo se encogió de hombros y miró a su alrededor. Aunque la oscuridad era intensa, le pareció que podía vislumbrar débiles diferencias en los tonos de negro, trazas de elevados árboles que se apiñaban a su alrededor. Bajo sus pies había hierba, extrañamente seca pero hierba de todas formas. Eso, al menos, era físicamente real y estable. Y por fortuna parecía que habían ido a parar lejos de las espinas.

—No lo sabía —admitió—. Fue simplemente una intuición. Pero —se estremeció—, ya he visto antes algo parecido a este bosque. No tenía el mismo aspecto pero sí producía la misma sensación, tenía la misma atmósfera. Era un mundo de ilusiones; y allí descubrí lo peligrosas que pueden llegar a ser las ilusiones. Entonces, cuando el ruido nos atacó, pensé, incluso aunque no sea real, podría volvernos locos o peor, y me sentí demasiado atemorizada para hacer otra cosa que gritar.

—Y cuando gritaste, empezó a apagarse —dijo Fran, pensativo.

—Sí. Eso es lo que me dio la idea, la esperanza. Intenté volver los gritos contra sí mismos: responder a ellos, pero era comparar ilusión con realidad. —Sus ojos se endurecieron—. *Yo* era real, eso no lo era. Eso fue lo que me dije, que *yo era.* real.

—Y funcionó. —Fran dejó escapar un suave y siseante suspiro.

—Sí. Esta vez, funcionó. —Un nuevo escalofrío la convulsionó, pero tenía que decir lo que pensaba—. La próxima vez, no obstante, puede que no tengamos tanta suerte.

Durante quizá treinta segundos nadie dijo nada más. Luego, sin advertencia previa de modo que Esti dio un brinco como un animal nervioso, Fran se puso en pie.

—Bien —dijo, y su voz sonó extrañamente remota en la amortiguadora oscuridad—. Una cosa sí es segura: hemos penetrado en el bosque, pero no vamos a conseguir nada quedándonos donde estamos. —Bajó los ojos hacia Índigo y a pesar de sus esfuerzos por parecer el jefe la muchacha percibió su indecisión y el temor que seguía acechando en su interior—. ¿Tienes alguna idea de en qué dirección debemos ir?

Se trataba de una pregunta, pensó Índigo, que en otras circunstancias podría haberla hecho reír. La oscuridad era tal que incluso con la visión ajustada a aquella noche perpetua dudaba de que pudieran ver cualquier obstáculo que estuviera a más de un palmo de distancia. El caminante dormido en pos del cual se habían catapultado a este mundo fantasmal había desaparecido; sin siquiera percibir la espantosa cacofonía *de* sonido que los había atacado a ellos, o quizá dominado de alguna extraña forma por ella, se había desvanecido en las profundidades del bosque, y ya no volverían a encontrarlo. Carecían de pistas, y de rastros que seguir, no tenían más que su ingenio para guiarlos.

Se puso en pie y se sacudió las ropas.

—Primero —dijo—, creo que deberíamos comprobar nuestras pertenencias y asegurarnos de que no hemos perdido nada. El farol, por ejemplo...

Fran se golpeó la frente con la palma de la mano.

—¡Qué estúpido soy, *el farol!* —Se dio la vuelta, palpando en la hierba con un pie—. Debo de haberlo dejado caer cuando pasamos; lo había olvidado, ¡ah! —Algo metálico tintineó en el suelo y se agachó como un halcón cayendo sobre su presa—. ¡Aquí! —Buscó a tientas el lado en el que el cristal se corría, y palpó el interior para localizar el pedazo de vela del interior—. Todavía está entero. Debe de haberse apagado cuando se me cayó.

Índigo rebuscó en la bolsa que llevaba al cinto para sacar la yesca y el pedernal. El pedernal chirrió en la oscuridad; se encendió una pequeña llama, y la vela del farol ardió, creando un pequeño círculo de luz que hizo que sus rostros se destacaran con inusitada nitidez.

Fran se levantó, alzando el farol por encima de su cabeza, y la luz se desparramó por todo

Librodot

lo que los rodeaba. Tal y como Índigo había supuesto, estaban en el linde de un espeso bosque, que parecía estar compuesto de enormes árboles de tronco negro que surgían de entre una espesísima maleza. El dosel de hojas sobre sus cabezas resultaba impenetrable y anormalmente silencioso; no se veía el menor movimiento de pájaros o animales, ni se escuchaban sonidos, nada que alterara el silencio. Miró por encima del hombro, y se estremeció al ver que a menos de dos pasos de ellos había un matorral de espinas que era dos veces mayor que ellos, un bosque de siniestras lanzas que centelleaban malignas a la luz de la lámpara. El que ni uno de ellos hubiera sido atravesado por ellas durante el caótico momento que siguió a su llegada era poco menos que un milagro, e, instintivamente, retrocedió, apartándose de la barrera de espinos. Sucediera lo que sucediese ahora, no podían ir por aquella parte: lo que les dejaba tan sólo el bosque mismo.

—Me pregunto hasta dónde llega...

Lo dijo más para sí que para los otros, pero Fran la miró fijo.

—¿El bosque? No importa realmente, ¿no es así? No hay otra dirección que podamos tomar.

—No sabemos lo que puede haber ahí dentro —repuso preocupada Esti. Lo menos importante podrían ser los animales salvajes. —Jugueteó con el cuchillo que pendía de su funda en su cinturón.

—Bueno, pues no lo descubriremos a menos que vayamos.

Índigo sospechó que Fran se obligaba a sí mismo a hablar con más confianza de la que en realidad sentía.

—A lo mejor podemos encontrar un sendero o algo parecido. —Alzó el farol aún más y dio un cauteloso paso en dirección a los árboles, luego otro... y de pronto Esti agarró con fuerza el brazo de Índigo.

—¡Índigo! ¡La luz!

Cuando Fran avanzó hacia adelante, la luz del farol perdió brillo, su resplandor perdió su cálido tono amarillo para transformarse en un enfermizo destello de color indefinido. Fran se quedó totalmente inmóvil, y lo contempló horrorizado; entonces, dio un paso hacia atrás, y de inmediato el farol volvió a brillar con más fuerza.

—¡Fran, regresa! —gritó Esti.

Fran levantó la mano que tenía libre.

—No —respondió—. Aguardad.

Avanzó hacia adelante otra vez; de nuevo el farol perdió potencia. Se detuvo, atisbo al interior del bosque por un momento, luego se volvió rápidamente y les hizo señales para que se acercaran.

—¡Índigo, Esti..., venid aprisa!

Corrieron a su lado, y él les indicó en dirección a los apretujados árboles.

—Mirad. Hay luz. ¡Es muy débil, pero estoy seguro de que no veo visiones!

Índigo entrecerró los ojos para ver mejor y comprobó que tenía razón. A lo lejos, por entre las hojas, se filtraba un resplandor grisáceo opaco y que no parecía provenir de ningún sitio.

—Da otro paso hacia adelante —dijo Fran—, y observa qué sucede.

Perpleja, Índigo le obedeció y el lejano resplandor aumentó en una ínfima parte. Fran siguió:

—Ahora observa el farol —y avanzó para colocarse junto a ella.

La muchacha lanzó una exclamación ahogada al ver que la vela se apagaba hasta convertirse en un rescoldo descolorido, y de repente comprendió.

—Estamos en una especie de zona fronteriza, ¿verdad? —La voz de Fran estaba tensa—. Medio en un mundo y medio en otro. No podemos penetrar realmente en este otro mundo hasta que no salgamos por completo del nuestro. Y cuando salgamos... bueno, es lo que tú decías sobre la realidad. Una vez hayamos dejado nuestro mundo atrás dejará de ser real.

—Y así pues, los artefactos de nuestro mundo pierden realidad y poder.

La teoría tenía sentido, e Índigo se sorprendió ante la perspicacia de Fran ya que sabía tan

poco sobre las dimensiones situadas más allá del plano físico de la tierra. Pero antes de que pudiera decir nada más, Esti habló:

—Significa esto... —Había un ligero temblor en su voz; paseó la mirada nerviosa de uno a otro—. ¿Significa eso que... nosotros tampoco somos reales?

Índigo lo consideró por un momento. Recordó a los caminantes dormidos, las cosechas que se morían, la agobiante sensación de que algo se alimentaba de Bruhome, le chupaba la vida como se chupa la médula para extraerla del hueso. Incluso un demonio no podía sustentarse de la nada.

—No —dijo a Esti por fin—. Nosotros seguimos siendo reales, y también todo ser vivo que penetra en este mundo.

Pero el pensamiento que acompañaba a sus palabras era mucho menos reconfortante. Porque el demonio los encontraría con toda seguridad, de la misma forma que encontraría a los durmientes y a sus perdidos compañeros. Y si se alimentaba de vida, entonces podía ser que las vidas de tres personas que habían penetrado en su reino por propia voluntad pudieran resultar una perspectiva mucho más deseable.

Librodot

CAPÍTULO 8

Penetraron en el bosque en fila de uno, avanzando despacio y con cautela, Índigo empuñaba la ballesta a la que había colocado una saeta; después del incidente del farol dudaba de que aquella arma pudiera ser de alguna utilidad, pero sentirla entre sus manos resultaba mucho más reconfortante.

El leve resplandor aumentaba a medida que avanzaban, hasta que les fue posible ver lo que los rodeaba como a través de una espesa niebla bañada por la luz de la luna. No obstante, el silencio resultaba sobrenatural; el aire no se movía y ni una sola hoja se agitaba entre las ramas. Fran insistió en ir delante; Índigo se había sentido reacia a permitírselo pero al final había cedido; no quería malgastar energías discutiendo con él y diciéndose para sí que al menos de esta forma, si iba detrás, podía vigilar a sus compañeros. Miró atrás en una ocasión y vio que el seto de espinos había desaparecido, dejando tan sólo los apiñados árboles que parecían extenderse hasta el infinito. No la sorprendía demasiado que los espinos hubieran formado parte de la confusa frontera entre su propio mundo y éste, y ahora que habían entrado en la tierra de nadie que servía de puente a las dos dimensiones, su realidad y todo lo que ésta contenía había quedado fuera de su alcance. Este pensamiento resultaba desconcertante, ya que traía a colación la pregunta de cómo encontrarían el camino de regreso, y decidió no llamar la atención de sus compañeros sobre lo que había visto, *y* continuar andando en silencio.

Durante algún tiempo nadie habló, hasta que Esti, que seguía saltando a cada sombra, volvió la mirada hacia Índigo con un tímido pero esperanzado atisbo de sonrisa.

—Es idiota —dijo—, pero siento ganas de cantar. Sólo por escuchar una voz. Cualquier cosa.

Fran volvió la cabeza con una expresión mordaz, pero antes de que pudiera hablar, Índigo se le adelantó.

—¿Por qué no?

Su avance por entre la maleza ya era lo bastante ruidoso como para haber alertado a cualquier cosa que pudiera acechar su presencia en la vecindad; una canción tanto daba y podría servir para levantarles el ánimo.

—Si pudiera manejar mi arpa al tiempo que la ballesta, te acompañaría.

—Fran lleva su flauta. —Esti dedicó una mirada maliciosa a su hermano—. Lo he visto cogerla.

Fran se sonrojó.

—Era por si la necesitábamos, no...

—¿Necesitar? —Esti se echó a reír con voz demasiado sonora—. ¿Qué ibas a hacer con ella, Fran? ¡Aunque, todo hay que decirlo, la forma en que tocas es suficiente para hacer huir a cualquier demonio!

Fran se detuvo y se volvió, listo para dedicarle una furibunda réplica, e Índigo saltó:

—¡Esti! ¡Fran! Por la Madre, ¿queréis dejar de discutir por algo tan insignificante? —Entonces aspiró con fuerza para contener su cólera, y siguió con más calma—. Si Esti quiere cantar, que cante, y si tú puedes tocar mientras caminas, Fran, mucho mejor.

Fran lanzó un bufido y se dio la vuelta, pero la reprimenda había dado en el blanco y no dijo nada. Esti, imperturbable, empezó a tararear una melodía que Índigo reconoció como una de las canciones que cantaban a coro los más pequeños de la familia, alegre y llena de ritmo. Al cabo de algunos compases, reuniendo valor, la muchacha empezó a cantar la letra, e Índigo se unió a ella. Sus voces sonaban extrañamente apagadas; el bosque no devolvía ningún eco y el efecto resultaba desconcertante, pero era mejor, pensó Índigo, que el opresivo silencio. Tal *y* como esperaba, Fran se ablandó por fin, sacó su caramillo de la bolsa y se lo llevó a los labios.

—Adelante, Fran —dijo Esti al no unirse a la canción ningún gorjeante silbido—. ¡La conocemos desde que apenas sabíamos andar! ¡Toca el contrapunto!

Librodot

Fran se detuvo y se volvió de cara a ellas.

—Estoy tocando el contrapunto —repuso débilmente—, O al menos lo intento.

Índigo lo miró fijo. Esti, sin comprender aún, masculló una imprecación sobre los juncos que se atascan, pero su hermano meneó la cabeza.

—No le pasa nada a la flauta. Nada en absoluto. —Se la tendió, y ahora el enojo ahogó la inquietud de sus ojos—. Toma. Compruébalo tú misma, si no me crees.

Esti tomó la flauta y le dio varias vueltas, con el entrecejo fruncido. Cuando se la llevó a los labios y sopló, no se escuchó más que el sonido del aire que surgía de sus pulmones. Lo intentó de nuevo, con más energía, luego miró asustada a Índigo y a Fran.

—No funciona...

—Igual que el farol.

La voz de Fran era sombría y levantó la lámpara para subrayar sus palabras. La vela se había convertido ya en un débil y azulado punto de luz, no más brillante que una luciérnaga.

—¿Y tu ballesta, Índigo? *¿Qué* crees que sucedería si intentases dispararla? ¿O intentaras tocar el arpa?

La muchacha reconoció lo que el otro quería decirle con un solemne gesto de cabeza, pero Esti protestó enojada.

—¡No tiene el menor sentido! ¿Por qué no funciona la flauta? Si nosotros podemos cantar, entonces...

—No busques sentido a las cosas —replicó con amargura Fran—. No aquí.

Aprendía deprisa, pensó Índigo; y a Esti le dijo:

—Tiene razón. Las reglas de nuestro mundo no sirven en este lugar. Tendremos que aprender las nuevas reglas a medida que avanzamos.

—Si es que hay alguna —añadió Fran.

Índigo lo miró de soslayo.

—Oh, me parece que sí que las habrá. Pero si podremos o no reconocerlas, eso ya es otro asunto. —Bajó la mirada a la ballesta que seguía empuñando, y decidió (¿de forma irracional?) que no se la colgaría al hombro—. Lo mejor será que sigamos. Y si todo lo que podemos hacer es cantar, pues entonces cantaremos.

—Sí —asintió Esti con energía, y se volvió en redondo para dirigir furiosas miradas a los árboles—. ¿Lo oyes? *¿Lo oyes?* ¡No te tenemos miedo!

Índigo posó una mano sobre su brazo.

—No, no lo tenemos. Pero de todas formas, me parece que sería mejor no lanzar nuestros desafíos en voz alta aún.

Siguieron andando, pero Esti ya no estaba de humor para cantar, y así pues, el único sonido que mancillaba la quietud era el crujir de sus pies sobre la maleza mientras avanzaban. El tiempo, en la inmutable penumbra del bosque, no tenía sentido, y si transcurrían realmente las horas resultaba imposible calcular su número; pero finalmente, Índigo empezó a sentirse cansada. No había dormido desde las pocas horas arrebatadas al sueño después de la tormenta, y sabía que con los otros había pasado otro tanto: también ellos debían de empezar a flaquear aunque ninguno quería ser el primero en admitirlo. Y tenía hambre. No servía de nada avanzar obstinadamente sólo porque sí; llamó a sus compañeros y sugirió que buscasen un lugar apropiado para acampar y descansar un rato. Esti la secundó agradecida, pero Fran dudó.

—¿Acampar aquí, entre los árboles? —dijo—. No sé... no me gusta la idea. Preferiría estar en algún sitio que me permitiera dominar el terreno.

—Yo también, pero podríamos andar durante días sin llegar al límite del bosque. —Si es que había un límite—. Todos estamos cansados, Fran, y no podemos seguir andando para siempre. —Le dedicó una débil sonrisa—. Te aseguro que soy tan reacia como tú a detenerme aquí, pero no veo que tengamos otra elección.

Fran se mordió el labio inferior.

—Sigamos sólo un poco, entonces —dijo, ignorando el gemido de Esti—. A lo mejor encontramos un claro. Ya hemos pasado por uno o dos. —Le dedicó una repentina sonrisa, y

Librodot

en la fría penumbra la mueca adquirió un aspecto fantasmal—. O a lo mejor, cambiaré nuestra suerte. Papá siempre dice que soy el que tiene más suerte de toda la familia.

Índigo asintió.

—De acuerdo; sólo un poco más. Pero tendremos que descansar pronto.

Fran se dio la vuelta y siguió andando. No había recorrido más de diez metros cuando se detuvo otra vez de forma brusca al tiempo que levantó una mano para que las dos muchachas hicieran lo mismo. Esti lanzó un agudo siseo e Índigo susurró:

—¿Qué sucede?

—¿Recuerdas lo que dije sobre la suerte? —La voz de Fran sonaba como entrecortada—. Creo que estaba en lo cierto. Mirad, mirad adelante, a unos veinte pasos quizá.

Miraron y Esti musitó:

—No puedo creerlo...

—¡Entonces estás ciega a lo que ven tus ojos!

Fran echó a correr, adelantándose a ellas, entonces se detuvo de nuevo y empezó a hacer señales con un brazo mientras gritaba:

—¡Yo tenía razón! ¡Venid a mirar!

Índigo y Esti se apresuraron a ir, y se detuvieron en seco junto a él. Incluso en aquella engañosa media luz no podía haber error posible: a unos pocos pasos más allá, el bosque terminaba. Los árboles se espaciaban poco a poco hasta desaparecer; sencillamente se acababan, como si una hoz gigante hubiera trazado una limpia línea a través del bosque. Y más allá de los últimos troncos negros, vagamente visible como un neblinoso océano gris, había un terreno descubierto.

Esti lanzó un chillido de dichoso alivio y abrazó a su hermano, mientras Índigo contemplaba a Fran con renovado interés, al tiempo que se preguntaba si éste se daba cuenta de lo significativo que podría haber sido su malicioso chiste. Afortunado... quizá lo era. O, a lo mejor, de forma inconsciente, había ejercido una influencia sobre lo que los rodeaba imponiendo su voluntad sobre la voluntad del poder que gobernara en aquella estrafalaria tierra. La idea de que tal cosa fuera posible la excitaba y preocupaba a la vez, y decidió que sería más sensato no decir nada a Fran de sus sospechas. No aún, no hasta que pudiera analizar más el terreno.

Fran y Esti corrían ya por delante de ella y cuando los alcanzó ya habían llegado al final del bosque. Esti, apoyada contra uno de los enormes troncos, se limitaba a mirar el panorama que se extendía antes ellos, incapaz de decir nada, mientras que Fran se aventuraba a *avanzar uno o* dos pasos más allá de la frondosa bóveda de hojas antes de detenerse. Su cabeza giró despacio mientras examinaba el paisaje, y por fin dijo en voz baja:

—Es como los páramos que rodean Bruhome. Pero...

—Muerto —repuso Esti con tranquilo énfasis—. Sin color. Sin vida. Nada. —Se estremeció, apartándose del árbol, al tiempo que se abrazaba a sí misma—. Ni siquiera sopla el viento.

Índigo contempló el terreno que se extendía más allá del límite del bosque como algo salido de un extraño sueño. Lóbrego y amenazador bajo el resplandor fríamente difuso de la noche, era, intentó explicar Fran, casi una parodia de los páramos de Bruhome. Pero las laderas eran más pronunciadas y las escarpaduras más angulosas, creando profundas hoquedades que se perdían en zonas de sombras bien delimitadas que aparecían negras por completo en contraste con las ondulaciones más suaves y plateadas de las colinas.

Desvió la mirada al lugar donde, a una distancia imposible de adivinar que tanto podía ser un kilómetro como veinte, el terreno se juntaba con el monótono cuenco de estaño del firmamento. Un débil resplandor gris plateado se recortaba en el cielo, como el anuncio de la salida de la luna, pero supo instintivamente que no había luna allí. En lo alto, el cielo mostraba un color uniforme, monótono: no había la menor señal del origen de aquella débil luz, ni estrellas, ni la leve sombra de una nube. *Sin color, sin vida* había dicho Esti. Ni una sola señal de movimiento en todo aquel terreno desierto.

Librodot

Fran, cuyos pensamientos habían seguido unos derroteros similares a los suyos, dijo con suavidad:

—Al menos aquí podemos ver cualquier cosa que se mueva.

—Sí...

Índigo cerró los ojos por un instante y sacudió la cabeza para aclararla; el paisaje poseía un curioso efecto hipnótico, y se alegró de poder dirigir de nuevo los ojos hacia la hierba a sus pies. Hierba negra. Ningún color excepto negro, gris y plata... Apartó de su mente muchos inquietos pensamientos sobre el significado del color plata; dejó la ballesta en el suelo y se deshizo de la bolsa que llevaba a la espalda.

—Es un lugar tan bueno como cualquier otro. Los árboles para facilitar protección por si la necesitamos; pero tal y como dices podemos ver cualquier cosa que se nos acerque antes de que ella nos vea a nosotros.

—No creo que nada lo haga —murmuró sombría Esti—. No creo que haya nada aquí fuera de nosotros.

Fran le dirigió una mirada de enfado.

—Y papá, y Cari, y *Grimya.* Y todos esos otros. No lo olvides jamás, Esti. Ni por un momento.

La muchacha lo miró resentida.

—Eso no era lo que yo quería decir, y lo sabes.

Con gran alivio por parte de Índigo, Fran no insistió en aquel punto; o bien se había tomado su amonestación muy en serio, o estaba demasiado cansado para discutir. Dejó caer sus fardos sobre el suelo y miró a su alrededor.

—Hay suficientes hojas secas y restos para poder encender un fuego —dijo—. ¿Crees que se encenderá? ¿O fracasarán nuestras yescas y pedernales igual que la flauta y el farol?

—No lo sé. —Índigo jugueteó con la bolsa que colgaba de su cinturón—. Vale la pena probarlo.

Fran recogió con ambos brazos un buen montón de hojas y ramas caídas —al parecer las hojas también morían en aquel bosque; lo cual sugería la existencia de alguna especie de estaciones— e hizo una pila sobre la hierba. Luego frotó la yesca contra el pedernal.

Nada sucedió. El pedernal chirrió con excesiva fuerza en medio de aquel silencio, pero no se produjo la esperada chispa. Fran lo intentó por segunda, por tercera vez; luego se sentó sobre los talones, sacudiendo la cabeza.

—No quiere encenderse. Temí que esto iba a suceder.

—Inténtalo de nuevo —insistió Esti.

—No. —Índigo extendió la mano para detenerlo cuando quiso volver a intentarlo—. Déjame. —Sus ojos se encontraron en la penumbra, y la muchacha le sonrió—. A lo mejor, esta vez soy yo la que tiene suerte.

Fran se encogió de hombros y le entregó el yesquero, e Índigo lo sostuvo sobre el montón de hojas. «Concéntrate», se dijo en silencio. «Fran deseó que el bosque se acabara, y éste se acabó. Esto puede salirte bien. Deséalo. Haz que suceda. »

—¡Hay una chispa! —exclamó Esti con vehemencia.

Índigo frotó de nuevo; la segunda chispa prendió en las hojas secas, y una fina lengua de fuego empezó a lamer el extremo del montón de hojas. Esti lanzó un gritito de alegría y se inclinó sobre el precioso fuego; lo rodeó con las manos y sopló con cuidado sobre la llama para avivarla llena de pericia. Fran clavó los ojos en Índigo.

—¿Cómo lo has hecho?

La muchacha se sentó sobre sus talones, sólo un poco menos sorprendida que él.

—No estoy muy segura —dijo—. Recordaba la forma en que llegamos al final del bosque; y antes que eso, la manera en que derrotamos aquella voz aulladora... y me pregunté si...

Una exclamación de Esti la interrumpió. Las hojas exteriores del montón empezaban a chisporrotear y enroscarse, y Esti se había erguido, triunfante, mientras el fuego tomaba fuerza... para quedarse helada de repente.

Librodot

—¡Las llamas tienen el color equivocado! —El regocijo se convirtió en desilusión al tiempo que gritaba—. ¡Miradlas... son *azules!*

Índigo y Fran volvieron los ojos hacia el fuego. Las llamas parecían arder con normalidad, pero en lugar de presentar una alegre tonalidad amarilla rojiza, despedían una llama fría e incolora, mientras que las brillantes lenguas del corazón del fuego mostraban un enfermizo tono azul verdoso.

Durante un largo y silencioso momento, sus ojos permanecieron clavados en las llamas, y luego, con mucha cautela, Esti extendió una mano. Su rostro se iluminó con una luz fantasmagórica, y sus dedos extendidos parecían los de un cadáver; volvió la mano a un lado y a otro, luego levantó la vista para mirarlos.

—Ni siquiera está caliente. No siento absolutamente nada y en cambio debería quemarme. Mirad, puedo introducir la mano en el... *¡ay!*

Mientras hablaba, Esti había extendido la mano para tocar las llamas, y dio un salto atrás con un alarido de dolor al tiempo que ponía la mano bajo la axila.

—¡Esti!

Índigo corrió a su lado.

—Que... maba —tartamudeó Esti con los dientes apretados—. Pensé que... ¡Oh, cómo *duele!*

—Déjame ver.

Índigo llevaba en su bolsa hierbas medicinales y ungüentos, reliquias de las pequeñas habilidades que había aprendido de niña. Tomó la muñeca de Esti con gran cuidado, haciendo girar la mano herida para examinarla. La piel en la punta de los dedos estaba enrojecida y ya empezaban a salirle ampollas; por muy poca luz y calor que despidiera el extraño fuego, desde luego quemaba como cualquier llama normal. Empezó a untar los dedos de Esti con el ungüento de un pequeño frasco, y mientras lo hacía vio por el rabillo del ojo a Fran que se acercaba al fuego con una mano extendida.

—¡Fran, ten cuidado!

—No te preocupes, lo tendré. Pero Esti tiene razón. Incluso a un palmo de distancia de las llamas no siento el menor calor.

Índigo no replicó, dedicándose a considerar aquel enigma. Esti no había esperado quemarse, sin embargo el fuego la había quemado. Eso dejaba en ridículo la teoría que había empezado a formular y había estado a punto de exponer a Eran, y daba nuevo énfasis a su anterior comentario sobre que las leyes de aquel mundo eran irracionales e impredecibles. Este incidente servía a la vez de confirmación y de advertencia; y decidió estar alerta desde aquel momento. Paso a paso. O las consecuencias del siguiente error podrían no ser tan triviales.

Bajo aquellas circunstancias, Índigo se alegró de descubrir que el accidente de Esti había apartado de la mente de Eran el enigma del fuego. No volvió a sacar a colación el tema, sino que se limitó a curar la mano de Esti y, agrupados alrededor de la extraña y parpadeante luz de la hoguera, tomaron luego una comida espartana de las raciones que llevaban. Eran montó una especie de trípode sobre el fuego e intentó hacer hervir un cazo de agua; pero el tiempo pasaba, y el agua seguía fría, y por fin abandonó el intento y volvió a verter con mucho cuidado el contenido del cazo dentro de su odre.

Decepcionados al no poder obtener una bebida caliente con la que completar su improvisado festín, se dedicaron a considerar cuál sería su siguiente paso.

—El problema es —empezó taciturno Eran, mientras arañaba la hierba con una ramita—, es que no sabemos hasta dónde se extiende este lugar. Papá y Cari podrían estar en cualquier sitio. —Levantó los ojos—. ¿Cómo esperar encontrarlos? Eso es lo que no dejo de preguntarme.

—Lo sé. —Índigo miró más allá del apagado círculo de luz fuego a la grisácea extensión de páramo pedregoso que se perdía en la distancia—. Lo que yo esperaba era que hubiésemos podido seguir al durmiente tras el que entramos: si era atraído hasta algún lugar central, es

Librodot

posible que Cari hubiese seguido el mismo camino.

—O cualquier otro durmiente, si vamos a eso. —Fran frunció el entrecejo—. Pensé que recibiríamos alguna señal u otra. La Señora de la Cosecha sabe muy bien que no faltan víctimas de la enfermedad.

—En efecto; y tampoco puedo dar respuesta a ese enigma. Pero existe un rayo de esperanza. Si *Grimya* no ha quedado separada de los demás, entonces existe una posibilidad, sólo una posibilidad, eso hay que tenerlo en cuenta, de que pueda establecer contacto mental con ella.

—¿Lo has intentado? —La tristeza de Fran pareció disiparse ligeramente ante la idea, luego se hundió de nuevo en ella cuando Índigo negó con la cabeza.

—Sólo a modo de tanteo, mientras andábamos, y no conseguí nada. Pero no pude concentrarme totalmente en ello. Más tarde, mientras monto guardia, lo intentaré de nuevo.

—¿Qué hay de tu piedra? —preguntó Esti—. ¿Aquella de la que nos hablaste? ¿No podría darnos una pista?

Índigo sacó la piedra-imán de su bolsa y la sostuvo en dirección al fuego, mientras los otros estiraban el cuello para ver. En el gélido fulgor el dorado punto de luz aparecía apagado y vacilante; señalaba en dirección a los páramos, pero mientras miraban se estremeció y se lanzó primero hacia la izquierda y luego a la derecha antes de detenerse en el centro del guijarro.

—¿Qué significa eso? —inquirió Esti.

Índigo se encogió de hombros.

—O bien la piedra-imán no puede funcionar en este mundo, o nos está diciendo que el demonio nos rodea por todas partes. —Guardó de nuevo la piedra en la bolsa de cuero e intentó contener los escalofríos que recorrían su espalda—. Ninguna de las perspectivas es muy agradable.

Permanecieron en silencio durante un rato. Luego Fran dijo:

—Bueno, al parecer no tenemos más opción que seguir buscando hasta que encontremos alguna pista del lugar al que han ido.

—Si alguna vez la encontramos —repuso Esti.

—No. —Índigo posó una mano sobre el brazo de la muchacha, preocupada al ver que su anterior optimismo parecía haber desaparecido con tanta rapidez—. No pienses de esa forma, Esti, hagas lo que hagas. *Hemos* de creer que los encontraremos.

Fran le dirigió una mirada penetrante, pero ella no le respondió. No era éste el momento de regresar a su idea respecto a la maleabilidad de este mundo; no era más que un embrión aún y necesitaba más tiempo para recapacitar —sin mencionar la necesidad de más evidencias— antes de decir nada. Además, en este momento dormir era más importante que hablar. Se sentía amodorrada después de la comida, y había visto tanto a Esti como a Fran bostezar subrepticiamente llevándose la mano a la boca. Por la mañana —se autocorrigió al darse cuenta de que aquella frase no tenía el menor significado aquí—... dentro de algunas horas estarían más descansados y podrían analizar su situación con las ideas más claras. Hasta entonces, no había nada más que decir.

Al no tener forma de medir el tiempo, se habían puesto de acuerdo en una decisión pragmática al problema de montar guardia, Índigo haría la primera (Fran no había estado de acuerdo, ya que quería tomar esa responsabilidad él solo, pero Índigo se había impuesto) y cuando le pareciera que ya no podía permanecer despierta, despertaría a su relevo. Así pues, mientras Fran y Esti apoyaban sus cabezas sobre sus bolsas utilizándolas como almohada, ella arrojó más hojas al fuego y clavó la mirada en el silencioso y fantasmal paisaje.

«Grimya. »

Proyectó sus pensamientos a la oscuridad, y mantuvo la mente alerta para captar cualquier respuesta que pudiera llegar. Sólo recibió un profundo silencio y el murmullo de su propia mente inquieta, y suspiró. Era una esperanza tan frágil... Incluso aunque *Grimya* pudiera percibir su presencia puede que le resultase imposible contestar, aunque ésa era una

Librodot

posibilidad que Índigo no deseaba considerar. Y qué había sido de Constan y Cari. ¿Seguían vivos? ¿Vagaban indefensos por este mundo?, o ¿habría surgido algo de la oscuridad, del silencio, para llevárselos y absorber sus vidas, igual como había sucedido con las cosechas de Bruhome?

Una oleada de desesperación se apoderó de repente de Índigo mientras se preguntaba de qué manera ella y sus amigos podrían jamás encontrar a sus seres queridos en aquel mundo nocturno. Aquí no había nada: nada que pudiera ayudarlos, nada que los animara, nada que les diera alguna esperanza. Sólo aquella tierra muerta y su oscuridad, y ningún camino que los condujera adelante o atrás. Estaban tan perdidos como aquellos que de forma tan insensata habían ido a salvar; perdidos, como los caminantes dormidos, en una pesadilla de la que no se podría salir... Una campanilla de alerta profundamente arraigada resonó de súbito en su mente, y con un pequeño sobresalto Índigo vio la trampa en la que había estado a punto de caer. La desesperación. Aislada y sola, sin nadie despierto que pudiera distraerla, había estado a punto de dejarse caer en una especie de ensoñación, seducida por la atmósfera que impregnaba aquel mundo incoloro. La penumbra, aquella tierra desierta, el pesado silencio, eran señuelos que actuaban sobre una mente cansada y desprevenida, y la atraían de modo sutil hacia la misma trampa que había capturado a los durmientes de Bruhome. Desesperación y apatía. Éstas eran las contraseñas en esta dimensión, las fuentes de su fuerza, sus mejores armas. Y ella había estado a punto de sucumbir ante ellas.

—¡No!.

Índigo siseó la palabra en voz baja pero con furia, y antes de que la razón la hiciera recapacitar, introdujo la mano izquierda entre las azules llamas del fuego. Sintió un dolor abrasador en las puntas de los dedos y lanzó un juramento, mordiéndose con fuerza el labio inferior al tiempo que retiraba la mano deprisa y la estrellaba contra la hierba. Le dolía terriblemente, pero la estratagema había funcionado, deshaciendo la insidiosa influencia, Índigo echó una mirada furiosa a su alrededor, como si esperase ver escabullirse una sombra decepcionada, y rebuscó en su bolsa para sacar el ungüento que había utilizado antes en los dedos de Esti.

Entonces se detuvo.

Fuerza de voluntad. La idea le vino de repente, impulsada quizá por su colérica reacción al intento de aquel mundo diabólico por atrapar su mente. A causa de lo sucedido a Esti, ella había creído que se quemaría la mano. Sin embargo aquellas llamas de otro mundo no despedían auténtico calor; el agua no había hervido, y Esti sólo había sentido dolor al tocar el fuego, Índigo arrugó la frente e, intentando no hacer una mueca de dolor, levantó la mano herida para examinarla. La piel empezaba a cubrirse de ampollas, los nervios seguían enviando mensajes desesperados de dolor a su cerebro. Pero —reunió energía mental al tiempo que se decía con ardor que así tenía que ser— no se había quemado. *No.* Se trataba de una ilusión.

Por un momento, bajo la fría luz del fuego, pareció como si las ampollas de su mano vacilaran y se desvanecieran casi por completo, Índigo se concentró con más fuerza. No existía ninguna quemadura, no había dolor. *Fuera,* dijo a la herida con muda decisión.

Y flexionó una mano indemne mientras el terrible escozor se apagaba y desaparecía.

Índigo lanzó un largo y lento suspiro, en voz muy baja y llena de intensa satisfacción. Esto corroboraba su teoría, y empezaba a comprender la extravagante naturaleza de esta dimensión. No por completo aún, y desde luego no lo bastante bien, como para darse por satisfecha; pero la madeja empezaba a devanarse, y, tal y como había sospechado, la clave estaba en la fuerza de voluntad. Miró a Esti, enroscada en el suelo de espaldas al fuego, la mano quemada doblada y colocada sobre la otra muñeca para protegerla inconscientemente del contacto con el suelo. Con un poco de ayuda, Esti podría conseguir negar la existencia de su herida, y una vez la semilla de la confianza quedara sembrada en las mentes de Esti y Fran éstos poseerían una valiosa arma para ayudarlos.

Índigo flexionó la mano, satisfecha, al tiempo que cambiaba de posición y estiraba las

Librodot

piernas para desentumecerlas. Ahora no se sentía cansada; la sensación había desaparecido junto con la creciente apatía, y supo que podría permanecer despierta unas cuantas horas más, a lo mejor incluso hasta que Fran o Esti se despertaran por sí mismos. Era una lástima que no tuviera un catalejo. Incluso en aquella débil luz le habría gustado escudriñar el paisaje y estudiar todos aquellos detalles que a esta distancia resultaban invisibles al ojo desnudo.

Entonces, mientras contemplaba los negros páramos, le llegó un sonido que le produjo un nudo en el estómago al reconocerlo. De muy lejos, escuchándose con horripilante claridad en aquel silencio, le llegó un ladrido gutural; elevándose, repitiéndose, para transformarse por último en el prolongado y ululante aullido de un lobo.

—*¡Grimya!*

Índigo se incorporó de un salto, a punto de perder el equilibrio cuando uno de sus pies se enredó en la correa de su bolsa. Se produjo un movimiento junto al fuego, y Esti se sentó en el suelo.

—¿Qué... ?

El aullido se había apagado y desvanecido, dejando de nuevo el silencio, e Índigo se volvió para mirar a Esti.

—¿Lo has oído? —le imploró con voz ronca.

Esti parpadeó.

—¡Por la Madre Todopoderosa, qué susto me has dado! —exclamó, luego siguió—: ¿Si he oído qué?

A Índigo el corazón le palpitaba con fuerza bajo las costillas y su boca estaba totalmente seca.

—Un lobo.

—¿Un lobo? ¿Quieres decir *Grimya?* —Esti se puso de pie y fue hasta Índigo, escudriñando el engañoso paisaje plateado—. ¿Estás segura?

Índigo asintió con la cabeza. Durante algunos momentos todo permaneció en silencio y ambas escucharon con atención, pero no volvió a escucharse el lejano grito, Índigo había empezado a temblar como reacción a la conmoción sufrida, y Esti la tomó del brazo y lo oprimió en un gesto tranquilizador.

—Siéntate, Índigo. De nada sirve quedarnos aquí de pie como dos pasmarotes.

Índigo obedeció, aturdida. Luego se serenó un poco y dijo:

—Lo siento, Esti. No quería despertarte.

—¡Oh, no importa! No podía dormir bien, de todas formas. —Esti dirigió una rápida mirada al lugar donde Fran seguía durmiendo tan tranquilo—. No como él. Una vez se ha dormido, podrías meterlo dentro de un tambor y empezar a aporrearlo y él ni se movería. Pero... —Sus verdes ojos adoptaron de repente una expresión seria—. ¿Estás segura de que has oído a *Grimya?*

Índigo volvió los ojos hacia ella con rapidez, poniéndose a la defensiva.

—No estaba soñando.

—No, no; no era eso lo que yo quería decir. Quiero decir si estás segura de que se trataba de *Grimya, y* no de... bueno, de alguna otra cosa.

La idea no le había pasado por la mente, y la consternación se pintó en su rostro al darse cuenta de lo estúpida que había sido. Había dado por seguro que el lejano aullido de lobo no podía pertenecer más que a *Grimya,* pero incluso su limitado conocimiento y experiencia de este mundo habría debido advertirle de que no podía confiar en tal supuesto. Podría muy fácilmente haberse tratado de una ilusión. O podría haber sido algo más tangible. Un lobo quizás —el grito había sido inconfundible—, pero un lobo que debía su existencia a este mundo, y no a la tierra real.

Sus hombros se hundieron y clavó los ojos en la negra hierba, avergonzada. Esti le palmeó la espalda, luego se volvió para revolver en su bolsa.

—Ya sé lo que las dos necesitamos. —Sacó un pequeño frasco de metal y lo agitó con aire conspirador—. Fran no sabe que he traído esto. Es alcohol de cebada. Es bueno para los

Librodot

ánimos. Y luego yo me haré cargo de la guardia, y tú duermes un poco.

Muy a pesar suyo, Índigo sonrió.

—Eres muy amable, Esti, pero no estoy cansada. Y ahora no podría dormir.

—Tampoco yo. —Esti descorchó el frasco y lo olfateó apreciativa—. Bueno, pues: al menos puedo hacerte compañía.

Tomó un trago del contenido de la botella y se la ofreció, Índigo negó con la cabeza, y la muchacha volvió a colocar el tapón y se acomodó junto a ella con aire satisfecho.

—¿Sabes? —dijo al cabo de un momento—, si no fuera por el color del fuego, casi podría creer que estamos sentadas en un campamento auténtico, con las carretas a nuestra espalda y Cari preparando una sustanciosa comida... —Se dio cuenta entonces de lo que había dicho y la forzada alegría se evaporó—. ¡Oh, Índigo... !

—¿Cómo está tu mano ahora?

Índigo habló con rapidez, ya que la mención del fuego le había recordado su descubrimiento, y se sentía ansiosa tanto de distraer a Esti como de comprobar su teoría.

—Bueno... está bien, supongo. Todavía me duele. Pero el ungüento ha ido bien.

Índigo se inclinó hacia adelante.

—Escucha, Esti. Mientras dormías, yo... —Y se detuvo al escuchar un crujido entre los árboles a su espalda.

Esti giró la cabeza en redondo.

—¿Qué ha sido eso?

Lo que Índigo había estado a punto de decir murió ante una tensión que se volvió palpable mientras ambas miraban atentas la oscura barrera del bosque. La mano de Índigo se dirigió de forma instintiva hacia la ballesta; la de Esti, a su cuchillo. Pero lo que fuera que había agitado las hojas no pensaba, al parecer, dejarse ver.

—Lo he oído. —La mirada de Esti se deslizó furtiva hacia el rostro de Índigo—. ¿No lo has oído tú?

—Sí. Pero...

—¡Ahí!

Esti indicó una rama baja de uno de los árboles justo más allá del perímetro del bosque que en aquel mismo instante descendía y volvía a su posición original, como si algo la hubiera hecho a un lado. Había una sombra, le pareció a Índigo; una sombra que no había estado allí un momento antes.

—Despierta a Fran —dijo en voz baja—. ¡Aprisa!

Esti se arrastró hasta su hermano y lo sacudió por el hombro, al tiempo que seguía mirando temerosa los árboles.

—¡Fran! ¡Fran, despierta! Hay... —El ronco susurro murió en una ahogada exclamación de terror.

—¿Esti?

Índigo se volvió, sorprendida, y vio a Esti agazapada e inmóvil como una estatua. Su boca se abría y cerraba espasmódicamente, pero de ella no brotaba ningún sonido. Y sus ojos miraban fijamente, desorbitados por un terror que era incapaz de articular.

De pronto, Esti gritó con toda la fuerza de sus pulmones. Fue un grito salvaje, demente, que surgió de su garganta lleno de ciego e insensato pánico, e hizo que Fran se despertara también gritando, Índigo, su mente debatiéndose entre el sobresalto y el temor a lo que Esti hubiera visto, se abalanzó hacia la muchacha, para volverse aturdida al tiempo que sus sorprendidos ojos se dirigían hacia el bosque en el mismo instante en que algo se abría paso con gran estruendo por entre las hojas...

—¡Ahhh, no!

La imagen se estrelló contra su cerebro a la vez que escuchaba la silbante exhalación que en un centenar de pesadillas infantiles había anunciado el ulular maligno y lúgubre del más terrible de los horrores de la mitología de las Islas Meridionales. Destacándose por entre los negros árboles vio el ojo que las contemplaba desde la enorme cabeza deforme, y la única y

Librodot

contrahecha pierna con su enorme pie plano que avanzaba pesadamente por entre la maleza, el brazo retorcido que se extendía hacia ella para desgarrarla, la boca situada en el descarnado pecho que se fruncía, se movía babeante. Se echó hacia atrás, a punto casi de caer sobre el fuego, y se volvió a ciegas mientras intentaba incorporarse con la ayuda de manos y pies. Los alaridos de Esti resonaron en sus oídos; luego, de repente, se escuchó un sonido como el de una tela al rasgarse, se produjo una fuerte ráfaga de aire, y Esti pasó corriendo junto a ella, corriendo como un ciervo ante los mastines para perderse en la oscuridad.

—¡Detenía!

A pesar de lo aterrorizada que estaba, Índigo reconoció la voz de Fran, y su grito la sacó de aquel torbellino de pánico. Unos pasos resonaron en la hierba; unas manos la sujetaron, incorporándola...

Y no había nada en el bosque. Ninguna zarpa que se estirara hacia ella, ni boca babeante, ni ningún ulular. Sólo los árboles, silenciosos e inmóviles.

La cordura regresó con vertiginoso ímpetu e Índigo sintió como si se le fueran a doblar las piernas. Pero Fran no se daba cuenta de su estado; ya había salido corriendo en pos de Esti, arrastrando a Índigo con él. Esta tropezó, dio un traspié, por un milagro consiguió mantenerse en pie y, por fin, el temor de verse abandonada allí, sola, envió un torrente de adrenalina por todo su cuerpo y con ella renovadas energías, y se encontró corriendo desesperada junto a Fran, detrás de la figura de Esti, gritando su nombre como una conjura contra el mal.

Librodot

CAPÍTULO 9

—¡No pienso regresar ahí! —exclamó Esti con violencia, apretando los dientes—. ¡No me importa si lo dejamos todo allí para que se pudra..., no pienso ir!

Fran soltó las muñecas de su hermana y miró impotente a Índigo.

—No sirve de nada. No quiere razonar.

Habían alcanzado a Esti en la ladera de una suave escarpadura y por fin habían conseguido tranquilizarla; permanecían sentados en un repecho, incapaces de mirar por el borde al pozo de intensas sombras que se abría a sus pies. El fuego de su campamento resultaba apenas visible en la distancia, y junto a él estaban todas sus pertenencias.

Esti apartó los brazos de las manos de Fran y aspiró con fuerza, luego se secó los ojos con la manga que le quedaba. Fran arrugó la otra, que le había arrancado al intentar detener su huida, y la dejó caer sobre la hierba.

—Bueno, pues alguien tiene que regresar —dijo con firmeza.

—¡No, Fran! —protestó Esti—. Tú no lo has visto...

—Entonces no tengo por qué tener miedo, ¿no es así?

—¡Pero era el *Jachanine!* Los cabellos, los dientes... ¡Y aquellos ojos!

—Un momento —intervino Índigo de repente, sujetando el brazo de Fran—. ¿Qué es lo que ha dicho que vio?

—*El* Jachanine —repuso Fran sucintamente—. Es un troll que frecuenta los pinares en nuestro país. Nuestra madre acostumbraba contarnos historias sobre él cuando éramos pequeños. —Contuvo un estremecimiento.

—¿Qué aspecto tiene?

Fran frunció las cejas.

—Ya lo has visto por ti misma, ¿no?

—He visto algo. Pero le di otro nombre. —Se inclinó hacia adelante para que Esti no pudiera escucharla—. En las Islas Meridionales tenemos relatos de un demonio llamado el Caminante Pardo. Es inmensamente alto y delgado, y posee un solo brazo, una sola pierna y un solo ojo. La boca la tiene en el estómago,, y ulula. —Sintió una sensación de náusea en la garganta al resurgir la imagen en su mente, y la reprimió con un esfuerzo—. Eso fue lo que yo he visto. Describe al Jachanine.

—No. —Fran entrecerró los ojos—. De modo que Esti y tú no visteis la misma cosa, ¿no es así? Ella ha creído que era el Jachanine; tú que se trataba de un demonio de las Islas Meridionales. Y yo no he visto absolutamente nada. Entonces no era algo real: ha sido otra ilusión.

—Sí. —Índigo volvió la cabeza pensativa en dirección al campamento y la amenazadora pared de árboles situada más allá—. Pero ¿qué clase de ilusión? Eso es lo que me preocupa, Fran. ¿La creamos nosotros, con nuestra propia imaginación? ¿O alguna fuerza exterior leyó nuestras mentes y conjuró las imágenes para reflejar nuestros terrores infantiles?

Fran lanzó un juramento en voz baja y miró en dirección al bosque con una mirada furtiva y llena de inquietud.

—Por la Madre, ésa es una idea aterradora. Eso querría decir que este demonio sabe que estamos aquí, y nos vigila. —La miró de soslayo—. E incluso juega con nosotros, quizá.

Sus palabras repetían las sospechas de Índigo, y ésta dijo:

—Creo que deberíamos irnos. Debemos regresar al campamento el tiempo necesario para recoger nuestras cosas y nada más. Aun cuando Esti lo quisiera no considero sensato quedarnos en él. En mi opinión debemos ponernos en movimiento, y rápido. Si tú y yo vamos a buscar las cosas...

Fran meneó la cabeza.

—Estoy de acuerdo; pero Esti no debe esperar aquí sola. Uno de los dos tendrá que quedarse con ella. Lo mejor será que yo recoja las cosas. —En la oscuridad su sonrisa era un débil pero decidido intento de hacer una gracia—. Soy el que corre más deprisa de los tres.

Librodot

Esti se apretujó contra Índigo, agarrándole la mano con fuerza, y juntas contemplaron con cierta inquietud cómo Fran se alejaba a grandes zancadas por la hierba en dirección a la débil luz del fuego. Mientras se inclinaba para recoger sus posesiones las copas de los árboles crujieron de repente, amenazadoras, Índigo sintió que el corazón le daba un vuelco, y Fran levantó los ojos veloz; pero los árboles volvieron a quedar en silencio y él reanudó su tarea, trabajando con rapidez, sin detenerse a apagar el fuego con los pies. Cuando regresó, Esti lo abrazó sin decir nada; luego los tres se volvieron para contemplar el reluciente terreno bañado por la oscuridad que se extendía en dirección al lejano horizonte.

—Hay una especie de sendero.

Índigo, cuya visión nocturna era más aguda que la de la mayoría, indicó el lugar donde la cresta corría en diagonal entre dos valles de empinadas laderas. Siguiendo la cresta, iluminado de forma débil y desigual por una luminosidad fosforescente en la profunda penumbra, había lo que parecía ser un sendero estrecho y accidentado.

—No hay forma de saber adonde conduce —dijo Fran dubitativo.

—Conduce lejos del bosque —interpuso Esti—. Eso ya es suficiente para mí.

A lo lejos, en la linde del bosque, las apagadas llamas azules del fuego seguían brillando, y mientras se echaban al hombro las bolsas, Índigo miró atrás y se preguntó si aquella diminuta y fría luz acabaría por desvanecerse y apagarse. Las leyes naturales en este lugar eran tan imprevisibles que el fuego bien podría seguir ardiendo sin combustible que lo alimentara; al menos hasta que la descomposición, que de una forma extraña y desagradable parecía endémica a aquel extraño mundo, acabara por destruirlo.

Continuó mirando al fuego hasta que oyó pronunciar su nombre, de una forma vacilante y perpleja, y esto rompió el hechizo de sus meditaciones. Fran y Esti la observaban, y el primero preguntó:

—¿Índigo? ¿Qué estás pensando?

Se volvió hacia ellos, de cara otra vez a la oscura extensión de terreno que tenían delante.

—Nada que no pueda esperar —respondió, y se obligó a sonreírle—. ¿Nos vamos?

El tiempo y la distancia carecían de todo significado mientras avanzaban por la silenciosa noche. El débil y fantasmagórico crepúsculo no variaba, los páramos y escarpaduras y los pedregales se extendían interminables en todas direcciones, y no se distinguía ninguna señal distintiva en toda aquella aridez que los rodeaba. El cansancio había dado paso a una peculiar y nebulosa sensación de inevitabilidad, e incluso Índigo, que no había dormido en absoluto, se sentía como si pudiera seguir avanzando bajo aquel cielo eternamente monótono.

Esti se había desecho de sus peores temores, pero su valor había sufrido un duro golpe y se había mostrado muy abatida, cosa muy impropia de ella, desde que abandonaran la escarpadura, Índigo y Fran habían explicado la naturaleza de la aparición del bosque, pero poco importaba. Lo que había sucedido en una ocasión, argüía Esti, podía suceder de nuevo. Y había pesadillas infantiles mucho peores que el Jachanine enterradas en su mente. ¿Cuál sería el siguiente fantasma? ¿Otro troll? ¿Una voraz jauría de Witchlenen? ¿O el mismísimo Gusano Titánico? Fran la instó con severidad a mantener la boca cerrada y dejar de decir estupideces: ¿quería acaso buscarse más problemas? Aunque los nombres pronunciados por Esti no significaban nada para ella, Índigo se dio cuenta de que éstos hacían mella incluso en las enérgicas baladronadas de Fran, e intervino, ansiosa por cambiar el tema antes de que el temor se volviera demasiado contagioso. Con la esperanza de mitigar el estado de ánimo reinante, les contó su experimento con el fuego, y cómo había hecho desaparecer una quemadura de su propia mano al creer simplemente que ésta no podía existir de ningún modo. Esti se sintió muy excitada ante esta idea, y estudió sus quemados dedos con renovado interés.

—¿Quieres decir que si yo digo que no creo en ello, desaparecerán?

—No es exactamente así de sencillo —le advirtió Índigo—. No puedes decir sencillamente que no lo crees, debes estar *convencida* de ello.

Esti frunció el entrecejo y flexionó la mano.

—Pero todavía me duele. No veo cómo puedo dejar de creer que me duele, cuando todavía

Librodot

siento el dolor.

—Inténtalo —le instó Índigo—. ¡Esti, esto podría resultar vital para nosotros! Si pudiéramos aprender a manipular las fuerzas que actúan aquí...

—¿Como la voz? —Los ojos de Esti se iluminaron.

—Exactamente igual que la voz. —Índigo miró a Fran y él asintió—. Prueba, Esti..., por favor.

Pero nada sucedió. A lo mejor había esperado demasiado de Esti, se dijo Índigo. La voluntad era un arma muy sutil incluso para la mente más diestra, y ella misma no se hacía muchas ilusiones de no ser más que una profesional mediocre: para los Brabazon éste era un territorio nuevo y no experimentado, y resultaría fácil de conquistar.

—No te preocupes —dijo a la frustrada muchacha—. Lo conseguirás, con el tiempo. Debes ser paciente.

Siguieron andando. Esti aún miraba su mano, concentrada con determinación, y Fran se mostraba también preocupado, de modo que durante algún tiempo nadie tuvo nada que decir. El terreno empezaba a elevarse de forma perceptible, aunque el paisaje seguía siendo un mosaico de lomas y valles; a Índigo, que miraba con gran atención el lóbrego paisaje que se veía a lo lejos, le pareció que a unos dos kilómetros de distancia más o menos —resultaba imposible juzgar las distancias con precisión— cambiaba para convertirse en páramos elevados y llanos, que harían la marcha más cómoda y también, posiblemente, ofrecerían una perspectiva más amplia desde la cual decidir la dirección a tomar. En el fondo, se dijo, se alegraría de un cambio, ya que los valles que se abrían a ambos lados de los riscos empezaban a alterar sus nervios. Profundos, silenciosos y totalmente desprovistos de luz, parecían más pozos que auténticos valles: tanto podían tener una profundidad de treinta metros como de treinta kilómetros, y resultaba muy fácil imaginar innombrables horrores agitándose en aquella oscuridad, percibiendo su presencia y trepando desde el abismo con ciega e insensata ansia devoradora. Recordó a los caminantes dormidos de Bruhome, y se preguntó con un desagradable estremecimiento interno cuántos de ellos habrían caído, poseídos por aquel encantamiento, en alguno de aquellos pozos. El que no hubieran visto hasta ahora ni rastro de ninguna de las desventuradas víctimas del bosque, añadía una nueva dimensión a su inquietud; pero se guardó sus especulaciones para sí, ya que no deseaba sembrar nuevos temores en las mentes de Fran y Esti.

El terreno seguía elevándose, de forma bien patente ahora, y cuando se detuvieron para descansar un momento en la cuesta por fin les fue posible comprobar que la suposición de Índigo había sido correcta. A poca distancia, el terreno se allanaba para convertirse en páramo abierto; y allí donde la cresta se unía al páramo se alzaba un solitario y retorcido árbol, inclinado hacia un lado como doblegado por incesantes galernas.

La pendiente se volvió más pronunciada de repente, y se vieron obligados a utilizar las manos para ascender la última ladera hasta la cumbre. Al llegar a la cima se irguieron, jadeantes, y contemplaron con asombro el nuevo paisaje que se extendía ante ellos.

El páramo era enorme y apenas tenía rasgos distintivos. Una suave extensión de césped negro, punteado tan sólo de vez en cuando por una mata de hierba más tosca, que se perdía en la inconmensurable e ininterrumpida distancia. A lo lejos se divisaba un fulgor fosforescente como de fuego fatuo; agua o neblina o algo mucho menos natural, resultaba imposible saberlo. No había colinas dignas de mención, ni valles, ni árboles. Y, al igual que antes, tampoco el menor signo de vida.

—Madre Todopoderosa —dijo con gran sentimiento Fran.

Índigo no hizo el menor comentario, pero adivinó lo que pensaba el muchacho. Por lo que podían ver, no parecía imposible que anduvieran para siempre por aquella llanura desolada e inmutable sin encontrar jamás nada que los guiara o condujera hacia su meta. Incluso si realizaran un cuidadoso racionamiento de sus víveres, sus provisiones de comida y agua eran limitadas, y aunque las extrañas leyes de esta dimensión pudieran permitirles sobrevivir sin alimento, no tenía el menor deseo de poner a prueba tal teoría.

Librodot

El solitario árbol se alzaba a pocos pasos a su izquierda, e Índigo se acercó para examinarlo más de cerca. Se trataba, observó, de un arbusto atrofiado, desprovisto de hojas y cubierto de pinchos pequeños y afilados, como un espino seco. Las ramas resecas e inclinadas parecían señalar como si fueran dedos petrificados, y cuando miró más allá en la dirección que indicaban, vio directamente en línea recta el resplandor fosforescente que se divisaba a lo lejos. ¿Una pista? ¿O simplemente una engañosa coincidencia? Mientras sopesaba la idea en su mente sus dedos juguetearon con una de las negras ramas, y de repente bajó la vista hacia ellas cuando una ramita se partió entre ellos. La ramita tenía un tacto reseco, quebradizo; durante un breve instante retuvo su forma, luego mientras la miraba, se convirtió en pedacitos de corteza y polvo.

Muerto... Índigo alzó la cabeza y miró de nuevo el lejano resplandor. Fran, que se había colocado a su lado, preguntó:

—¿Por ahí?

—Es tan buena como cualquier otra dirección —repuso Índigo—. Y esa luz puede ser importante.

Fran se encogió de hombros.

—Signifique lo que signifique no puede ser peor que por lo que ya hemos pasado. Esos valles, uf...

—¿Tú también lo has sentido?

—Sí. No podía dejar de preguntarme qué sucedería si alguien daba un paso en falso y se caía del sendero. No era un pensamiento agradable.

—Bueno, ahora sólo tenemos el problema del páramo. Esperemos que no oculte secretos mortales.

Fran asintió; luego, deprisa y un poco subrepticiamente, le tomó la mano *y* la oprimió con fuerza.

—Hemos de estar siempre juntos, ¿eh?

De repente su rostro apareció levemente ruborizado y parecía poco dispuesto a mirarla directamente, Índigo sintió que el corazón le daba un vuelco. «Esto no», pensó; «Fran, no». Ya tenían bastantes problemas; ¿seguramente se daba cuenta de que ya no había espacio para más complicaciones? Retiró su mano con suavidad pero a la vez con firmeza y se apartó de él; tras levantar una clara distancia entre ellos, esperó que el mensaje no sería tomado a mal.

—Vamos —dijo en un tono que quería ser alegre—. Debemos ponernos en marcha.

Sólo pudo ver su rostro por un breve instante antes de volverse. El muchacho mostraba una expresión peculiar en la que el embarazo, la esperanza, la resolución y el resentimiento competían por obtener la prioridad, y una parte de ella deseó detenerse, mirarlo cara a cara y decir: «Fran, no seas estúpido; quítate esas ideas de la cabeza y no vuelvas a considerarlas siquiera». Pero no podía hacerlo. El lamentable orgullo de los diecinueve años de Fran no lo dejarían ni comprender ni aceptar tal reproche; era demasiado joven... y el que creyera que ella era sólo unos pocos años mayor que él añadía ironía al dilema. Fran tendría que aprender que la realidad de su relación no podía encajar con lo que veía en su imaginación. Pero no podía ser ella la que le enseñase esa lección.

El camino a través del páramo resultó mucho más fácil que el precario y accidentado sendero del risco. Aunque el sendero en sí —real o imaginado, eso era algo que Índigo no podía decidir aún— había desaparecido en el límite de la meseta, no existían escollos que hicieran peligroso el trayecto. Esti intentaba compensar su anterior melancolía mostrándose decidida aunque artificialmente alegre, lanzándose primero a un torrente de cháchara insustancial, para luego, al ver que ni Fran ni Índigo respondían, dedicarse a canturrear una cancioncilla para sí. Aunque no deseaba en lo más mínimo estropear el buen humor de la muchacha, a Índigo aquel canturreo le alteraba los ya de por sí tensos nervios, y se veía obligada a reprimir de modo constante un impulso de mirar por encima del hombro, no fuera que algo los estuviera siguiendo. Todo estaba demasiado tranquilo, demasiado desierto.

Librodot

¿Dónde estaban los caminantes dormidos? Ya deberían de haber encontrado algún rastro de ellos. ¿Dónde podrían haberse metido?

Siguieron andando. Esti no había parado de cantar, aunque ahora la melodía había cambiado para transformarse en una cancioncilla indecente que Constan hacía tiempo que había desterrado del repertorio oficial de la Compañía Cómica Brabazon. El curioso resplandor parecía perceptiblemente más cercano ahora, a no más de un kilómetro de distancia, calculó Índigo; e intentó escuchar el agudo silencio que se apoderaba del terreno en los intervalos producidos entre estrofa y estrofa de la ordinaria canción de Esti. A lo mejor era su imaginación, pero le pareció sentir una tensión creciente en la atmósfera del páramo. Resultaba algo parecido al sofocante silencio que se produce antes de una tormenta, pero más cerrado, más limitado. Una sensación *de espera.*

—¡Esti! —Tenía que escuchar la atmósfera; era imprescindible—. Esti, lo siento, pero podrías...

No pudo decir más. De la negrura situada más allá de su campo de visión, del otro confín del páramo, surgió el aterrador y estremecido aullido de un lobo.

—¡Por la Madre! —Fran se detuvo, visiblemente asustado, y miró inquieto a su alrededor—. ¿Qué ha sido eso?

Esti se había interrumpido a media canción, y miraba a Índigo con ojos desorbitados.

—¿Era... ? —empezó nerviosa.

Los ecos del aullido se perdían en el páramo.

—No lo sé —susurró Índigo—. Pero... —*No,* dijo algo en su interior con energía. *Conozco la voz de* Grimya, *y eso no era ella. Eso no era un lobo de carne y hueso.* Se humedeció los labios—. No. No era *Grimya.*

—Entonces, hay otros lobos ahí.

Otros lobos, Índigo recordó la primera vez que había escuchado aquel grito, mientras montaba guardia junto al fuego del campamento. Habían recorrido muchos kilómetros desde entonces; *y* eso la hizo sospechar que esta jauría, tuviera la forma que tuviese, o la naturaleza que fuera, los seguía; manteniéndose a distancia pero siguiéndoles el rastro, de todas formas.

Miró deprisa al otro extremo del páramo, al lugar donde resplandecía aquella mancha de luz, a menos de quinientos metros ahora.

—Podría tratarse de otra ilusión —dijo con voz tensa—. Otra imagen sacada de nuestras mentes...

—No apostaría mi cabeza —repuso Fran—. Tú fuiste la que nos advirtió sobre las reglas, ¿recuerdas? ¡Creo que deberíamos alejarnos de aquí, y rápido!

—¡Vayamos hacia la luz! —suplicó Esti—. Puede ser que no encontremos refugio ahí, pero yo, al menos, me sentiré más segura.

Tenía sentido. Resultaban demasiado vulnerables en aquella semioscuridad; a cualquier morador silencioso le resultaría muy fácil deslizarse hasta ellos sin que lo vieran. La luz les proporcionaría una cierta ventaja, por pequeña que fuese.

La extraña noche estaba silenciosa de nuevo. No volvió a repetirse el aullido mientras, sin malgastar palabras, se pusieron en marcha a paso rápido a través de la hierba. El etéreo y peculiar resplandor estaba cada vez más cerca, más cerca... hasta que por fin quedó a unos pocos metros de distancia, y descubrieron al instante el origen de la luz.

Todo pensamiento de lobos desapareció de la mente de Índigo mientras ella y sus compañeros reducían la marcha, se detenían y lo contemplaban boquiabiertos. Ante ellos, en medio de la hierba del páramo, había un estanque totalmente circular de aguas quietas. Tenía unos seis metros de diámetro, y era demasiado simétrico para ser natural... y esa luz fría y fantasmal parecía emanar de debajo de la lisa superficie del agua, como si se filtrase al exterior desde profundidades imposibles de adivinar y se desparramara por el aire circundante. Alrededor del borde del estanque, cubriendo una distancia de unos tres pasos —de nuevo de una forma preocupantemente simétrica—, la hierba daba paso a lo que parecían guijarros de un tono gris blanquecino, tan lisos y rasos como si un delicado cuidador los

Librodot

hubiera rastrillado no hacía mucho.

Esti fue la primera en moverse. Con cautela primero, y con creciente seguridad después, llegó hasta el borde de los guijarros y lo examinó con un pie para comprobar si soportaría su peso. Parecían ser sólo dos capas, y el suelo debajo de ellos era sólido.

—No son más que guijarros —dijo Esti, perpleja—. ¿Pero por qué? ¿Con qué propósito?

Aun cuando su pregunta tuviera una respuesta, lo más probable es que no tuviera sentido para ellos, pensó Índigo. Se agachó y tomó una de las piedras que componían el círculo de guijarros. Era lisa, sorprendentemente ligera, casi como piedra pómez; y no estaba ni fría ni caliente. Una cosa neutral, inerte. Dejándose llevar por un impulso, la arrojó al estanque. Se estrelló sobre la superficie con un ligero chapoteo, y se hundió como lo haría cualquier piedra normal en agua normal.

Eran, que la había estado observando, dijo pensativo:

—Me pregunto si es potable...

—Yo no me arriesgaría —advirtió Índigo—. Aun cuando no sea venenosa, podría afectarnos de forma imprevisible.

—Sí... pero de todos modos. —Eran introdujo la mano en su bolsa y sacó un pequeño cazo que, antes del fracaso con el fuego, se suponía que había de servir como utensilio de cocina—. Me gustaría verla más de cerca. —Atravesó el espacio cubierto por los guijarros, se agachó junto al borde del estanque y, con mucho cuidado de no tocar el agua con la mano, hundió el cazo en ella.

—Es tan transparente, devuelve una imagen tan nítida como la de un espejo —les gritó— Si no fuera por las ondulaciones nunca creerías que es agua y no... por la sangre de la tierra, ¿qué es esto?

Sobresaltadas por la repentina exclamación, Índigo *y* Esti levantaron la cabeza rápidamente, e Índigo inquirió:

—¿Qué sucede?

—Me resulta imposible de creer... ¡venid y mirad!

Fueron a reunirse con él y miraron con atención el cazo que sostenía. Estaba vacío... y la superficie seca.

—Lo he hundido en el agua —insistió Fran—. Maldita sea, he visto las ondulaciones, ¡vi cómo esta condenada cosa se *llenaba!* —Le alargó el cazo—. Inténtalo y lo verás.

Índigo se inclinó sobre el estanque y hundió el cazo bajo la superficie. Tal y como había dicho Fran se formaron ondas y el agua se derramó sobre el borde; pero cuando sacó el cazo de nuevo, fue como si lo sacase de un espejismo: estaba seco y vacío.

Fran, de rodillas ahora, estiró la mano hacia la superficie del estanque y, muy despacio, la tocó.

—Parece agua —dijo sin demasiada seguridad, y dejó que la mano se hundiera hasta la primera falange—. Húmeda y fría. —La agitó y se escuchó un chapoteo, como si hubiera saltado un pequeño pez; luego sacó los dedos y, sin el menor comentario, se los mostró a Índigo y a Esti.

Su mano estaba completamente seca.

—Agua —anunció—, y sin embargo no es agua. ¿Qué os parece?

Índigo contempló el estanque, pensativa. Este nuevo descubrimiento la hacía sentirse ofendida; como si alguien o algo hubiera colocado esta hermosa pero inútil imagen en su camino como una broma de mal gusto.

—Me pregunto cuántos viajeros en este mundo se han visto atraídos hasta aquí por la promesa del agua —dijo en voz alta— para descubrir luego que aquel que había puesto el cebo poseía un desagradable sentido del humor.

Fran se mostró sorprendido.

—¿Piensas que lo han colocado de forma deliberada?

La muchacha suspiró.

—Empiezo a pensar que todo en este mundo ha sido más deliberada y cuidadosamente

Librodot

ideado de lo que nos damos cuenta. Siento... —Vaciló, se puso en pie y empezó a pasear mientras buscaba la palabra justa—. *Manipulado.*

Es el único nombre que puedo darle. Como si desde que nos introdujimos a través de la barrera de espinos, hubiéramos sido como marionetas colgando de una cuerda.

—¿Pero sin saber quién es el amo de las marionetas?

—Oh, no. Conozco la respuesta a esa pregunta, al menos en esencia. —Índigo se rodeó con los brazos al tiempo que levantaba los ojos hacia el lejano y uniforme cielo—. Pero es muy escurridizo. Yo esperaba un enemigo tangible, algo que pudiera ver, y evaluar, y desafiar. Esto, no obstante —indicó el estanque y el páramo con un movimiento del brazo— es como...

—... como buscar una determinada pulga en un perro flaco —intervino Esti.

A pesar de su estado de ánimo, Índigo no pudo contener una carcajada.

—Una pulga entre otras muchas —dijo—. Me gustaría saber cómo reaccionaría nuestro invisible anfitrión ante tal comparación... Pero, hablando seriamente, la verdad es que siento que están jugando con nosotros. Las ilusiones, las imágenes, los curiosos fenómenos: es como si se tratara de fruslerías para desviarnos del camino que deberíamos seguir. Puede que hayamos penetrado en este mundo diabólico, pero es como un templo dedicado a la Diosa, en el que los patios exteriores y las salas públicas no cuentan más que la mitad de la historia. Aún no hemos atravesado el velo que cuelga frente al sanctasanctórum. ¿Comprendéis lo que quiero decir?

—Sí —respondió Fran—. Pero en un templo, al menos en los que yo he visto, sólo se permite atravesar el velo a los servidores de la Diosa.

Índigo había seguido paseando mientras hablaban, pero ahora se detuvo y miró fijamente a Fran. Sin darse cuenta, había hecho un comentario que podría resultar significativo; ya que si el paralelismo que había trazado resultaba cierto, entonces a lo mejor tan sólo los sirvientes de la entidad diabólica que había creado este mundo podrían trascender la capa exterior de ilusión y engaño, y llegar al auténtico núcleo.

O si no eran sus sirvientes, entonces sus víctimas...

De repente sintió una veloz e inesperada punzada premonitoria, como si una sardónica inteligencia hubiera leído sus pensamientos al mismo tiempo que éstos se formaban. Y unos segundos más tarde, resonando desde muy lejos en la quietud, les llegó la voz de un lobo que acecha a su presa en un penetrante aullido que atraviesa la noche.

Esti brincó como una liebre e Índigo sintió que se le ponían los pelos de punta. Fran, sobresaltado también pero intentando no demostrarlo, volvió los ojos más allá del campo de influencia del extraño fulgor del estanque, en un intento por atravesar la oscuridad.

—Siguen ahí. —Su voz sonaba asustada, asombrada y enojada a la vez.

Esti se estremeció.

—Y parece como si nos esperaran. —Dirigió la mirada a su hermano, luego a Índigo—. ¿Qué vamos a hacer? ¡Si seguimos adelante, pueden tendernos una emboscada; pero si nos quedamos aquí pueden cercarnos!

Índigo recapacitó sobre ello durante unos instantes. Decidieran lo que decidiesen, la necesidad los obligaría a acampar dentro de no mucho tiempo, ya que al parecer, a pesar de sus esperanzas, no podían permanecer sin comer ni dormir. Ella ni siquiera había dormido en la acampada anterior, y empezaba a sentir los efectos de esa falta de sueño. Sin duda, resultaría más seguro permanecer junto al estanque, donde al menos la luz les ofrecería algo de protección contra un ataque por sorpresa. Una vez hubieran descansado estarían mucho mejor preparados para lo que pudieran encontrar en el páramo.

Fran y Esti estuvieron inmediatamente de acuerdo con su sugerencia cuando se la hizo saber; aunque Esti fue lo bastante honrada como para reconocer, llena de ironía, que era como tener que escoger entre morir quemado o morir ahogado. Escogieron un lugar y tras una rápida comida —parecía absurdo realizar de nuevo el ritual de encender un fuego— Índigo y Esti se acomodaron para dormir mientras que Fran montaba la primera guardia, Índigo había temido que le resultase difícil dormirse; pero, con gran satisfacción por su parte, sintió cómo

Librodot

empezaba a sumergirse en la inconsciencia sólo minutos después de cerrar los ojos. Tuvo unos sueños extraños y fragmentados de bosques sombríos en los que una voz que conocía y amaba, pero a la que no podía dar un nombre, la llamaba desde lejos, instándola a seguirla; el sonido aumentaba y disminuía de forma alternativa mientras ella buscaba en vano su origen. Cuando por fin se despertó, sintió como si una profunda tristeza se hubiera alojado en lo más profundo de su ser, y que desapareció al desperezarse, pero su recuerdo era nítido e inquietante.

Fran estaba sentado de espaldas al estanque, la mirada fija en el páramo, e Índigo se sorprendió al ver a Esti junto a él. La muchacha le explicó que había dormido un poco, pero luego se había despertado de repente e, incapaz de recuperar el sueño, había decidido hacer compañía a Fran durante el resto de su guardia. Nada había alterado su vela —al parecer los lobos o bien habían decidido permanecer en silencio o se habían escabullido hacia nuevos territorios— y ahora fue Fran quien, intentando disimular sus bostezos, se dirigió agradecido al lecho improvisado y se enroscó sobre él para dormir.

Índigo se acomodó junto a Esti, y le dedicó una sonrisa.

—¿Estás segura de que no quieres descansar? —preguntó—. A mí no me importa en absoluto quedarme sola.

Esti le devolvió la sonrisa y sacudió la cabeza.

—No. No tengo ni pizca de sueño: ahora ya no podría volverme a dormir.

A Índigo le dio la impresión de que la muchacha parecía excitada. Sus ojos verdes estaban algo enfebrecidos y su aire algo cohibido, como si intentara ocultar alguna emoción que la hiciera sentir embarazada o avergonzada; e Índigo inquirió a modo de tanteo:

—Esti, ¿sucede algo?

—¿Suceder algo? ¡No, claro! —Se produjo entonces una vacilación al darse cuenta Esti de que la negativa había sido demasiado rápida, demasiado desenvuelta; lanzó una carcajada, que sonó forzada—. Bueno... tuve unos sueños extraños mientras dormía. Y cuando desperté, me sentía tan *triste...*

Índigo la miró con renovado interés.

—¿De qué trataban esos sueños?

Esti se ruborizó.

—Preferiría no hablar de ello. —Le dirigió una rápida sonrisa, casi furtiva—. Te reirías de mí.

—Te prometo que no haré tal cosa.

—No importa... —Desvió la mirada, y se echó los cabellos hacia atrás—. ¡Oh... me siento tan *mugrienta!.* ¡Ojalá pudiera bañarme en este estanque!

—Ni lo intentes —advirtió Índigo, aunque su mente estaba distraída, meditando sobre la peculiar reticencia de Esti.

—No lo haría, desde luego. Aunque la verdad es que antes intenté lavarme las manos. —Extendió los dedos y los contempló—. Fue extraño. Sentí como si mis manos estuvieran bajo agua; no obstante, cuando las saqué, estaban secas todavía, como dijo Fran, y no había forma de quitar la suciedad.

—Lo que contiene el estanque, desde luego no es agua —asintió Índigo—. Sospecho que debe de tratarse de otra clase de ilusión. Y eso me preocupa, Esti, porque quiere decir que es posible que no haya agua en ningún lugar de esta dimensión. Y si eso es cierto, entonces tendremos serios problemas cuando se nos acaben nuestros suministros.

Esti respondió distraída:

—Sí, supongo que sí.

E Índigo comprendió que no le había prestado atención, y que en lugar de ello miraba en dirección al estanque con una expresión pensativa.

—¿Esti?

Extendió la mano para tocarle el brazo.

—¿Qué? Oh... lo siento. Miraba el estanque. —Esti parpadeó, y su expresión pensativa se

Librodot

trocó por una curiosa sonrisita—. ¿Sabías, Índigo, que si te sientas y contemplas con atención el agua, a veces puedes ver las imágenes más extrañas, las más peregrinas?; parece como si fueran imágenes de otro mundo.

Algo en su voz, que recordaba a su excéntrico estado de ánimo anterior, despertó una cierta inquietud instintiva en Índigo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó con cuidado.

—Ven a verlo por ti misma. —Esti se puso en pie *y* se dirigió hasta el borde del estanque, donde se agachó sobre los guijarros para mirar el agua—. En un principio no veremos más que nuestros rostros. Pero al cabo de un rato, algo parece cambiar. Es bastante hermoso.

Índigo se arrodilló cautelosa junto a ella y miró al estanque. Sus imágenes, recortándose sobre el vacío reflejo negro del cielo, las contemplaron desde la superficie; su rostro angular y huesudo; el de Esti, más delicado, más felino y juvenil. Pero alguna propiedad del estanque había eliminado el color de sus reflejos, dando a su piel —que en realidad ambas tenían tostada por el sol del verano— un enfermizo aspecto apergaminado, y apagando la brillante cabellera roja de Esti hasta darle un tono de bronce sucio.

Esti se inclinó un poco más hacia adelante, y sopló sobre la superficie de modo que las dos imágenes se fraccionaron en un puñado de ondas. Mientras las ondulaciones desaparecían, la imagen volvió a formarse, y justo antes de que volviera a aparecer con nitidez Índigo vislumbró —o le pareció que vislumbraba, ya que apareció y desapareció en un santiamén— lo que parecía un extraño y encantador jardín detrás de sus propios reflejos. Un césped lleno de flores conducía hasta una puerta situada en medio de una rancia pared, a la que daban sombra unos gráciles árboles cuyas ramas descendían suaves hasta casi tocar el suelo. Y, enmarcada por la misteriosa belleza del jardín, un rostro sin cuerpo, fantasmagórico y vago, flotaba entre ella y Esti.

—¡Ahí! —siseó Esti con un jubiloso susurro, señalando—. ¿Lo has visto?

Índigo miró de reojo a la excitada muchacha.

—He visto un jardín. Y el rostro de alguien. O pensé que lo veía, pero...

—Sí. Oh, *sí.* —Esti tenía la mirada clavada aún con más interés en el estanque, como si intentara concentrar toda su fuerza de voluntad silenciosa y frenéticamente en hacer que el fantasma reapareciera—. Era *él* otra vez; tal y como lo vi antes.

—¿El? —inquirió preocupada Índigo. El corazón le había dado un vuelco ante la sorpresa producida por la momentánea visión; ahora parecía latir con una lentitud sofocante—. Esti... ¿quién es?

Esti meneó la cabeza.

—No lo sé. Pero es tan hermoso, y está tan *triste...* —Se inclinó peligrosamente hacia adelante y lanzó otro grito ahogado—. ¡Ahí! Ahí está otra vez..., mira.

Esta vez no había ni rastro del sobrenatural jardín; pero el rostro se había rehecho, algo borroso a causa del agua pero claramente visible, no obstante. Era el semblante de un hombre joven, pero delgado y escuálido y de una palidez cadavérica, con ojos que no parecían ser más que vivas pero incoloras puntas de alfiler en cuencas huecas y profundas. Su expresión combinaba salvaje intensidad con un espeluznante e inhumano anhelo, y una oleada de repulsión se apoderó de improviso de la momentánea fascinación de Índigo. Extendió la mano, con la intención de apartar a Esti, pero la muchacha malinterpretó el movimiento y sujetó sus dedos con fuerza, como si correspondiera a un profundo secreto compartido por ambas. Luego levantó la otra mano en un gesto que imponía silencio a Índigo, y despacio, con mucho cuidado, se volvió para mirar a su espalda. Con el pulso acelerado, Índigo se volvió, también; pero no había nadie allí, sólo sus débiles e insustanciales sombras que la luz del estanque arrojaba sobre el suelo, y el siniestro refulgir del páramo a lo lejos.

Esti se volvió para mirar otra vez el agua, encorvándose de tal forma que la abundante mata de sus cabellos le ocultó el rostro. Pero Índigo ya había visto la expresión de su rostro: la extraordinaria llamarada de ávido placer, seguida de frustración *y* disgusto al verse truncada la esperanza. Rápidamente, Índigo volvió a mirar al estanque; pero el rostro sin cuerpo se

Librodot

había desvanecido y la superficie reflejaba tan sólo sus propias imágenes descoloridas.

—¡Ahhh... ! —El suspiro de Esti resultó apenas audible, y algo en él hizo que a Índigo se le pusiera la carne de gallina—. Pensé que a lo mejor... —Se interrumpió y sacudió la cabeza.

Índigo la contempló con silencioso horror. Por un momento, cuando la aparición había hecho acto de presencia por segunda vez, sus ojos habían parecido fijarse como clavos ardientes en los de ella hasta penetrar en su cerebro, bloqueando su mente y su cuerpo con la ardiente intensidad de su mirada. Y al igual que Esti, había sentido una oleada de emoción que era en parte lástima, en parte anhelo y en parte deseo. Una terrible *necesidad,* una atracción inhumana.

Pero el hechizo carecía de poder para aprisionarla, Índigo estaba muy familiarizada con la naturaleza de los demonios, y en el mismo instante en que rechazaba la atracción de la visión había percibido cómo ésta se daba cuenta y la dejaba estar. La muchacha no era una víctima fácil; por lo tanto no interesaba. Esti, por su parte, era otra cuestión.

—Esti. —Se volvió hacia la muchacha y la sujetó por ambas manos, con mucho cuidado de que su voz no delatara su alarma—. Esti, no había nadie ahí. Lo que hemos visto no era real. Era otra ilusión; como los lobos, y el Jachanine.

Esti la miró cuidadosamente; luego dijo con calma:

—Sí. Tienes razón, Índigo; eso es lo que debe de haber sido.

Desvió la mirada mientras hablaba, bajando las pestañas de modo que sus ojos no resultaran visibles, Índigo vaciló, no muy segura de si la muchacha había comprendido sus palabras, luego añadió con suavidad, lisonjera:

—Comprendes lo que quiero decir, ¿verdad? ¿Y lo crees?

Esti levantó los ojos de nuevo y le sonrió con una curiosa viveza.

—Claro que sí —respondió.

Pero se trataba de un asentimiento demasiado fácil, de una capitulación demasiado rápida. La expresión de Esti mostraba un ligerísimo atisbo de disimulo; algo que Índigo no había visto antes jamás en ella. Fingía, evocaba de nuevo el rostro del fantasma y el poder de su susurrante y tierno encanto. Se le ocurrió la posibilidad de que a lo mejor aquella aparición era algo más que pura ilusión. La había mirado a los ojos, y había visto un poco de lo que acechaba allí. Era suficiente —más que suficiente— para atrapar a un espíritu impresionable e incauto igual que una araña se apodera de una mosca.

Abrió la boca para apelar de nuevo a Esti, pero las palabras murieron en su garganta. Sus razonamientos no estaban de acuerdo con lo que Esti deseaba oír, y ningún tipo de persuasión la haría cambiar. Esti se limitaría a fingir estar de acuerdo con cualquier argumento expuesto, mientras mantenía en secreto sus auténticos sentimientos.

Una vez más, Índigo miró en el estanque. La superficie era ahora un inocente espejo que reflejaba sólo el monótono brillo de hojalata del cielo. No podía hablar con Esti; y sintió que, de momento, sería más aconsejable no decir nada a Eran. Después de todo, no poseía más que una sospecha no demostrada; y además, no deseaba alertar a Esti y que se mostrara más reservada aún; pero, a partir de ahora, tendría que vigilar a la muchacha con mucha atención. Y, lobos o no, pensó, se sentiría muy feliz cuando esta parada para descansar finalizara y pudieran seguir adelante; ya que si su creciente temor tenía algún fundamento, entonces aquella cosa ávida e inhumana que habitaba el estanque podía resultar mucho más peligrosa que cualquiera de las cosas con que se habían tropezado.

Con gran alivio por parte de Índigo, el resto de la guardia transcurrió sin el menor incidente. Esti, a pesar de sus anteriores protestas, se durmió al poco rato, enroscada como un gato junto a los guijarros, Índigo la miraba de vez en cuando, e intentaba ignorar la helada sensación que la recorría al contemplar le extraña sonrisita de los desprevenidos labios de Esti.

No aparecieron más fantasmas, ni se oyeron lejanos aullidos de lobo. Quizá si hubiera vuelto a mirar en el estanque Índigo podría haber vislumbrado otra vez el misterioso jardín y

su ocupante; pero era muy consciente de los peligros latentes en tal tentación, y se limitó a permanecer sentada mirando al negro páramo, hasta que Fran se agitó y se despertó.

Fran, descansado después de su sueño, estaba inquieto y ansioso por hacer algo. Aceptó de inmediato la sugerencia de Índigo de renunciar a la tercera guardia —que hubiera debido hacer Esti— y seguir adelante sin más dilación; y cuando la misma Esti se despertó, también ella parecía ansiosa por marchar, Índigo se sorprendió y se sintió algo preocupada por su rápido asentimiento, pero intentó alejar esta preocupación de su mente mientras recogían sus cosas y se preparaban para marchar.

La única manzana de la discordia entre ellos fue la ruta que debían tomar. Fran estaba a favor de seguir en la misma dirección por la que habían llegado al estanque: no tenía una razón para esta sensación, dijo, sólo que le parecía lógica si querían evitar el riesgo de andar en círculos y regresar al punto de partida. Pero Esti tenía otras ideas. Tenían que desviarse hacia la izquierda de aquella dirección, dijo, y mientras hablaba Índigo vio de nuevo cómo esa apenas perceptible expresión de disimulo aparecía en sus ojos. Al igual que Fran, carecía de motivo para aquella sugerencia; era simplemente una intuición.

Fran se encogió de hombros y miró a Índigo.

—Si Esti tiene una intuición, estoy dispuesto a apostar por ella —dijo con despreocupación—. Le sucede de vez en cuando: tiene intuiciones, como lo llama mi padre. Y la mayoría de las veces tiene razón. —Sonrió—. Después de todo, no tenemos nada que perder, ¿no es así?

Sus palabras resultaban involuntariamente irónicas, pero Índigo no podía discutirlas sin revelar sus sospechas.

—Muy bien —concedió—. Que Esti nos guíe.

¿Se produjo un destello de triunfo en los ojos de Esti? Era difícil estar segura; y muy fácil dejarse llevar por la imaginación. No obstante, mientras completaban sus preparativos tuvo la clara sensación de que Esti tenía buen cuidado de mantener la distancia entre ambas, hasta que, mientras recorrían con minuciosidad el terreno en busca de cualquier cosa que hubieran podido olvidar, Índigo oyó crujir los guijarros a su espalda, y Esti se colocó de inmediato a su lado.

—Lo sabes, ¿verdad? —dijo la muchacha con una curiosa *voz* tensa—, que Fran está enamorado de ti.

Índigo se quedó rígida; luego, no muy segura del terreno que pisaba, decidió fingir.

—¿Qué quieres decir?

—¡Oh! —Esti sonrió, con una sonrisa peculiar—, no creas que me disgusta la idea. Al contrario. Es maravilloso. Pero claro, el amor lo es, ¿no es así? Jamás deberíamos rechazar el amor, ¿no estás de acuerdo?

Antes de que Índigo pudiera responder, Esti se dio la vuelta y, echándose hacia atrás los cobrizos cabellos como si acabara de soltárselos, se alejó en dirección al lugar donde Fran las esperaba.

CAPÍTULO 10

—¡Esti! —La voz de Fran sonó llena de irritación—. ¡Deja de hacer el tonto y ven! No hay nada ahí; estás perdiendo el tiempo.

Esti hundió la cabeza poniéndose a la defensiva, pero regresó avanzando por la negra hierba con mucho cuidado. No dijo nada, se limitó a lanzar a su hermano una mirada despectiva, luego le dio la espalda y siguió adelante a grandes zancadas.

Fran contempló la mata que su hermana había estado investigando, al tiempo que se preguntaba exasperado qué habría llamado su atención —o más bien, su imaginación— esta vez. No vio nada digno de mención, y dirigió a Índigo una mirada de impotencia mientras se ponían en marcha en pos de Esti.

—No sé qué es lo que le sucede —dijo en voz baja dolido—. Si no la conociera, pensaría que le ha estado dando al aguardiente.

Para Índigo era otro signo inquietante. Llevaban andando un buen número de horas, o al menos eso parecía; el estanque quedaba ya muy atrás e incluso su aureola nacarada había quedado ya fuera de su vista; no obstante el curioso estado de ánimo de Esti se había intensificado en lugar de disminuir. Al principio había impuesto un paso rápido a través del páramo, como si tuviera prisa por llegar a una cita de vital importancia; luego, justo cuando Fran iba a protestar diciendo que no había necesidad para tales apresuramientos, la joven se había dedicado a perder el tiempo; andaba despacio, se detenía cada pocos pasos —o al menos eso parecía— para salirse del sendero en persecución de algún hallazgo imaginario, o sencillamente para levantar los ojos al cielo. Respondía cuando se le hablaba, pero o bien lo hacía con vaguedades o con mordaz irritación; y ahora Fran, que no se caracterizaba precisamente por su paciencia, estaba ya a punto de estallar.

—Que me muera si sé qué es lo que le ha dado —insistió—. ¡Cualquiera pensaría que representa otra vez el maldito papel de Chalila!

—¿Chalila? —Índigo se sentía desconcertada.

—¡Oh! Eso fue antes de que te unieras a nosotros —Fran volvió a mirar malhumorado a Esti, que se contoneaba delante de ellos—. Nunca has visto la obra que acostumbrábamos hacer llamada «Chalila y el Demonio», ¿verdad?

Índigo sintió un helado hormigueo al escuchar la palabra *demonio.*

—No —respondió con cautela.

—Ah. Es curioso; en la zona más occidental es una de las piezas más populares de nuestro repertorio; siempre lo ha sido. Pero más hacia el este nunca la hemos representado. Papá dice —una expresión de dolor apareció fugazmente en su rostro al recordar de repente que los había traído a este mundo; algo que, desde que las ilusiones y los fantasmas habían empezado a atormentarlos, había resultado muy fácil de olvidar—. Papá dice que es demasiado compleja para la gente sencilla; se aburren y empiezan a gritar en demanda de canciones tabernarias. Pero a lo que iba... es una historia sobre una muchacha a la que rapta un demonio que se ha enamorado de ella, y ésta descubre que se trata en realidad de un príncipe sobre el que ha caído una maldición. Siempre ha sido el relato favorito de Esti, pero papá jamás la dejaba representar a Chalila. Se supone que es una joven recatada, inocente... ya sabes a lo que me refiero. Papá decía que Esti jamás podría ser recatada aunque le fuera la vida en ello, así que siempre era Cari quien representaba el papel. Pero hubo una ocasión en que Cari contrajo bronquitis y se quedó sin voz. Esti se sabía el papel de memoria, de modo que papá se lo dejó hacer. —De repente pareció animarse y lanzó a Índigo una rápida mueca llena de regocijo—. Actuó de una forma *horrible.* Pero antes del inicio del espectáculo, estaba en tal estado que hubieras creído que realmente esperaba que un enamorado de cuento de hadas penetrara en la carreta y se la llevara. Nos volvió medio locos a todos con su comportamiento; igual como se comporta ahora.

El helado hormigueo se repitió por segunda vez, e Índigo creyó comprender. Durante mucho tiempo, Esti había albergado un romance secreto en el que se veía a sí misma como a

Librodot

Chalila. Ahora el demonio enamorado de Chalila había llegado, un fantasma en el espejo de un estanque irreal, para mostrarle su rostro y llamarla a su mortífero jardín. Vulnerable, impresionable, Esti no había podido enfrentarse a la perversa inteligencia que se ocultaba tras el fantasma, y se había enamorado de un horror que se alimentaba de sus más profundos anhelos y despacio pero con firmeza la obligaba a servir a sus propósitos, Índigo se había atrevido a pensar que si se alejaban del estanque liberarían a Esti del encantamiento; pero debería haberlo sabido; debería haberse dado cuenta de la verdad cuando Esti insistió en que siguieran la ruta por la que iban ahora. Era el demonio quien la guiaba, y Esti, ciega, toda inocencia y amor, lo seguía. Era una hermosa trampa mortal.

¿Pero hasta qué punto era mortal? Un pensamiento anterior empezó a carcomer a Índigo; algo que había penetrado en su mente cuando estaba junto al estanque y que había olvidado en la confusión de los acontecimientos posteriores. El señor de las marionetas y sus víctimas voluntarias. Y la inquietante sospecha de que a lo mejor sólo aquellos *voluntarios* podían cruzar el velo que conducía al sanctasanctórum del demonio. La criatura que había surgido de la oscuridad para tocar la mente de Esti con su veneno era más poderosa y tangible que los fantasmas que habían encontrado antes; lo cual sugería que esta manifestación particular de la entidad diabólica estaba más próxima al núcleo de su progenitor. Y si podía mantenerse el precario equilibrio entre la seguridad de Esti y la atracción del demonio, entonces, quizá seguirla hacia donde los condujera sería su única posibilidad de abrirse paso por entre las ilusiones de aquel mundo para llegar a la realidad que se ocultaba debajo.

—No creo que debamos preocuparnos demasiado —dijo, reprimiendo con fuerza la voz de su conciencia. Le sonrió, con expresión ingenua, al tiempo que se odiaba por hacerlo—. La atmósfera de este lugar es suficiente para fijar la imaginación de cualquiera en una idea particular.

—¿Quieres decir que está realmente representando el papel de Chalila? —Fran no pareció darse cuenta de la importancia de esta observación; se echó a reír, cosa que hizo que Esti le lanzara una mirada cargada de veneno por encima del hombro—. Eso no me sorprendería. Pues, muy bien; mientras que sus ensoñaciones no nos causen ningún problema... Aunque no me importa admitir que preferiría que se las quitara de encima. Toda esta excitación y pérdida de tiempo... parece olvidar que tenemos cosas mejores que hacer.

Índigo se sintió incapaz de mirarlo directamente a los ojos.

—Sí —dijo mientras su conciencia la asaltaba de nuevo—. Es verdad.

El deseo de Fran de que Esti «se quitara de encima» sus ensoñaciones se vio cumplido —al menos por lo que se refería a él— durante la caminata; ya que poco después la muchacha pareció sufrir otro impredecible cambio de humor y su distraído y soñador vagabundeo se transformó bruscamente en una nueva sensación de propósito y dirección. Fran se sentía demasiado satisfecho por aquel cambio para hacerse preguntas sobre la repentina renovada determinación de su hermana, e Índigo no dijo nada; prefirió guardarse para sí lo que pensaba y se dedicó a vigilar a Esti con más atención que nunca.

El páramo se extendía inmutable. Resultaba imposible decidir si llevaban caminando días, horas, o simplemente minutos; el oscuro terreno que se extendía en todas direcciones parecía desafiar tales consideraciones y convertirlas en algo sin sentido. Durante un rato, Índigo y Fran intentaron encontrar algún tema trivial de conversación, pero no encontraron nada que decir que no estuviera impregnado de temores secretos y preocupaciones ocultas, y por último se quedaron callados. Esti parecía más tranquila ahora y más segura de sí misma y ya no oscilaba de forma caprichosa entre la prisa y el letargo. La verdad es que ahora marcaba un paso más rápido que nunca a través de la negra hierba: parecía incansable, y muy a menudo volvía la cabeza para mirar a los otros dos que avanzaban pesadamente detrás de ella, y también para meterles prisa con un gesto o con una palabra, Índigo se sentía cada vez más segura de que Esti, de forma consciente o inconsciente, los conducía realmente en dirección a un objetivo desconocido.

¿Pero dónde podría estar este objetivo?, se preguntaba. Hasta donde llegaba la vista, no había nada en el páramo, y debían de haber andado ya incontables kilómetros sin ver el menor indicio de que fuera a terminarse aquel paisaje nocturno yermo e inmutable. La comida y el agua no tardarían en escasear; y ¿qué sucedería cuando sus raciones se agotaran? Se le ocurrió la desagradable idea de que a lo mejor eso era precisamente lo que deseaba el demonio: conducirlos a una persecución inútil e interminable que resultara infructuosa, hasta que finalmente sucumbieran al hambre, la debilidad y la desesperación. Volvió a pensar en los caminantes dormidos de Bruhome y se estremeció. ¿Por qué no habían encontrado a ninguna de aquellas pobres criaturas desde que penetraran en este mundo? ¿Qué había sido de ellas? ¿Y no estarían los tres siguiendo ciegamente una promesa inexistente y un sendero que no los conduciría a ninguna parte?

Intentó no hacer hincapié en aquel tema mientras andaban. El silencio resultaba cada vez más opresivo; Fran, que iba algo *rezagado y* se detenía cada dos por tres para escudriñar el vacío páramo a su espalda con ojos inquietos y pensativos, estaba claramente intranquilo, y tan sólo Esti parecía no sentirse afectada por la cada vez más intensa atmósfera de duda.

Por fin, Fran no pudo permanecer por más tiempo en silencio, y dijo de repente, con brusquedad:

—Índigo... Esti. Deteneos un momento.

Índigo se detuvo y volvió la cabeza. El rostro de Fran era un óvalo cansado en el débil crepúsculo plateado; la penumbra dibujaba oscuros trazos confusos en sus facciones, dándole un aspecto inhumano.

—¿Qué sucede? —inquirió.

También Esti se había detenido, pero de mala gana, y se mantenía en tensión. Situada entre hermano y hermana, Índigo se sintió de pronto como un reacio mediador atrapado en medio de algo potencialmente peligroso. Durante unos instantes Fran miró más allá de ella, clavando los ojos en el rostro de Esti. Luego dijo:

—¿Adonde vamos?

Índigo no le respondió: la pregunta no iba dirigida a ella. Esti se limitó a devolverle la mirada a Fran, y éste repitió:

—He dicho, ¿adonde vamos? Porque me parece que hemos andado muchas horas, sólo la Diosa sabe si no habrán sido *días, y* ¿para qué? —Uno de sus brazos describió un arco, indicando el desolado páramo—. Sólo hay esto, sin que se vea el final. ¡Maldita sea, no hemos visto ni un solo ser vivo, ni rastro de papá ni de Cari!

—Eso no es culpa mía —repuso Esti, encogiéndose de hombros al tiempo que hacía intención de darse la vuelta.

—Yo no digo que lo sea. Pero desde que abandonamos ese maldito estanque con su agua inexistente, eres tú la que nos ha guiado, Esti, y eso me hace pensar que sabes algo que nosotros ignoramos.

—No seas estúpido. —Esti le dio la espalda por completo, y su voz sonó amortiguada, lo que hizo pensar a Índigo que la joven se había llevado una mano al rostro y se mordía los nudillos—. ¿Cómo podría hacerlo?

—Muy bien. —Fran lanzó un profundo suspiro; era lo que había esperado escuchar y había tomado una decisión—. Bueno, diré lo que tengo que decir y acabaremos. Creo que somos unos locos. Hemos penetrado en este mundo sin la menor idea de lo que nos espera, y sin ningún plan de acción; *y* desde que llegamos hemos andado tan a ciegas como cualquiera de los durmientes de Bruhome, con la cerril idea de que tarde o temprano llegaríamos a alguna parte. Pero no hemos llegado a ninguna parte, ¿no es así? Tal y como están las cosas, podríamos habernos quedado en el bosque, para lo que nos ha servido esta caminata... ¿Dónde está papá? ¿Dónde está Cari? ¿Dónde está *Grimya?*

Esti empezaba a alterarse, e Índigo intervino. Con mucha suavidad, preguntó:

—¿Qué es lo que quieres decir, Fran?

El joven la miró, e Índigo vio cómo sus hombros se tensaban al percibir el tono protector de

Librodot

la voz de la muchacha. Luego, repuso con sequedad:

—Lo que digo es que no estoy dispuesto a dar un solo paso más hasta que tengamos un plan concreto. Hasta que nos hayamos sentado aquí y *hablado.*

—¡No! —le espetó Esti.

Ambos la miraron sorprendidos.

—¿Qué quiere decir no? —preguntó Fran.

—Yo... no... —Esti estaba como paralizada—, es decir, no veo por qué necesitamos... —Le fallaron las palabras y se quedó silenciosa.

—¡Oh, vamos, Esti! —Fran estaba perplejo—. ¡No hacemos más que andar y andar, sin la menor idea de adonde vamos! ¿Cómo podemos albergar la esperanza de encontrar a papá y a Cari de esta forma?

—Los encontraremos —protestó Esti, pero sin auténtica convicción—. Si tenemos fe y confianza. —Sus ojos se movieron con rapidez, furtivos del rostro de Fran al de Índigo; vio la expresión de ésta y desvió deprisa la mirada.

—¿Confiar en qué? —Fran estaba cada vez más exasperado—. ¿En tu infalible sentido de la dirección? Maldita sea, muchacha, eres...

—*¡No me hables así!* —Esti lo atajó con tal ferocidad que el joven dio un paso atrás, sobresaltado—. ¿Quién crees que eres? —Sus brillantes ojos llameaban; entonces, de repente, arrojó al suelo la bolsa que llevaba a la espalda y se dejó caer junto a ella—. Muy bien. Sentémonos y celebrad vuestro consejo, si eso te hace feliz. ¡No me importa! —Y volvió la cabeza.

—De acuerdo.

Fran se sentó también sobre la hierba, y levantó los ojos hacia Índigo. En sus ojos había una especie de desafío, y cuando volvió a hablar lo hizo con voz cáustica.

—Sugiero, Índigo, que ignoremos a esta criatura hasta que decida dejar de comportarse como un niño malcriado. Entretanto, puede que tú y yo podamos discutir cuestiones más importantes.

Índigo vaciló. Su deseo era instar a los dos a que dejaran de pelearse pero a la vez sabía que esta última ruptura la había desencadenado algo mucho menos inocente que la rivalidad entre hermanos. Tenía que mediar: pero al mismo tiempo necesitaba conseguir apaciguarlos sin despertar la menor sospecha sobre sus propios motivos.

—Escuchadme, los dos. No sé cuánto tiempo hemos andado, pero no debe faltar mucho para el momento de otro descanso. —Les dedicó una sonrisa forzada que no la convenció a ella pero, esperó, podría engañarlos a ellos—. Estoy cansada, hambrienta, y no dudo de que vosotros lo estaréis también. Acampemos aquí. Y luego podemos discutir qué hacer, y satisfacer ambas necesidades.

—Sí, estoy de acuerdo —asintió Fran.

—¿Esti?

—Si eso es lo que queréis... No me importa —respondió con un encogimiento de hombros y sin volverse.

—Muy bien.

Índigo dejó caer su bolsa; arqueó los hombros agradecida por deshacerse de aquella carga. Estaba agotada; y cuando se sentó Fran, percibiendo su estado, le dijo:

—Yo montaré la primera guardia. —Le sonrió y su sonrisa le transmitió un amago de disculpa—. Hablaremos más tarde, ¿de acuerdo? Cuando hayas dormido un poco. Tienes todo el aspecto de necesitar dormir. Y no te preocupes por Esti. Haremos las paces; siempre lo hacemos.

Índigo titubeó, pero luego comprendió que tenía razón. La pelea se olvidaría. Por ahora, al menos, no había mucho que temer, y le devolvió la sonrisa a Fran antes de acomodarse lo mejor que pudo sobre el accidentado suelo.

De forma perversa, el sueño se negó a acudir en un principio, a pesar de su cansancio. Durante algún tiempo permaneció despierta, consciente de la presencia de Fran que

Librodot

contemplaba meditabundo el desolado y silencioso paisaje nocturno y de los ocasionales movimientos inquietos de Esti. Al cabo de un rato Esti se dio por vencida y se tumbó, enroscándose sobre el suelo con la cabeza descansando sobre la bolsa: al poco rato Índigo escuchó unos murmullos que no pudo comprender y que en un principio pensó que iban dirigidos a Fran. Pero Fran no respondió, y se dio cuenta de que Esti debía de estar dormida y soñaba.

Por fin Índigo empezó a hundirse en las brumas del sueño. A punto de dormirse, justo antes de que la oscuridad interior se adueñara de ella, tuvo la sensación de que alguien la observaba, e intentó despertarse para advertir a sus compañeros de que no estaban completamente solos. Pero la realidad se le escapaba ya, para transformarse en las primeras imágenes de un sueño, y se dejó llevar. Un sueño. Eso era todo lo que era. Sólo un sueño.

Índigo se durmió. Fue un sueño profundo, por tanto la conmoción del despertar, cuando éste llegó, resultó mucho peor.

—¡Índigo!

La voz penetró por entre la inconexa imagen de un desierto de cegadoras arenas doradas, y mientras empezaba a despertarse Índigo se oyó pronunciar un nombre casi olvidado, y hacer una pregunta en una lengua conocida pero descuidada del continente oriental. Las brumas del sueño se disiparon como una tormenta de polvo, y se encontró mirando a Fran.

—¡Índigo! —La mano del muchacho le sujetaba el hombro con ferocidad mientras se inclinaba sobre ella, y el terror se pintaba en sus ojos—. ¡Esti se ha ido!

El triste relato de Fran fue muy breve. Había estado más cansado de lo que creía y después de que Índigo y Esti se durmieran se encontró celebrando una batalla imposible contra su propio agotamiento. Pero antes de despertar a cualquiera de las dos muchachas, decidió —de forma estúpida, por lo que ahora parecía— seguir con la guardia. No obstante sus esfuerzos habían fracasado, y se había despertado con la cabeza apoyada sobre las rodillas, un terrible dolor de espalda, y con Esti desaparecida.

Su inmediata suposición era que algo había penetrado en el campamento y se había llevado a Esti y se encontraba dividido entre violentas autorrecriminaciones y frenéticas imposiciones de que habían de encontrarla y rescatarla, Índigo, no obstante, sabía exactamente qué había sido de Esti, y se maldijo por no haberlo previsto. La pelea debiera haberla puesto sobre aviso: Esti, persiguiendo obsesivamente la alucinación que se había apoderado de su mente, no había estado dispuesta a dejar que nada se interpusiera en su camino, y había aprovechado la primera oportunidad para deshacerse de aquellos que, según su desvirtuado razonamiento, frustraban sus deseos. Se trataba de la peor confirmación posible de las sospechas de Índigo; y ahora ya no podía guardarse esas sospechas para sí.

Convenció a Fran para que se calmara el tiempo suficiente para escucharla, y le contó lo que ya sabía; le habló del jardín y de su lívido habitante que se reflejaban en el estanque, de la inquietante sensación que había tenido sobre el poder del fantasma, y de la particular reserva y disimulo de Esti que habían dado la primera señal de alarma a su cerebro. Luego, con franqueza, le confesó el plan que se había hecho de permitir que Esti los guiara hasta aquello que la llamaba, plan que tan poco éxito tuvo.

Fran escuchó todo lo que tenía que decir y cuando ella terminó se produjo un silencio durante algunos instantes. Luego, en voz anormalmente baja por sus esfuerzos para controlarla, Fran dijo:

—De modo que Esti ha huido en pos de ese... de ese demonio, de esa *cosa.* Y tú lo sabías. Sabías que algo así podía suceder, y sin embargo la dejaste correr el riesgo...

—¡Fran, lo siento! La Madre sabe que si hubiera sabido por un momento que...

—¡Si conocieras a Esti, se te habría ocurrido! ¡Yo lo hubiera sabido, maldita sea! ¡Es mi hermana, para mí resulta tan transparente como el agua, y hubiera podido predecir exactamente lo que haría! ¿Por qué no me lo dijiste?

Índigo meneó la cabeza con desesperación.

—Debiera haberlo hecho. Ahora me doy cuenta. Pero no quería hacer nada que pudiera despertar las sospechas de Esti, o dejar que el demonio se diera cuenta de lo que sucedía. —Sonaba poco convincente, lo sabía; pero era la verdad.

—Ya veo —repuso Fran con frialdad—. No pensaste que podías confiar en que yo guardaría el secreto, ¿verdad? —Dos furiosas manchas rojas aparecieron en sus mejillas, y su voz se volvió apasionada bruscamente—. Piensas que soy una criatura. Tú, con toda tu sabiduría y superioridad, crees que siempre sabes lo que es mejor! ¡Bien, muy bien! ¡Pues espero que te conforte saber que toda tu sabiduría y toda tu superioridad puede ser que hayan acabado con mi hermana!

—Fran...

—¡*No!* —Fran se dio la vuelta y empezó a recoger su bolsa—. Al diablo contigo, Índigo. ¡No pienso seguir escuchando! ¡Me voy en busca de Esti, y la voy a rescatar de las garras de esa monstruosidad... y tú puedes hacer lo que te plazca!

Se cargó la bolsa a la espalda y se habría alejado si Índigo no le hubiera gritado:

—¡Fran! ¡Ni siquiera sabemos qué dirección tomó!

Fran vaciló, luego se volvió para mirarla. Por un instante ella pensó que el joven podría estar demasiado furioso para comprender lo que ella había dicho, pero al cabo de un momento Fran *lanzó un* furioso juramento, y arrojó la bolsa al suelo al tiempo que su rabia se esfumaba de repente.

—¡Oh, Madre Todopoderosa... ! —Se llevó una mano al rostro en un gesto de desesperación.

—No quiero pelearme contigo, Fran —dijo Índigo con suavidad; se sentía como si pisara hielo quebradizo, pero tenía que intentar reparar su desavenencia, si le era posible—. Y estoy dispuesta a admitir que estaba equivocada, muy equivocada. No puedo cambiar mi error, pero quiero repararlo. —Se interrumpió. Fran permanecía inmóvil, su rostro era una máscara impenetrable, pero al menos la escuchaba—. Si queremos tener alguna esperanza de encontrar a Esti hemos de hacer lo que sugeriste antes: buscar pistas, y elaborar un plan. Es nuestra única posibilidad.

Se produjo un silencio durante un rato. Luego, muy despacio, Fran asintió con la cabeza.

—Muy bien. En eso al menos, tienes razón. —Levantó la vista y le devolvió la mirada con un residuo de resentido veneno aún en sus ojos—. Pero esta vez se hará según diga yo. —Se golpeó el pecho con un dedo—. *Yo.*

Índigo se dijo que el muchacho no podría hacerlo peor de como lo había hecho ella, de modo que le respondió llena de contrición:

—Sí. Como tú digas.

La pista, cuando la encontraron, resultaba tan evidente que ninguno de los dos creyó ni por un momento que se tratara de un accidente. A diez metros de donde habían dormido vieron un destello de insólito color sobre la hierba y descubrieron un brazalete hecho de pequeñas cuentas de cristal barato sobre el negro suelo.

—El brazalete de la suerte de Esti. —Fran lo miró sorprendido—. Y ni siquiera se ha roto. Debe de haberlo dejado caer deliberadamente. Quería que supiéramos en qué dirección se iba... o lo que sea que la controle quería que así fuera.

—Bien, eso, o lo dejaron para engañarnos.

El muchacho la miró de soslayo. La atmósfera entre ambos no era cómoda aún y el menor atisbo de crítica —aunque fuera imaginado— le hacía saltar. Apretó el puño y aplastó el brazalete.

—No me importa. Hemos perdido demasiado tiempo ya, y tanto si esto es un engaño como si no, voy a seguirlo. —Hizo una pausa—. ¿Vienes?

Índigo no discutió. El brazalete podía llevarlos a seguir una pista auténtica o falsa; pero no tenían otra elección que confiar en él.

—El terreno asciende un poco —dijo a Fran indicando hacia adelante—, parece seguir así

por un kilómetro o dos. Desde la cima de la elevación podremos obtener una mejor panorámica del terreno.

—De acuerdo. Entonces pongámonos en marcha, y rápido.

Establecieron un régimen alternado de caminar y correr, avanzando unos cincuenta pasos cada vez, mientras se turnaban para llevar la tercera bolsa que Esti había abandonado. Este ritmo les permitía mantener un buen paso al tiempo que conservaban energías y cuando por fin llegaron a la cima de la lejana elevación ambos jadeaban sólo muy superficialmente.

El panorama resultó decepcionante, sin embargo. Aunque el curioso brillo plateado del cielo les permitía un buen campo visual hasta una gran distancia en todas direcciones, no había nada que ver excepto el desierto e interminable páramo que se extendía, al parecer, hasta el infinito.

Fran maldijo en voz baja al extinguirse la esperanza que había alimentado.

—Tiene que haber *algo* —masculló—. No puede seguir así eternamente. *No puede.*

—No creo que lo haga.

Índigo entrecerró los ojos en un esfuerzo por escudriñar las partes más alejadas del terreno. Volvía a pensar en la teoría, olvidada a la luz de acontecimientos más urgentes, de que la fuerza de voluntad podría ser capaz de controlar el equilibrio entre ilusión y realidad en este mundo. ¿Podría ser posible que, bajo la máscara de este páramo interminable e inmutable, les aguardaran los auténticos contornos de la dimensión del demonio y todo lo que ésta contenía, si eran capaces de reunir la fuerza de voluntad suficiente para verla?

Suspiró y desechó la idea. Aunque esto fuera verdad, ni ella ni Fran sabían cómo abrir la puerta; y sin ese conocimiento la especulación resultaba inútil. Sólo una indicación, pensó. Sólo una señal. Sin duda, como había dicho Fran, debía de haber *algo.*

Desalentada tanto por su propio ensueño como por la aridez del paisaje, se inclinó para recoger la bolsa de Esti, lista para seguir adelante. Pero mientras se la colgaba al hombro, Fran le sujetó de repente el brazo, al tiempo que miraba a lo lejos.

—Algo se mueve. —Señaló con el dedo, y su voz se elevó_ excitada—. Allí, a lo lejos, ¡mira!

Índigo se volvió. En la distancia, claramente destacada contra el plomizo telón de fondo, vio una forma pálida y borrosa. La distancia le daba un aspecto parpadeante y fantasmal, pero no había la menor duda de que se movía, aunque despacio y de forma errática, en medio de la penumbra.

Índigo se escuchó contener la respiración con fuerza al tiempo que Fran volvía a hablar.

—¿Humana? —El joven la miraba con ojos enfebrecidos.

—Es imposible estar seguro desde aquí —le respondió, mordiéndose el labio—. Pero... eso creo.

—Y avanza en la misma dirección que nosotros. Es Esti... ¡tiene que serlo! —Le cogió la otra bolsa de la mano, y se la pasó sobre el hombro junto con la suya propia, y empezó a andar—. ¡Vamos!

Echaron a correr dando traspiés. El terreno era más accidentado en este lado de la elevación, lleno de declives y matas que fácilmente podían provocar una torcedura de tobillo; y las pesadas bolsas dificultaban su equilibrio y convertían en irregular su avance, Índigo temía que Esti pudiera verlos perseguirla; pocas posibilidades tendrían de alcanzarla, ya que no llevaba ninguna carga, si decidía eludirlos. Pero al parecer no había advertido su presencia, ya que siguió andando sin variar el ritmo.

Ganaron terreno con rapidez a su presa, y estaban ya a poca distancia de ella cuando ambos se dieron cuenta con gran contrariedad por su parte de que, aunque la figura que tenían delante era humana, y la de una mujer, desde luego no se trataba de Esti.

—¡Madre de Toda la Vida! —Fran se detuvo sin aliento y su voz se quebró desilusionada—. ¡Es uno de los caminantes dormidos!

La mujer llevaba puesto tan sólo un camisón de lana, y su larga cabellera, que por una

irónica coincidencia tenía casi el mismo color que la de Esti, le colgaba por la espalda en una soja trenza medio deshecha. Ahora que estaban más cerca, Índigo y Eran pudieron ver que la mujer no controlaba en absoluto su avance por el páramo; ciega a agujeros y protuberancias, andaba tambaleante siguiendo una inmutable línea recta como un animal indefenso inconsciente a todo lo que no fuera la llamada del instinto. Y con una sensación de horror que les surgió de la boca del estómago, observaron que sus brazos desnudos estaban tan delgados como si se les hubiera extraído la carne y la sangre, dejando sólo los huesos pelados bajo la demacrada capa de piel.

El sobresalto y la lástima se debatieron con la desilusión en la mente de Índigo; pero por debajo de estos sentimientos volvía a encenderse la animación.

—Eran, —Índigo contempló a la mujer, que siguió andando, sin darse cuenta de su presencia—. Ella es la primera de ellos que hemos visto. La primera de los caminantes de Bruhome. ¡Así pues, siguen vivos!

—Sí. —Los ojos de Eran estaban llenos de pesar—. ¿Pero de qué nos sirve eso ahora? ¿Nos conducirá a Esti?

—¡A lo mejor sí! ¿Recuerdas aquella terrible determinación que todos poseían cuando abandonaron la ciudad; como si tuvieran un objetivo que debían alcanzar a cualquier precio? La entidad que se ha llevado a Esti también podría estar atrayéndolos hacia ella... El objetivo de Esti y el de ellos podría ser el mismo.

—¡Claro! —Los ojos de Eran se abrieron desmesuradamente; luego su febril excitación se apagó de golpe—. Pero avanza despacio; demasiado despacio. Si la seguimos, sólo la Madre sabe qué será de Esti antes de que podamos alcanzarla. No pienso correr ese riesgo.

—No tenemos por qué hacerlo, —Índigo señaló en dirección a la mujer—. Mírala. Jamás varía de ruta, no importa qué obstáculos ponga el terreno en su camino. Apostaría a que ha estado andando en línea recta desde el mismísimo lugar por el que penetró en el bosque a través de los espinos.

—Por lo tanto, si seguimos la misma dirección... ¡sí! ¡Tiene que funcionar! —De repente, las diferencias entre ambos quedaron olvidadas por completo, y Fran tomó la mano de Índigo al tiempo que empezaba a andar—. ¡Deprisa! ¡Esti no puede estar tan lejos!

—Fran, espera, —Índigo dio un traspié—. Cuando lleguemos junto a esa mujer, hemos de detenernos. Sé que sigue en trance, pero existe una posibilidad de que podamos hacerla reaccionar. Y cualquier cosa que pueda decirnos podría resultar inestimable.

El joven dudó, pero acabó asintiendo:

—Muy bien, lo intentaremos. Pero no pienso perder demasiado tiempo.

Echaron a correr, hasta alcanzar a la sonámbula y se separaron para colocarse uno a cada lado de ella. Aún no habían podido ver el rostro de la mujer, ya que ésta no miraba ni a derecha ni a izquierda mientras andaba; pero al llegar a su altura y adelantarla ligeramente, Índigo contuvo una exclamación al ver por fin sus facciones con claridad.

Tenía todo el aspecto de un cadáver. Hacía mucho tiempo, al morir un viejo criado de Carn Caille, Índigo —que no tenía entonces más de ocho años— se había deslizado a escondidas en la antecámara donde estaba colocado el ataúd listo para la pira funeraria; corroída por la curiosidad de ver aquello que sus padres, conscientes de su tierna edad, le habían prohibido. Las alteraciones que la muerte había producido en el viejo criado, al que adoraba, la habían horrorizado; tema el aspecto de una figura de cera y pergamino, estaba arrugado y desconocido. La vida y el espíritu se habían ido, sin dejar tras ellos más que un cascarón vacío. La imagen, su primer encuentro con la mortalidad humana, había quedado grabada en Índigo para siempre; y ahora, al contemplar a la mujer de Bruhome, el antiguo recuerdo regresó con terrible contundencia. Cera y pergamino: la carne del rostro había desaparecido. Era una cáscara lívida y cadavérica: sólo sus ojos —claros *y* ligeramente protuberantes antes de que aquella siniestra obsesión interior los hubiera hundido en sus cuencas— conservaban algo de animación.

—Que la Diosa se apiade de nosotros... —musitó Fran, luego contuvo su repulsión e

Librodot

interceptó a la mujer, extendiendo las manos para sujetarla por los brazos y detenerla: los pasos de la mujer perdieron velocidad, vacilaron; luego, grotescamente, se detuvo donde estaba pero sus pies continuaron moviéndose, arriba y abajo, sin dejar de andar a pesar de que no podían avanzar.

—Es como tocar carroña —dijo Fran, y su voz era trémula—. Está fría, y su piel tiene un tacto... —Se estremeció y sus dedos se crisparon de forma inconsciente, en un deseo de apartarse de allí.

Índigo se colocó a su lado y la miró a los ojos. Esta le devolvió la mirada sin parpadear, sin ver nada.

—Señora. Señora, ¿podéis oírme? ¿Podéis comprender?

No obtuvo respuesta. No obstante los pies siguieron moviéndose infructuosamente.

—Señora, querernos ayudaros si podemos. Por favor... si comprendéis, intentad darnos alguna señal.

De repente, la mujer dejó de mover los pies. Por un instante que les pareció eterno permaneció totalmente inmóvil, luego sus ojos se iluminaron con comprensión, y sus labios se separaron para formar una dulce y embelesada sonrisa infantil que resultó espantosa en aquel rostro cadavérico. Fran dio un salto atrás y la soltó, y la mujer alzó un brazo delgado como un palillo, con el que indicó al otro lado del páramo.

—¡Mirad! —dijo con el mundano acento de Bruhome—. ¡Oh, mirad..., es tan hermoso!

Índigo y Fran se volvieron con rapidez, pero no había nada que ver excepto el desierto paisaje nocturno. Perplejos, se volvieron de nuevo hacia la mujer. Todavía mostraba la horrible sonrisa en los labios, pero la luz de sus ojos se había apagado y los había dejado sin expresión.

Entonces, ante sus horrorizadas miradas, su cuerpo se deshizo en pedazos, y los pedazos se convirtieron en polvo.

Librodot

CAPÍTULO 11

Fran se irguió y luego se limpió la boca con el dorso de la mano. Su rostro estaba blanco y su mirada extraviada mientras, con pasos vacilantes, regresaba a donde estaba Índigo un poco más allá.

—Lo siento.

Hablaba con voz ronca, avergonzado y enojado consigo mismo por el desliz, Índigo lo comprendía, aunque sabía que él no apreciaría el que se lo dijera: la muchacha había visto imágenes peores que la desintegración del cadáver de la mujer, pero para Fran el choque había sido superior a lo que podía soportar su estómago.

La joven contempló el lastimoso montoncito de polvo blancuzco que era todo lo que quedaba de la mujer de Bruhome. Se le había extraído el último destello de vida de la misma forma en que se había hecho con todo lo que contenía su cuerpo físico: la carne, la sangre, los nervios. Devorado; eliminado. La desagradable connotación con las cosechas que morían era una confirmación definitiva de la creencia de Índigo sobre la auténtica naturaleza del demonio. Se trataba de un vampiro. En el mundo real, estas leyendas abundaban; criaturas de la noche, que bebían sangre, que chupaban la vida a los demás para alimentar su propia existencia anormal. Pero este poder vampírico bebía mucho más que sangre; lo tomaba todo. Savia, carne, incluso la voluntad, hasta que ya no le quedaba nada de lo que alimentarse.

—¿Has oído lo que ha dicho? —preguntó Fran de pronto.

—¿Qué? —Envuelta en sus desagradables pensamientos, Índigo no había captado todas sus palabras.

Fran dejó caer los hombros y se obligó a mirar el montón de polvo.

—Justo antes de que se... —tragó saliva— antes de que sucediera, ella vio algo; una especie de visión. Y dijo: «Tan hermoso y tan triste. » —Miró a Índigo—. El día que Cari contrajo la enfermedad, Val me contó lo último que dijo antes de caer en el trance. Tú estabas allí: ¿te acuerdas?

Tan triste. El recuerdo regresó, e Índigo rememoró la sorpresa y la piedad en la voz de Can al pronunciar estas palabras. Y en el estanque, la dulce exclamación de Esti mientras contemplaba el reflejo del rostro del habitante del jardín. *Tan hermoso y tan triste.* Una pena desgarradora que provocaba la piedad de todo aquel que se encontraba con ella. ¿Era ésa la clave del dominio que el demonio ejercía sobre sus víctimas? ¿Era ésa la trampa que les atraía tan gustosamente al sacrificio?

Miró deprisa hacia el lugar señalado por la mujer. Fuera lo que fuese lo que la pobre criatura había visto, le había sido revelado sólo en el momento de la muerte, un levantamiento del velo y una promesa de un paraíso más allá. Por un decisivo instante ella había creído en aquel paraíso, y a causa de su creencia la visión había sido real, su voluntad había hecho que así fuera.

Su voluntad, Índigo levantó su mano izquierda y la estudió. No había rastro de ninguna marca allí donde el fuego la había quemado: ella la había hecho desaparecer con su voluntad, se había negado a creer en la quemadura, y —quizá porque el dolor le daba un incentivo extra— su creencia se había transformado en realidad.

—¿Índigo? —dijo Fran con voz algo quejumbrosa—. ¿En qué piensas? No me has contestado.

La muchacha indicó, como había hecho la mujer, a través del páramo.

—¿Qué ves, Fran?

—Exactamente lo que tú: oscuridad, y un terreno llano. —Su voz sonaba sorprendida y cansada.

—¿Y hasta dónde crees que se extiende este terreno?

—Sólo la Madre lo sabe. Por lo que yo sé, podría seguir así eternamente, Índigo, no podemos perder tiempo...

—Por favor, Fran —lo interrumpió al tiempo que se quitaba la bolsa y sacaba la funda de

Librodot

cuero en la que guardaba el arpa—. Quiero probar un experimento. Puede que no funcione, pero si funciona, podría conducirnos no sólo hasta Esti sino también hasta los otros. —Vio que tenía intención de discutir, y añadió con vehemencia—: *Por favor,* te lo ruego, ten un poco de paciencia, y ayúdame si puedes.

Mientras hablaba había sacado el arpa de su funda, y ahora se sentó sobre la hierba con las piernas cruzadas y el arpa apoyada sobre su regazo. No se atrevió a pulsar las cuerdas, aún no; sólo cuando su mente estuviese dispuesta tendría alguna posibilidad de éxito. Acomodó mejor el arpa, luego volvió a mirar a Fran.

—Fran, ¿crees en la música?

—¡Claro que sí! —La miró como si se hubiera vuelto loca—. ¿Qué pregunta es ésta? Índigo, no sé qué estás haciendo, pero...

—Saca tu caramillo. No intentes tocarlo, sólo prepáralo.

Fran lanzó una exasperada imprecación.

—¡No pienso hacerlo! ¡No a menos que me digas, en nombre de la Madre Tierra, qué estás naciendo!

—Muy bien; te lo diré.

Un temblor de excitación empezaba a recorrer a Índigo a medida que el despertar de una intuición le decía que aquel plan de apariencia insensata era correcto. Miró por encima del hombro los restos de la mujer.

—En mi país de origen, cuando alguien muere, un bardo debe entonar su elegía para que su alma llegue con mayor rapidez a la Madre Tierra. Es algo que está muy arraigado en las tradiciones de mi gente; no hacerlo sería impensable. Así pues, pienso tocar la elegía de esta mujer simplemente porque es algo que debe hacerse.

Fran entrecerró los ojos, y un primer destello de comprensión empezó a aparecer en ellos.

—El arpa debería fallar... —dijo dubitativo.

—Sí. Según las leyes aparentes de este mundo el arpa debería fallar, al igual que tu flauta y el farol no funcionaron, y de la misma forma en que el agua se niega a hervir.

—Pero si realmente *deseamos* que una cosa suceda...

Índigo le dedicó una débil sonrisa y le mostró la mano izquierda; una lenta sonrisa de respuesta empezó a formarse en el rostro de Fran.

—Esa es la clave —dijo Índigo—. *Tengo* que interpretar la elegía; es algo que está muy dentro de mí. ¡Y eso puede ser suficiente para vencer la ilusión de que nuestra música no puede existir!

Cuando él empezó a buscar en su bolsa, ella supo que había ganado. Fran podía albergar serias dudas, pero al menos estaba dispuesto a intentarlo. Sacó la flauta y le dio vueltas entre los dedos, indeciso.

—¿Qué quieres que toque? —Su sonrisa parecía ahora algo avergonzada.

—Por el momento, nada —le respondió Índigo—. Yo lo intentaré primero; interpretaré una de nuestras canciones tradicionales de réquiem. Observa mis dedos, y *desea* que surja el sonido.

Probablemente el arpa estaba muy desafinada, pero no intentó ajustaría, ya que sabía que resultaría un esfuerzo inútil y no oiría nada. Sólo cuando la embargara la atmósfera de la elegía, el arpa, silenciada por aquella dimensión anormal, podría hacer sonar su voz.

Índigo aspiró con fuerza, cerró los ojos, y empezó a tocar. Durante algunos instantes resultó una experiencia estrafalaria, ya que allí donde su subconsciente anticipaba el repentino fluir de la música, no se oía más que silencio a excepción del leve resbalar de sus dedos sobre las cuerdas. Luchó con fiereza contra aquella discordante confusión, obligándose a olvidar el silencio físico y a concentrarse en la música que sonaba en su mente. Era una melodía muy antigua, conocida como *El Adiós de Cregan;* no tenía letra, ya que una elegía de las Islas Meridionales debe interpretarse sólo con música no con palabras. Mucho, mucho tiempo atrás, Cushmagar, el gran bardo de Carn Caille, le había enseñado a interpretar la pieza, y a través de su inspiración la muchacha había aprendido a percibir su profunda significación; la

Librodot

pena arraigada en su interior, la pérdida, el anhelo por aquello que había sido, pero que ahora ya no existía y jamás regresaría. Su mente se inundó de imágenes; un sol rojo como la sangre flotando sobre el hielo invernal; una gaviota enorme, su contorno dibujado en plata, planeando en solitario esplendor sobre una llanura desierta; el mar que batía y batía contra los bastiones de enormes e impasibles acantilados, convirtiendo inexorable todo su poderío en guijarros y por fin en arena. Sus dedos se movieron sobre las cuerdas de forma inconsciente, su cuerpo se balanceó al ritmo de la música que sonaba en su cabeza. Y en su mente empezó a formarse un rostro, un rostro viejo y arrugado, los ojos afectados de cataratas, de color gris plateado y en blanco, la boca se abría en una dulce sonrisa al tiempo que su viejo amigo y mentor Cushmagar, muerto ya hacía mucho tiempo, asentía con la cabeza para dar su aprobación a su alumna favorita.

«¡Ah, mi pequeña intérprete de canciones! La Madre te ha obsequiado con Su don. » Aquella voz que tan bien recordaba, potente a pesar de los años y de su precaria salud, resonó espectral en la mente de Índigo. *«Si no fueras de sangre real y destinada a mayores cosas, qué gran bardo podrías haber sido. Toca para mí, mi ave canora, mi princesa. Toca para Cushmagar, para que pueda volver a ver la belleza y el dolor de nuestras queridas islas, a través de tus manos. »*

Las lágrimas se deslizaron por entre los cerrados párpados de Índigo y empezaron a resbalar por sus mejillas. Su corazón pareció henchirse, como si estuviera a punto de estallar; sintió un nudo en la garganta, notó cómo sus labios formaban el nombre del anciano...

La ahogada exclamación de Fran y el sonido surgieron a la vez, cuando una cascada de música se desgranó del arpa y resonó por el desolado páramo, Índigo hundió los dientes con fuerza en el labio inferior, y algo parecido a un sollozo se escapó de ella mientras la melodía de su mente se engranaba y mezclaba con la música del arpa. La imagen de Cushmagar sonrió y asintió otra vez, y una mano vieja y nudosa se alzó en un gesto de ánimo.

«El arpa y la flauta, mi pequeña intérprete. Ahora el arpa y la flauta juntas. » Le susurró la voz por los corredores de su mente, y a la vez que el espíritu de Cushmagar dejaba de hablar, el fino y fantasmal trino de un caramillo se mezcló con la melodía del arpa, Índigo abrió los ojos, sobresaltada, y vio a Fran con la flauta en los labios, los ojos cerrados con fuerza, sin prestar atención a nada que no fuera la música.

«¡Cushmagar!» Sus pensamientos se alborotaron. *«Tú... »*

«Estoy aquí, mi princesa. Mientras me recuerdes, siempre estaré contigo. Sigue tocando, querida. Sigue tocando. »

Perpleja, incapaz de comprender, Índigo se aferró con desesperación a la servidumbre de la música. Habían franqueado la barrera; habían roto el hechizo del mundo diabólico e impuesto su propia realidad. ¡Ahora no debían dejar que se les escapara!

Entonces, a través de unos ojos nublados por las lágrimas que no podía controlar, vio que el paisaje nocturno empezaba a transformarse a su alrededor.

Allí donde no había habido más que un páramo negro y estéril, empezaba a tomar forma un nuevo paisaje. Vislumbró árboles, sus hojas agitadas como por una brisa caprichosa, fantasmales aún pero volviéndose cada vez más nítidos y tangibles. Vio el destello de una corriente de agua, y más allá una perspectiva de lejanos y elevados riscos, que se recortaban negros sobre la bóveda color hojalata del cielo y estaban cubiertos de matorrales y protuberancias rocosas. Divisó un sendero, que serpenteaba por entre los riscos, emitiendo un leve resplandor como si su fosforescencia fuera una guía para el viajero...

Muy despacio, sin dejar de tocar el arpa acomodada en el pliegue del brazo, Índigo se puso en pie. Al hacerlo, un soplo de aire fresco le azotó el rostro, y su nariz aspiró con fuerza al percibir un olor agridulce como de flores marchitas. Fran, alertado por su movimiento, abrió los ojos; la brusca rigidez de sus hombros confirmó que también él se había dado cuenta de la transformación operada, pero tuvo la presencia de ánimo de seguir tocando la flauta.

Flores marchitas... el olor asaltó a Índigo otra vez; pensó en exuberantes jardines abandonados, en viejas verjas oxidadas y olvidadas, e inmediatamente después de esa imagen

le llegó el recuerdo del rostro reflejado en el estanque refulgente. El jardín en que había aparecido aquel rostro era una cosa hermosa; pero el instinto le dijo a Índigo que la belleza había sido sólo una máscara, y que debajo de ella no había más que corrupción.

Flores muertas, y el mar azotando, erosionando la roca, imponiendo su voluntad... se abriría paso. *Lo haría.*

—¡Ahhh!

Triunfo y reivindicación formaron su exclamación, al ver Índigo por fin qué había al final del sendero que conducía a los riscos. Una verja de hierro ornamentada con volutas, alta y estrecha, colocada entre dos paredes de roca; más allá de la verja se divisaba el borroso movimiento de hojas bajo la luz crepuscular. Y el páramo se desvanecía, la nueva panorámica adquiría más solidez y realidad con cada momento que pasaba.

—Madre de la Luz... —susurró Fran.

—No te detengas —advirtió Índigo—. Debemos seguir.

Empezó a avanzar. El arpa dificultaba sus movimientos, pero no se atrevía a confiar en esta nueva realidad, aún no; si perdían el dominio impuesto por su música, podría desaparecer. Por todas partes a su alrededor los cambios se intensificaban; ahora podía escuchar la brisa nocturna soplando por entre los árboles, ver sus oscuros troncos tomando forma en una elegante avenida a cada lado de ellos. Estaban sobre un mullido césped, que ya no era negro por completo sino que aquí y allí aparecía teñido de verde, y que descendía hasta el agua que la muchacha había vislumbrado, que ahora se había convertido en un brillante río de aguas rápidas.

—Hay un puente. —Señaló con la cabeza, ya que no podía hacerlo con los dedos, el lugar donde un arco estrecho y rústico cruzaba el agua para ir al encuentro del sendero en el otro lado.

—Nuestras cosas... —Fran se sacó la pipa de los labios por un instante.

—Recoge lo que puedas; pero no dejes de tocar más tiempo de lo estrictamente necesario. Y trae mi ballesta; puede que la necesitemos.

Observó al joven mientras éste se colgaba una de las tres bolsas a la espalda junto con dos odres de agua extras y la ballesta y las saetas. La duda de los ojos de Fran estaba siendo reemplazada rápidamente por una excitación que era casi igual a la suya, y, siguiendo una intuición, empezó a cambiar las melancólicas notas de *El Adiós de Cregan* por los compases más rápidos y enérgicos de *Annemora,* una canción de marcha de las colinas del noroeste de su país. Fran escuchó con atención por un momento para luego seguir su ejemplo, tocando con renovada seguridad al reconocer la melodía, que se había convertido en una de las favoritas de la Compañía Cómica Brabazon. Sin darse cuenta sus pasos se adaptaron al ritmo de la canción, y empezaron a avanzar con más rapidez sobre el césped e —Índigo pensó más tarde que si se hubiera detenido a meditarlo la sangre se le habría helado en las venas de sólo pensar en tal imprudencia— penetraron los dos en el puente a la vez.

La estructura no era ninguna alucinación. Muy al contrario, sintieron la sólida seguridad de la madera bajo sus pies, y escucharon el sonido de sus pasos compitiendo con el fragor del río mientras cruzaban el torrente y, mareados por su triunfo, abandonaban el puente para seguir el sendero que discurría al otro lado.

La barrera estaba rota. Al cruzar el puente habían agrietado la cáscara exterior de la ilusión y habían penetrado a un nivel más profundo del mundo del demonio. Podría ser que tuvieran que franquear otras muchas barreras parecidas, que resquebrajar más cáscaras; pero sucediera lo que sucediese ahora, Índigo estaba segura de que este nuevo paisaje no se desvanecería con un parpadeo. El páramo y su desolación habían desaparecido para siempre.

Poco a poco, empezó a amortiguar el sonido del arpa, moviendo los dedos más despacio, apagando las notas con la palma de las manos. Mientras la música se desvanecía observó con atención su entorno, conteniendo con fuerza la respiración por si su intuición estaba equivocada; pero el río y los riscos y el sendero siguieron allí, e Índigo permitió por fin al arpa que enmudeciera. Durante algunos momentos las notas procedentes de la flauta de Fran

Librodot

se elevaron agudas y fantasmales por encima del ruido del río; luego, también él dejó de tocar, y, en el comparativo silencio, se miraron el uno al otro.

Fran lanzó un bufido de risa y el sonido los liberó a ambos bruscamente del trance.

—¡Qué la diosa nos proteja, lo hemos conseguido! ¡Índigo, lo hemos conseguido!

Sin preocuparle que el arpa que sujetaba la muchacha sufriera algún daño, el joven recorrió la distancia que los separaba de una zancada y la rodeó con sus brazos, aplastándola con un fuerte abrazo, Índigo se echó a reír también, y le devolvió el abrazo lo mejor que pudo; el muchacho la besó en la mejilla, luego llevado por la emoción intentó encontrar su boca con los labios. Ella volvió la cabeza con rapidez, y se separaron en una confusión de exclamaciones y más risas. No obstante, aunque el abrazo había sido inocente, y ella había podido retirarse sin causar ofensa ni daño, Índigo sabía que sólo se hubiera necesitado el más mínimo estímulo para romper el equilibrio en la mente de Fran, entre la camaradería y algo mucho más complejo.

Lo sabes, ¿verdad?, que Fran está enamorado de ti. Las maliciosas palabras de Esti junto al estanque regresaron a su mente. Lo sabía: lo sabía desde hacía mucho tiempo, desde mucho antes de que la sombra de Bruhome cayera sobre su feliz tregua. En medio del alegre caos de la vida comunitaria de los Brabazon había resultado fácil evadir la cuestión y cualquier tensión que de otra forma pudiera haber creado; pero aquí la situación era diferente por completo. De momento no se había visto obligada a mantener a Fran a distancia; sólo había esperado que sin la presencia de Esti para interponerse entre los dos, la actitud de Fran no empezara a cambiar.

Apartó rápidamente la idea de su cabeza: por el momento ambos tenían otras cosas más urgentes de qué preocuparse. Estaban al pie del sinuoso sendero que zigzagueaba por los escarpados riscos, a través de los bosquecillos de matorrales achaparrados y árboles enanos que crecían en las rocosas laderas, ascendiendo hasta llegar a la lejana verja, que desde donde ellos estaban resultaba invisible en medio de la maraña de ramas y hojas que sobresalía de entre las rocas.

—Parece una ascensión bastante fácil —dijo Fran examinando el sendero—. Parece más bien una caminata, en realidad. —Su mirada vagó por las paredes de roca situadas a cada lado del camino—. Es curioso: me recuerda algo, aunque no puedo situarlo... ¡Oh, pero sí que puedo! —Chasqueó los dedos al recordar—. ¿Recuerdas la cantera abandonada en el límite del páramo, que encontramos antes de llegar a Bruhome? ¿Donde habían cortado la piedra formando peldaños, y los matorrales habían vuelto a crecer y reverdecido los peñascos? Sí.

También Índigo vio ahora aquel peculiar parecido. Las rocas de la cantera habían sido blancuzcas mientras que éstas eran negras, y los árboles una espectacular mezcla de verde y oro otoñal en lugar del severo negro y gris del follaje que cubría estos peñascos. Pero aparte de ello, podrían estar mirando al mismo paisaje.

Excepto, se recordó Índigo, por el sendero, y la verja de hierro forjado que aguardaba misteriosa al final del sendero.

Devolvió el arpa a su funda y tomó la ballesta y los dos odres de agua de repuesto que llevaba Fran, colocándoselo todo a la espalda. Fran había vuelto a clavar la mirada en el sendero, y mientras se preparaban para iniciar la ascensión, dijo:

—¿Qué crees que encontraremos allá arriba? —No quiero sacar conclusiones apresuradas. —Le sonrió, algo sombría—. Después de todo, los dos conocemos el poder de la ilusión. Debo pensar sólo en encontrar a Esti... y espero que también a los otros.

Fran no hizo ningún comentario. Ambos estaban obsesionados por el grotesco final de la mujer que habían encontrado, y temían que Can, indefensa y poseída por aquel trance, pudiera sufrir el mismo destino, sin que Constan ni *Grimya* —si es que los tres seguían juntos— pudieran hacer nada por evitarlo. Pero, quizá por superstición, ninguno de los dos quiso expresar en palabras el temor que compartían, y el tema fue cuidadosamente evitado mientras, más calmados ahora tras el primer arrebato de alegría ante su éxito, empezaron a seguir el sinuoso y accidentado camino.

Librodot

Tal y como Fran había predicho, la ascensión no resultaba difícil. En realidad el sinuoso avance del sendero provocaba que la pendiente fuera bastante suave, y mientras subían Índigo se sorprendió del minucioso detalle que parecía existir aquí, en fuerte contraste con la anormal desolación del páramo. El sendero estaba lleno de piedrecillas y ramitas y polvo; matas desperdigadas de maleza e incluso alguna que otra flor silvestre crecían allí donde una abertura entre los matorrales les ofrecía espacio. Y, por primera vez desde que abandonaran el mundo real, el aire nocturno se veía agitado por brisas naturales que helaban la piel. Este nivel de la diabólica dimensión podía ser tan ilusorio como el anterior, pero aquí al menos parecía que la ilusión era mucho más parecida a la realidad. Sólo una incongruencia ponía una nota discordante en todo aquello: no se veía ninguna criatura, no se escuchaban apagados y excitados crujidos entre la maleza; nada que sugiriese la presencia de otra vida consciente fuera de la de ellos dos.

Continuaron subiendo sin hablar, limitándose a mirar a su alrededor con una mezcla de fascinación *y* cautela. Al volver la mirada por un instante, Índigo se sorprendió al comprobar que habían subido un trecho considerable; el río era una cinta pálida y fosforescente allá abajo, inaudible ahora, y los árboles y la maleza se habían convertido en una mancha oscura. El efecto era espectral y curiosamente cautivador, y se quedó mirando hacia abajo, hasta que Fran, que había seguido andando y desaparecido tras una pronunciada curva del sendero, lanzó un repentino grito que la sobresaltó.

—¡Índigo! ¡Aquí arriba!

Parecía excitado, e Índigo echó a correr para alcanzarlo. Dobló el recodo a gran velocidad, perdiendo casi el equilibrio en su precipitación, y se detuvo en seco al ver lo que les aguardaba a una distancia de menos de veinte metros.

Encajada en una pared de piedra que armonizaba casi a la perfección con la roca natural que la rodeaba, estaba la verja de hierro. Y más allá de la verja, como un extraño oasis en un desierto, estaba el jardín, con sus elegantes árboles que rozaban el suelo con sus ramas *y* el perfectamente cuidado césped, que había visto reflejado en el estanque del páramo.

Fran masculló algo en voz baja; podría haber sido una oración o una imprecación.

—Míralo —dijo anonadado el muchacho—. Parece increíble.

Empezó a recorrer los metros que faltaban hasta la verja, e Índigo lo siguió. Más cerca de ella, los matorrales desaparecían para mostrar que el sendero no moría en la pared, sino que se dividía, bifurcándose a derecha e izquierda por una ancha repisa, para desaparecer finalmente tras el recodo del risco. La verja estaba justo en la bifurcación, y Fran, acercándose, extendió una mano con cautela para tocarla. Como nada extraño sucedió —la verja no desapareció, ni tampoco lo quemó— la sujetó con más fuerza y sacudió la estructura de hierro con suavidad.

—No se abre. —Se inclinó para examinarla más de cerca—. Debe de haber alguna clase de cerrojo, pero no lo veo. Sólo veo un pestillo, pero no se mueve.

Índigo se acercó también para estudiar la verja. Brillaba con la débil pátina del metal recién forjado, como si la hubieran hecho y colocado aquel mismo día. ¿Otra faceta de la ilusión? Recordó el olorcillo a flores marchitas que le había traído la brisa mientras el páramo se desvanecía para revelar este nuevo panorama, y miró con más atención el jardín por entre los barrotes de la verja. Flores diminutas relucían sobre el césped, las hojas de los árboles se estremecían y reflejaban ondulantes dibujos luminosos al ser agitadas por la brisa; parecía un lugar encantador y tranquilo. Pero volvió a recordarse que quizás esta belleza de la superficie no era más que un apósito que ocultaba una herida supurante; una capa de pureza colocada sobre algo totalmente corrompido.

—Creo que podría escalarla.

La voz de Fran irrumpió en sus pensamientos, y vio que había retrocedido un paso para estudiar con atención la parte superior de la verja.

—No hay muchos puntos de apoyo, pero si me ayudas creo que podría hacerlo. Luego puedo tirar de ti hasta arriba.

—No me gusta la idea, Fran —repuso Índigo, meneando la cabeza—. No sabemos qué hay

Librodot

ahí dentro; ni si hemos de volver a saltar para salir corriendo...

—Sí, sí; comprendo lo que quieres decir. ¿Pero tienes alguna sugerencia mejor?

La muchacha se inclinó para observar el pestillo con atención.

—¿Has traído el farol?

—Sí. Está sujeto a mi bolsa.

—Intentemos encenderlo. Si tenemos algo de luz podremos ver si existe alguna forma de abrir la verja.

Fran iba a decir: «Pero la linterna no se... », pero se interrumpió y dijo:

—Ah, claro. Esta vez, puede que sí.

—Exactamente.

Índigo sacó el yesquero de la bolsa que colgaba de su cinturón, y se agacharon sobre el farol. *«Concéntrate»,* pensó la muchacha, y vio la misma feroz determinación en los ojos de Fran. *«Podemos hacerlo. Hemos creado música: podemos crear luz. »*

Fran lanzó un gritito de alegría cuando la mecha prendió y se encendió. Cerró el farol apresuradamente, y observaron en tenso pero ansioso silencio cómo la diminuta llama crecía, despacio y de mala gana, hasta ganar brillantez, y la luz empezaba a derramarse a través del cristal.

—La llama sigue siendo azul, no obstante —dijo Índigo.

—No, no lo es. —Fran sacudió la cabeza en enérgica negativa; la luz de la lámpara hacía brillar sus ojos—. Es lo que queramos que sea. Y digo que quiero que sea tan amarilla como la de cualquier vela.

Mientras hablaba, la llama parpadeó. Ante la sorpresa y alegría de Índigo el frío resplandor acerado se transformó en un tono dorado más acogedor.

—¿Lo ves? —Fran le sonrió por encima del farol—. Aprendemos deprisa. Y empiezo a preguntarme qué otras cosas podemos conseguir si nos concentramos. —Se enderezó y se volvió hacia la verja—. Como esto, por ejemplo. Creo que los dos *esperamos* encontrarla cerrada; es lo que cualquiera pensaría. Pero los goznes no están oxidados. Otros han pasado antes que nosotros, o eso es lo que creemos. De modo que si se abrió para ellos... —Extendió una mano, pero antes de que pudiera tocar la verja, Índigo lanzó un agudo siseo.

—¡Espera, Fran! *¡Escucha!* ¡Silencio! *¡Chisst!*

Alzó una mano con rapidez, y se aproximó a él. Su voz se convirtió en un susurro apenas audible mientras añadía:

—Algo se mueve por el sendero.

Fran se quedó rígido y sus ojos escudriñaron la oscuridad. Escuchó con atención; durante algunos instantes no oyó nada, y estaba a punto de decirlo cuando de repente les llegó el inconfundible susurro de las hojas al ser apartadas por algo. Su mano se dirigió al instante hacia su cuchillo; y mientras su mano se cerraba alrededor de la empuñadura escuchó el sonido del metal al deslizarse sobre el metal que indicaba que Índigo había colocado una saeta en la ballesta.

Silencio. Sus miradas se encontraron por un momento, tensas, temerosas, Índigo maldijo mentalmente el farol, que de pronto se había convertido en un enemigo en lugar de un amigo; su luz intensificaba la oscuridad exterior, y entorpecía su visión de forma que les era imposible ver lo que de otra forma hubiera resultado bien visible. __

Los matorrales crujieron otra vez, más cerca ahora, e Índigo comprendió con un desagradable sobresalto que era más de una criatura lo que se acercaba, y desde direcciones diferentes.

Y unos ojos brillaron en la oscuridad.

Fran masculló una maldición, y la sujetó del brazo, tirando de ella hacia la verja, Índigo paseó la mirada frenéticamente de derecha a izquierda y vio lo que él ya había visto: estaban casi rodeados. Brillaban ojos en la bifurcación, en el sendero por el que habían subido, por entre los matorrales: debía de haber por lo menos veinte o más de estas criaturas desconocidas que los miraban, feroces y sin parpadear.

Librodot

—¡La verja!

Sintió el cálido aliento de Fran en su oído.

—Es nuestra única escapatoria. ¡Hemos de desear que se abra!

—No. —Una voz gutural surgió de la penumbra—. La verja no... no se abrirá. No podéis entrar... en el jardín.

La sorpresa hizo que toda Índigo se quedara, de momento, como paralizada, y su mente pareció moverse a cámara lenta.

—N... —dijo, y luchó consigo misma, obligando a las palabras a salir—. No...

Unas sombras surgieron de entre los matorrales, de detrás de las rocas, y vio las delgadas y ágiles figuras de los lobos que avanzaban, muy despacio, hacia ella. Eran más negros que la noche, sus pelajes despedían un fantasmagórico fulgor nacarado; sus ojos y sus bocas abiertas eran de color rojo, como ascuas amenazadoras. Sabía que se trataba de fantasmas, hambrientos pero sin inteligencia... pero entre ellos había un par de ojos que no despedían un brillo rojo sino ámbar, y en aquellos ojos se percibía una terrible y retorcida inteligencia.

La criatura se movió, Índigo percibió un olor a almizcle; vio agitarse el moteado pelaje. Y entonces, con los blancos colmillos al descubierto y gruñendo sordamente, la criatura se hizo plenamente visible en el sendero ante ella, y de los labios de Índigo escapó un terrible gemido de horror y desesperación.

—*¡Grimya!*

Librodot

Librodot

CAPÍTULO 12

Se miraron el uno al otro, el ser humano *y* el lobo, e Índigo sintió como un vacío en el estómago al comprender que *Grimya* no la reconocía.

—*Grimya...* —Su voz era débil y trémula mientras intentaba formular la súplica y la inútil pregunta—. *Grimya,* soy yo. Soy Índigo, *¡Índigo!*

Oyó la respiración de la loba: un sonido regular y decidido. Luego *Grimya* dijo:

—No conozco a ninguna *Grimya.* No conozco a ninguna Índigo. Somos *lobos.*

La última palabra fue un salvaje gruñido, y un coro de jadeos se elevó en el aire brevemente para luego desvanecerse, como si los diabólicos compañeros de *Grimya* hubieran manifestado su aprobación.

—*Grimya...*

Fran, mudo por la sorpresa, intentaba refrenarla, pero Índigo se desasió de él y dio un paso al frente con cuidado para luego agacharse.

—*Grimya,* tú me conoces. Soy tu vieja amiga, Índigo, *Grimya. Índigo.* Oh, cariño... ¡algo horrible te ha sucedido! Intenta recordarme. Inténtalo, *por favor.* —Le tendió una mano; luego se echó hacia atrás rápidamente con un grito de sorpresa cuando *Grimya,* con la boca abierta, se lanzó contra ella, y sus dientes se cerraron a pocos centímetros de sus dedos.

La loba dio otro paso hacia adelante. Su cuerpo se estremecía ansioso ahora; la cola se agitó nerviosa, y sus ojos brillaron enloquecidos.

—Somos *lobos* —repitió, y Fran jamás había oído tal tono de amenaza en una voz—. Y estamos *hambrientos.* Y vamos a *comer.*

—No... —El rostro de Índigo estaba bañado en lágrimas, el dolor se mezclaba con el terror—. No, *Grimya, escúchame.* Debes...

Grimya levantó el hocico hacia el cielo y aulló, ahogando la súplica de Índigo. Siguiendo su ejemplo, toda la fantasmal manada levantó la cabeza en un coro demencial, para lanzar a la noche su sangriento desafío; y luego, mientras el terrible sonido se desvanecía, empezaron a acercarse.

Por un horrible instante Fran se quedó como hipnotizado; luego recuperó la cordura y giró en redondo, arrojándose contra la verja, antes de quedarse inmóvil de nuevo al percatarse de que Índigo no se movía. __ —¡Índigo! —El pánico dio a su voz un tono agudo—, ¡Índigo, levántate!

—No me conoce...

Índigo continuó con la mirada clavada en los salvajes ojos de *Grimya.* Los fantasmales lobos dieron otro paso hacia adelante, cerrando el cerco. Fran les oyó jadear, babear.

—*¡Índigo!*

Miró a su alrededor desesperado en busca de alguna arma. El cuchillo era poco menos que inútil; no tenía la menor esperanza de sobrevivir más que unos instantes si la manada atacaba. Pero no había otra cosa.

—¡Índigo!

Volvió a gritar su nombre, en un frenético intento de romper el hechizo, y lleno de desesperación tomó el farol y lo agitó delante de aquellas figuras de pesadilla.

La luz centelleó sobre unos hocicos negros como la pez y unos ojos rabiosos, y un grupo de lobos retrocedió, entre gruñidos. También Índigo se encogió bajo la luz, y con su mano libre Fran la sujetó por el brazo y tiró de ella hacia atrás, de modo que fue a chocar contra la verja cayendo al suelo. El muchacho no se detuvo a ayudarla mientras ella, aturdida y sacudiendo la cabeza confundida, intentaba incorporarse, sino que empezó a agitar los brazos, moviendo el farol mientras se quitaba la chaqueta. *Fuego* —podían ser fantasmas, pero estos horrores temían al fuego como cualquier animal real. *Fuego*— consiguió por fin sacarse la chaqueta y tras conseguir abrir el farol introdujo una de las mangas de la prenda en su interior y sobre la vela. *Fuego...*

—¡Cogedlo, hijos de perra! *¡Cogedlo!*

Librodot

No debiera haber sido posible; la llama de la vela era demasiado pequeña, el tejido de la chaqueta demasiado grueso; pero de pronto una lengua de fuego de brillante color naranja lamió la manga, y al tiempo que Fran la apartaba del farol, la prenda empezó a arder.

Fran lanzó un grito de júbilo, e hizo girar la chaqueta en llamas por encima de su cabeza como si se tratara de unas boleadoras. Una espectacular rueda de chispas se desprendió de ella, chamuscándole el brazo y el cabello, y las llamas arreciaron mientras, entre gañidos, los lobos retrocedían bajo la embestida de luz y calor.

—*¡Fran!*

Era la voz de Índigo; Fran desvió la atención por un instante para mirar por encima del hombro y la vio señalar frenética mientras preparaba la ballesta.

—¡A tu derecha! —gritó la muchacha.

No había tiempo de dar gracias por su regreso a la razón; se volvió y vio a cuatro de los lobos, con los estómagos pegados al suelo y a punto de saltar. Lanzó un aullido y bajó la ardiente chaqueta hacia el suelo describiendo un ocho que hizo que se retiraran en desorden entre gruñidos; entonces Índigo volvió a gritar. Otros dos, a su izquierda. La ballesta silbó con fuerza; Fran vio cómo la saeta centelleaba a la luz de las llamas, la vio dar en el blanco...

... Y atravesar por completo la negra figura del lobo, para estrellarse inofensiva entre los matorrales.

—¡Índigo, la verja! —Se arriesgó a dar otra rápida mirada a su espalda, y vio su rostro atenazado por la sorpresa—. ¡Has de abrir la verja como sea: es nuestra única esperanza!

Empezaban a desprenderse llameantes fragmentos de ropa de su chaqueta que amenazaba con desintegrarse; no podría sostenerla por mucho más tiempo, y no había tiempo de sacarse la camisa y encenderla también. Tenían una sola posibilidad, se dijo Fran sombrío; sólo una... y no podían dejarla pasar.

Se agachó y balanceó la llameante chaqueta describiendo un arco sobre los matorrales, al tiempo que deseaba con todas sus fuerzas que se encendieran. Las chispas danzaron enloquecidas; una hoja desprendió humo, una lengua de fuego se elevó y se encendieron tres desiguales focos de fuego.

La confusión se adueñó de la manada de lobos, al cundir el pánico entre sus filas. Se abalanzaron los unos contra los otros, aullando y gateando, mientras Fran hacía girar por *última, vez los* restos *de la. chaqueta,* antes *de arrojarlos* sobre ellos. Describieron un elevado arco en una brillante bola de fuego, iluminando rostros salvajes y mandíbulas crispadas, y Fran añadió su propia voz al clamor de los lobos, maldiciéndolos; les gritaba burlándose de su miedo hasta que el demencial hechizo triunfal se vio roto por unas manos que tiraban de él hacia atrás y lo hacían girar para arrancarlo, confundido, de su victoria. Corrió sin saber lo que hacía, zigzagueando como un borracho: unas sombrías paredes se alzaron ante él, sintió cómo el duro hierro se clavaba en su hombro al tropezar y estar a punto de perder el equilibrio; y lo siguiente que supo fue que caía, impulsado aún por su propio ímpetu, y se encontró tumbado cuan largo era sobre un terreno blando, Índigo, que se había escapado por los pelos de caer con él, se volvió y regresó corriendo a la verja. No sabía cómo lo había conseguido; el terror y un ciego instinto se habían combinado para formar una variación de la momentánea locura de Fran, y había golpeado la verja con furia, viendo de repente cómo sus bisagras parecían a punto de saltar al abrirse la puerta de golpe. La bolsa, el arpa, el farol, todo fue a parar al otro lado, arrojado por la muchacha, y por último arrastró con ella a Fran a la seguridad del interior. La verja volvía a estar cerrada ahora —lo sabía, ella lo había *deseado*— y no se volvería a abrir, porque también lo había deseado así.

—Pero *Grimya...*

Sus manos se cerraron alrededor de los barrotes de hierro, y clavó la mirada en el silencio y la total oscuridad del otro lado.

No había lobos. No brillaban ojos malignos en la oscuridad, ni tampoco ardía ningún arbusto. La manada se había desvanecido como el humo llevado por el viento, y todo aquel demencial encuentro podría haber sido tan sólo otra ilusión.

Pero de alguna forma, Índigo sabía que no era así. Y mientras se alejaba, tiritando por el efecto retardado de la conmoción sufrida, escuchó una voz que parecía hablarle en su mente. Era una voz dolorosa y tristemente familiar, aunque añora se *dirigiera* a *ella, con ciega.* avidez en lugar de con amor. Era la voz de *Grimya* que decía:

«Os seguiremos. Os volveremos a encontrar. »

Fran estaba sentado en el suelo cuando regresó junto a él. Sus ojos estaban aturdidos, y la reacción había arrancado toda expresión a su rostro; aunque contemplaba lo que lo rodeaba, no parecía verlo realmente. Pero al acercarse Índigo levantó la vista, y al ver la expresión de la muchacha la vida empezó a regresar a sus ojos y extendió un brazo como para tomarle la mano.

Ella se desvió a un lado, esquivándolo, y se dirigió al lugar donde yacían sus cosas en amontonado desorden sobre la hierba. No habló, pero dejó caer la ballesta junto a la bolsa —el ruido sonó como una nota discordante en medio del silencio— y luego empezó a clasificar de forma sistemática todo aquello. Colocó el arpa vertical con mucho cuidado; los odres de agua junto a ella, luego el farol, la ballesta, las saetas que le quedaban; todo colocado en una perfecta hilera, una cosa junto a la otra. Fran la observó durante un rato; luego, decidido a no dejarse intimidar aunque era consciente de que podría empeorar las cosas en lugar de mejorarlas, dijo con calma:

—Tendrás que hablar de ello alguna vez. No puedes ni debes guardártelo para ti, porque se te infectará como una herida.

Las manos de Índigo se detuvieron en el aire. Durante unos momentos permaneció inmóvil, luego levantó la cabeza y lo miró.

No lloraba, como él había medio esperado que haría. En lugar de ello, parecía calmada, y llena de sensatez... y vieja.

—Sí —repuso sin emoción—. Me doy cuenta de ello. Pero en este momento me preocupan más los hechos que las palabras.

Fran se sintió mortificado por su reacción; y, aunque de forma irracional, desilusionado. Había esperado que lo necesitase, que necesitase su fuerza como hubiera sucedido con cualquiera de sus hermanas, y habría estado totalmente dispuesto a ofrecerla. La adrenalina producida por *el encuentro con los lobos fantasmales seguía corriendo* por sus venas, y deseaba incluir a Índigo en su triunfo y prestarle consuelo y segundad. Pero ella no los quería. No precisaba ni esperaba nada de él, y bajo la firme mirada de la muchacha se sintió reducido de héroe a criatura superflua.

Sintió una oleada de furia; pero la reprimió al volver a mirar el rostro de Índigo y darse cuenta de que su rabia era como una débil vela comparada con el llameante horno que ardía en el interior de la joven. Se sintió avergonzado, y se puso en pie, atravesando la suave capa de hierba corta hasta donde la muchacha permanecía agachada sobre su cuidadoso inventario. Ella no volvió a mirarlo, y se limitó a decir: —Todo está aquí. —Índigo, *¿qué* piensas hacer? Ahora sí que ella volvió a levantar la vista. —*¿Qué* crees? —Su voz era cortante, y se volvió para mirar el oscuro jardín—. Voy a buscar esa cosa, y la voy a *destruir.*

—¿Al demonio? —¿Qué otra cosa?

Se puso en pie; luego la rígida cólera que le había dominado, cristalizó bruscamente y se llevó ambas manos al rostro, echándose hacia atrás los enmarañados cabellos con un violento gesto.

—Fran, ¡tú la *has visto!* Ya no era *Grimya.* ¡Estaba poseída! Ni siquiera me reconoció. Y esos monstruos que la acompañaban...

—Eran fantasmas —repuso Fran—. Vi lo que sucedió cuando intentaste dispararle a uno. Índigo, no podría ser que *Grimya* sea...

No lo dejó terminar, ya que sabía lo que iba a decir; también ella se había hecho la misma pregunta, pero de forma fugaz ya que sabía la verdad.

—No. *Grimya* no es uno de ellos, no de esa forma. Está viva, es real. Pero le han hecho

Librodot

algo, han alterado su mente. —Aspiró con fuerza—. Hablamos de ello, ¿recuerdas?, sobre imágenes que te arrebatan de la mente y utilizan contra ti. Eso es lo que esa cosa ha hecho. Sabe lo que *Grimya* significa para mí, y la ha capturado y la ha pervertido, y ahora es un arma en sus manos. —Aspiró de nuevo, y echó la cabeza atrás con violencia, sus cabellos se agitaron y estuvieron a punto de golpear a Fran en los ojos—. La liberaré. De alguna manera... porque soy más fuerte que cualquier ilusión que pueda producir este mundo.

—*Somos* más fuertes. —Fran extendió una mano y la posó sobre su brazo.

Ella lo miró, lanzó una breve carcajada sin humor y asintió una vez.

—Sí; desde luego. *Somos* más fuertes.

—Aún no sabemos ni la mitad de lo que podemos ser capaces de conseguir, ¿no es así? —Esbozó una forzada sonrisa—. Primero música, luego fuego, por último la verja. Como he dicho antes, aprendemos deprisa.

Era cierto; pero mientras los últimos restos de su furia se disipaban, Índigo se vio forzada a reconocer que aún les faltaban más lecciones que recibir. Más tranquila, rememoró su arrebato y se dio cuenta de lo vacío de sus palabras. Ella y Fran podían muy bien ser más fuertes que cualquier cosa que aquel mundo de fantasmas pudiera lanzar contra ellos, pero la clave que liberaría toda la potencia de esta fuerza estaba aún fuera de su alcance. Esti seguía esquivándolos. Y ellos seguían sin encontrar el menor rastro de Constan y de Cari, y, además, tampoco tenía el poder de liberar a *Grimya* del encantamiento que la había enloquecido.

Un suave y furtivo crujido se mezcló con sus pensamientos. Levantó los ojos y, por vez primera desde su precipitada entrada a través de la verja, observó lo que la circundaba. El jardín. Árboles oscuros, suave hierba negra salpicada de flores, matorrales que se agitaban en la brisa. Tan atrayente, tan tranquilo, tan sereno... Y le pareció como si las hojas, que se movían agitadas por el aire, se rieran de ella.

Se inclinó sobre el lugar donde había alineado sus pertenencias, y cuando habló su voz era discordante.

—Estamos perdiendo tiempo. No quiero permanecer aquí. Quiero alejarme de este lugar.

—¿Alejarte para ir adonde? —Fran se llevó las manos a las caderas y contempló la oscuridad—. Me da la impresión que no hay nada más que el jardín.

—Sí. Y eso es precisamente lo que el demonio quiere que creamos.

Índigo giró en redondo y hundió un talón en la hierba a sus pies con el deseo de arañar y estropear su inmaculada superficie. Desde la verja el jardín se perdía en la lejanía flanqueado por dos elevados muros de piedra. Podía ver más de aquellos esbeltos árboles, y las paredes estaban cubiertas de plantas trepadoras, rosas en plena floración que relucían pálidas y límpidas bajo la luz crepuscular. El extremo opuesto resultaba invisible; no había más que un gradual emborronamiento y fusión en un único tono oscuro. ¿Otro panorama interminable, como el páramo? ¿O se encontrarían con nuevos muros de piedra, esta vez sin una verja que pudieran atravesar?

Miró otra vez a los árboles. La brisa había cesado, y la quietud producía la desagradable impresión de que el jardín contenía el aliento, de que esperaba algo, Índigo levantó la funda de cuero que contenía su arpa y acarició su superficie con cuidado. Del instrumento guardado en su interior se escapó una nota discordante, que fue ahogada por la funda, pero sus menguantes ánimos se elevaron un poco.

—Creo —dijo—, que deberíamos seguir andando *y* ver qué nos espera al final del césped. Y en mi opinión, mientras andamos deberíamos considerar qué es lo que queremos encontrar allí.

Fran le dirigió una mirada penetrante.

—A Esti —respondió el muchacho sin dudar y con energía—. Eso es lo que yo quiero encontrar. A Esti, ilesa y esperándonos. —Empezó a recoger la bolsa, luego se detuvo—. El farol se ha apagado. ¿Crees que debiéramos volver a encenderlo?

—La vela no durará eternamente —repuso Índigo, negando con la cabeza—. Lo mejor será ahorrarla.

—Pero los lobos...

—No pueden entrar. No pueden seguirnos; ni siquiera *Grimya* puede. —Se estremeció—. Debo seguir creyéndolo. No debo pensar en ella. Sólo en Esti.

Empezaron a avanzar por la prolongada extensión de césped. La atmósfera resultaba más fantasmagórica que nunca; la brisa no había vuelto a soplar y el silencio era claustrofóbico. Sus pies no dejaban huellas sobre la impoluta hierba, y en una ocasión en que pisó una de las diminutas flores, Índigo comprobó que ésta no mostraba la menor señal de haber sido aplastada. Intentó concentrarse en pensar tan sólo en Esti, pero no resultaba fácil; su cólera reprimida volvía a hacer acto de presencia, y el recuerdo de los llameantes ojos embrujados de *Grimya* pugnaba por regresar a su mente. De repente, un matorral se agitó sin un motivo aparente y algo muy parecido al pánico se apoderó de ella.

—Fran. —Dejó de andar—. Fran, no sirve de nada. No puedo aclarar mi mente. Sólo la Madre sabe qué puede aparecer si no consigo dominar mis pensamientos.

Fran miró con atención la oscuridad durante unos instantes, luego volvió la cabeza. La verja resultaba invisible ahora, pero el césped se extendía delante de ellos sin dar la menor señal de terminar. Se pasó la lengua por los labios.

—Háblale a Esti —dijo, y señaló a la oscuridad—. Háblale, como si estuviera aquí y la saludáramos y nos dirigiéramos a su encuentro.

—Sí...

Valía la pena intentarlo; podía concentrar la conciencia y aplastar los pensamientos subconscientes. Sintiéndose algo ridícula, Índigo levantó la voz.

—Esti. —«Imagina que se acerca a ti. Está bien, no está hechizada: no es más que la Esti que siempre has conocido»—. ¡Esti!

—¡Esti! —La voz de Fran se unió a la suya—. En el nombre de la Madre, ¿dónde has estado? Te hemos buscado como locos. ¿Por qué has huido?

El muchacho mostraba una amplia sonrisa, apelaba a todos sus recursos artísticos, representaba su papel a la perfección. Estimulada por su ejemplo, Índigo pensó en la Compañía Cómica Brabazon y se dijo con determinación que esto no era más que otra representación, sobre un desvencijado escenario de madera, bajo la luz de las antorchas, ante una multitud que esperaba que se la distrajera.

—No te enojes con ella, Fran —dijo, entrando en el juego y reuniendo nueva confianza— No ha pasado nada malo, y volvemos a estar juntos.

—Cierto, pero, Esti, si nos vuelves a dar otro susto como éste, te... —Pero no pudo articular ningún sonido porque las palabras se ahogaron en su garganta.

Sucedió tan rápido que Índigo siguió andando algunos pasos por delante de Fran antes de que la sorpresa la obligara a detenerse con un sobresalto. Un momento antes no había existido nada excepto el interminable césped que se perdía delante de ellos; pero al momento siguiente, el césped había desaparecido y una pared de piedra les cerraba el paso. Un arco se abría en la pared, y bajo su piedra angular había una mujer de rojos cabellos.

La sorpresa dio paso a la alegría, e Índigo exclamó llena de júbilo:

—¡Esti!

Pero Fran no dijo nada. En lugar de ello dejó caer la bolsa que transportaba y permaneció sin moverse, como si una terrible fuerza lo hubiera paralizado de repente con violencia. Sólo sus ojos seguían animados, y estaban llenos de horror.

Sin comprender, Índigo volvió a mirar a la mujer, y entonces vio que, aunque sus cabellos eran del mismo brillante color que los de Esti, y su nariz poseía la misma coqueta inclinación, era muchos años mayor, el rostro marcado por las líneas de expresión que denotaban a la vez edad y larga experiencia.

La comprensión la golpeó como un puñetazo. Se volvió hacia Fran, vio la confirmación en sus afligidos ojos, y le oyó decir en una voz débil y ahogada:

—¿Mam... ?

—Fran, no. —Índigo levantó una mano para impedirle el paso, aunque él no hizo la menor

Librodot

señal de querer moverse—. ¡Es un fantasma!

Los músculos de la garganta de Fran se movieron, y por fin consiguió articular:

—Lo... sé.

La mujer sonreía, cariñosa y con una cierta expresión de reproche, como si se pusiera a prueba su indulgencia. Fran la miró fijamente, luego su garganta se movió otra vez de manera espasmódica.

—Mi madre está muerta. No es ella, no puede ser ella. —Un escalofrío le recorrió el cuerpo, rompiendo la parálisis—. Hazla desaparecer, Índigo. Por favor: ¡elimínala!

—No... no creo que pueda. —Lo miró llena de preocupación—. La han sacado de tu mente, igual que sacaron al Caminante Pardo de la mía. No puedo hacer que desaparezca con mi fuerza de voluntad.

La figura ladeó la cabeza a un lado, y sus labios hicieron una mueca de burlona consternación. A Índigo se le puso la carne de gallina al decirle su instinto que la aparición —y por lo tanto su creador— habían oído su conversación. Entonces, la figura levantó los brazos y los tendió hacia adelante.

—Eh, vamos, Fran. Ven con tu madre. Ven para que te consuele.

—¡No!

El alarido de Fran rasgó la sofocante penumbra, y, con una mano, el muchacho apartó el brazo de Índigo que intentaba contenerlo, mientras con la otra sacaba el cuchillo de la funda que pendía de su cinturón. La hoja centelleó mortífera... y Fran salió corriendo como una liebre, dirigiéndose hacia el arco y el sonriente fantasma con el cuchillo alzado para matar.

—¡Fran, regresa!

Índigo se tambaleó, agitó los brazos, recuperó el equilibrio y corrió tras él mientras el muchacho se precipitaba en dirección a la abertura de la pared. La aparición lanzó una inhumana carcajada, giró con la velocidad de un derviche y se perdió en la oscuridad, y Fran, aullando todavía, atravesó el arco en su persecución.

—¡Fran!

Índigo tuvo una premonición, y lanzó una desesperada advertencia; pero Fran no le prestó atención; no era más que una mancha borrosa en la oscuridad y ella forzó sus músculos a efectuar un último y frenético esfuerzo para alcanzarlo antes de que...

Se estrelló con un tremendo impacto, con el rostro por delante, contra la sólida pared de un muro de piedra sin fisuras.

CAPÍTULO 13

Índigo lanzó un sentido juramento en voz baja y apretó el rostro contra la áspera superficie de la pared; luego cerró los ojos por unos momentos mientras su palpitante corazón reducía su velocidad a algo parecido a su ritmo normal. Le parecía como si sus pantorrillas y bíceps ardieran; estaba en baja forma, desentrenada, y el peso de la bolsa, el arpa y la ballesta habían empeorado las cosas. Pero el feroz esfuerzo ya casi había terminado: al levantar la mirada, vio el color gris peltre del cielo por encima del más oscuro negro de la pared de piedra, y entonces pudo darse cuenta de que estaba cerca de la parte superior del muro.

Al recuperar el conocimiento se había encontrado tendida sobre la hierba al pie de la pared y, mientras se llevaba una mano al rostro dolorido y se palpaba los rasguños de su nariz y frente, había reflexionado con amargura que por mucho que la pared de piedra pudiera ser tan ilusoria como todo lo de este mundo, su choque contra ella había resultado muy real. Pero no parecía haber otro daño; no había conmoción ni contusiones.

Por fin, algo insegura, había conseguido levantarse, y empezó a considerar su nuevo y urgente dilema.

El arco había desaparecido. Allí donde había estado sólo había la lisa pared de piedra, y supo de inmediato que sería inútil buscar cualquier rastro de una abertura. La estructura de la pared se había alterado en el mismo instante en que Fran había pasado bajo el arco, y ahora estaban separados por una sólida barrera.

Más tarde, cuando hubo gritado su nombre hasta que le dolió la garganta y se quedó sin voz, comprendió que su esfuerzo había sido inútil desde el principio: no podía haber respuesta, ya que lo que hubiera al otro lado de la pared estaba también fuera de su alcance. El maestro de ceremonias había alterado la naturaleza de su actuación sin avisar, y sus marionetas bailaban de repente a otro son. Ella y Fran estaban separados por algo más que piedra y cemento: los separaba un mundo.

Calma. Se había dicho entonces. *Calma. Piensa.* Pero la fuerza de voluntad que hubiera podido derribar aquella pared no estaba allí; estaba demasiado furiosa, y la rabia y la adrenalina de su cólera la ataban a métodos más mundanos. El demonio la había separado de forma hábil y sistemática de sus aliados de uno en uno, hasta dejarla por fin sola y vulnerable. Muy bien. *Muy bien.* Lo que no pudiera conseguir con el poder de la mente, lo conseguiría con el poder de su cuerpo.

Y de esta forma se había iniciado la ascensión. Mientras introducía la punta del pie en una estrecha grieta, e insertaba los dedos en un hueco entre la piedra y el cemento, y se impulsaba hacia arriba para recorrer el primer tramo vital, Índigo había oído cómo los árboles y los matorrales del jardín se agitaban a su espalda, y sonrió levemente.

«Sí», dijo en silencio. *«Avisad a vuestro amo, si así lo deseáis... ¡De nada le servirá!»*

Y, porque había querido que así fuera, los puntos de apoyo para manos y pies habían estado allí, pequeños y fatigosos, precarios e inestables pero suficientes no obstante para permitirle subir por la pared como una lenta y torpe parodia humana de un insecto. Ya sólo faltaban unos metros.

Índigo apretó los dientes para reprimir el fuego que sentía en sus músculos y lanzó su quejumbroso cuerpo hacia arriba hasta el nuevo asidero. Se quedó suspendida, sintiendo la tensión de sus tendones: luego dio un nuevo tirón, un nuevo esfuerzo agotador, y con un jadeante juramento se proyectó en un salto de tijera para sentarse a horcajadas sobre la parte superior de la pared.

Durante unos instantes la falta de respiración y el alivio se combinaron para inmovilizarla, tanto física como mentalmente, en un mundo de palpitantes oleadas rojas de agotamiento. Por fin aquella sensación empezó a desvanecerse y lanzó una potente bocanada de aire. Lo había conseguido, A pesar de que no estaba en buenas condiciones físicas, las viejas habilidades habían regresado y había conseguido su objetivo. Ahora, en algún lugar del otro lado de la altura que había escalado, estaba no sólo Fran sino también Esti; y la clave —lo percibía,

Librodot

estaba *segura* de ello— del destino corrido por Constan y Cari.

Abrió los ojos y miró hacia abajo, a lo que había al otro lado de la pared: no vio más que oscuridad.

—¿Fran?

Pronunció su nombre vacilante, y aguzó el oído para captar cualquier sonido de respuesta que proviniera del negro pozo que se abría a sus pies. Su voz sonó con un peculiar tono apagado, como si hubiera hablado al vacío, y no le llegó la menor respuesta de la oscuridad.

—¡Fran! Fran, ¿dónde estás?

Nada, Índigo contempló pensativa la superficie de la pared. Era lo bastante rugosa como para ofrecer un número razonable de puntos de apoyo; pero no podía ver más que a algunos metros más abajo antes de que la oscuridad lo envolviera todo como un negro lago, y no estaba nada dispuesta a correr el riesgo de introducirse en lo desconocido.

Varió ligeramente su posición para mejorar su equilibrio sobre la pared, desató el farol que había atado a su bolsa, y sacó el yesquero. Ahora ya le resultaba fácil desafiar la resistencia de este mundo al fuego, y se sintió muy satisfecha cuando el cabo de la vela se encendió al primer intento, desparramando luz amarilla en un círculo desigual.

Índigo se inclinó fuera de la pared todo lo que fue capaz y sostuvo el farol extendiendo el brazo. Su luz arañó la oscuridad e iluminó otros dos metros más de la pared de piedra, pero eso fue todo; no le decía nada que le sirviera de algo. Masculló una maldición, y hurgó en su bolsa en busca de un pedazo de cuerda, le ató el farol y empezó a soltarla, bajando el farol pegado a la pared. El círculo de luz danzaba enloquecido mientras el farol iba chocando con la pared, e Índigo se dedicó a contar la cantidad de cuerda que soltaba, calculando por la longitud de su brazo: diez, doce, quince... Entonces detuvo bruscamente el farol al ver que la luz relucía sobre la hierba del suelo.

Se sintió llena de una torva satisfacción, y las imágenes de pozos sin fondo se desvanecieron. Ató rápidamente la bolsa y el arpa al otro extremo de la cuerda y los bajó hasta donde estaba el farol: cuando notó que la cuerda se aflojaba la soltó con cuidado y, cargada tan sólo con la ballesta a su espalda, pasó la otra pierna sobre el borde y se volvió de cara a la pared para iniciar el descenso.

La bajada era peligrosa y horripilante, mucho más dura que la ascensión. Pero por fin sus pies se posaron en el suelo y, aliviada, Índigo se irguió y paseó la mirada a su alrededor.

La iluminación ofrecida por la lámpara no cubría demasiado terreno, pero era suficiente para mostrarle que se encontraba en otro jardín. Aquí, no obstante, el césped y los arbustos estaban descuidados y cubiertos de maleza; y en el límite del círculo de luz distinguió una tétrica maraña de vegetación que invadía toda la superficie de hierba. Levantó la lámpara y la mantuvo en alto, y pudo ver una borrosa masa boscosa, troncos negros rodeados por ramas cargadas de hojas que se doblaban hasta casi tocar el suelo. Aquello confirmó una sospecha que ya había empezado a tomar forma en su mente: que esto era una imagen distorsionada del jardín del otro lado del muro. El crepúsculo se convertía en total oscuridad, podredumbre y desolación ocupaban lo que antes había sido un orden agradable aunque algo deprimente; se había corrido otro velo, y se hallaba más cerca del centro de la telaraña del demonio.

Índigo bajó el farol, y le dio la espalda a la pared. Si la teoría del espejo era cierta, entonces en algún lugar delante de ella habría otra entrada, reflejo de aquella por la que ella y Fran habían penetrado en el jardín gemelo a éste. ¿Y más allá? Quizá sería mejor no hacer especulaciones todavía, *y* seguir andando para ver qué le esperaba.

Se inclinó para cargarse la pesada bolsa a la espalda otra vez, pero entonces se detuvo al oír algo que se movía entre los tupidos arbustos que tenía al lado y sintió un hormigueo por todo su cuerpo.

Por un instante que pareció interminable reinaron una quietud y un silencio totales mientras Índigo clavaba la mirada en la oscuridad. No lo había imaginado: el sonido de las hojas muertas al crujir bajo un pie imprudente le era demasiado familiar para equivocarse. Pero no se produjo el subsiguiente balanceo revelador de una rama o un movimiento extraño del

Librodot

follaje. Quienquiera —o lo que fuera— que acechaba entre los matorrales sabía que se lo había oído acercarse, y se había quedado totalmente inmóvil, a la espera de ver qué hacía ella.

Muy despacio extendió la mano para tomar otra vez el farol, y en el mismo instante en que su mano lo rozaba, una ramita se quebró justo en el límite del círculo de luz.

El corazón le dio un vuelco tan violento que tuvo la impresión de que iba a saltar de su pecho a su garganta, y —aunque fuera una locura— gritó:

—¿Quién es? ¿Quién está ahí?

Toda una sección de un enorme matorral se hundió hacia ensucio, dividiéndose, y una voz temblorosa respondió:

—¿Índigo... ?

—*¿Esti?*

El péndulo se balanceó del terror a un asombrado alivio, e Índigo tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no empezar a reír como una histérica. Iluminado por la luz de la lámpara, el rostro de Esti al salir de entre los arbustos era el vivo reflejo del asombro; con el cabello lleno de hojas y una alargada mancha de barro en la mejilla tenía un aspecto incongruente y cómico en medio del abandono del jardín.

—¡Oh, Índigo!

Esti se liberó de la enmarañada vegetación y por un momento permaneció sin moverse, temblorosa, como si no se atreviera a creer en lo que veía. Luego, de repente, se lanzó hacia adelante, corrió hacia Índigo y le lanzó los brazos alrededor del cuello, abrazándola con todas sus fuerzas.

—¡Oh, Índigo, no sabes lo contenta que estoy de haberte encontrado!

—Fui tan estúpida... —Esti se secó los ojos y la nariz en una manga y sorbió ruidosamente—. Nunca podré perdonarme lo que hice. *¡Nunca!*

Su historia era breve y desagradable. Al parecer recordaba muy poco de lo sucedido después de escaparse del campamento; sólo había sido consciente de una poderosa e imperativa ansia que suprimía cualquier otra cosa. Al igual que a Chalila, cuyo papel había representado en una ocasión, el demonio enamorado la había reclamado y ella había corrido ciegamente a su encuentro, pero al contrario que el de Chalila, el relato de Esti no había tenido un final feliz. Sin saber cómo había llegado allí, se encontró frente a la verja de hierro forjada, la cual se abrió para dejarla entrar en el jardín. Y en el jardín, la esperaba el hombre de rostro pálido y ojos oscuros y doloridos.

—Era muy hermoso —le dijo a Índigo—. Me di cuenta de que se sentía solo, y de que sólo yo podía consolarlo. Me tendió los brazos: y corrí hacia él, y... —Se cubrió el rostro con las manos, avergonzada por el recuerdo—. Y entonces de repente escuché una carcajada horrible, y todo cambió, y él había *desaparecido,* y yo estaba allí, sola en la oscuridad, sólo que todo había cambiado y no podía encontrar el camino de regreso al otro jardín... ¡Oh, Índigo, ha sido todo tan horrible, tan *terrible!* ¡Pensé que me volvía loca!

Esti no sabía cuánto tiempo había errado, sola y asustada y libre del hechizo, por el mohoso y silencioso jardín. Al ver aparecer por primera vez la luz de Índigo en la parte superior del muro se había sentido aterrorizada, y se había ocultado entre los arbustos, segura de que estaban a punto de soltar sobre ella algún nuevo horror. Incluso cuando el farol había iluminado la figura de Índigo, Esti temió que se tratara de otro fantasma, y sólo cuando Índigo, tan asustada como ella, había gritado comprendió la muchacha que se trataba de un ser de carne y hueso, y no de una imagen enviada para engañarla.

La sensación de alivio de Índigo al haber encontrado a Esti ilesa era mayor de lo que podía expresar; pero se vio enturbiada por su creciente preocupación por Fran. Le había contado a Esti todo lo que les había acaecido y en qué forma se habían visto separados, e intentó convencerla de que ella no tenía la culpa. Cualquiera de los dos habría podido ser víctima del engaño; Esti simplemente había tenido la desgracia de ser la víctima escogida. Aquello no consoló demasiado a Esti; fuera lo que fuese lo que estuviera bien o mal, ella era responsable

Librodot

de la situación en que se encontraban. Y si le sucedía algo a Fran ahora, añadió con ferocidad, sería culpa suya, y se mataría por ello, Índigo se llevó una mano a la boca para ocultar una sonrisa al escuchar esto, contenta de ver que el exultante espíritu de Esti —por no decir nada de su sentido del melodrama— no se había visto afectado por la prueba *pasada.*

—Eso sería una gran pérdida para todos nosotros —repuso, esforzándose por evitar que su voz delatase el menor atisbo de regocijo—. Pero, en serio, Esti; nos enfrentamos con un gran problema. Fran podría estar en cualquier parte... ni siquiera sé qué hay más allá de este lugar, y mucho menos por dónde empezar a buscar.

—¡Ah, pero yo sí que lo sé! —Los ojos de Esti brillaron ansiosos—. Verás, justo antes de ver la luz de tu farol, intentaba encontrar otra salida, y descubrí una verja. —¿Una verja?

—Sí. Exactamente igual que la que me condujo al interior del otro jardín, sólo que ésta estaba colocada en un arco de una pared.

Una verja dentro de un arco... debía de tratarse de un indicador, pensó Índigo. Y si también Fran se había encontrado con ella, lo más seguro era que la hubiese cruzado. —¿Puedes volverla a encontrar? —inquirió ansiosa. —Estoy segura de que sí. —¡Entonces no perdamos más tiempo!

Recogió el arpa, la ballesta y los odres de agua; Esti tomó la bolsa e indicó en dirección a la oscuridad.

—Si seguimos la hilera de arbustos, llegaremos a un grupo de árboles. Está lleno de maleza, pero hay un paso, y la verja está justo un poco más allá. —Alargó la mano y apretó los dedos de Índigo, en busca de ánimo—. ¿Crees que lo encontraremos?

—Sí —le respondió Índigo con energía, y silenció una vocecita interior que preguntaba: *¿y qué otra cosa además... ?*

Tan pronto como vio la puerta situada bajo el arco de piedra, Índigo supo que sus suposiciones habían sido acertadas. El parecido tanto con la verja original como con el arco a través del cual Fran se había evaporado resultaba descaradamente obvio: como un letrero luminoso colocado ante ellas.

—No sé qué hay ahí dentro —dijo Esti—. Miré, pero no pude ver nada en absoluto, y estaba demasiado asustada para abrir la verja.

Índigo levantó el farol y atisbo al otro lado. Por lo que podía ver, el panorama al otro lado de la verja era muy parecido al del lugar donde estaban: una maraña oscura y desagradable de maleza y hierba y arbustos. Bajó la lámpara, y probó el pestillo. Se descorrió, y la verja se abrió sobre silenciosas bisagras. Se miraron la una a la otra.

—Tú primero —dijo Esti, inquieta.

Índigo atravesó el arco despacio. Escuchó el débil chasquido del pestillo a su espalda cuando Esti la siguió y cerró la verja; entonces vaciló, indecisa, al percibir un cambio en el suelo bajo sus pies, y bajó los ojos.

Estaba de pie sobre una alfombra de hojas húmedas y mohosas. Obscenas parcelas de hongos que brillaban bajo innumerables gotas de humedad, brotaban de entre el viscoso desorden, y un olor a podrido la hizo arrugar la nariz. Le pareció oír un goteo de agua no lejos de allí.

—Esti, acércate y mira esto.

Movió el farol de un lado a otro, luego se detuvo cuando sus ojos se posaron en lo que parecían las balanceantes campanillas de una fritillaria creciendo entre el moho.

Aquella encantadora y familiar flor resultaba grotescamente fuera de lugar, y se inclinó para arrancar uno de sus tallos. Se estremeció en su mano y se preguntó por un instante si aquello no sería alguna especie de enigmática señal, sobre lo que pudiera ser su auténtica naturaleza...

La flor se desintegró e Índigo se encontró sosteniendo el tallo marchito de algo irreconocible, tan podrido que estaba casi licuado.

Llena de repugnancia, lanzó un juramento en voz alta y arrojó el negro revoltijo lejos de

Librodot

ella. Cayó sin hacer el menor ruido sobre la empapada maleza, y la muchacha sacudió la *cabeza con* expresión de asco.

—¿Has visto lo que ha pasado? —dijo a Esti—. Ha sido... ¿Esti?

Sólo obtuvo silencio como respuesta. Esti no estaba allí.

—¡Oh, por la Diosa... ! —El pulso empezó a latirle desordenadamente—. ¡Esti! ¿Dónde estás?

No hubo respuesta, y la inquietud empezó a convertirse en un profundo temor.

—¡Esti! —volvió a llamar Índigo—. ¡En nombre de la Madre, respóndeme! *¿Dónde estás?*

Una voz a su espalda, sepulcral, impregnada de podredumbre, dijo:

—Esti no está aquí, Índigo. Pero nosotros sí.

Y una mano blanca y leprosa surgió de la oscuridad para sujetar su muñeca.

Índigo lanzó un chillido, y el farol salió despedido por los aires, describiendo un arco para luego caer con un crujido entre las hojas. La vela se apagó al momento e Índigo se desasió con un fuerte tirón, dando un traspié frenética mientras intentaba darse la vuelta para ver a su desconocido asaltante. La oscuridad la rodeó como un muro; acostumbrada a la luz de la lámpara, le era imposible ver nada, y por un terrible momento sintió como si toda la dimensión se cerrara sobre ella para aplastarla.

Luego, a menos de dos pasos frente a ella, alguien se echó a reír.

Fue uno de los sonidos más malévolos y a la vez deprimentes que Índigo había escuchado jamás; una hueca imitación de hilaridad, sin significado y sin razón. Los dientes empezaron a castañetearle; dio un paso atrás, tambaleante, y devolvió la vida a su voz con un esfuerzo.

—¿Quién... eres?

Estalló un coro de blandas risas que parecían resonar desde todas partes, que se apagó en un largo y doloroso suspiro.

—¿No nos conoces, Índigo? ¿Ya nos has olvidado?

Conocía aquella voz. Estaba cambiada como si proviniera de la tumba, pero la conocía. Y ahora, a medida que su visión se ajustaba, pudo distinguir una figura borrosa que se movía en la oscuridad y se acercaba a ella. Las mohosas hojas despidieron un sonido blando y acuoso al ser arrastradas por pies, muchos pies que la rodeaban, comprendió con horror. Y entonces de entre las tinieblas, mortalmente pálido, los ojos en blanco y sin expresión como los de un pescado, la piel medio disuelta, colgante y descompuesta sobre sus huesos, apareció el rostro de Constancia Brabazon.

Índigo lanzó un grito estrangulado y se tambaleó hacia atrás, para detenerse luego en seco al recordar el ruido de pies, detrás de ella al igual que delante. Intentó gruñir una negativa con la respiración entrecortada como si le faltara el aire.

—No..., oh, no...

—Te hemos estado buscando, Índigo. —La boca de Constan se ensanchó en una sonrisa lastimera que mostró unos dientes ennegrecidos que se desmoronaban—. Sabíamos que vendrías en busca de nosotros, Can y yo lo sabíamos, sabíamos que vendrías, porque eres una muchacha buena y valiente, y no abandonarías a tus amigos en su desgracia. Así que buscamos y buscamos, y te hemos encontrado, y ahora estamos todos juntos otra vez.

Índigo luchó con denuedo para contener el pánico que amenazaba con desquiciarla. *¡Esto no era real!* Se trataba de otro juego, otra ilusión: tenía que seguir creyéndolo, *tenía que...*

—Índigo. —La imagen de Constan le habló de nuevo con aquella espantosa voz sorda y sin inflexión—. Lo intentaste, muchacha. Has hecho todo lo que has podido. Pero debiéramos haberlo sabido, ¿eh? De nada sirve luchar ya, porque no tienes la menor esperanza de vencer. Ninguno de nosotros puede. Ahora lo sabemos. —La sonrisa se ensanchó aún más, como el rictus de una calavera—. Estamos todos aquí, Índigo. Regresó, ¿sabes?; eso regresó a Bruhome, y llamó a los otros, y todos vinieron para estar otra vez con su padre.

Alrededor de Índigo se alzó un coro fantasmal de murmullos apagados: el sonido de muchas voces en mudo asentimiento. Sintió que se le revolvía el estómago; aspiró con fuerza para llenar de aire sus agotados pulmones y miró enloquecida a todos lados.

Librodot

—No... No eres Constan. ¡No lo eres!

—Pero lo fui.

—*¡No!* ¡Eres una ilusión! Tú y toda esa repugnante legión que se arrastra a tu alrededor... ¡Todos vosotros sois ilusiones!

La imagen de Constan se echó a reír, pesarosa; al menos eso le pareció, como si la compadeciera. Luego echó la cabeza hacia atrás y con una voz aterradoramente parecida a la del Constan que ella había conocido, el comediante, el animador, rugió:

—¡Luz!

Se produjo un violento y chisporroteante siseo y, a lo largo de los hasta ahora invisibles muros del jardín, se encendieron dos hileras de fantasmagóricas antorchas de llamas azules. Igual que si se acabara de alzar el telón, la escena pasó de la completa oscuridad a una fría luminosidad: allí, sonriente, flotando teatralmente frente a la verja de hierro, estaba Esti.

La comprensión estalló con violencia en la mente de Índigo. Giró en redondo... y lanzó un grito de horrorizada repugnancia al ver por primera vez las visiones que la rodeaban.

Cari, Val, Lanz, Armonía, Honi: toda la familia Brabazon estaba allí de pie bajo la luz de las antorchas. Sus ojos muertos despedían un brillo plateado, sus manos en descomposición estaban unidas para formar una cadena, sus rostros putrefactos dedicándole una espantosa mueca de bienvenida. Y despacio, muy despacio, empezaron a moverse en una horrenda parodia de una danza circular. El baile se volvió cada vez más veloz alrededor de Índigo, mientras que detrás de ellos la figura risueña de Esti se deformaba y alteraba y empezaba a adoptar la forma de un hombre alto y demacrado de cabellos negros como ala de cuervo, piel de una palidez enfermiza y ojos que ardían encías huecas cuencas como oscuros hornos mortíferos.

Índigo intentaba gritar, pero la voz no la obedecía. Como un muñeco que se bamboleara sin control pendiente de un hilo empezó a retorcerse a un lado y al otro, a dar traspiés intentando romper el enloquecido círculo de danzantes. Rostros amenazadores se balanceaban ante ella y la hacían retroceder: Constan con su dientes destrozados; Can con una dulce sonrisa en los labios; Piedad, con la mirada extraviada y sin dejar de reír de un modo estúpido, su cabeza tenía un aspecto repugnante con zonas en las que el cabello había caído o sido arrancado. No había forma de que la dejaran marchar; el círculo se cerraba cada vez más a su alrededor. El organizador de aquella espantosa fiesta, el siniestro y diabólico avatar que, de una forma tan convincente, se había hecho pasar por Esti, empezó a acercarse al círculo a grandes zancadas, un brazo extendido con la palma de la mano hacia arriba en un remedo de saludo y su terrible mirada clavada con ansia en el rostro de Índigo.

El anillo se abrió, vaciló por un instante y luego se cerró otra vez. El demonio se había deslizado en el interior del círculo como una sombra, y al mirarlo a los ojos Índigo sintió que una especie de parálisis empezaba a subirle por las piernas desde la planta de los pies para luego adueñarse del resto de su cuerpo. Intentó resistirse, pero era como si todo su ser estuviera petrificado, y hubiera echado raíces que la mantenían sujeta al suelo e indefensa.

Una mano delgada y blanca con uñas larguísimas que brillaban como perlas se posó sobre su hombro, y el demonio bajó los ojos. A su alrededor los Brabazon continuaban con su silencioso y demencial baile, Índigo comprendió que su sentido de la realidad empezaba a desmoronarse: ya no podía distinguir entre lo real y lo ilusorio; empezaba a creer en aquella locura, y con el derrumbamiento de sus defensas apareció la desesperación.

La mano del demonio se deslizó de su hombro a la suave depresión de su cuello, e inclinó la cabeza, Índigo vio cómo los labios se separaban; vio la roja boca, como las fauces de un lobo; vio los colmillos, dos blancos puñales que se cernían sobre su garganta.

El demonio es un vampiro... Lo había supuesto, lo había creído; y aquella creencia se volvía contra ella para pedirle cuentas. *¡Pero no era la verdad!*

El helor dio paso brusca y violentamente a una furia insensata, e Índigo lanzó un potente alarido, al tiempo que lanzaba los brazos hacia arriba en un movimiento de defensa que cogió desprevenido al demonio. Volvió a chillar con toda la fuerza de sus pulmones, gritando su

desafío y su rabia tanto al vampiro como a las monstruosas sombras de los Brabazon, y luego, con la rapidez y la energía propias de la desesperación, giró sobre sus talones y se lanzó contra el balanceante círculo de danzarines.

Escuchó un débil gemido, vio cómo la pequeña y vulnerable figura de Piedad caía al suelo y era pisoteada por los demás, y en su confusión estuvo a punto de cometer el terrible error de detenerse. Pi solo tenía seis años; le harían daño...

¡No es Piedad!, le gritó su cerebro. Y siguió corriendo; rompió la cadena de manos entrelazadas para encontrarse por fin bien lejos de allí. A su espalda sonaron gritos de consternación, y el gruñido de un animal que le devolvió el recuerdo de *Grimya* y la fantasmal manada de lobos. Dirigió una desesperada mirada por encima del hombro, y mientras lo hacía las antorchas se extinguieron, hundiéndolo todo en la oscuridad, Índigo lanzó un nuevo grito, luego reanudó su loca carrera, rezando para que nada le cortara el paso. Aquellas espantosas sombras la perseguían, oía sus gritos... y de pronto su pie se enredó en una raíz enterrada bajo las hojas putrefactas, perdió el equilibrio, patinó y cayó cuan larga era sobre el suelo.

No tenía tiempo para recapacitar; ni para recuperar el aliento que la caída le había arrebatado. Sus manos y pies gateaban ya para volver a ponerla en pie, cuando, de repente, se detuvo para luego quedar totalmente inmóvil al darse cuenta de que todo lo que la rodeaba había quedado en silencio.

Como un ciervo que sospecha la presencia del cazador, Índigo se agazapó sin moverse, aguzando todos los sentidos para detectar la más mínima señal de perturbación en el profundo silencio. ¿Habían dejado los fantasmas de serle de utilidad a su creador y se habían disuelto y desvanecido? ¿O acechaban, invisibles ahora que no había luz que los traicionara, escuchando como ella para captar cualquier sonido en la oscuridad?

Se puso en pie con cautela, dando las gracias en silencio porque las hojas del suelo estuvieran húmedas y por lo tanto menos propensas a crujir y dar a conocer su posición. Se llevó la mano a la espalda y tomó la ballesta, que seguía colgada a su espalda, y la llevó con cuidado hacia adelante de *modo que pudiera* empuñarla. Una saeta... sólo la Madre sabía que de poco serviría contra aquellas monstruosidades, pero quería y necesitaba sentir en sus manos el contacto de un arma poderosa y lista para disparar. Empezó a moverse de espaldas y con mucho cuidado, tanteando antes de dar cada paso, los ojos clavados en la negrura al tiempo que deseaba con todas sus fuerzas que pudieran atravesar su velo.

—Índigo...

La voz no fue más que un ronco susurro, y surgió a su espalda, Índigo giró en redondo al tiempo que levantaba la ballesta, y vio surgir de la oscuridad una figura de rostro pálido y cabellos rojizos que se tambaleaba hacia ella. Su mente registró la imagen de Fran; lanzó un grito de repugnancia, introdujo una saeta en la ballesta, tensó la cuerda y disparó sin apuntar.

La saeta hirió el hombro del fantasma, y la imagen de Fran lanzó un alarido de dolor, al tiempo que giraba sobre sí mismo y se sujetaba el antebrazo antes de dejarse caer de rodillas al suelo. Por un instante Índigo no comprendió: le había disparado a una ilusión, y las ilusiones no sangran.

—¡Oh, no! —La comprensión le llegó como un mazazo—. *¡Fran!*

Lo oyó maldecir mientras corría hacia él y se dejaba caer a su lado.

—Fran, ¿qué te he hecho? ¡Pensé que eras uno de ellos, uno de los fantasmas! Oh, por la Madre, ¿estás malherido?

El torrente de invectivas terminó en una exclamación ahogada, y Fran chirrió:

—Mi hombro...

La saeta había rozado el punto donde el hombro y su brazo izquierdo se unían, y había rasgado la parte superior. La herida sangraba con profusión, pero al inclinarse a examinarla Índigo vio que a pesar de su aspecto sanguinolento se trataba de una herida superficial.

—¡Oh, Fran! —Sacó su cuchillo y se cortó una manga de la camisa, rasgándola para convertirla en una especie de venda que empezó a atar alrededor de la herida—. Fran, ¡lo siento tanto! Aquí; incorpórate, si puedes... Ten cuidado; yo te aguantaré. Así. —Ató el

Librodot

vendaje—. Al menos parará un poco la sangre. Tengo algunas hierbas en mi morral; a lo mejor sirven para aliviar el dolor...

Fran la miraba sin comprender y le preguntó:

—¿Pero qué demonios pensabas que hacías?

La muchacha sacudió la cabeza. Por ridículo que pareciera, sentía ganas de reír: la tremenda sensación de alivio que le producía haber encontrado a Fran, a pesar de las circunstancias, podía casi más que ella. Contuvo la risa y respondió con seriedad:

—Pensé que eras otra ilusión. Primero apareció Esti, y luego...

—*¿Esti?* —Fran hizo un movimiento imprudente y en su rostro se dibujó una mueca de dolor—. ¿La has encontrado?

—No. Pensé que así era, pero estaba equivocada.

Índigo le relató entonces su historia, aunque describió sólo a medias las imágenes en descomposición de la familia Brabazon.

—Cuando surgiste de la oscuridad —terminó—, estaba convencida de que eras una de esas ilusiones que iba tras de mí, y me entró el pánico. No me detuve a pensar; sencillamente disparé.

—En tu lugar creo que habría hecho lo mismo —repuso Fran con una débil sonrisa forzada—. Tendré que considerarme afortunado de que no apuntaras bien. —Calló, con la mirada clavada en el húmedo suelo, luego siguió de repente—: Podría ser cierto, ¿no? —Levantó la *cabeza, y* sus ojos la miraron atormentados—. Lo que el fantasma te dijo: por lo que nosotros sabemos, los otros podrían haber caído víctimas de la enfermedad del sueño, y a estas horas podrían estar todos aquí.

La muchacha comprendió que pensaba en la mujer que habían encontrado en el negro páramo, y recordaba su espantosa disolución. No supo qué decirle: las palabras tranquilizadoras resultarían vacías, ya que ninguno de los dos podía dar una respuesta definitiva a su pregunta.

—Fran —aventuró por fin, tras decidir que la franqueza era el único camino sensato—, puede que tengas razón. No podemos saberlo. Pero sea o no verdad, eso no cambia nada. Todavía hemos de encontrar la forma de llegar al corazón de este mundo y no podemos permitirnos dar vueltas y más vueltas a lo que podría o no podría haber sucedido a tu familia. Eso es precisamente lo que el demonio quiere que hagamos, porque eso nos vuelve vulnerables a la desesperación, y la desesperación es una de sus armas más poderosas.

—¿Crees que no lo sé? —La cólera brilló levemente en los ojos de Fran.

—¡Claro que sé que lo sabes! Pero el saber algo no evita de todas formas que seas víctima de ello. —Miró por encima de su hombro y se estremeció—. Yo misma lo descubrí en carne propia no hace mucho.

Fran le dio la razón con su gesto apaciguador, e Índigo se puso en pie.

—¿Cómo está tu brazo ahora? —le preguntó—. Porque si te sientes con fuerzas, creo que deberíamos ponernos en marcha.

Se produjo una pausa; luego, con gran sorpresa por parte de la muchacha, Fran se echó a reír.

—Ponernos en marcha —repitió con amarga ironía—. Ah. Sí. Hay algo que aún no he tenido la oportunidad de decirte.

—¿A qué te refieres?

El joven levantó la vista hacia ella. En la penumbra pudo ver que había una sonrisa en su rostro, pero no así en sus ojos.

—No hay ningún otro sitio al que podamos ir, Índigo. Verás, he registrado a fondo este lugar; te sorprendería lo fácil que me resultó, y la Madre sabe que he tenido tiempo suficiente. No hay salida. Ni verjas, ni arcos. Nada. Es un callejón sin salida. Si existe un corazón en este mundo, un centro del laberinto si lo prefieres, entonces no sé qué es lo que vamos a hacer ahora, porque parece que hemos llegado a él.

Librodot

CAPÍTULO 14

—No —dijo Índigo—. Es *imposible.* ¡No lo creo!

Fran la contempló mientras la muchacha pasaba las manos por la uniforme superficie de la pared. Ante su insistencia habían seguido toda la pared que rodeaba el jardín, que era bastante más pequeño de lo que Índigo había esperado, y el resultado había sido exactamente el que Fran había dicho: no había ninguna verja, ninguna salida. Y, al contrario de la pared por la que Índigo había trepado, estos bloques de piedra eran lisos y uniformes, desprovistos de todo punto de apoyo.

Por fin Índigo dio un paso atrás. Por un momento sus ojos continuaron fijos en la fachada de piedra, luego con coraje, con un furioso gesto sacó su cuchillo y empezó a clavarlo con ferocidad en la pared para descargar su frustración.

—Estropearás la hoja —le advirtió Fran—. Y no servirá de nada. Lo sé; lo he intentado.

La muchacha le lanzó una mirada de enojo, luego guardó el cuchillo en su funda y, con los brazos cruzados sobre el pecho, permaneció con la mirada fija en la pared mientras recuperaba el control. Por fin, más calmada pero todavía con un dejo de furia en la voz, dijo:

—¡Esta piedra es tan lisa, que desafío a una araña a que pueda subir por ella! y mucho menos un ser humano... Hay demasiadas cosas que carecen de sentido.

—Las verjas pueden desvanecerse —repuso Fran con un encogimiento de hombros—. Recuerda lo que sucedió antes. Y la pared...

Índigo se volvió deprisa para mirarlo.

—No me refiero a la verja y a la pared. No son nada, no tienen ni la mitad de importancia... ¡me refiero a algo terriblemente obvio ante lo cual hemos sido tan estúpidos que no lo hemos visto hasta ahora!

Fran la miró con expresión perpleja, y ella empezó a pasear con los brazos cruzados sobre el pecho.

—*Piensa,* Fran. Recuerda lo que me sucedió cuando entré aquí; la escena que te describí. Tú también estabas en este jardín: debieras haberte visto atrapado en ese horror igual que yo; ¡maldita sea, no podrías haberte perdido algo así! Así que, ¿cómo es que ni siquiera viste lo que sucedía?

—¡No se me había ocurrido! —exclamó Fran, anonadado.

—Ni a mí, hasta hace un instante. Tú estabas aquí, yo estaba aquí. Pero al parecer ocupábamos dimensiones diferentes, aunque ambas estaban contenidas en el mismo espacio físico, —Índigo calló y dio toda una vuelta en redondo mientras contemplaba con desafío la oscuridad—. Ahora nos han vuelto a reunir, lo que sugiere que el juego ha cambiado otra vez, y que ésta es una tercera dimensión. Tiene el mismo aspecto que antes; pero ya sabemos lo engañosas que pueden ser las apariencias. —Arrugó la frente—. Nada parecido a esto nos ha sucedido con anterioridad, Fran. Hemos visto cómo cambiaban los paisajes, pero esto es diferente: es más bien como si fuera el *tiempo* el que se hubiera alterado, en lugar del espacio.

—El juego ha cambiado —repitió pensativo Fran—. ¿Es eso lo que es, Índigo? ¿Un juego?

—Un juego. Una representación. —Índigo sonrió sin ganas—. Tú deberías reconocerlo mejor que yo, es lo tuyo. —Volvió a pasear—. Desde que penetramos en este mundo el demonio ha estado jugando con nosotros. Hemos aprendido algo; hemos cometido errores, pero éstos nos han proporcionado lecciones muy valiosas. Y por eso ahora creo que quienquiera que haya creado este pequeño espectáculo ha decidido cambiar algo más que el escenario. —Pensaba mientras paseaba, y su mente se movía con rapidez mientras buscaba a tientas su objetivo—. Pienso... no; *creo* que la clave que hemos estado buscando ha sido colocada en nuestras manos, pero hemos de saberla descubrir. —Se quedó en silencio para luego continuar—: ¿No has perdido nunca nada en medio de una total oscuridad, y te has vuelto medio loco buscándolo antes de descubrir que lo tenías justo delante de las narices?

—Muy a menudo —gruñó Fran.

—Entonces aplica ese principio ahora. Mira a tu alrededor. Y recuerda lo que dijiste sobre

Librodot

el centro del laberinto.

—¿Este lugar? —inquirió, comprendiendo.

—El baluarte del demonio. Sí, creo que lo es. —Índigo se volvió, y levantó los ojos para mirar el negro e invisible cielo—. ¡Lo creo! —repitió, y alzó la voz hasta convertirla en un grito que rebotó en el muro que los rodeaba—. ¿Me oyes? *¡Sé dónde estás!*

Se produjo una sorda implosión, y una violenta sensación de aire que era desplazado. Fran lanzó un juramento, e introdujo los dedos en los oídos al sentir cómo la presión crecía en su cabeza. Durante un terrible instante toda sensación desapareció, como si el mundo hubiera dejado de existir de repente. Entonces la conciencia regresó como un estallido: el mundo había cambiado.

Estaban en una enorme sala vacía y en penumbra, sin ventanas pero con muchas puertas en forma de arco, todas cerradas, que se alzaban sobre el suelo de baldosas. Una vez más, la débil luz gris azulada que se filtraba por la habitación seguía sin tener un origen visible; sombras silenciosas se acurrucaban en los rincones, y el techo se perdía en la semioscuridad.

Fran se dio la vuelta despacio, los ojos fijos en aquel sombrío lugar, y por fin pareció recobrar la voz:

—Madre de Toda la Vida... Tenías razón, Índigo. ¡Hemos encontrado el centro de esa cosa!

Índigo no le respondió; porque no compartía su convicción. Algo no encajaba en lo que los rodeaba. Desde un ángulo indirecto las columnas, las baldosas y las puertas parecían sólidas, pero cada vez que intentaba enfocar la mirada directamente a un lugar concreto, los contornos se volvían ligeramente borrosos, como si les faltase nitidez. Puede que estuvieran muy cerca del centro del laberinto, pensó; pero esto no era exactamente el centro. No del todo...

—Jamás había visto algo parecido.

Fran, ignorante de sus dudas, había empezado a pasear por la sala. Su sorpresa inicial daba paso ahora a admirada fascinación, que por el momento al menos había borrado de su mente cualquier otro pensamiento.

—Es como un gran templo que no se hubiera utilizado durante siglos. Crees que podría...

Y se interrumpió al escuchar los dos un sonido procedente del otro extremo de la sala.

Índigo giró sobre sí misma al tiempo que empuñaba la ballesta automáticamente. Algo se movió cerca del suelo en las sombras de una esquina en la que había una columna; se oyó algo que resbalaba y luego un juramento ahogado.

—*¡Es Esti!* —exclamó Fran abriendo los ojos de par en par.

—¡Fran, no! —le gritó Índigo asustada mientras él empezaba a correr por la sala.

La muchacha vio un destello de pelo rojo; luego, de una forma que recordaba horriblemente a aquella en que el anterior fantasma había surgido ante ella de entre los arbustos del jardín, Esti emergió de la oscuridad a cuatro patas. Lanzó un grito de angustiado alivio al ver a Fran, intentó ponerse en pie, y se desplomó sobre el suelo.

—¡Esti! Es, vamos adelante, todo está bien ahora; ¡todo está bien! —Fran extendió la mano y empezó a tirar de ella para ponerla en pie, pero la voz de Índigo interrumpió chillona sus palabras de ánimo.

—¡He dicho rao! Retrocede..., ¡apártate de ella!

Sorprendido, volvió la cabeza, y vio a Índigo de pie con la ballesta cargada y apuntando al corazón de su hermana.

—Índigo, ¿qué haces? —protestó Fran—. ¡Es *Esti!*

—¿Cómo lo sabes?

La expresión de Fran se transformó en una de horror. Había olvidado la experiencia sufrida por Índigo, y el color desapareció de su rostro.

—Santo cielo..., no pensarás... —Soltó a Esti como si fuera una serpiente venenosa y retrocedió.

—¡Fran! —gimoteó Esti—. ¡Índigo! ¿Qué te sucede? No comprendo. ¡Fran, va a matarme!

—No voy a disparar —dijo Índigo con suavidad—, a menos que me des motivo. Ven hacia mí. Acércate.

Librodot

Confusa y aterrorizada, Esti miró suplicante a su hermano.

—Fran...

—Haz lo que dice, Esti. —Los ojos de Fran eran recelosos—. Si eres lo que pareces, no te hará daño.

—Pero...

—No discutas. Limítate a hacerlo.

Temblando, Esti empezó a avanzar muy despacio en dirección a Índigo. Mientras se acercaba, Índigo bajó la ballesta: si era un fantasma, no serviría de nada. Sacó el cuchillo de su funda. Cuando la temblorosa muchacha se detuvo delante de ella, le ordenó:

—Extiende la mano. La mano que te quemaste.

Esti obedeció. Las ampollas eran aún visibles, rodeadas de piel arrugada. Pero no era suficiente prueba, y antes de que Esti pudiera protestar o apartar la mano, Índigo soltó la ballesta y le sujetó la muñeca con fuerza.

—Lo siento —dijo—, pero no hay otra forma de estar seguro. —Y presionó la punta del cuchillo contra el pulgar de la muchacha.

Esti aulló como un gato escaldado, más por rabia que por dolor, y dio un salto atrás, liberando la mano con un violento gesto. Contempló perpleja la brillante gota de sangre que había aparecido en su dedo y luego levantó la cabeza y sus ojos furiosos llamearon.

—¡Mala bestia!

—¡Esti! —Fran se interpuso al ver que ella se lanzaba sobre Índigo, intentando arañarla. Esti lanzó una maldición y procuró apartarlo, pero él le sujetó los brazos a la espalda al tiempo que le gritaba—: ¡Tenía que hacerlo! Pensábamos que eras una ilusión... ¡ya ha sucedido antes!

El rostro de Esti se quedó rígido y dejó de debatirse.

—¿Pensasteis que yo era una ilusión? —Su expresión varió por completo—. ¡Oh, vaya, qué divertido! ¡Después de todo lo que he pasado, es una broma horrible y de mal gusto. —Y estalló en lágrimas.

—Lo siento —se disculpó Índigo con genuina contrición.

Intentó tocar a la muchacha, pero Esti se apartó con rapidez para volverse hacia Fran en busca de consuelo. Fran miró a Índigo por encima de la cabeza inclinada de su hermana y enarcó las cejas en un gesto de impotencia, e Índigo se apartó: se sentía avergonzada *y* culpable al mismo tiempo que se preguntaba en qué forma podría convencer a Esti de que no había querido hacerle daño ni asustarla. No sabía por qué clase de pruebas habría pasado la muchacha, pero su propia experiencia le permitía una suposición bastante aproximada. Sin embargo no había existido otra forma de estar segura. Había tenido que poner a prueba a Esti.

Quizá, pensó, tendría la oportunidad de redimirse más adelante. Por el momento, lo más sensato era dejar a Fran a solas con su hermana. Empezó a pasear por la sala, con la *cabeza,* levantada en dirección al oculto techo mientras intentaba no escuchar los susurros entrecortados y vacilantes de Esti mientras Fran la instaba a relatar lo que le había sucedido. En medio del furor de los últimos minutos, las implicaciones de su llegada a aquella extravagante sala habían quedado momentáneamente borradas de su mente; ahora, no obstante, empezó a considerarlas de nuevo, y a calcular, también, que podía ocultarse en el fondo de su inmediata sospecha de que esto no era exactamente el final de su viaje.

Las puertas. Se detuvo y contempló a la que tenía más cerca. Aparte del hecho de que sus contornos seguían sin querer mostrarse en toda su nitidez, poseía un aspecto muy normal, la parte alta del arco justo a la altura de su propia cabeza. ¿Cuántas había? Empezó a contarlas; perdió la cuenta, lo intentó otra vez, fracasó por segunda vez. Aquel peculiar desplazamiento visual... era como si las puertas se negaran maliciosamente a ser contadas: pensó que había doce, o trece o a lo mejor incluso catorce, pero no podía estar segura.

Esti y Fran seguían hablando. Esti parecía haber dejado de llorar ahora y estaba más tranquila, Índigo los observó por un momento, luego devolvió su atención a la puerta. Tenía un simple pestillo, y extendió la mano, al tiempo que se preguntaba si conseguiría tocarlo o si

Librodot

resultaría intangible. Sus dedos se cerraron en torno al frío metal: vaciló por un fugaz momento, luego levantó el pestillo y, con mucho cuidado, empujó...

La puerta se abrió. Tras ella, un oscuro jardín cubierto de arbustos mohosos apareció ante sus ojos. Las hojas se agitaban perezosas; y le pareció escuchar el gotear del agua en alguna parte...

Cerró la puerta otra vez y se quedó mirándola pensativa por algunos instantes. El tercer jardín. Dirigió otra rápida mirada a Fran y a Esti, vio que no le prestaban atención, y avanzó hacia la siguiente puerta.

De nuevo, el pestillo se levantó con facilidad. Esta vez, Índigo se encontró contemplando un espeso e impenetrable bosque de árboles negros, turbadoramente inmóviles...

Siguió adelante. Al abrir una tercera puerta, se encontró con el páramo, desolado y árido, el lejano horizonte dibujado por una delgada línea plateada, como si una luna anormal estuviera a punto de alzarse.

Paisajes nocturnos de este mundo espectral, ecos de sus propias experiencias... Desde luego, a esta sala se la podría comparar con el centro de una tela de araña, de la que surgían todas las avenidas. ¿Pero estarían todas las escenas que se ocultaban tras sus puertas sacadas de experiencias del pasado, o habría en algunas imágenes del futuro?

Índigo se dirigió hacia la cuarta puerta. Se abrió, como las otras, sin hacer el menor ruido. Y más allá del umbral, en una oscuridad tan intensa que resultaba casi física, una enorme sombra vaga e informe se agitó.

El corazón le dio un vuelco y cerró la puerta a toda velocidad, al tiempo que se daba la vuelta y respiraba profundamente para tranquilizarse. No había visto nada con claridad, pero su imaginación se había desbocado, y las imágenes del Caminante Pardo y de otros innumerables e innombrables horrores afluyeron a su mente. Se dijo con firmeza que, al igual que todo lo demás en este lugar, no eran más que imágenes inofensivas, reflejos, y extendió la mano, decidida a dominar sus temores y abrir otra vez la puerta. Pero antes de que pudiera tocar el pestillo por segunda vez, una voz dijo a su espalda:

—Índigo...

Todos sus nervios estaban en tensión, y dio un violento respingo.

—¡Fran! ¡Por la Madre, me has asustado!

—Esti tiene algo que decirte —le dijo Fran con una débil sonrisa de disculpa.

Esti estaba de pie a poca distancia detrás de él. Su rostro tenía una expresión acobardada y confusa, y se retorcía las manos, Índigo se acercó a ella, y de repente la muchacha se sonrojó violentamente, y dijo de corrido:

—¡Índigo, lo siento! Si no hubiera sido por mi culpa, nada de esto habría sucedido, y para empezar, no nos habríamos separado y Fran me lo ha contado todo y comprendo por qué tenías que ponerme a prueba, y, ¡oh, al diablo! —Apretó los puños—. ¡Nunca he podido disculparme como es debido!

—Ni yo tampoco. —Índigo le sonrió, y sintió una tranquilizadora y muy bienvenida oleada de alivio—. Pero yo también lo siento, Esti. —Tomó la mano de la muchacha y ésta le devolvió el apretón—. ¿Amigas?

Esti asintió con la cabeza.

—El problema era —dijo la muchacha con voz forzada— que todo parecía muy *real.* Y luego cuando todo empezó a ir mal, y recuperé el juicio... bueno, Fran te lo contará. No puedo contarlo otra vez. Me siento como una idiota.

Índigo dirigió una rápida mirada a Fran y vio en su rostro la confirmación a sus suposiciones.

—No creo que ninguno de los dos tenga que explicar nada —le dijo a Esti—. La imagen tuya que fue enviada a engañarme fue un simulacro muy bien hecho... incluso me contó la verdad.

—Es algo sobrenatural —intervino Fran—. Es la misma historia que la falsa Esti te contó, casi con las mismas palabras.

Librodot

—Empiezo a sospechar que nuestro diabólico amigo posee un cierto sentido del humor, aunque eso sí: perverso —repuso Índigo; se volvió, e indicó en dirección a la pared—. Y me parece que ahora puede que tengamos que enfrentarnos a otro ejemplo de sus bromas. He visto por mí misma lo que hay detrás de esas puertas, y creo que está jugando a un nuevo juego.

Fran y Esti la escucharon con creciente interés mientras les describía las escenas que le habían mostrado las puertas. Abrieron otra vez las dos primeras puertas, para contemplar el jardín putrefacto y malsano y el bosque petrificado, y mientras Fran cerraba la segunda puerta, Esti preguntó:

—¿Qué hay de las otras? ¿Cuántas hay?

—No estoy segura —admitió Índigo—. He intentado contarlas pero no lo he conseguido nunca.

—Y cada una parece conducir a una parte diferente de esta dimensión. —Fran paseó la mirada a su alrededor, examinando toda la sala—. Me pregunto, ¿qué sucedería si intentásemos salir por una de ellas?

—No lo he probado —repuso Índigo con una risita seca.

—No. No; eso no sería sensato, ¿verdad? Al menos, no hasta que sepamos qué hay detrás de cada una.

Esti avanzaba hacia otra de las puertas, una que Índigo aún no había explorado, e Índigo le gritó:

—¡Ten cuidado, Esti! No creo que sean tan inocentes como parecen.

Esti vaciló y se volvió hacia ellos para decir:

—No lo sabremos hasta que lo probemos, ¿no? —Entonces sus ojos se abrieron desmesuradamente—. ¿Qué sucedería si... si papá y Cari estuvieran detrás de una de ellas?

«O Grimya», pensó Índigo involuntariamente, y el pensamiento fue seguido de una punzada de angustia. Habían sucedido tantas cosas desde aquel espantoso encuentro con la manada de lobos que apenas si había pensado en *Grimya.* ¿Pero estaría ella allí, ella y sus fantasmagóricos seguidores, detrás de una de las puertas? ¿Hechizada, y aguardando, y hambrienta?

No dijo nada cuando Esti abrió la siguiente puerta, pero cuando la muchacha lanzó un agudo grito de sorpresa, el corazón le dio un vuelco y se le puso la carne de gallina. Esti, no obstante, miraba al otro lado de la puerta con estupefacta fascinación en lugar de miedo, e Índigo se atrevió por fin a mirar.

No había lobos; ni el Caminante Pardo ni el Jachanine, ni ninguna otra monstruosidad que se arrastrara por la oscuridad. En lugar de ello, el panorama de detrás de la puerta se perdía en miles de kilómetros de nada, bajo un firmamento cubierto de frágiles estrellas. A sus pies, a una distancia que paralizaba la mente, un paisaje inquietante giraba despacio como una titánica rueda bajo capas de nubes, iluminado durante breves y explosivos instantes por rayos que se bifurcaban, violentos y silenciosos, por entre sus abrasadas colinas.

El vértigo se apoderó del estómago de Índigo y también de su sentido del equilibrio, y Eran gritó apremiante:—¡Esti! ¡Ciérrala otra vez, por nuestro bien!

La puerta se cerró de golpe, el vertiginoso panorama desapareció, y Esti se estremeció.

—¡Uff! —Meneó la cabeza como para despejarla—. Un paso al otro lado de esa puerta, y... —Hizo un muy expresivo gesto descendente con una mano.

—Tenemos un problema —dijo sombría Índigo—. Está claro que no conseguimos nada quedándonos aquí: pero ¿por qué salida optar?

Eran se encogió de hombros, al tiempo que examinaba la sala otra vez con detenimiento.

—Sólo hay una forma de saberlo, ¿no creéis? Tendremos que abrir cada una de las puertas y ver qué hay al otro lado. Hasta que lo hayamos hecho, no veo cómo podremos tomar una decisión.

Tenía razón e Índigo reprimió su irracional negativa a estar *de* acuerdo con él.

—Muy bien, muy bien. Empecemos con la que viene después de la que ha abierto Esti, y

Librodot

vayamos dando la vuelta.

Empezaron a recorrer el perímetro de la sala, mientras abrían una puerta tras otra. Algunas de las imágenes que encontraron detrás de las puertas eran reflejos de escenas que ya habían visto en aquel mundo diabólico: el páramo, los riscos sobre el río, los desiertos jardines; pero otras resultaban espeluznantes, aterradoras a veces. Una daba a un bosque; no el bosque inmóvil y silencioso que habían visto antes, sino a un lugar sombrío, exuberante y salvaje de enormes y estremecidas hojas, zarcillos que serpenteaban y punzantes espinas, erizados de feroz y primitiva vida propia. De aquellas profundidades que se agitaban furiosas surgían horrorosos sonidos, como si un millar de bestias deformes lucharan a muerte entre los árboles. Otra puerta se abrió para mostrar unas neblinas arremolinadas y asfixiantes, y un espectral sonido de cánticos, que parecían proceder de un lúgubre coro. Tras la siguiente se encontraron ante la nada: un vacío tan completo que retrocedieron deprisa con una nauseabunda sensación de sorpresa, y cerraron el portal sin dedicarle más que un breve vistazo. Una cuarta puerta les mostró un paisaje de impresionante belleza, bosques y colinas y arroyos bajo un suave sol, y sin embargo impregnado de una aureola de total e implacable maldad.

La búsqueda siguió incesante, imagen tras imagen, cada una diferente pero sin que ninguna les ofreciera la menor pista ni la menor esperanza; hasta que, cuando Índigo iba a abrir el pestillo de otra más, Fran la detuvo para decir:

—Espera un momento. ¿Cuántas hemos abierto? ¿Te acuerdas?

—Quince —respondió de inmediato Esti—: las he contado.

—Yo he contado dieciséis. —Índigo arrugó la frente—. O diecisiete..., no estoy segura.

—No; y yo he contado trece, que es otra cantidad diferente. —Fran dio un paso atrás y miró furioso a la hilera de puertas—. Antes, intentaste contarlas y no pudiste. ¡Me parece que esto es otro juego! Podemos dar vueltas eternamente, abriendo una puerta tras otra y encontrando siempre un paisaje diferente detrás de cada una.

Índigo y Esti se quedaron en silencio durante unos minutos. Esti empezó a contar las puertas, pero se dio por vencida con un enojado movimiento de cabeza.

—Creo que Fran tiene razón, Índigo. Podríamos seguir así hasta que la cabeza nos diera vueltas. Así pues —miró a su hermano con curiosidad—, ¿qué vamos a hacer?

—Tengo una idea —respondió Fran—, aunque no sé si conseguiremos algo que valga la pena. Abramos todas las puertas otra vez y dejémoslas abiertas. Veamos qué nos revela eso. Si algo está jugando con nosotros, eso puede obligarle a efectuar un nuevo movimiento.

—Vale la pena probarlo —asintió Índigo; se dirigió a la puerta que tenía más cerca, levantó el pestillo y la abrió de par en par.

Fran y Esti siguieron su ejemplo y empezaron a ir de puerta en puerta. A medida que las puertas se abrían, toda una cacofonía de sonidos dispares llenó la sala; el espantoso canto coral, las bestias monstruosas que luchaban en aquel bosque primitivo, suspiros, gemidos, los lejanos y resonantes aullidos de un vendaval, Índigo apretó los dientes con fuerza cuando los sonidos aumentaron de intensidad, asaltando sus sentidos; las palmas de sus manos estaban empapadas de sudor y deseó gritar pidiendo que se acallara todo aquel estrépito; pero se obligó a pasar de una puerta a otra sin detenerse, levantando un pestillo, y otro, y otro.

Y entonces llegaron a la última de las puertas, y cuando Fran la abrió, todos los sonidos cesaron al instante.

—¿Qué... ?

La sorprendida y truncada pregunta de Esti resultó chillona en el repentino silencio, Índigo miró a la puerta que acababan de abrir y vio que la escena que se desarrollaba al otro lado —una bandada de pájaros que volaban por un tormentoso cielo nocturno— permanecía inmóvil, como si el tiempo se hubiera detenido. Desvió la mirada rápidamente a las otras puertas abiertas, y vio lo mismo. Todo sonido y movimiento se había detenido; y de repente percibió una sensación de cambio inminente.

—¡Mirad! —La aguda exclamación de Esti la hizo girar en redondo.

En el extremo opuesto de la sala, entre dos de las puertas abiertas, había aparecido un tercer

Librodot

portal de mayor tamaño. Su superficie era negra, petrificada casi por el tiempo; y no tenía pestillo, ni se le veían bisagras.

—¡Ah! —Los ojos de Fran se iluminaron llenos de ansiedad—. ¡Ya pensé que algo así podría suceder!

Empezó a avanzar hacia la puerta, Índigo y Esti lo siguieron, y los tres se detuvieron ante ésta.

—No hay forma de abrirla —dijo, nerviosa, Esti.

—Empújala —le instó Índigo.

Fran extendió la mano. Pero antes de que pudiera tocar la puerta, ésta se estremeció, y los tres dieron un salto atrás al ver que el portal empezaba a abrirse solo. Se balanceó hacia atrás despacio, revelando una total oscuridad al otro lado, y Fran dio un cauteloso paso hacia adelante.

—No veo nada... creo que hay una habitación ahí, pero...

Y sus palabras murieron bruscamente cuando una luz de un blanco azulado llameó en la oscuridad.

Dentro de la luz había algo. Tenía forma humana... y cuando la deslumbrante luz se apagó dio un paso adelante, adoptando la figura de una criatura, descalza y ataviada con un simple tabardo, de ojos brillantes y con una aureola de cabellos plateados coronando su cabeza. Miró a cada uno de ellos por turno, luego su extraña mirada se clavó en Índigo.

La sangre había desaparecido del rostro de Índigo, dejándolo blanco como el papel. Sentía una sensación de náusea en la garganta, y contemplaba a la criatura que tenía delante con asombro y repugnancia.

El ser sonrió, mostrando unos agudos y feroces dientes de gato. Y Némesis, el peor de los enemigos de Índigo, la criatura creada de las profundidades más siniestras de su propia alma, dijo:

—Bienvenida, hermana. Te esperaba.

Librodot

CAPÍTULO 15

No era la voz de Némesis. La figura era la de la criatura, y también la sonrisa maligna, y la fría aureola que brillaba en torno a su delgada forma, pero la voz pertenecía a otro. Por el rabillo del ojo, Índigo vio los rostros perplejos de Fran y Esti que se volvían para mirarla, pero no podía hablarles, ni siquiera podía intentar comunicarse o explicar.

Entonces Némesis se desvaneció, y otra figura apareció en su lugar. La que la reemplazó hizo que sus compañeros dieran un brinco, pero para Índigo el segundo choque fue mucho mayor que el primero, y lanzó una exclamación ahogada. Ataviado con un manto que relucía con los colores de las hojas en primavera, el rostro enmarcado por cabellos rojizos, y los dulces ojos dorados llenos de pena, severidad y sutil intensidad, el emisario de la Madre Tierra, que tantos años atrás había enviado a Índigo en su larga y solitaria misión, le sonrió y dijo:

—Bienvenida, hermana. Te esperaba.

Las mismas palabras de Némesis... pero, al igual que con Némesis, el resplandeciente ser hablaba con la voz de otro.

Su propia voz.

—No —musitó Índigo con voz ronca—. ¡Tú no... *tú* no!

Empezaba a sentirse invadida por el pánico, sintió alzarse en el interior de su cabeza como un incontenible maremoto, y se echó hacia atrás, chocando con Fran, quien se había movido para ir a su encuentro.

—Índigo, ¿qué es eso? —exigió apremiante—. ¿Qué es esa criatura?

La muchacha sacudió con fuerza la cabeza, *incapaz* de responderle. Entonces Esti lanzó un chillido de miedo, y ambos, como respondiendo a un mismo impulso, volvieron a mirar hacia la puerta.

El emisario había desaparecido. En su lugar había una joven vestida *al* estilo tradicional de la corte de las Islas Meridionales. Las joyas centelleaban en sus dedos. Un cinturón de eslabones de plata rodeaba su cintura; llevaba un torques de plata incrustada de ágatas, y una corona adornada con esas mismas piedras. Sus cabellos, largos y sueltos, caían en brillante cascada de color castaño *rojizo* sobre sus hombros, y sus ojos eran de un vivido azul-violáceo. Aturdida, muda de asombro, Índigo se contempló a sí misma, no tal y como era ahora, sino como había sido en aquella otra vida perdida, cuando no era Índigo sino Anghara, princesa de las Islas Meridionales.

Fran y Esti estaban paralizados, sus ojos permanecían clavados en la aparición sin comprender lo que veían. La imagen sonrió, con cierta amabilidad pero a la vez con suave y arrogante malicia.

—Vaya, Índigo..., ¿me temes?

El sonido de su propia voz surgiendo de esta parodia fantasmal provocó que Índigo empezara a temblar, pero la cólera reemplazaba rápidamente al temor a medida que empezaba a comprender. La imagen se echó a reír.

—Sin duda a estas alturas ya sabes que reflejo tan sólo lo que veo en las mentes de los que penetran en mis dominios. ¿Qué hay, me pregunto, en lo que he sacado de tus más recónditos pensamientos que te asusta tanto?

Índigo expulsó muy despacio el aire que la sorpresa había bloqueado en sus pulmones, y con su salida floreció su creciente rabia. La confusión y el temor se evaporaron para convertirse en una ardiente brasa de desdén: comprendió que, por fin, tenía delante al demonio que había venido a buscar. Además, no se había equivocado: se trataba de un vampiro. Pero un vampiro que no sólo debía alimentarse de las vidas de sus víctimas sino también tomar su forma de entre la abundancia de recuerdos que encontraba en sus mentes, ya que carecía de forma propia.

—Tú —dijo despectiva, y vio cómo Esti y Fran le dirigían una rápida mirada, sorprendidos por la repentina autoridad de su voz—. Ahora ya sé lo que eres, y por qué te vistes con las

Librodot

imágenes de otros. No tienes el valor de mostrarte como realmente eres, ¿no es así? ¡Porque no eres *nada!*

—¡Índigo! —exclamó Fran.

Comprendió que Fran empezaba a darse cuenta también de la verdad que ella había descubierto, y vio cómo el muchacho se llevaba la mano a la empuñadura de su cuchillo al tiempo que seguía:

—Si éste es el demonio...

—Lo es. —Extendió una mano para detenerlo—. Pero no puedes matar una sombra; no así. —Su mirada se desvió hacia el fantasma que reproducía su imagen y sintió una insólita oleada de desprecio y de rabia de que un ser así se permitiera mofarse de ella adoptando su propia forma—. No puedes utilizar un cuchillo contra algo que carece de sustancia, que sólo puede adoptar las formas que usurpa a sus legítimos propietarios. —Dio un paso hacia adelante y observó con satisfacción que el demonio respondía con un prudente paso atrás—. ¿No es eso cierto, mi incorpóreo amigo? No puedes mostrarnos tu auténtica forma, porque no tienes ninguna. —Le sonrió con crueldad extrayendo un frío placer de su odio—. ¡Eres una cosa despreciable!

La imagen alzó los hombros ligeramente, e inclinó la cabeza a un lado en un gesto que le era muy familiar.

—¡Oh, sí! —repuso con suavidad—. Soy despreciable. Pero vivo. Y seguiré viviendo, desarrollándome a mi manera... a menos que puedas completar la tarea que has venido aquí a llevar a cabo, y me mates. —Los ojos violeta se alzaron hacia ella retadores—. ¿Crees que puedes hacerlo, Índigo? ¿O sucumbiréis tú y tus amigos ante mí al final, como ha sucedido con muchos otros?

—No puedes matarme —repuso Índigo.

—Cierto. Pero puedo retenerte. No existe salida de este mundo, a menos que yo decida crear una. Y aunque tú no puedas morir, tus compañeros son otra cosa. —Contempló pensativo primero a Esti, luego a Fran—. Tardo más en absorber la sustancia de aquellos que luchan que la de aquellos que se entregan voluntariamente; pero el sustento que ofrecen es mayor precisamente por eso. Al final consumiré a tus amigos. *Debo consumirlos,* como debo consumir todo lo que esté a mi alcance.

—*¿Debes?* —repitió Índigo con disgusto—. ¡No veo ningún *deber* en la desecación de las cosechas y las tierras de Bruhome ni en el aniquilamiento de almas inocentes!

—Representan vida —respondió el demonio—. Y si quiero vivir, debo consumir vida. —Lanzó un profundo suspiro—. Ojalá fuera de otra forma, pero no puedo cambiar lo inevitable.

Disgustada por aquella falsa pena, Índigo abrió la boca para lanzarle una furiosa réplica, pero antes de que pudiera hablar, Fran avanzó hacia ella. Rodeaba protector los hombros de Esti con un brazo; ahora deslizó el otro alrededor de Índigo y lanzó una furiosa mirada al demonio.

—¡No nos acobardarás! —declaró lleno de veneno—. ¡Y no te apoderarás de nuestras vidas, por muy invencible que digas ser! ¡Hemos venido aquí a destruirte... y lo haremos!

—¡Ah! —El demonio lo contempló afligido—. Ojalá pudieras, insignificante humano. Ojalá fuera posible; porque en la muerte podría liberarme de esta ansia que me consume. —La mirada violeta se deslizó ahora hasta el rostro de Esti, y el demonio adoptó una expresión conmovida—. Esti conoce mi soledad y mi sufrimiento. ¿Recuerdas, dulce Esti? ¿Recuerdas cómo compartiste el dolor de mi cara, y cómo te apiadaste de mí?

Y de repente, lo que tenían delante ya no era Índigo sino el triste y hermoso joven del estanque del páramo, el rostro pálido y frágil envuelto en la negra capa, los ojos hundidos llenos de anhelo.

Esti lanzó un terrible gemido y Fran la hizo girar para obligarla a desviar la mirada.

—¡Es suficiente! —dijo con ferocidad—. No nos engañarás, y no sentimos compasión por aquellos que son como tú. Sólo queremos una cosa de ti antes de que te matemos: queremos que nos devuelvas a nuestra familia y amigos. —Soltó a las dos muchachas y avanzó

Librodot

amenazador, la mano de nuevo sobre el cuchillo—. ¡Lo *exigimos!*

—Franqueza. —El demonio le dedicó una leve sonrisa—. Te pusieron un nombre muy apropiado, ¿no es así? Pero me temo que debo desilusionarte. No podría liberar a los tuyos, incluso aunque lo desease. Son míos ahora; y he de utilizar todo lo que es mío para alimentarme. —La sonrisa se ensanchó ligeramente y se volvió rapaz—. Mi hambre es interminable, y no puede verse saciada jamás. Cuando haya absorbido toda la vida de Bruhome y ya no quede nada, entonces deberé volver a buscar más vida. Debo tomar todo lo que haya, por insignificante que sea. Debo *alimentarme.*

—¡Vampiro! —escupió Esti—. *¡Sanguijuela* del averno!

—Sí, es verdad; pero también soy mucho más que eso, como Índigo sabe. —Los hundidos y relucientes ojos se volvieron hacia Índigo otra vez—. ¿Puedes darme un nombre, Índigo? ¿Puedes darle un nombre a aquel que posee el poder de contenerlo todo, y sin embargo no contiene nada? ¿Puedes llegar a los más recónditos rincones de tu mente, y decirme, desde las profundidades de tu propia experiencia, qué soy?

Índigo no respondió. Sus labios habían palidecido y estaban firmemente apretados, y los recuerdos bullían en su mente. Némesis, riendo. Muerte, carnicería y destrucción, mientras la Torre de los Pesares se desplomaba. Su familia muerta. Su novio, Fenran, torturado y encarcelado entre diferentes dimensiones. Y el emisario de la Madre Tierra cuya piedad estaba templada por una implacable voluntad...

—Sí. —El demonio rió entre dientes—. Me conoces, Índigo. Soy la *Desesperación.* Y la desesperación no duerme jamás, y ansia siempre una liberación que no puede conseguir.

Su intensa mirada resultaba hipnótica, y mientras el demonio hablaba, Índigo sintió cómo su mente le respondía con una oleada afín de desesperación. Comprendió la desolación de su existencia, la inutilidad, la futilidad de vivir eternamente, siempre hambriento, sin siquiera el frío consuelo otorgado por la promesa de una eventual muerte.

—Es una paradoja conmovedora, ¿verdad? —siguió el demonio con más dulzura—. Vivir eternamente sin la esperanza de la muerte. Yo no deseo otra cosa que morir, Índigo, ya que mi futuro es algo vacío sin nada que me alegre. Pero no se me puede matar. Ni tú puedes hacerlo; ni ningún ser vivo. Y así pues, debo continuar con mi triste vida, y sentir hambre, y alimentarme, y sufrir, por toda la eternidad.

Una terrible opresión se apoderó de los pulmones de Índigo mientras la empatía crecía en su interior. No había duda de que la situación de esta criatura poseía terribles paralelismos con la suya propia. Ella *conocía* la desesperación, y ya que la conocía podía compadecer al demonio, casi sentir lástima por él.

—¡No!

Desechó aquellos pensamientos con un terrible esfuerzo, y al borrarlos de su mente el odio regresó, redoblado al comprender que, de nuevo, el demonio la había atraído hacia aguas peligrosas, casi había conseguido seducirla para que se abandonase a su propio miasma de desesperada tristeza. Miró otra vez los hipnóticos ojos, pero esta vez los ojos de la muchacha eran duros y llameaban de rabia.

—¡Te mataré! —dijo rabiosa—. Habrá una forma, ¡y la encontraré!

El demonio suspiró, y les pareció como si las sombras empezaran a agolparse a su alrededor desde los rincones de la sala, aumentando la oscuridad. Esti miró nerviosa a su alrededor, y se acercó más a Eran.

—Inténtalo, te doy mi bendición —repuso el demonio—. Me alegraría de morir. Pero fracasarás.

Las sombras se intensificaron, y en la periferia de su visión Índigo vislumbró formas vagas que se agitaban entre ellas.

—No fracasaré. —Ahora su voz sonó despectiva, a pesar de que la creciente oscuridad y la repentina atmósfera claustrofóbica hacían que su pulso latiera desasosegado.

—¡Ah, pero sí que fracasarás! —La voz del demonio se volvió cortante—. ¿Cómo puede cualquiera de vosotros luchar contra un poder que saca su inspiración de vuestras propias

naturalezas sombrías? —Alzó una mano en un grácil gesto, luego la señaló con ella—. Recuerda tus propias palabras, Índigo. Todo lo que soy, y todo lo que contiene mi mundo, sólo puede adoptar las formas que usurpo a sus legítimos propietarios. Para triunfar sobre mí, primero debéis triunfar sobre vosotros mismos. ¡Resolved ese enigma, si podéis!

Algo gruñó detrás de ellos. Esti lanzó un grito, e Índigo se volvió encontrándose con un muro de revuelta oscuridad que atravesaba borboteante la sala. Negros zarcillos se extendieron hacia afuera para convertirse en manos que arañaban el aire con desesperación: entre las manos se agitaban sanguinarias matas de espinos; y un torbellino de rostros humanos que gritaban en silencio se retorcían y daban vueltas en medio de la negrura; atrocidades deformes, babeantes lobos de ojos asesinos.

—*¡Tus* tinieblas, Índigo! —gritó el demonio en tono burlón—. ¡*Las tuyas!*

Ululante, monstruoso, llenando la sala con su siniestra presencia, el Caminante Pardo surgió de las tinieblas. Y con él apareció un gusano enorme e hinchado con la cabeza de un búho, y detrás del gusano se tambaleaba un gigantesco y grotesco troll que Índigo supuso no podía ser otra cosa que el Jachanine. Horrores de la mitología de su país y de las leyendas de los compatriotas de Fran y Esti, extraídos de las profundidades de sus mentes y de sus recuerdos y dotados de una espantosa apariencia de realidad al tiempo que comprendían la veracidad del reto del demonio.

Esti empezó a gemir con una voz aguda e histérica y el sonido hizo que los tensos nervios de Índigo amenazaran con estallar. Cerró los ojos, mientras sentía cómo el terror se apoderaba de ella avasallador, e intentó desesperadamente controlar aquella violenta oleada, canalizar su energía, imponer su fuerza de voluntad sobre el poder del demonio...

Un grito ronco resonó en la sala e Índigo abrió los ojos de golpe a tiempo de ver a Fran que se arrojaba contra la negra masa en un arranque de furia y miedo. Había sacado el cuchillo de su funda, y acuchillaba y golpeaba la efervescente oscuridad como un demente.

—*¡Matadlos!* —aullaba como un poseso—. Eliminadlos, hacedlos pedazos: ¡no existen! ¡Nada existe en este infierno excepto nosotros..., nosotros somos reales, ellos sólo son fantasmas!

Dedos negros surgieron de entre la neblina para sujetarlo e inmovilizarlo, y él los golpeó con la mano libre, destrozándolos y arrojando sus humeantes restos al suelo. El remolino se replegó y retorció sobre sí mismo como una enorme bestia ignorante que percibiera vagamente el peligro, y los alaridos de Fran adoptaron un timbre fanático y triunfante.

—¡Ayudadme! ¡Ayudadme y podremos *matarlo!*

La parálisis que dominaba a Índigo se hizo añicos ante el estímulo de la voz del muchacho, y ella y Esti lanzaron a la vez un grito de desafío, al tiempo que sacaban sus cuchillos, y se precipitaban contra aquel horror, acuchillando con furia la oscuridad. El muro se replegó de nuevo, y luego empezó a derrumbarse. Las deformes figuras, tanto humanas como monstruosas, se fundieron en un caos de rostros que chillaban y brazos que se retorcían; del centro de la oscuridad se elevó un aullido, una miríada de voces en espantosa disonancia, Índigo aulló en respuesta, descargando todo el odio, el desafío y ferocidad que hasta aquel momento habían permanecido bloqueados en su interior, y la demencial escena dio un vuelco y parpadeó cuando, durante unos aturdidores momentos, le pareció que veía a través de otros ojos que no eran los suyos. Ojos plateados, que brillaban vengativos; ojos de suave fulgor dorado, remotos y objetivos: los ojos ambarinos de un lobo en pos de su presa...

De repente, un trueno resonó en la sala, y todos los demás sonidos quedaron ahogados por su fragor. Las losas bajo los pies de Índigo se agitaron, se arquearon hacia arriba, y toda la escena estalló en una erupción de luz mientras era arrojada de lado para aterrizar con terrible fuerza sobre el suelo. Los oídos le zumbaron bajo el eco del trueno; la negra pared que se alzaba ante ella pareció fundirse en una columna que giraba como un tornado...

Se encontró debatiéndose sobre el suelo, intentando ponerse en pie mientras un silencio siniestro y total aferraba la sala en un puño de hierro.

Muy cerca de ella, alguien dijo, en una voz demasiado forzada para ser reconocida:

Librodot

—Que la Diosa nos proteja...

El miasma desapareció, e Índigo abrió los ojos.

La nube negra había desaparecido. La sala estaba vacía, silenciosa, totalmente tranquila. Las puertas y el demonio se habían desvanecido, y en su lugar había unas paredes mohosas y agrietadas que se abrían a la ciega mirada de un firmamento frío e indiferente. Las viejas piedras brillaban con el frío nácar de la desintegración, y enormes grietas hendían la estructura de las paredes por entre las que se colaban las exuberantes y codiciosas ramas de retorcidos árboles. Con un sonido hueco en medio del silencio, le llegó el continuado e incesante gotear de agua sobre pedernal, y bajo su cuerpo el suelo se agitó perezoso, empapado de una humedad estancada.

Unas manos se cerraron sobre sus antebrazos y tiraron de ella hacia arriba, rompiendo el hechizo que la inmovilizaba. Percibió la cercanía de Fran, oyó cómo Esti murmuraba una sentida imprecación, y vio sus ojos al igual que los ojos asustados de la presa de un cazador, aturdidos e indecisos en la silenciosa penumbra.

Una voz apenas audible les habló como si surgiera de otro mundo.

—Vuestro valor os honra. Pero es inútil. Todo será lo mismo, al final.

Al otro extremo de la sala quedaba todavía una puerta, que se balanceaba sobre oxidadas bisagras. Una sombra nebulosa se sentaba ante la puerta en un sillón medio podrido de madera petrificada que apenas se distinguía bajo una capa de moho. Aunque la sombra carecía de rostro, tuvieron la impresión de que el demonio sonreía.

—Una partida del juego, amigos míos. O, como la Compañía Cómica Brabazon quizá preferiría denominarlo, una escena de la obra; y habéis representado vuestros papeles de una forma digna de elogio. ¿Qué otra diversión podría idear ahora?, quisiera saberlo...

—¡Al infierno con tus diversiones! —gritó Fran furioso—. ¡Libera a mi padre y a mi hermana!

—¡Ah, sí! Claro. —La sombra se estremeció como si riera en silencio—. Como he dicho antes, no lo haré, y tampoco puedo hacerlo. Pero habéis despertado mi interés, Franqueza Brabazon; tú y tus compañeros de actuación. ¿No es eso lo que deseáis de vuestro público cuando subís al escenario? Me divertís. Me entretenéis. Y a lo mejor dará un pequeño respiro a mi eterna aflicción el continuar con este juego un poco más. —La nebulosa figura se levantó del sillón—. Pensáis que podéis destruirme. Estáis equivocados; pero quizá, mientras persistís en vuestro inocente error, yo podré idear alguna diversión que conduzca nuestro pequeño drama a un satisfactorio acto final. —Una mano oscura y vaga se elevó en el aire, e indicó en dirección a la deteriorada puerta—. Tras este portal se encuentra un sendero que os conducirá hasta vuestros amigos. *Todos* vuestros amigos. —El énfasis no dejaba lugar a dudas, e Índigo percibió con un gélido escalofrío que el demonio la miraba fijamente a ella mientras hablaba—. Es un sendero peligroso, pero sin duda estáis bien preparados para el peligro. Y mientras os enfrentáis a lo que hay allí, y aprendéis o sufrís a causa de lo que encontréis, la modesta distracción de seguir vuestro avance animará un poco mi desdichada existencia.

—¡No somos tus juguetes! ¡Ni lo seremos! —le espetó con furia Índigo.

—Oh, pues claro que sí. Ya que yo prepararé la escena como me plazca, y vosotros seréis mis actores, con la supervivencia como recompensa en lugar de unas monedas. Aquel que posee la bolsa más llena es el amo de la celebración: ¿no es ésta la piedra de toque de vuestra profesión? Y mi bolsa está más llena que la de ningún otro señor que hayáis tenido.

Esti apretó los puños hasta que sus uñas se clavaron con fuerza en las palmas.

—¡No vamos a ser tus juguetes! Ser monstruoso, engendro de víbora... ¡no lo seremos! —Escupió en dirección al sillón como una gata enfurecida, pero el escupitajo lo alcanzó.

—Esa elección es vuestra —repuso con indiferencia el demonio—. Podéis seguir el sendero que os ofrezco, o podéis quedaros aquí hasta que os convirtáis en una ruma como las paredes que os rodean. Escojáis lo que escojáis, nos volveremos a encontrar antes de que haya pasado mucho tiempo. Y ahora, os dejaré para que discutáis vuestra decisión. —Hizo una pausa—. Una última palabra de advertencia. Los lobos tienen dientes. —Su espectral figura se

estremeció como si, de nuevo, riera en silencio—. Os digo adiós ahora, por el momento.

El medio podrido sillón se desvaneció. Durante un instante la oscura y enjuta figura permaneció allí de pie, solitaria; luego, como humo arrastrado por la suave brisa, se estremeció, su forma se disolvió, y desapareció.

Se produjo un largo y tenso silencio. Por fin, Eran lo rompió con un explosivo y grosero juramento.

—Bien —dijo Esti con ferocidad mientras la tensa atmósfera se suavizaba ligeramente—. ¿Qué vamos a hacer?

Índigo contemplaba en silencio la semidesmoronada puerta, y fue Eran quien respondió:

—Creo que tenemos que ir —dijo—. Si no nos estaba mintiendo, y existe una posibilidad de encontrar a papá y a Cari, debemos intentarlo. La Madre sabe bien que es una insensatez, ya que tendremos que bailar a su repugnante son, pero no se me ocurre otra posibilidad.

Esti, más calmada de su anterior postura desafiante, asintió con la cabeza y miró a Índigo con inquietud.

—¿Índigo? ¿Qué opinas? —le preguntó.

Todos vuestros amigos, había dicho el demonio. Y: *los lobos tienen dientes...* Índigo reprimió sus lúgubres pensamientos, y clavó sus ojos en los de Esti.

—Estoy de acuerdo —repuso—. No tenemos otra elección posible.

Recogieron las escasas pertenencias que aún les quedaban en abatido silencio, y finalmente, aunque ninguno tenia demasiadas ganas de hacerlo, se volvieron en dirección a la puerta.

Fran extendió la mano y la tocó. Las bisagras crujieron... Entonces, de repente, toda la estructura cedió, la madera se resquebrajó, se hizo pedazos, convirtiéndose en astillas y polvo, para revelar el nuevo paisaje situado al otro lado.

Un pálido sendero polvoriento se iniciaba ante la puerta, bajo el mismo firmamento uniforme, sin estrellas y apenas iluminado que había flotado sobre el páramo y los jardines. A un lado del sendero se alzaban oscuras colinas con un silencioso aire de amenaza, al otro las tierras bajas se perdían en dirección a un vago horizonte, salpicadas aquí y allá por zonas más oscuras que podrían ser zonas de bosques.

—El sendero del páramo —musitó Esti.

Era una réplica perfecta del sendero de vacas que llevaba a Bruhome; el mismo sendero por el que las carretas de la Compañía Cómica Brabazon habían rodado para cumplir con su malhadado compromiso de asistir a las Fiestas de Otoño, Índigo imaginó la diversión del demonio ante tan irónica burla; pero prefirió no considerar lo que podría ocultarse tras estas negras colinas y valles donde, en el mundo real, debía de estar Bruhome.

No dijo nada, se acomodó mejor el arpa al hombro y, mientras intentaba ignorar la sensación de mal presagio que se adueñaba de ella como la amenaza de unas terribles fiebres, pasó por encima de la destrozada puerta y cruzó el arco. Fran y Esti la siguieron, sin hablar; en el mismo instante en que sus pies se posaron sobre el polvo y la grava del camino se escuchó una especie de ahogada aspiración, y se volvieron para mirar a sus espaldas.

El portal en forma de arco y la sala en ruinas habían desaparecido. Tras ellos, la carretera se perdía bajo el cielo desierto, blancuzca y despidiendo un leve fulgor hasta doblar un recodo de los oscuros páramos y perderse de vista.

Siguieron sin decir nada, pero en la silenciosa penumbra Esti extendió su mano y tomó la de Fran, oprimiendo sus dedos. Fran no supo si el gesto quería tranquilizarlo a él o a ella; pero le devolvió la presión antes de que, el uno junto al otro, empezaran a recorrer el sendero detrás de Índigo.

CAPÍTULO 16

—Está llorando —dijo Esti en voz baja.

—Lo sé.

Fran no quería mirar al lugar donde estaba sentada Índigo de espaldas a ellos, al otro extremo de la reducida extensión de hierba. Había visto cómo se estremecían los hombros de

Librodot

la muchacha, aunque ésta intentaba ocultarlo, y se sentía a la vez violento y desconcertado. Éste no era el comportamiento propio de la Índigo que él había creído conocer tan bien, y no sabía cuál era la mejor forma de reaccionar.

—Fran, uno de los dos ha de ir a hablar con ella —insistió Esti—. Después de lo sucedido en la sala, de lo que vimos...

—¡Maldita sea, ya lo *se!* —Su voz era un furioso susurro, entonces vio cómo su hermana hacía una mueca—. ¡Oh, por la Diosa, no empieces también tú! ¡Con una ya es suficiente!

—No lloro —le replicó con fiereza Esti—. Simplemente estoy preocupada. Muy preocupada, si realmente te interesa. Apenas si ha dicho una palabra en todo el tiempo que llevamos caminando, y ahora, cuando nos detenemos a descansar, se comporta como si nosotros no existiéramos. —Sus preocupados ojos verdes se clavaron de nuevo en la espalda de Índigo—. Creo que sabe lo que le sucedió, y que nosotros lo vimos; y ahora no sabe qué hacer. Hemos de tranquilizarla; pero al mismo tiempo hemos de averiguar qué está pasando.

—Muy bien —dijo Fran, agitándose incómodo—, entonces ve a preguntarle, ya que estás tan ansiosa.

—No. Creo que deberías ir tú. Y ya sabes por qué.

—¡No seas estúpida! —Le dirigió una rápida mirada ofendida—. No sabes de lo que hablas.

—Oh, claro que sí. Lo que pasa es que te avergüenza admitirlo. —Esti se interrumpió para contemplarlo con perspicacia—. Si yo estuviera enamorada de alguien, y viera a esa persona en un apuro, no me quedaría ahí sentada como una tonta sin hacer nada.

Fran abrió la boca para replicar, pero la volvió a cerrar. La verdad era que no podía negar las palabras de su hermana: pero su resistencia se derivaba del hecho de que se sentía perdido por completo. Durante la larga caminata, que los había llevado a través del páramo sin, de momento, el menor signo de que se acercaran al final de ésta, tanto él como Esti habían estado demasiado pendientes de cualquier señal de peligro como para haber tenido muchas oportunidades de charlar. Pero el intercambio ocasional de miradas había sido más que suficiente para decir a ambos que sus pensamientos giraban en torno al mismo tema; y ahora sabían que ya no podrían eludirlo por mucho más tiempo.

En la sala en ruinas, cuando el demonio había hecho aparecer aquella nube negra de ilusiones para derrotarlos, Índigo se había *transformado.* La transformación había sido rápida, breve y los había dejado demasiado aturdidos para captar más que una mínima impresión de lo sucedido, pero ambos habían reconocido a la criatura de ojos plateados que había surgido de la última puerta para darles la bienvenida en tono burlón, y al extraño y turbadoramente hermoso ser de ojos dorados. Ambas criaturas, lo recordaban bien, habían llamado *hermana* a Índigo, y el recuerdo les producía escalofríos. Pero, por último y para acabarlo de empeorar, se había producido una tercera metamorfosis: por un aterrador instante, mientras la nube negra se arrojaba contra ellos, Índigo se había convertido en un lobo. Podría haber sido cosa del demonio, otro truco para desconcertarlos, pero de alguna forma ni Fran ni Esti lo creían. La verdad estaba en otra parte, y sus implicaciones, que de momento quedaban fuera de su comprensión, los acobardaban. Los sentimientos de Fran por Índigo aún complicaban más las cosas, y ahora que veía su desconcierto Esti comprendió por qué se sentía tan reacio a enfrentarse a Índigo y exponerle sus preocupaciones.

—Lo siento —dijo al tiempo que se sentaba sobre los talones y exhalaba un suspiro de contrición—. No ha sido muy delicado.

—No obstante, tienes razón. —Se dedicó a destrozar un tallo de hierba—. Alguien debería hablar con ella, y debería ser yo.

—Si la amas, sí. —Una pausa—. ¿La amas?

El muchacho se encogió de hombros, molesto, y el rostro se le enrojeció.

—Ésa no es la cuestión, ¿no es así? —Rápidamente, antes de que ella pudiese ver la expresión de su cara, se puso en pie—. Muy bien. Le preguntaré.

Esti lo observó mientras, intentando parecer despreocupado, Fran se acercaba al lugar

Librodot

donde se sentaba Índigo. Sentía lástima por su hermano, ya que a pesar de que era dos años mayor que ella, sabía que era mucho más ingenuo, y por lo tanto mucho más vulnerable, cuando se trataba de asuntos del corazón. Esti podía ser igual de inexperta, pero un sólido núcleo de pragmatismo —falta de sensibilidad, la atormentaban sus hermanas— se ocultaba bajo sus románticas inclinaciones y se había jurado hacía tiempo que jamás haría algo tan tonto o doloroso como perseguir un amor imposible. Fran, por el contrario, no poseía tal defensa e Índigo era la primera mujer por la que había sentido algo más que un interés pasajero. Si se detenía a pensarlo, sabía que sus esperanzas eran inútiles; Índigo amaba a otro, y aun cuando aquel amor hubiera quedado para siempre fuera de su alcance, ella no sentía lo mismo que Fran y jamás lo haría. Pero Fran seguía soñando, y en los sueños no había lugar para la razón.

Fran estaba sentado ahora junto a Índigo, y ambos hablaban. Esti suspiró con tristeza; se volvió de espaldas a ellos y fijó los ojos en el negro páramo. No podía oír lo que decían, y no quería ser indiscreta; lo mejor era guardar silencio y dejar que Fran resolviera aquello como le pareciera más conveniente. Intentó encontrar algo de interés entre los negros pliegues de las colinas, pero no había nada; ni siquiera alguna roca que los elementos hubieran erosionado hasta darle una forma fantástica, como hubiera sido el caso en el mundo real. No se veía ni una oveja, ni una liebre, ni un pájaro. El terreno estaba totalmente silencioso y vacío, y tras la burlona advertencia del demonio sobre los peligros del camino, Esti desconfiaba de aquel vacío. Recordaba demasiado, pensó, a la calma que precede a la tormenta.

Un sonido a su espalda le hizo dar un brinco, y al volver la cabeza vio que Fran se acercaba a ella con Índigo algunos pasos más atrás. —Esti.

Fran se agachó junto a su hermana. Sus ojos, observó ésta sorprendida, brillaban de excitación reprimida, y la muchacha dirigió una furtiva mirada a Índigo. Su expresión era más solemne, pero el mismo brillo vehemente apareció en sus ojos cuando sus miradas se encontraron. —Se lo dije. —Fran no se preocupó de los preámbulos—. Le dije lo que vimos allá en la sala, y... bueno, creo que lo mejor es dejar que la misma Índigo lo diga.

—No lo sabía. —Índigo se sentó sobre la hierba. Las lágrimas habían desaparecido ahora, aunque sus ojos mostraban unas reveladoras huellas rojas—. Recuerdo que me sentí desorientada de repente... sucedió varias veces, como si por un momento viera a través de los ojos de otra persona. Pero las transformaciones... no me cii cuenta de ellas; ¡no tenía ni idea!

—Esti, ¿no ves lo que esto significa? —Fran apenas si podía contener la excitación—. No fue cosa del demonio, fue cosa de Índigo: ¡aunque ella no lo supo entonces, fue ella la que *deseó* que los cambios ocurrieran! ¡Si puede hacer eso..., si puede conseguir que la veamos bajo otra apariencia... entonces imagina lo que eso significa con respecto a este mundo, y cómo podemos manipularlo!

Los ojos de Esti se abrieron de par en par al darse cuenta con más claridad de lo que aquello significaba.

—¡Tu mano! —dijo a Índigo—. La quemadura que se curó. Y la música: la forma en que conseguiste que el arpa y la flauta funcionasen...

—¡Y tantas otras cosas! —la interrumpió Fran—. Siempre hemos sospechado que era posible influir sobre las cosas aquí, si conseguíamos desearlo en la forma apropiada. Pero esto... —Sacudió la cabeza asombrado—. ¡Creo que podemos hacer cualquier cosa! ¡Crear artilugios, criaturas, incluso gente!

—¡Crear *ilusiones!* —lo corrigió Índigo—. No olvides eso, Fran. No podemos hacer aparecer a Cari o a vuestro padre, a pesar de que sí podemos hacer surgir sus imágenes. Pero —continuó, dirigiéndose ahora a Esti—, en este mundo todo es una ilusión. Así pues, ¿puede una espada fantasma matar a un atacante fantasma? Yo creo que sí.

—¡Y el fuego fantasma puede quemar si queremos, y también se puede montar a un caballo imaginario! —intervino Fran—. ¡Todo lo que tenemos que hacer es lograr que suceda!

Esti paseó la mirada del uno al otro. Empezaba a verse contagiada por la excitación; pero en lo más profundo de su mente se agitaba una persistente inquietud. Era algo insignificante,

Librodot

pero la preocupaba, y creía que debía mencionarlo.

—Comprendo lo que me decís —dijo, y vio cómo Fran arrugaba la frente al percibir la nota cauta de su voz—, pero... Índigo, cuando el demonio apareció ante nosotros por primera vez, adoptó dos formas: la de aquella horrible criatura de los ojos plateados, y la otra figura, como un espíritu arbóreo. Y cuando tú te transformaste, tomaste esas mismas formas. ¿Qué son?

—¿No es evidente, Esti? —interpuso Fran antes de que Índigo pudiera contestar—. El demonio sacó esas imágenes de la mente de Índigo: probablemente pertenecen a las leyendas de las Islas Meridionales, pero eso no importa; lo que sean no es importante. Esa cosa sencillamente las encontró y las utilizó. Eso hizo que Índigo las recordará, y de este modo cuando deseó cambiar de forma, inconscientemente intentaba pagar al demonio con la misma moneda.

Tenía sentido. Esti asintió despacio.

—Y el lobo —dijo la muchacha—, *Grimya;* claro. —Miró a Índigo comprensiva—. Pensabas en la pobre *Grimya.*

Índigo clavó los ojos en el suelo por entre sus tobillos cruzados, y no respondió.

—Esa cosa incluso intentó burlarse de ella adoptando su rostro —siguió Fran—. Pensó que podría desconcertarla si se veía a sí misma pero vestida como otra persona... ¡Oh, es *patético!*

—No menosprecies al demonio —repuso Índigo en voz baja, levantando la cabeza—. Puede que de momento no haya conseguido frustrar nuestros planes, y puede que involuntariamente nos haya mostrado la forma de utilizar un arma de vital importancia. Pero la representación no ha terminado aún.

—Cierto. —Fran le dedicó una sonrisa—. Pero sabemos quiénes son los héroes, ¿no? Y los héroes siempre ganan. Esa es la regla principal del repertorio de la Compañía Cómica Brabazon. —Levantó los ojos hacia la uniforme oscuridad de hojalata del cielo, y alzó la voz hasta convertirla en un grito—. ¿Me oyes? ¡Los héroes siempre triunfan!

Se prepararon para seguir adelante. Mientras se cargaban los bultos a la espalda. Esti se acercó en silencio a Índigo y, en voz muy baja para que Fran no pudiera oírla, preguntó:

—Índigo..., ¿por qué llorabas? ¿Era por *Grimya ?*

Índigo la miró, contempló la inocente pero genuina preocupación que se pintaba en sus ojos verdes. Había tantas cosas que ni Esti ni Fran sabían...; tantas cosas que les ocultaba porque revelarlas sería poner demasiado a prueba su credulidad y volverlos desconfiados. La verdad era que había llorado porque el demonio, al recordarle tanto a Némesis como al emisario de la Madre Tierra, y mostrársele tal y como ella había sido en una ocasión, la había puesto delante un espejo que reflejaba una horrible verdad. No era de extrañar pues que, en un momento de crisis, esas imágenes surgieran de nuevo en su mente y la hubieran transformado ante los ojos de sus amigos. Y tampoco resultaba extraño que, al intentar subconscientemente escapar de lo que ellas representaban, buscara refugio, como ya lo había hecho antes, en la forma de un lobo.

Esti y Fran nada sabían de todo esto: nada de aquel talento natural escondido e impredecible, que *Grimya* había descubierto de forma casual una noche muchos años atrás, y que permitía a Índigo cambiar tanto su forma física como su conciencia por la de una loba. Había transcurrido mucho tiempo desde la última vez que tuvo que recurrir a este poder; pero siempre había sabido que estaba allí, latente pero aguardando, y los trucos del demonio habían acabado por sacarlo violentamente del inconsciente a la realidad.

No podía explicárselo a sus amigos. No podía hablarles de aquellas espantosas y agobiantes sensaciones, ni del auténtico significado que se ocultaba tras la jugarreta del demonio. Era algo demasiado profundo, demasiado aterrador. No lo comprenderían; y no era justo pedirles tal tipo de comprensión. Era mejor que dejara que sacasen sus propias conclusiones, y que su inocencia, que tanto les envidiaba, siguiera sin mácula.

—Sí —dijo por fin en respuesta a la pregunta de Esti—. Lloraba por *Grimya.*

Librodot

Llevaban ya rato pensándolo, pero fue Fran quien por fin rompió el silencio para expresar su pensamiento en voz alta. Habían andado bastante desde que se detuvieran a descansar, cada uno preocupado, cada uno consciente, como le había sucedido a Esti antes, de que su viaje resultaba sospechosamente tranquilo de momento si se tenía en cuenta la advertencia del demonio. El silencio y la aparente falta de peligro los había conducido, de forma separada pero por rutas paralelas, a la conclusión de que el peligro que les aguardaba no estaba en el desierto páramo, sino delante de ellos, al final del sendero.

Cuando Fran pronunció sus nombres, tanto Índigo como Esti levantaron la cabeza, sacadas por sorpresa de su ensoñación por la inesperada llamada.

—¿Verdad que os dais cuenta de que si este sendero en realidad es el mismo que existe en el mundo real, Bruhome está a menos de medio kilómetro de distancia ahí delante?

—¿Estás seguro? —Esti aflojó el paso; tenía el rostro tenso.

—Del todo. —Fran indicó una estribación rocosa que penetraba en la carretera un poco más adelante, y la obligaba a torcerse para evitar el obstáculo—. Ése es el Morro del Carnero. En cuanto doblemos el recodo, tendremos el puente que cruza el río justo delante. —Hizo una pausa—. ¿Quiere alguien adivinar lo que podemos encontrar?

Esti desvió la mirada del risco con un escalofrío, e Índigo dijo:

—Apostaría que problemas.

—Eso pienso yo. —Fran escudriñó el páramo con una rápida mirada—. Todo ha estado demasiado tranquilo para esperar algo bueno, ¿no creéis? No dejo de preguntarme qué nos aguarda. No se me ocurre nada agradable.

—No hay duda de que esto es lo que desea el demonio —repuso Índigo—. Cuanto más tiempo tengamos para esperar alguna nueva maldad, más nerviosos nos pondremos.

—No creo que nos vaya a suceder nada hasta que lleguemos a Bruhome —intervino Esti—. O hasta que lleguemos a donde debería estar Bruhome. Pero lo que no ceso de preguntarme es ¿qué encontraremos cuando lleguemos allí? Y no estoy muy segura de querer averiguar la respuesta.

—Sé cómo te sientes, —Índigo le dedicó una comprensiva mirada—. Pero ahora no podemos dar la vuelta.

—¡Oh, ya lo sé! Es sólo que desearía estar... mejor preparada, quizás. —Esti juntó ambas manos y las balanceó de un lado a otro, como si empuñara un imaginario bastón—. Mamá tenía aquel viejo bastón de madera de endrino, ¿recuerdas, Fran? Siempre decía que romper cabezas era mejor que apuñalar tripas si había una pelea. Ojalá tuviera ese bastón ahora.

—Podrías crearlo —le dijo Fran.

—No, no puedo. Lo he intentado, pero no ha sucedido nada. —Esti sonrió pesarosa—. Saber que puede hacerse es una cosa; pero hacerlo es otra, al parecer.

Fran intercambió una mirada con Índigo, y aquella simple ojeada fue suficiente para decir a ambos que no era Esti la única que fracasaba en el intento, Índigo pensó que de nada servía preguntar a Fran qué era lo que había intentado hacer aparecer en este mundo lleno de ilusiones, y tampoco servía de nada catalogar sus propios vanos intentos.

—Quizá lo intentamos con demasiada fuerza..., demasiado conscientes de lo que hacemos. —Alzó ligeramente los hombros—. Sospecho que se precisa más que un simple deseo.

—¿El estímulo del miedo? —sugirió Fran.

—Eso, o el dolor, o algo parecido. Al menos hasta que hayamos aprendido un poco más de lo que sabemos de momento. Es la diferencia, ¿no es así?, entre querer e imponer la fuerza de voluntad.

Le pareció que Fran comprendía; aunque Esti por su parte estaba dubitativa.

—Yo no veo que exista ninguna diferencia —dijo la joven pelirroja—. Si quieres que algo suceda, quieres que suceda y eso es todo. No; creo que soy yo. —Levantó la mano y se la mostró—. Después de todo, Índigo, tu quemadura se curó; la mía sigue... —Su voz se apagó.

—*¿Cuándo hiciste eso?* —preguntó Fran, contemplando los dedos intactos de la muchacha.

—Yo... pero si yo no... —Esti los observó con atención, asombrada—. Pero...

—Pero lo hiciste —intervino Índigo—. Dime, Esti: mientras andábamos, ¿notabas si te dolía la mano?

—Sí. La sentía dolorida, de la forma en que duelen las quemaduras cuando empiezan a cicatrizar, y me molestaba muchísimo...

—¿Y deseaste que se acabara de una vez?

Esti asintió.

—El estímulo del dolor —repuso Fran con suavidad.

—Pero yo no intenté... —protestó Esti.

—No. Pero lo *deseaste* —dijo Índigo—. Ahí está la diferencia entre el fracaso *y* el éxito. Fran tiene razón; es preciso un estímulo.

Fran miró por encima del hombro hacia el Morro del Carnero, y el camino que se curvaba a su alrededor en dirección a su desconocido destino.

—Puede que tengamos estímulos suficientes cuando tomemos esa curva y descubramos lo que nos aguarda tras ella.

—No digas eso —protestó rápidamente Esti—. ¡Si sé que tengo que volverlo a hacer, nunca conseguiré hacerlo!

—Bueno, de nada sirve esperar una caída antes de que suceda. —Mientras hablaba, Índigo tomó el arpa que pendía de su hombro, al tiempo que contemplaba pensativa la carretera—. Toquemos algo hasta llegar a Bruhome. Después de todo formamos parte de la Compañía Cómica Brabazon... y le demostraremos al demonio lo que pensamos de sus intentos por intimidarnos.

Personalmente, dudaba de que el demonio, o lo que fuera que pudiera acecharlos, se dejara influir por una bravata; pero lo hacía con la intención de cambiar el estado de ánimo general por otro más animado y positivo, y sintió un gran alivio al ver que los ojos de Esti se iluminaban fervorosos.

—*La Vieja Yegua Coja* —anunció Esti—. ¡Y yo bailaré!

—La favorita de papá —sonrió Fran; entonces su expresión cambió y miró a Índigo inquieto—. ¿Crees que... papá y Cari? Si existe una imagen de Bruhome ahí delante, ¿crees que ellos pueden estar ahí?

—Si están, nos oirán llegar —dijo Esti con energía—. ¡Vamos, Fran! ¡Toca!

Índigo le sostuvo la mirada a Fran, comprendiendo que el muchacho pensaba en la mujer del páramo. También ella temía lo que pudieran encontrar, pero si era eso lo que debían encontrar no podrían posponerlo eternamente. Meneó débilmente la cabeza, advirtiéndole que no dijera nada a Esti, y por fin el muchacho alzó los hombros en un leve encogimiento.

—Muy bien. —Sacó su flauta—. Cuando quieras.

Esti avanzó unos pasos dando saltitos y empezó a batir palmas en un alegre son de marcha. Los dedos de Índigo se posaron sobre el arpa y dejó que la melodía, con su entrecortado ritmo para imitar el andar de una yegua coja, tomara forma en su mente. Una pausa y un titubeo, y uno, dos, *tres* en tiempo descendente y...

El arpa y la flauta empezaron a sonar a la vez, y Esti lanzó un alarido de triunfo al tiempo que efectuaba una pirueta en el aire, se posaba en el suelo sobre los talones e iniciaba la cómica danza. La muchacha se fue acercando hacia el risco que ahora se *alzaba,* ante ellos entre saltos y giros al ritmo de la música que resonaba ahora por el páramo como un furioso desafío, Índigo pensó, dejando volar la imaginación de repente, que parecía un espíritu del páramo surgido de cualquier leyenda, y que resultaría fácil imaginar a toda una hueste de míticos celebrantes revoloteando a su alrededor y acompañándola en su danza...

—¡Ah!

La sorpresa le hizo dar un acorde falso, y Fran levantó los ojos asustado, al tiempo que se sacaba la flauta de los labios para exclamar:

—¿Qué... ?

—¡No pasa nada! ¡Sigue tocando!

Índigo recuperó con un esfuerzo su autocontrol y se inclinó otra vez sobre el arpa. La visión

Librodot

había sido efímera, se había desvanecido al instante, pero por un extraordinario momento los había visto bailando detrás de Esti. Personas, animales, criaturas que eran un poco de cada cosa, que reían y se divertían al son de la alegre melodía. Por un momento, la imaginación se había convertido en realidad.

Esti iba por delante de ellos ahora. Había llegado al recodo, e Índigo y Fran tuvieron que acelerar el paso para alcanzarla. Rodearon también ellos dos la estribación y estuvieron a punto de chocar con Esti, que se había detenido en seco.

La Vieja Yegua Coja se quebró con un caótico final, y los tres contemplaron boquiabiertos el espectáculo que se ofrecía a sus ojos.

Era realmente Bruhome. Allí estaba el viejo puente de piedra con sus desgastados pretiles, tendido sobre el río. También allí se transformaba el polvoriento camino en un sendero adoquinado que se unía con la calle principal de la ciudad. Allí estaban las casas y las tiendas y los puestos del mercado, con el característico tejado de dos aguas lleno de adornos de la Casa de los Cerveceros dominando la mezcolanza de tejados.

La inmovilidad y el silencio, como un velo mortuorio, dominaban la escena.

—Está todo... tan *quieto...* —Esti temblaba mientras sus ojos permanecían clavados en la imagen de la ciudad como paralizados—. No se ve a nadie, nada se mueve...

Ni Índigo ni Fran se sintieron capaces de contestarle. Ver Bruhome —aunque se tratara de una falsa Bruhome— reducida a una visión sombría y desierta le resultaba bastante desconcertante a Índigo: para los Brabazon, que habían conocido su brillante y vital bullicio desde la infancia, esta visión debía de resultar más grotesca de lo que podía siquiera imaginar.

Desde luego ya no podían continuar con la música y la danza. Fran guardaba ya el caramillo, todo pensamiento de diversión olvidado. Su rostro estaba desencajado y parecía hipnotizado por la silenciosa ciudad, mientras que Esti había traspasado su atención al suelo, escarbando en él con un tacón mientras su mente parecía vagar perdida por otro mundo.

—Tenemos que entrar —dijo Índigo al fin, con suavidad.

—Lo sé —asintió Fran—. Lo mejor será acabar de una vez.

Bajo un silencio que resultaba doblemente incómodo después de los alegres sones de la música, avanzaron en dirección al puente. Lo realmente desconcertante, pensó Índigo mientras cruzaban, era que la escena parecía muy *normal.* Todos los detalles que les eran tan familiares estaban allí, sin distorsiones; el tranquilo chapoteo del río, los surcos sobre el puente, provocados por las innumerables carretas que lo habían atravesado, las edificaciones de la otra orilla. Podría tratarse de una tranquila noche de otoño en el Bruhome que los tres conocían.

Excepto por la espantosa sensación de vacío...

Llegaron al otro extremo del puente, y se detuvieron al sentir el desigual contorno de los adoquines bajo los pies.

—Quizá deberíamos ir a la Casa de los Cerveceros —sugirió Fran indeciso—. Si hay alguien... o algo... por ahí, ése es el lugar más apropiado para encontrar alguna señal de vida.

—¿Qué hay del prado? —susurró Esti al tiempo que le dedicaba una mirada nerviosa, furtiva casi.

El muchacho hizo todo lo que pudo por convertir su escalofrío en un encogimiento de hombros.

—Ya miraremos luego.

—No estoy muy segura de querer hacerlo.

Fran no le contestó, y empezó a andar en dirección al interior de la ciudad.

Durante todo el trayecto hasta llegar a la plaza principal, la historia fue la misma. Bruhome era como una ciudad fantasma. Todo estaba limpio y bien cuidado pero desprovisto del menor signo de vida. No ardían velas en las ventanas, ni atisbaban rostros por puertas semientornadas. Y cuando llegaron a la plaza, se encontraron con un lugar dominado por un terrible silencio y desolación. Los edificios, algunos con los postigos cerrados, otros con las

Librodot

ventanas abiertas como ojos ciegos, contemplaban la plaza desierta. En los postes que se alzaban como lúgubres centinelas no ardía ninguna antorcha; no había puestos de mercado, ni estandartes, ni el improvisado escenario para los festejos. Y tampoco se veía el más mínimo resto de desperdicio recorriendo al azar el pavimento empujado por la brisa.

—Es *horrible* —Esti seguía hablando en susurros, aturdida y acobardada por la escena—. Es como si todos los que vivían aquí se... se hubieran desvanecido de golpe.

Ni Índigo ni Fran dijeron nada como respuesta, pero, al menos en el caso de Índigo, las palabras de Esti dieron duramente en el blanco. ¿Podría ser esto, se preguntó, un *auténtico* reflejo de lo que Bruhome era ahora? ¿Era éste el quid de la broma que les había gastado el demonio? ¿Que habían llegado demasiado tarde, y en el mundo real la ciudad se había quedado ya sin vida y sus habitantes atrapados y utilizados para alimentar a un nuevo y siempre hambriento señor?

No; no debía pensarlo, no debía ni considerarlo por un instante. Volvió el rostro hacia las vacías ventanas de la Casa de los Cerveceros y, deteniéndose tan sólo para comprobar que Fran y Esti la seguían, atravesó la plaza en dirección a la calle que conducía hacia el oeste al prado situado junto al río.

Sus pisadas resonaron entre las paredes de las casas que se alzaban a cada lado, lo cual acentuó aún más la quietud existente. Esti no cesaba de mirar por encima del hombro como si temiera que alguna sombra los siguiera, pero tampoco ahora se produjo ningún movimiento extraño, ningún signo de vida. Y cuando llegaron al prado y se detuvieron ante la verja abierta, lo encontraron todo desierto, oscuro y vacío bajo el monótono firmamento, con el lento y uniforme fluir del río más allá.

Fran contempló la solitaria escena durante unos segundos. Luego dijo:

—¿*Por qué no* hay nada aquí? ¿A qué puede estar jugando ahora el demonio?

—Sólo puedo suponer —repuso Índigo con calma— que lo que sea que nos aguarda no sucederá en el prado. —Lo miró, y bajo el inquieto crepúsculo el muchacho le pareció tenso, y mucho mayor de lo que era—. A lo mejor esto resulta un escenario demasiado obvio.

Del río les llegó una helada ráfaga de aire, y Esti empezó a tiritar.

—Regresemos a la plaza —dijo la muchacha—. Al menos allí hay casas en las que refugiarnos. —Les dedicó una rápida y tímida sonrisa—. Incluso aunque sean tan irreales como el resto de este lugar, me sentiré bastante más segura.

—La Casa de los Cerveceros sería el mejor lugar —sugirió Fran—. Es el edificio más alto de la ciudad, y su balcón resultaría un buen punto de observación. Por lo menos podríamos acampar allí hasta decidir qué es lo mejor.

Podría haber añadido: *o mientras esperamos lo que sea que vayan a enviar contra nosotros,* pero cambió de idea. Esti e Índigo estuvieron de acuerdo con su sugerencia, y volvieron sobre sus pasos hasta la plaza. La puerta principal de La Casa de los Cerveceros estaba abierta; al otro lado de la puerta, el vestíbulo y la impresionante escalinata permanecían en sombras.

—Ojalá tuviéramos aún el farol. —Esti tuvo buen cuidado de no mirar las esculturas de las gárgolas que adornaban la fachada al cruzar el dintel tras los pasos de Fran—. Es como penetrar en una tumba...

—Ten cuidado con lo que dices. —Índigo intentó hacer un chiste irónico, pero se arrepintió al instante al ver el rápido cambio experimentado en el rostro de Esti. Se detuvo en el umbral para permitir que sus ojos se acostumbraran a la mayor oscuridad del interior—. Puede que seamos capaces de crear luz; pero lo mejor será esperar hasta habernos instalado arriba antes de intentarlo.

Fran, que se había detenido al pie de las escaleras y escuchaba con gran atención, susurró:

—No se oye nada ahí arriba. Creo que está tan desierto como parece estarlo todo lo demás.

Colocó un pie en el primer peldaño e iba a empezar a subir cuando de repente, desde la puerta, Índigo exclamó en tono seco:

—¡Espera!

Esti dio un brinco *y* tanto ella como Fran volvieron la cabeza y vieron a Índigo que, con una

Librodot

mano todavía sobre el marco de la puerta, observaba con atención el otro extremo de la plaza. Toda ella emanaba tensión... y miedo.

—¿Índigo? —Fran cubrió la distancia que los separaba en tres zancadas—. ¿Qué sucede?

—En el otro extremo de la plaza. —Su voz sonaba baja y algo temblorosa—. Me pareció ver moverse algo...

—¿Humano?

—N... no. No humano.

Escudriñaron la oscura extensión de terreno hasta las casas del otro lado y las callejuelas, en un intento por distinguir algo más sustancial que las sombras. Al cabo de un rato Fran musitó:

—No veo nada. Fuera lo que fuese, se ha ido.

—Quizá lo imaginé. —Estaba claro que Índigo no se sentía nada convencida—. La semioscuridad juega malas pasadas; es fácil... *¡Oh, por la Diosa!*

Fran sintió cómo los cabellos de la nuca se le erizaban y un escalofrío le recorrió la espalda cuando, de algún lugar más allá de la plaza, de uno de los negros y estrechos callejones situados entre los edificios, surgió el ascendente y estremecido aullido de un lobo. Y al instante, como si se tratara de un coro infernal, un coro de horribles y espectrales aullidos le respondió.

—No...

Índigo intentó retroceder, pero se enredó con Fran, que estaba detrás de ella y se volvió en redondo para mirarlo con el rostro desencajado y blanco como el papel.

—¡Eso es a lo que se refería el demonio! —Una expresión de terror brilló en sus ojos al comprenderlo y sujetó con fuerza el brazo de Fran—. *Todos* nuestros amigos: ésa es la trampa que nos ha preparado, ¿no lo ves? La manada de lobos... *¡Grimya* sigue conduciéndola! ¡Y nos han vuelto a encontrar, tal y como ella dijo que harían! *¡Piensan hacernos pedazos!*

Durante unos segundos Fran permaneció totalmente inmóvil con los ojos clavados en ella; luego los aullidos se dejaron oír otra vez, y vislumbró algo más oscuro que el crepúsculo que se formaba a la entrada de una calle...

—¡Arriba!

El sentido práctico resurgió como un mazazo y empujó a Índigo a un lado al tiempo que sujetaba la pesada puerta y le aplicaba todo el peso de su cuerpo. La puerta se cerró con un chirrido y un sonoro portazo, y Fran se dispuso a colocar la pesada barra que la atrancaba al tiempo que se decía que una puerta fantasma le cerraría el paso a unos lobos fantasma, e intentaba no pensar en si mantendría fuera a *Grimya.* Sonaron unos pies que subían por las escaleras apresuradamente: era Índigo quien, recuperado un cierto autocontrol, se lanzaba escaleras arriba tirando de Esti; la barra encajó en su lugar —parecía bastante sólida, y Fran rezó para que la ilusión, al menos, se mantuviera— y corrió tras las dos muchachas que ya habían llegado al descansillo superior. Por un momento los tres se detuvieron, sin saber qué dirección tomar, y la oscuridad se llenó de un repentino y hormigueante silencio. Las sombras se apiñaban sobre ellos desde las paredes y las vigas, pesadas y sofocantes. Fran miró por el hueco de la escalera al vestíbulo de abajo, vio la borrosa silueta de la puerta atrancada, escuchó con el corazón palpitante la sobrenatural quietud, luego miró otra vez el rostro de Índigo. Estaba blanca como un muerto, pero había recuperado su autocontrol, y con él una férrea tranquilidad.

—El balcón —dijo con una peculiar voz uniforme—. Tengo que encontrar el balcón. —Se produjo una pausa mientras se aferraba con fuerza a la barandilla—. Ésta es la prueba. Tengo que enfrentarme a ella. No hay otra salida.

Y antes de que Fran o Esti pudieran responder, se dio la vuelta y se alejó, para perderse en la oscuridad del piso superior.

Librodot

Librodot

CAPÍTULO 17

Se acercaron como el insinuante discurrir de un río que poco a poco pero de forma letal va desbordando sus márgenes; se amontonaron primero en una masa más oscura y luego se desperdigaron gradualmente, con cautela, por la plaza. Desde donde ella estaba en el alto ventanal que se abría al balcón de la Casa de los Cerveceros, Índigo podía ver el parpadeo rojo de sus ojos, como ascuas sobrenaturales en medio de la noche. Sabía que Fran y Esti estaban agazapados sobre el suelo a su espalda, concentrándose frenéticamente mientras intentaban conjurar una ilusión de luz, pero apenas si les dedicó un pensamiento, y además, tampoco podía ayudarlos. Toda ella estaba concentrada en la reunión de lobos y en sus agonizantes y terribles esfuerzos por llegar hasta la mente embrujada de *Grimya.*

No se habían producido más aullidos; nada que pudiera haberle permitido separar la voz real y física de *Grimya* de los ecos espectrales de su manada fantasma. El silencio era intenso y destrozaba los nervios; y de momento no había visto ningún gris moteado entre las negras figuras que se escabullían y acechaban por entre las casas. Pero *Grimya* estaba allí; Índigo lo sabía con deprimente certeza; un juguete en las manos del demonio, un muñeco y un arma, la loba estaba allí y aguardaba.

Se produjo un movimiento a su espalda. Alguien se acercaba sin hacer ruido, y escuchó la respiración nerviosa y rápida de Esti.

—No podemos hacerlo. —El apagado resplandor del cielo se reflejó sobre los cabellos de Esti como la luz de las estrellas lo haría sobre el cobre cuando la muchacha se inclinó hacia adelante para mirar por la ventana—. No somos lo bastante fuertes. —Vaciló—. ¿Qué hacen?

—Nada de momento —repuso Índigo, sacudiendo despacio la cabeza—. Parecen reacios a salir al descubierto. Creo... —Su voz se quebró y tragó saliva—. Creo que por el momento se contentan simplemente con intimidarnos.

Esti miró la ballesta que Índigo sostenía en la mano. Estaba cargada, pero la cuerda no estaba tensada ni el disparador preparado.

—No irás a...

—No. —Ningún poder podría inducirla a disparar a *Grimya;* eso era algo que Índigo había decidido hacía ya bastante rato. La ballesta era una muleta para su valor, nada más.

Esti se quedó en silencio mientras examinaba la plaza con atención. Entonces, de repente, se agarró al brazo de Índigo.

—Índigo..., ¿qué es eso de allí?

El corazón de Índigo dio un vuelco ante el inesperado contacto.

—¿Qué? —inquirió, con más brusquedad de la que pretendía.

—Ahí. —Esti indicó un conjunto de edificios apiñados en el lado sudeste de la plaza—. La ventana del desván, en la parte superior de esa casa con el tejado a dos aguas tan empinado... ¡hay una luz!

Tenía razón. Débil, vacilante, pero inconfundible, una vela ardía en el piso más alto de la casa. Y, al contrario de las otras casas que tenía al lado, parecía como si la ventana estuviese entreabierta.

—¡Fran! —Índigo se volvió hacia el interior de la habitación con el corazón latiéndole apresuradamente, e hizo un gesto para que se acercara—. ¡Ven aquí, deprisa!

El muchacho se les unió en la ventana, y Esti señaló otra vez al otro lado de la plaza.

—Mira eso...

—Que la Diosa me deje ciego si... —Los ojos de Fran se abrieron de par en par, luego se entrecerraron hasta convertirse en sendas rendijas—. Eso es el Tonel de Manzanas, ¿verdad? Fijaos; puede distinguirse el rótulo de la posada sobre la puerta.

Esti se volvió para mirarlo, aturdida, al tiempo que la misma loca idea se les pasaba a todos por la cabeza a un tiempo.

—No pensarás... —dijo la muchacha.

—No —la interrumpió Fran con brusquedad—. Es un engaño. Tiene que serlo.

Librodot

—Pero papá conoce tan bien el Tonel de Manzanas... ¡Sería el primer lugar en que pensaría!

Fran negó con la cabeza, aunque Índigo vio por su expresión que deseaba desesperadamente que alguien lo contradijera.

—No pueden ser ellos, Esti. *¡No puede ser!*

—Hay una forma de asegurarse —dijo Índigo con voz tensa.

Los dos jóvenes la miraron, esperanza y temor alternándose en sus rostros.

—Silba —siguió—. Lanza una llamada utilizando el código de la gente del páramo. Si es Constan, contestará, no lo dudes.

Fran renegó en voz baja, luego repuso:

—El sonido llegaría hasta allí...

—¡Inténtalo, Fran! —Los ojos de Esti brillaban enfebrecidos—. ¡Por favor!

Los músculos de la garganta de Fran se movieron espasmódicamente mientras salía al balcón. No miró abajo, mantuvo la mirada firmemente alejada de las silenciosas y cambiantes formas que se agitaban en los límites de la oscuridad del suelo.

—No... no sé si podré hacerlo. Tengo la boca tan seca...

Esti lanzó un juramento y corrió en busca de un odre de agua.

—¡Inténtalo! —suplicó de nuevo—. ¡Lo haría yo misma, pero no conozco los códigos!

—De acuerdo.

Apartó el odre de agua, se llevó los dedos a la boca, aspiró, *y* cinco notas resonaron estridentes a través de la plaza.

Al instante se elevó una gran algarabía de aullidos procedente de las callejuelas a sus pies. Esti lanzó un gemido ahogado y retrocedió al interior de la habitación; luego, mientras los gritos de los lobos se apagaban, recuperó poco a poco la serenidad.

—¿Qué has dicho? —Las palabras surgieron con dificultad por entre sus dientes apretados.

—He *dicho: familia aquí: responded e identificaos.* —Fran intentaba no mostrar su desconcierto ante el escalofriante desafío de los lobos, a pesar de que su frente estaba perlada de sudor.

—Quizá no lo oyeron. Quizás esas... esas *criaturas* lo ahogaron con sus gritos.

Fran no respondió. Aguardaron, y la esperanza de Índigo empezó a desvanecerse. Entonces, distantes pero claras, dos notas resonaron desde el otro lado de la plaza, y se repitieron una vez antes de que los gritos renovados de los lobos las ahogaran.

—¡Oh, Fran! —Esti se aferró al marco de la ventana, casi bailando de temerosa excitación—. ¿Qué fue?

—Dijeron: *repetid quién.* —Fran se humedeció los labios—. Si dijeron algo más, no lo oí. ¡Malditas sean esas monstruosidades de ahí abajo! Esperad; volveré a repetir la llamada, y añadiré el código que les dará nuestra posición. Si nos colocamos junto a la barandilla del balcón, a lo mejor podrán vernos.

—Atraeremos la atención de los lobos a la vez que la suya —repuso Esti dubitativa.

—Ese es un riesgo que hemos de correr. Vamos. —Extendió una mano hacia ella y la muchacha, de mala gana, se dejó sacar al balcón—. Lo que tienes que hacer es rezar para que sea papá, y no nos estemos metiendo en una trampa.

Esti se mordió el labio, y permaneció pegada a Índigo mientras, de nuevo, Fran silbaba la aguda secuencia de notas, y añadía una cadencia extra al final. A pesar del clamor de los lobos, el sonido se elevó con claridad en la quietud de la noche, y repitió la secuencia dos veces para asegurarse.

—¡Hay una sombra en la ventana! —señaló Índigo de repente—. Mirad..., se abre un poco más...

La débil luz se había amortiguado y parpadeado, como si algo se hubiera interpuesto entre ella y la ventana. La ventana se oscureció al inclinarse la figura hacia afuera.

—¡No puedo ver bien ¡Está demasiado oscuro!

Incluso la fina vista de Índigo no podía percibir con claridad la silueta que ahora oscurecía

Librodot

casi por completo la débil luz que brillaba en el desván. Pero el silbido de respuesta les llegó fuerte y claro, y los ojos de Fran brillaron excitados.

—¡Es papá! —Se irguió y agitó los brazos con frenesí—. ¡Es papá!

—No puede vernos. —Índigo se llenó de frustración al ver que la figura no respondía a los frenéticos gestos de Fran—. No hay ninguna luz a nuestra espalda; para él formamos parte de la oscuridad. —Se volvió hacia Fran—. Fran, hemos de decirle lo que pasa. Y Cari... —No necesitó seguir; sus ojos expresaban sus pensamientos con toda claridad.

—No puedo hacerlo —repuso pesaroso—. El código de silbidos es demasiado limitado; es imposible enviar un mensaje tan detallado.

Índigo clavó los ojos en la plaza. Tan cerca, y sin embargo tan lejos... Debían encontrar una forma de comunicarse más directamente con Constan. Y sólo se le ocurría una estratagema que pudiera tener una posibilidad de éxito.

Volvió la cabeza de nuevo hacia sus compañeros, y su expresión era tensa.

—Muy bien —anunció—. Entonces debemos ir, o más bien yo debo hacerlo, al Tonel de Manzanas.

Durante unos segundos, Fran y Esti la miraron como si hubiera perdido el juicio. Por fin, en una vocecita perpleja, Esti dijo:

—Pero eso es *imposible.* Sabes perfectamente que es así.

—No lo es. —La mente de Índigo había estado trabajando deprisa; había calculado sus posibilidades con respecto a lo que podía esperarle en la calle—. Con un poco de suerte, creo que puedo hacerlo; pero...

—Si puede hacerse, entonces iré yo —la interrumpió Fran—. ¡No voy a dejar que te arriesgues!

—No, Fran —le sonrió Índigo—. Aprecio tu gesto, pero soy la única que tiene una posibilidad de cruzar la plaza sana y salva.

—¿A causa de *Grimya* quieres decir? —El muchacho arrugó la frente, indeciso—. Índigo, sabes lo que sucedió la última vez que la encontramos. Ya no te reconoce: ¡te matará, si puede hacerlo!

—No lo creo. Y poseo otra ventaja. No puedo explicártelo ahora; no hay tiempo. Todo lo que te pido es que confíes en mí.

Fran efectuó un último esfuerzo por disuadirla.

—¡Índigo, escúchame! Ningún ser humano puede correr más rápido que esos monstruos de ahí afuera; ¡sería una locura intentarlo!

—No pienso intentar ser más rápida que ellos. «Al menos», pensó, «no en la forma que tú piensas». Para anticiparse a cualquier otra protesta, extendió una mano y la colocó sobre el brazo de él—: Fran, hemos de llegar hasta tu padre como sea.

No podía discutir lo que le decía pero el joven seguía albergando sus dudas.

—Sí... —empezó a decir.

—No. —Índigo se mostró enérgica—. Fran, voy a ir y nada de lo que digas me hará cambiar de opinión, así que lo mejor es que ahorres saliva. Baja al vestíbulo conmigo, cierra la puerta a mi espalda y luego ocúpate de Esti. —Dirigió una rápida mirada a la posada situada al otro lado de la plaza cuya ventana seguía iluminada—. Y si puedes utilizar el código de silbidos para decirle a Constan que voy para allá, mucho mejor, no me entusiasma la idea de encontrarme con una puerta cerrada cuando puede que sólo tenga unos segundos disponibles.

Rechazados sus argumentos y objeciones, Fran hundió los hombros y se dio por vencido.

—De acuerdo —admitió, pero su voz estaba llena de sufrimiento y resignación—. Pero ten cuidado.

—Lo tendré.

La acompañó por la lóbrega escalera hasta abajo. Esti, que durante la discusión había percibido que no habría forma de hacer cambiar de opinión a Índigo y por lo tanto no había dicho nada, los observó marchar, luego cerró los ojos con fuerza y sus labios se movieron en

Librodot

una silenciosa oración mientras que sus pasos se perdían en la distancia. Abajo, en el vestíbulo, Índigo y Fran habían llegado al pie de la escalera, y se habían detenido junto a la puerta de la calle, Índigo no podía ver con claridad el rostro de Fran en la penumbra, pero percibía su nerviosismo, y cuando el muchacho empezó a decir «Índigo... » no lo dejó continuar.

—Desatranca la puerta, Fran. —Su voz sonó tranquila y firme.

Se movió para obedecerla, entonces se detuvo y, dándose la vuelta, la abrazó con fuerza para besar su rostro en un repentino arrebato de emoción.

—¡Que la Diosa te acompañe, Índigo! Y yo... yo... —Pero carecía del valor para expresar lo que sentía.

La tranca se deslizó fuera de su sitio, y la muchacha levantó el pestillo. En el exterior, la plaza estaba en silencio. ¿Sabían los lobos que iba a salir?, se preguntó. ¿Le habría advertido algún instinto diabólico de lo que pensaba hacer? Intentó consolarse con la idea de que, sucediera lo que sucediese, no podían matarla, pero era un pobre consuelo. ¿Y si se encontraba cara a cara con *Grimya,* qué sucedería? ¿Podría soportar el encuentro, o perdería los nervios, y por lo tanto, su habilidad para hacer lo que debía hacer?

Reprimió aquellas dudas, consciente de lo peligrosas que eran. La puerta se abrió justo lo suficiente para permitirle salir, y un rumor de aire más fresco rozó su rostro. No miró a Fran, sino que se limitó a aspirar muy despacio y se deslizó al exterior. La puerta se cerró a su espalda; oyó cómo la tranca regresaba a su lugar.

Cien metros, sólo eso. No podía ver a la manada fantasma, pero estaban allí; estaban allí. Cien metros, Índigo reunió todo su coraje, toda su fuerza de voluntad, y varió su mente para darle un nuevo modelo de pensamiento, tanteando indecisa en busca de la chispa, la certeza. *Loba.* La palabra se formó en su cerebro, y con ella la imagen. *Loba.* Sintió cómo fluía la oleada de nueva energía que le era extraña pero no desconocida. *Loba.* La plaza cambiaba, la empalagosa oscuridad empezó a menguar a medida que su visión se acrecentaba; ahora la veía desde una perspectiva muy diferente. Y empezó a respirar con rapidez, agitada, deseando gruñir pero reprimiéndose.

Loba... Despacio, ágilmente, sus ojos ambarinos pendientes de cualquier movimiento y sus labios echados hacia atrás para mostrar el blanco destello de los colmillos, Índigo pisó la plaza.

Fran encontró a Esti acurrucada en el centro de la habitación del piso de arriba, de espaldas a la ventana y con la cabeza inclinada hacia adelante. Al escuchar sus pasos la muchacha alzó la cabeza. Sus ojos estaban asustados y llenos de angustia.

—No puedo mirar —dijo—. Sencillamente *no puedo.*

Fran miró a la ventana. Aún no se oía ningún ruido en el exterior, y no sabía si eso era una buena o mala señal.

—Voy a avisar a papá.

Pasó junto a su hermana, y tuvo que hacer un esfuerzo para salir por el ventanal. La luz brillaba aún en la lejana ventana del desván, pero la silueta había desaparecido. Fran succionó su lengua en un esfuerzo por inducir la aparición de saliva suficiente para silbar, luego se llevó los dedos a los labios y lanzó el código que significaba: *alguien viene: prepárate.* Tres notas largas; cuatro más rápidas y agudas. Las volvió a repetir, y entonces se dio cuenta de que los lobos reunidos allá abajo, en la plaza, no habían lanzado la acostumbrada algarabía de aullidos de respuesta, como si de repente tuvieran algo más urgente de qué ocuparse...

Precisó de toda su fuerza de voluntad, pero Fran se obligó a mirar abajo.

Nada se movía. No veía ningún lobo ni tampoco la menor señal de Índigo. Su corazón empezó a latir con fuerza y de forma desigual. ¿Dónde estaba ella? ¿Y la manada... ? Debían de estar emboscados... El temor que Fran sentía por Índigo, *y* la vergüenza ante su propia debilidad por dejarse convencer de dejarla ir sola, se convirtió de pronto en algo muy cercano al pánico, y se dio la vuelta, sin detenerse a pensar siguiendo tan sólo un ciego impulso de ir tras ella. Pero antes de que pudiera penetrar de nuevo en la habitación, un agudo silbido

resonó en la plaza procedente del lugar donde se encontraba la sitiada taberna. Fue una simple confirmación de haber recibido su mensaje, pero lo sobresaltó, e hizo que se detuviera en seco para darse la vuelta...

Y entonces vio el enorme lobo de pelaje gris rojizo que había surgido de la Casa de los Cerveceros y avanzaba con lenta y controlada deliberación hacia el centro de la plaza.

Estaba asustada, pero el miedo se veía templado por una ardiente llama de excitación que provenía de la adrenalina animal que corría por sus venas. Conocía su propio poder y fuerza. El silencio que la recibió mientras avanzaba, con tan sólo un débil chasquear de sus garras sobre las losas, hasta quedar a la vista de la manada fantasma le dijo que, por el momento al menos, su transformación había producido el efecto esperado. Los lobos no habían esperado esto, y se sentían inseguros, Índigo tenía la ventaja durante algunos instantes, pero sabía que no duraría. Debía calcularlo todo a la perfección, o de lo contrarío su plan terminaría en desastre.

Habían transcurrido más años de los que podía recordar desde que utilizara de forma consciente su poder para transformarse, y temió ser incapaz de conjurarlo a voluntad, o, peor aún, que al tomar la forma de un lobo pudiera perder el control de su personalidad humana. Pero con la primera vertiginosa acometida del cambio, se había dado cuenta de que todo estaba bien. Volvía a ser la loba Índigo; y la agilidad, la velocidad, la astucia, todo había regresado a ella. Ahora, debía enfrentarse a la prueba más difícil.

En las oscuras aberturas que conducían a las callejuelas, las sombras se volvían más intensas. Había recorrido quizás un tercio de la plaza; sin embargo la manada no había efectuado el menor movimiento, aunque sus intensificados sentidos detectaban un brusco cambio en la atmósfera, de incertidumbre, a una nueva y tensa expectación.

Otro paso. Otro, y otro más. Índigo podía ya distinguir las siluetas más definidas de algunos lobos, aunque aún no había visto la característica figura de *Grimya* entre ellos. La manada *seguía* sin hacer nada. Seguramente, pensó, en aquellos momentos ya debían de...

Su pensamiento se hundió en el caos cuando por el rabillo del ojo vio cómo dos negras formas surgían en silencio de un callejón y se lanzaban como saetas contra ella. El instinto la hizo girar de un salto para ir a su encuentro; afianzó las patas sobre el suelo entre gruñidos cuando le saltaron al cuello, y el gruñido se tornó en gemido cuando los dientes del primer lobo desgarraron la blanda carne de su lomo. Aturdida por el dolor y el descubrimiento de que aquellos horrores podían morder con tanta fiereza como cualquier animal vivo, Índigo rodó sobre sí misma, retorciéndose para escapar a su ataque mientras intentaba morder a su asaltante. Entre la borrosa forma de su convulso cuerpo negro la muchacha pudo distinguir los enloquecidos ojos que relucían como diabólicas estrellas rojas... y entonces el segundo de los lobos cayó sobre ella. La muchacha se revolvió con desesperación, se lanzó sobre su rostro mostrando los colmillos y los tres animales rodaron juntos sobre los adoquines.

De pronto, un agudo ladrido se dejó oír en la oscuridad. Los atacantes de Índigo saltaron hacia atrás como obedeciendo una orden, y por un instante se quedó sola, trémula, mientras notaba cómo la sangre resbalaba por su lomo y cubría su pelaje. Entonces un aullido surgió de algún lugar a su espalda, Índigo giró en redondo, y mientras el grito se convertía en un coro de aullidos y gruñidos, *Grimya* surgió de la oscuridad, los ojos brillantes, el pelaje erizado en el cuello, para colocarse frente a ella, retadora, a menos de veinte pasos de distancia.

Índigo sintió el torrente de insensata voracidad que bullía en la mente de la loba y la débil esperanza que había alimentado de poder romper el encantamiento de su amiga se hizo añicos. Esta criatura podría tener el cuerpo y la sustancia de *Grimya;* pero la mente que la examinaba desde aquellos ojos dementes y brutales era la de un monstruo desconocido. Un gemido empezó a brotar de su garganta, se quebró y murió. *Grimya* seguía mirándola, y mezclado con aquella voracidad insaciable percibió odio; el odio ciego de algo vivo, de algo que no pertenecía a aquella pesadilla de ilusiones. Los labios de *Grimya se* separaron, y los gañidos

Librodot

de los lobos negros aumentaron de volumen y se hicieron más apremiantes, elevándose hacia un *crescendo...* Entonces la loba alzó la cabeza para aullar un desafío y una orden, y como un torrente toda la manada surgió de su escondite y se lanzó hacia Índigo.

El terror y el instinto se fusionaron en la mente de loba de Índigo, y dejaron de lado todo razonamiento. Sus patas traseras la impulsaron hacia adelante y echó a correr, atravesó la plaza a toda velocidad, esquivando y zigzagueando mientras las negras figuras se abalanzaban aullando sobre ella. «La taberna..., tengo que llegar a la taberna... », pero la parte de su mente que gritó la orden estaba bloqueada y aturdida; sólo podía huir, sin saber en qué dirección, empujada por la ciega desesperación de escapar.

Una negra pared se alzó ante ella surgida de la oscuridad e Índigo lanzó un gañido, al tiempo que retorcía su cuerpo y se detenía en seco una décima de segundo antes de estrellarse contra la sólida fachada del edificio. No había ninguna puerta que le ofreciera refugio, ninguna callejuela por la que pudiera introducirse; giró en redondo mientras sus garras se aferraban al suelo para no perder el equilibrio, y vio la negra oleada que se precipitaba contra ella con *Grimya* en medio de la manada como un fantasma de tonos más pálidos. La joven estaba atrapada contra la pared: la rodeaban dispuestos a destrozarla y hacerla pedazos, y la inmortalidad no la insensibilizaría a la agonía que podían infligirle, Índigo abrió el hocico para aullar, no sabía si de miedo o tristeza o en una última y frenética súplica de ayuda.

Su aullido quedó ahogado por el titánico rugido que se abrió paso por entre la triunfante algarabía de los lobos y tronó ensordecedor por toda la plaza.

Como si la oleada salvaje de su embestida hubiera sido golpeada de pleno por una terrible contracorriente, el ataque de los lobos se desintegró en un torbellino de cuerpos que gemían en aterrorizada confusión. Por un instante Índigo se sintió demasiado perpleja para comprender; luego percibió cómo una gigantesca sombra se alzaba sobre ella y el olor a azufre de una poderosa respiración, y se volvió con un gruñido para mirar hacia arriba.

El monstruo que se alzaba sobre ella era una palpitante aparición de al menos seis metros de altura. Sus cuatro patas gruesas como troncos de árbol y terminadas en garras de águila estaban bien apuntaladas a ambos lados de ella, y la enorme masa de su cuerpo de reptil parecía haber surgido de la pared que tenía a su espalda. Una atronadora bocanada de aire la golpeó cuando la criatura agitó su bífida cola tan gruesa como el torno de tres hombres juntos, y la leonina cabeza del gigante, con su melena como una ondulante corona de fuego, elevó el hocico hacia el firmamento y rugió por segunda vez.

¡Quimera! La comprensión se abrió paso en la mente de Índigo mientras el rugido rebotaba desde todos los costados de la plaza. Conducida al borde de la desesperación, en el borde mismo de su enloquecido abismo, sin darse cuenta su mente aterrorizada había convocado la imagen más aterradora que era capaz de crear, y, alimentada por el poder del terror, la ilusión había hecho su aparición. La manada de lobos retrocedía en desorden; una criatura, más lenta en reaccionar que sus congéneres, se arrastraba ya para unirse a los demás en su retirada. La quimera alzó una afilada garra; la garra silbó en el aire como una espada gigantesca, y el desventurado animal lanzó un aullido de maníaca agonía al tiempo que, partido en dos de la cabeza a la cola, se disolvía en un remolino de humo negro.

Una ilusión puede matar otra ilusión... La adrenalina volvió a correr por las venas de Índigo y un escalofrío le recorrió el cuerpo. ¡Podía hacerlo! Poseía el poder, ¡poseía el arma! Mostró los dientes, y por encima de ella la quimera agitó la llameante cabeza como si retara a los acobardados lobos a atacar otra vez. Índigo pudo ver ahora el Tonel de Manzanas; pudo ver la luz del desván que seguía ardiendo débilmente. Con mucho cuidado, pendiente de cualquier reacción extraña, dio un paso hacia adelante y su excitación se renovó cuando la enorme masa de la quimera se movió también, imitándola paso a paso. Todavía bajo su sombra, Índigo observó con atención su objetivo. Treinta metros. Podía recorrerlos en segundos; antes de que la manada pudiera reaccionar. Y la quimera se ocuparía de cualquiera que intentara alcanzarla...

Sus patas traseras se prepararon para impulsarla, al tiempo que era consciente de que sus

Librodot

pensamientos eran también los de la criatura ilusoria que había creado. Sus músculos se pusieron en tensión, sintió cómo se acumulaba la energía, estaba ya lista para la carrera...

La loba de pelaje gris rojizo salió disparada de debajo de la quimera y tomó por sorpresa a la manada de lobos en su trayectoria hacia la puerta de la taberna. A su espalda escuchó gritos furiosos, un tercer e impresionante rugido y alaridos de dolor. Algo surgió de entre las sombras e intentó interceptarla; su mente lanzó un silencioso grito, y una potente ráfaga de aire desplazado casi la derribó cuando unas garras cayeron desde lo alto para clavarse y partir una aullante figura negra. La puerta estaba ya a pocos metros; lo conseguiría, la alcanzaría: con esa certeza la perspectiva se estremeció y bamboleó, y la plaza pareció doblarse hacia ella como si estuviera bebida, una imagen superpuesta a la otra. La puerta se alzó ante sus ojos; se abría, giraba hacia atrás... lanzó un alarido de triunfo y alegría, y lo que surgió de su garganta fue un grito humano.

Unas manos enormes y ásperas abrieron la puerta de par en par, y con una exclamación que se quebró en un ahogado gemido, Índigo se precipitó por ella y cayó al suelo mientras sus manos intentaban aferrarse a las piernas de Constancia Brabazon.

Librodot

CAPÍTULO 18

—¡Muchacha, me siento tan feliz! *¡Tan feliz!*

Constan no quería soltar la mano de Índigo que había sujetado con fuerza mientras ella le contaba que Fran y Esti estaban bien. El hombre sacudió la cabeza, al tiempo que repetía sus palabras una y otra vez.

Índigo todavía temblaba como consecuencia de su experiencia, pero su calma regresaba poco a poco. En el exterior, la plaza estaba tranquila y silenciosa. La quimera, terminado su trabajo, se había disuelto y desaparecido de aquel mundo, y la manada de lobos se había escabullido de modo furtivo en la oscuridad privada de su presa. Estaba segura de que seguían allí, de que aguardaban su siguiente movimiento, pero, por el momento al menos, no resultaban una amenaza. Y con severa determinación, se esforzaba por no pensar en *Grimya.*

El fuego que Constan había encendido con una silla rota se había consumido ya hasta convertirse en rescoldos y la habitación del desván estaba sumida en una espesa penumbra. Al parecer Constan no había tenido ningún problema para encontrar materiales con que crear y encender una fogata en la taberna, y tampoco la menor dificultad en persuadir a las llamas de que prendieran, Índigo sospechó que la ignorancia del buen hombre era lo que lo había ayudado: no sabía nada sobre la naturaleza del mundo del demonio, y aquella inocencia lo había protegido de gran parte de la perversidad de éste.

Ella y Constan habían intercambiado rápidamente un somero relato de sus aventuras; por el momento Índigo tenía cuestiones más urgentes de las que ocuparse. Pero desde luego Constan había pasado por varias ilusiones de pesadilla antes de llegar allí. Se negó a detallar los horrores que lo habían acosado, pero por lo que ella misma había experimentado, la muchacha podía hacerse una muy buena idea de lo que había sucedido. Sólo una cosa había mantenido su decisión de seguir adelante, le dijo Constan. Su mirada se deslizó hacia un rincón de la habitación donde, tendida sobre un montón de esteras y almohadones requisados en los pisos inferiores del Tonel de Manzanas, yacía Can al parecer sumida en un tranquilo pero profundo sueño.

El alivio experimentado por Índigo al verla fue mayor de lo que podía expresar. Con el recuerdo de la otra durmiente dolorosamente vivo en su mente había temido lo peor; pero parecía como si o bien el demonio no se había decidido aún a fijar su ávida atención en Cari, o de alguna forma misteriosa la presencia de su padre había actuado como factor amortiguador de su nociva influencia. Por lo que Constan le había dicho, no había resultado fácil. Cari había luchado como un animal salvaje cuando intentó desviarla de su camino. Constan casi lloraba mientras le describía la fuerza bruta que se había visto obligado a utilizar para dominarla, y los morados de los brazos y la mandíbula de Cari daban testimonio de sus desesperadas medidas. Pero por fin, y de forma repentina, el poder que dominaba a Cari había cedido, y ella se había desplomado a sus pies, sumida aún en aquel profundo sopor pero al menos sin luchar contra su padre. Desde aquel momento la había transportado en brazos hasta que, al encontrarse con un sendero que le resultaba familiar, lo había seguido hasta llegar aquí.

No obstante, Constan no había podido contarle nada de la forma en que *Grimya* había llegado a su situación actual. Después de penetrar a través de los espinos se habían separado casi de inmediato, y en su preocupación por Cari, Constan se había olvidado de la loba hasta que, mucho más tarde, había oído un aullido que surgía de la lejana oscuridad. Había gritado en un intento por localizar el origen del aullido; pero en cuanto gritó el nombre de *Grimya* se vio contestado por un coro de espectrales gañidos, y temeroso de atraer la atención sobre él decidió no volver a llamar a la loba. No había descubierto la verdad hasta que, con Cari en brazos, había penetrado por fin agotado y con los pies doloridos en esta ciudad fantasma, y se había encontrado a la manada de lobos esperándole con *Grimya* a la cabeza. En ese momento, admitió sombrío Constan, había pensado que su vida había tocado a su fin; pero los lobos no habían atacado. En lugar de ello lo habían dejado pasar con su carga, se habían limitado a

Librodot

observarlo hasta que la puerta del Tonel de Manzanas se había cerrado a su espalda antes de desaparecer de modo furtivo. Pero él había reconocido perfectamente a *Grimya.*

Constan envió un mensaje silbado a Fran, en el que le decía que todo iba bien y que Índigo había llegado sana y salva. Fran confirmó la recepción del mensaje y añadió dos cadencias que significaban *debemos reunimos todos y deprisa.* Pero ¿cómo —se preguntó Índigo— podría ella conseguir que Fran y Esti cruzaran la plaza sin sufrir daño? El que fuera Constan quien cruzara hasta la Casa de los Cerveceros quedaba del todo descartado; el peso de Cari le estorbaría demasiado si los lobos decidían atacar, Índigo debía regresar sola, y encontrar la manera de traer a los otros con ella. No resultaba una perspectiva agradable, pero la muchacha creía que podría hacerlo, ya que la quimera le había enseñado una valiosa lección. Si pudiera transmitirla a Fran y a Esti, entonces al menos existiría una esperanza.

Constan no se sentía muy dispuesto a dejarla marchar otra vez, pero acabó por reconocer que no tenía otra elección. No había presenciado lo ocurrido durante la primera travesía de la plaza, ya que en cuanto Fran había mandado la señal de *prepárate,* había corrido escaleras abajo hasta la puerta principal de la taberna y aguardado su llegada. Personalmente, Índigo daba gracias por ello. No había intentado explicar a Constan la naturaleza de las ilusiones de aquel mundo y cómo podían controlarse, y no pensaba hacerlo, ya que sentía la profunda convicción de que cuanto menos comprendiera Constan, más valiosas resultarían sus aún inexplotadas habilidades.

Lo persuadió de silbar *va hacia ti: prepárate* en dirección a Fran y, con el corazón palpitando con fuerza, descendió las escaleras de la posada. Esta vez había decidido no intentar enfrentarse a la manada, sino simplemente cambiar de forma y correr con toda la rapidez de que fuera capaz en dirección a la Casa de los Cerveceros.

Los espectrales lobos parecían haberse reunido en este lado de la plaza, lo cual le daba una ligera ventaja, ya que no habría ninguno que le cortara el paso o le viniera de cara. Con suerte, y el elemento sorpresa, consideraba que podía ser más rápida que ellos sin necesidad de recurrir a la quimera, o a cualquier otro poder.

Una vez más, sintió el tronar de su pulso, y aquella sofocante tensión mientras abría la puerta con cuidado. La imagen de la loba de pelaje gris rojizo se formó en su mente —esta vez apareció con más rapidez, como si hubiera estado esperando su llamada—, su hocico se alzó para olfatear el aire, sus patas traseras se prepararon para el salto...

Índigo salió disparada por la puerta a toda velocidad, la cabeza gacha, las patas proyectándola hacia adelante. Oyó cómo se elevaba el clamor de aullidos, y su intensificado instinto reconoció furia en los gritos de alerta. La confusión de los lobos le produjo una torva satisfacción de la que extrajo renovadas energías, e incluso cuando la manada se lanzó tras ella entre aullidos supo que esta vez había sido más veloz que ellos. Delante de ella, la puerta de la Casa de los Cerveceros se abría; vislumbró el borroso óvalo blanco del rostro de alguien. Los lobos se acercaban, pero no eran lo bastante rápidos, y con un último y tremendo esfuerzo se lanzó contra el portal y penetró sin detenerse hasta ir a chocar contra una figura humana que lanzó un grito mientras ambos caían al suelo en un revoltijo de piernas, pelos y...

Se encontró tumbada sin aliento y jadeante sobre el último peldaño de la escalera que era el que había detenido su caída, y agarrada a la barandilla mientras la loba-Índigo se desvanecía y la forma humana regresaba. Escuchó cómo alguien cerraba precipitadamente la puerta, y el ruido sordo de la barra al regresar a su lugar, luego unas manos la ayudaron a darse la vuelta y sentarse, y vio a Fran y a Esti que la miraban con asombro.

Esti hizo un gesto religioso, pero no pudo articular palabra. Fran la contemplaba con franca admiración.

—¡Lo has controlado! —Estaba impresionado—, ¡Índigo, lo has controlado! Y esa... esa criatura... —Hizo un gesto de impotencia, incapaz de describir la quimera con palabras.

—¿Lo has visto? —Índigo se esforzó por recuperar el aliento.

—Esti no quería mirar, pero yo... —su voz se apagó y el movimiento afirmativo de su cabeza terminó en una sacudida enérgica—. Por la Diosa...

Librodot

Índigo se puso en pie con dificultad. Había recuperado el aliento lo suficiente como para subir las escaleras ahora, al menos eso creía; y tenía tanto que decir...

—Regresemos a la habitación de arriba. Hemos de indicar a tu padre que he llegado bien. Y luego tenemos que hacer planes.

Desde el balcón Fran envió un nuevo mensaje silbado al otro lado de la plaza, del que Constan acusó recibo, Índigo sospechó que el buen hombre no había presenciado su transformación, y se sintió aliviada; aunque cómo reaccionaría a lo que —si su idea surtía efecto— regresaría a la posada desde el otro extremo de la plaza, era algo que no se atrevía ni a imaginar.

Le satisfacía que Fran, al menos, hubiera visto tanto su conversión en lobo como la quimera, ya que reforzaría su propia voluntad y decisión. Dio por seguro que Fran, en su juvenil orgullo, se sentiría firmemente decidido a igualarla en todo. Lo que Índigo había aprendido de su propia experiencia le había proporcionado la clave que desbloquearía los poderes de Fran y Esti, como había sucedido con los suyos.

Y así pues, les relató su plan. Fran y Esti la escucharon con creciente excitación, pero esta excitación se veía suavizada por una cierta inquietud, y Esti expresó en voz alta la duda que se pintaba en los ojos de ambos.

—Índigo, es una idea espléndida. ¿Pero cómo vamos a conseguirlo? Tú posees la habilidad: lo hemos visto con nuestros propios ojos. Pero ¿qué hay de Fran y de mí? De momento sólo hemos conseguido transformaciones muy insignificantes. ¿Cómo podremos conseguir lo que esto nos exigirá?

—Eso tiene una respuesta muy simple —repuso Índigo—. Es lo que tú dijiste antes, Fran: el acicate del miedo puso en marcha mi habilidad para conjurar la quimera. Estaba acorralada, atrapada; tenía que salvarme, y no había tiempo para pensar con claridad. De modo que me he limitado a reaccionar.

—Y la quimera apareció. —Los ojos de Fran estaban muy pensativos—. Sí. Comprendo. Así pues, si Esti y yo nos vemos en el mismo apuro. „

—Es peligroso —admitió Índigo—. Pero no se me ocurre otra forma de que los tres lleguemos hasta donde están Constan y Cari. Y si funciona...

—*Si* —interpuso Esti.

—Esti, no estoy subestimando el riesgo. Pero es nuestra única posibilidad, y si funciona, entonces destruirá la última barrera.

Índigo vaciló. Se había sentido indecisa sobre si debía intentarlo, pero decidió que debía hacerse si quería convencer a sus compañeros. Sólo pedía no estar equivocada sobre sus propias habilidades; pero como Constan habría dicho sin duda, las medias tintas no convencen a un público hostil. Hay que entregarse, hay que dar todo lo que se tiene, o se deja de actuar.

—Mirad ahí —dijo, e indicó al otro extremo de la habitación.

Volvieron la cabeza, e Índigo reunió toda su fuerza de voluntad. En un principio nada sucedió; se concentró con más fuerza, entonces sintió el chispazo de la adrenalina...

Esti lanzó un grito agudo, y Fran se quedó boquiabierto. Un árbol había aparecido en la esquina; un joven abedul con su moteada corteza gris plata y las tiernas hojas de un brillante verde primaveral. Parecía crecer del suelo, y sus hojas se estremecían como movidas por la brisa.

Llena de alegría, Índigo se concentró otra vez. Esto no era la muerta sombra de Bruhome sino un claro de un bosque de su propio país. Podía verlo, sentirlo, olerlo...

De la base del árbol empezó a extenderse la hierba como una ola envolvente. Flores diminutas cubrían la verde alfombra: parecían tan reales que creyó que podría haber extendido la mano y arrancado una, y su nariz se ensanchó al llegarle aquel nuevo olor a heno fresco que de repente aparentaba llenar la habitación.

—Es increíble... —la voz de Esti estaba llena de asombro.

Fran cerró los ojos, se pellizcó el puente de la nariz y luego volvió a mirar, como si esperara que la visión se desvaneciera. Pero Índigo sabía que no se desvanecería; no a menos

Librodot

que ella lo deseara así. Ilusión sobre ilusión: había impuesto su voluntad sobre este mundo irreal. Era la prueba definitiva, y había tenido éxito.

—El miedo me abrió la puerta —dijo muy despacio pero con gran énfasis—. Y creo que puede hacer lo mismo por vosotros. —Otra pausa—. Puede que me equivoque, y no puedo tomar la decisión final...

Fran la miró fijo.

—Pero ¿crees que podemos hacerlo?

—Sí —asintió Índigo.

Se produjo un largo silencio. Luego Fran volvió a hablar:

—Bien, pues. Eso es suficiente para mí. —Levantó la cabeza, miró algo indeciso al árbol y luego se volvió hacia su hermana—. Hemos de llegar hasta papá y Cari de alguna forma, Esti. Y me da la impresión de que podríamos quedarnos aquí sentados para siempre sin encontrar una forma más segura. De modo que yo digo que lo probemos.

Esti pareció vacilar pero al fin repuso:

—Sí. —Parpadeó, y echó hacia atrás la melena en un gesto de forzada seguridad—. Es el único camino.

Índigo dio las gracias en silencio, al tiempo que reprimía el gusanillo de la conciencia. Tenía que confiar en su propio juicio y estar segura de que no conducía a sus amigos al desastre. De lo contrario, ¿qué esperanza les quedaba?

—Y cuando lo hayamos hecho —dijo Fran—. Si nuestras habilidades aparecen, ¿qué sucederá entonces? Porque me parece a mí que si esto *de verdad* derriba las barreras, va a cambiar la naturaleza de la representación. ¿Qué crees que pensará nuestro diabólico amigo de ello?

—Tengo una idea —respondió Índigo—, pero no he tenido la oportunidad de meditarla.

—Cuéntanos.

La muchacha vaciló.

—Preferiría no decir demasiado hasta que vuestro padre esté con nosotros, porque para que esto funcione, puede que lo necesitemos a él más que a nadie. Pero... bueno, tú acabas de utilizar la analogía, Fran. La representación. Así es como nos ve el demonio: como marionetas que bailan sobre su escenario al son de su música. —Sonrió, y había algo lupino en su sonrisa que recordaba profundamente a la loba-Índigo—. He pensado que quizá deberíamos darle al demonio precisamente lo que quiere... pero no necesariamente en la forma en que él lo espera.

—¿Una representación? —Esti estaba perpleja.

—Sí, y no. —Índigo dirigió una rápida mirada al árbol que seguía meciéndose con suavidad en la esquina de la habitación, luego al rectángulo del ventanal que daba al balcón—. Prefiero no decir nada sobre ello aún. Esperad hasta que estemos con Constan; entonces podremos discutirlo con más detalle. Por ahora, creo que sería mejor que nos concentrásemos en el problema más inmediato. Después de todo, si esto no lo solucionamos con éxito, de nada servirá discutir otros planes.

Fran y Esti asintieron, aunque con cierta desgana, y empezaron a prepararse. Las posesiones que habían traído con ellos al mundo del demonio habían quedado reducidas a unos míseros restos, y los repartieron entre ellos de manera equitativa, asegurándose de que cada uno llevaba el menor peso posible. Sus provisiones de agua eran muy escasas y la comida casi inexistente; y Esti comentó mordaz que resultaba una lástima que no pudieran conjurar algo para comer y beber que fuera más sustancioso que una ilusión. Al oír sus palabras, Fran se quedó como paralizado.

—Agua... —dijo—. Madre Todopoderosa, ¿cómo ha sobrevivido papá sin agua?

Índigo lo miró asombrada. Ni se le había ocurrido que Constan había penetrado en aquel mundo infernal sin llevar siquiera un poco de agua; no obstante, no había demostrado el menor signo de estar sediento, y ni siquiera le había preguntado si llevaba agua con ella. Recordó el fuego que Constan había encendido con materiales de la ilusoria taberna. El yesquero que había funcionado; la silla rota que había alimentado las llamas... ¿Podría la ino-

Librodot

cencia de Constan haberle llevado incluso a encontrar agua sencillamente porque creía que debía de estar allí? Si así era, entonces Índigo había subestimado gravemente el valor potencial de las habilidades de Constan, y sintió el ardiente nudo de la excitación interior al pensar en qué forma tal ventaja podría ayudarlos en la fase final de su plan.

—Cuando lleguemos al Tonel de Manzanas obtendremos la respuesta que buscamos a ese misterio —dijo en voz alta—. Y cuanto antes podamos hacerlo, mejor. —Los miró por turno—. ¿Habéis decidido en qué imágenes os concentraréis?

—Osos —respondió Esti con firmeza—. Eso es lo que creo que asusta a los lobos. Osos, y esos enormes felinos que viven en las tierras del norte. —Miró a Índigo—. Nunca he visto un felino así, pero sí los he visto en dibujos; ¡y si yo fuera un lobo me aterrorizarían!

—Cualquier cosa que me venga a la cabeza servirá —dijo Fran con una mueca—. ¡Dudo de que tenga la posibilidad de andarme con tantos cumplidos!

Índigo le devolvió la sonrisa con sequedad.

—Probablemente estés en lo cierto. Y aquello que se nos ocurra con más fuerza tendrá mayor poder.

—¿Y tú? —inquirió Fran—. ¿Volverá a ser la quimera?

La joven meditó sobre una ilusión en concreto que podía conjurar, y la idea le produjo un helado aguijonazo en el estómago. Pero no quería revelarla; aún no. —No. No será la quimera. Será muy diferente.

Y así, por tercera vez se produjeron la jadeante espera, el cerrar los ojos con fuerza y las silenciosas oraciones pidiendo buena suerte. Esta vez, no obstante, la cuadrada y áspera palma de Fran se cerraba sobre la mano derecha de Índigo, mientras que los dedos más pequeños y suaves de Esti aferraban su mano izquierda. Y por un instante de la más pura fantasía, Índigo volvió a sentirse mentalmente parte de la Compañía Cómica Brabazon, de pie y lista junto con sus amigos y colegas durante el breve y excitante momento que precede a la salida al escenario.

«Eso era. Había que mantenerlo; mantén esa imagen, no la pierdas. » De repente recordó unos versos que se habían convertido desde hacía mucho tiempo en el chiste privado de la familia cuando se encontraban con una audiencia hostil o apática, y llevada por un impulso recitó las dos primeras líneas en voz alta.

Al escenario subiremos y una reverencia haremos,
y si no les gustamos, esto juramos...

Fran ahogó una risita —tensa y aguda, pero risa no obstante— y él y Esti se le unieron para completar el verso.

Cogeremos su dinero, y una vez hayamos acabado,
¡los pies en polvorosa pondremos!

Impulsada por una oleada de temeraria confianza, Esti lanzó un agudo grito tirolés al tiempo que Fran abría la puerta de golpe, y juntos, con las manos unidas todavía, salieron corriendo a la plaza. Por un trepidante momento Índigo casi creyó que realmente salían al escenario, bajo la luz de las antorchas, con un mar de rostros expectantes y manos que aplaudían esperando para darles la bienvenida. Por un instante sintió el balanceo de las tablas de madera bajo sus pies, vio a Esti en su vestido de baile, la pandereta levantada; escuchó el fantasmal rasgueo del violín y el volteo del organillo...

Entonces un aullido surgió de un centenar de fantasmales gargantas y las imágenes se desvanecieron en un remolino, demasiado débiles para mantenerse, y oyó cómo su propia voz gritaba:

—¡Ya vienen! ¡Hacedlos retroceder! *¡Hacedlos retroceder!*

Librodot

Negras formas surgieron de entre las sombras que rodeaban la lúgubre plaza, los ojos rojos refulgentes, las babeantes bocas llenas de dientes totalmente abiertas para capturar a su presa. El momentáneo desafío de Esti se hizo añicos convirtiéndose en un alarido de temor y sus dedos se extendieron rígidos de modo que a Índigo casi se le escaparon de la mano. Corrían, pero los lobos eran más rápidos, y se abalanzaban sobre ellos, cortándoles la retirada, extendiéndose como una diabólica marea, una oleada que los hundiría y acabaría con ellos. Fran lanzó un chillido cuando el primero de aquellos horrores se desvió bruscamente para cortarle el paso y saltó para agarrar su indefenso brazo derecho. El muchacho dio un traspié, esquivó los dientes, que ya se cerraban, por un milímetro, entonces perdió el equilibrio y la mano de Índigo y se alejó tambaleante empujado por su propio impulso que lo hacía girar como una peonza.

—¡Fran! —gritó Índigo con desesperación.

Pero el muchacho no podía escucharla, y ella no tuvo oportunidad de volver a gritar, ya que otro lobo se lanzó sobre ella entre gruñidos y se vio obligada a saltar a un lado para esquivarlo. No había tiempo para razonar: su brazo libre se alzó en un salvaje y mecánico intento de apartar al monstruo, y de repente se encontró con una espada en la mano, que brillaba con un destello maligno, y sintió la sacudida de su brazo, la *sintió* cuando la hoja se hundió en la carne hasta llegar al hueso, y el lobo, con un espeluznante alarido de agonía, rodó sobre los adoquines mientras la sangre brotaba como un torrente de su cuello cortado.

Esti gritó y se arrojó sobre Índigo, intentando ocultar su rostro en los cabellos de la joven. En medio del caos de oscuridad y figuras que se agitaban y saltaban Fran resultaba invisible, pero Índigo lo oyó chillar en una furia de terror y desesperación. Y Esti también chillada, sus piernas se doblaban, amenazando con arrastrar a Índigo con ella al suelo.

—¡No, Esti! ¡El oso..., llama al oso!

Índigo estaba frenética; su espalda se había estremecido, y no podía recuperar la concentración mientras la muchacha siguiera colgada de ella. Todo salía mal; no podía controlarlo... sus amigos se verían derribados, despedazados...

De pronto un demencial alarido hendió el aire, un chillido agudo hasta límites imposibles que surgió de detrás y por encima de ellos. Los lobos lanzaron un gañido al tiempo que retrocedían momentáneamente, e Índigo se volvió.

Del balcón de la Casa de los Cerveceros caía sobre la plaza un torrente de achaparradas y desgarbadas criaturas. Nuevos chillidos resonaron después del primero, y, brincando y saltando de una forma horrible, aquellas criaturas corrieron sobre los adoquines y se unieron a la refriega.

El corazón le dio tal vuelco a Índigo que por un momento creyó que perdería por completo el control y vomitaría con una mezcla de repulsión y alivio. Lo había conseguido: la imagen que había luchado por implantar en su mente había echado raíces, y surgidos de la noche, de una pesadilla, de su imaginación, los Ahuyentadores, grotescos horrores parecidos a felinos de la mitología de las Islas Meridionales, habían acudido en su ayuda, gimoteando su voraz glotonería. Escuchó el primer aullido de terror cuando seis de ellos cayeron sobre uno de los lobos, tuvo una fugaz visión de un revoltijo de sangre y vísceras mientras destripaban al fantasma, y sólo unos momentos más tarde, vio cómo restos de huesos volaban en todas direcciones mientras las horribles criaturas arrojaban los huesos pelados de su víctima a los cuatro vientos. Sus incontables dientes chasqueaban y chirriaban con un sonido espantoso que parecía llenar la plaza; y muchas más surgían como gusanos de la estructura misma de las casas, deslizándose por las paredes, saltando sobre su presa con demencial e insensata voracidad.

Pero los lobos empezaban a defenderse. Tres Ahuyentadores cayeron bajo el ataque de sus salvajes mandíbulas y se vieron partidos en dos antes de poder reaccionar; y otros, sobrepasados en número, se vieron descuartizados. La manada se recuperaba, y, apremiante, indicándoles que se revolvieran sobre sus atacantes, el aullido de un lobo se elevó por encima del estrépito.

Librodot

¡Grimya! Pero Índigo no podía verla, no podía llegar a su mente. Y ahora los Ahuyentadores retrocedían bajo el renovado ataque de los lobos. No podían resistir, las ilusiones se rompían, se disolvían...

De repente un bronco rugido sonó a su izquierda. Dos lobos, que habían conseguido salir de la sangrienta lucha, se volvían hacia ella para atacar, y mientras se esforzaba desesperada por recrear la espada no tuvo tiempo de volver la cabeza para mirar. Los lobos se agazaparon sobre el suelo, mostrando los dientes —la espada se materializó, pero era inestable, parpadeaba incesante— y entonces una enorme masa oscura pasó corriendo frente a su campo visual, y un oso gigantesco, con las mandíbulas abiertas y rugiendo furioso, cargó contra los lobos. Los golpeó como un ariete y salieron volando por los aires, aullando y desintegrándose en jirones de humo mientras el oso cruzaba la plaza pesadamente, Índigo oyó cómo Esti volvía a gritar, pero esta vez era un grito de triunfo; y al instante la plaza pareció entrar en erupción, como si las mismas entrañas de la tierra se hubieran abierto, y de todas partes, de todas las calles, de cada una de las casas, surgió una horda de fantasmas que chillaban, aullaban y rugían. Bestias, pájaros, quimeras —gatos gigantes con alas y picos de águila, serpientes con cabeza de caballo, titánicos mastines de pies palmeados— que se abalanzaron sobre aquel mundo diabólico y cayeron sobre la manada de lobos como una marea infernal.

Esti estaba de rodillas, aferrada todavía al brazo de Índigo. Estaban en medio de la refriega, y sin la menor ceremonia Índigo arrastró a la muchacha por encima de los adoquines a toda velocidad, agachándose cuando un búho blanco de seis metros de envergadura pasó casi rozándola para abatirse sobre un grupo de monstruos que luchaban. Los lobos estaban en un estado caótico, olvidada su presa en su desesperada lucha contra este nuevo atacante, e Índigo alcanzó el refugio de una pared, y apretó la espalda contra el muro de piedra al tiempo que intentaba recuperar el aliento. Los ojos de Esti estaban en blanco y su respiración era rápida y entrecortada; un rápido examen de la plaza informó a Índigo de que se encontraban a unos veinte metros del Tonel de Manzanas, y buscó con desesperación a Fran, gritando su nombre.

Una figura surgió de entre el remolino de sombras, se desvió a un lado cuando una tambaleante maraña de tres lobos, un oso y «dos Ahuyentadores le interceptaron el paso, y Fran vino deprisa hacia ellas. Frenó en seco, con los ojos brillantes y febriles por la excitación.

—¡Funcionó! ¡Funcionó!

Intentó abrazar a Índigo pero ésta lo apartó, sabedora de que no debían perder ni un momento.

—¡Hay que llegar a la posada! —gritó por encima del bullicio de la batalla—. Y ayúdame con Esti, se ha...

—¡Estoy bien! —El rostro de Esti estaba rojo y empapado de sudor, pero empezaba a serenarse y a recuperar las fuerzas—. ¡Vamos!

Corrieron en dirección a la puerta de la taberna, y la atravesaron juntos, con tanta fuerza que casi la hicieron saltar de sus goznes.

—¡Id escaleras arriba!

Índigo empujó a sus compañeros delante de ella mientras la puerta se cerraba a sus espaldas. Oyó el repicar de sus pies mientras la obedecían, y la voz de Esti que gritaba: «¡Papá!» ¡Papá!», pero en vez de seguirlos inmediatamente se detuvo unos segundos al pie de las escaleras, con los ojos cerrados para intentar recuperar la serenidad.

Lo habían conseguido. No sólo ella, sino también Fran y Esti habían roto la barrera. Había apostado y ganado, y el alivio que este conocimiento le producía la agobiaba. Ahora, debían...

Y la idea murió en su mente cuando, por entre el tronar de su propio pulso en sus oídos, Índigo se dio cuenta de que los terribles ruidos de la plaza empezaban a apagarse. Aún oía los aullidos, los alaridos, los abrumadores rugidos, pero parecían agotarse como un arroyo que se hundiera bajo tierra para dejarse oír cada vez de forma más débil, más y más débil y...

Silencio. Era tan agudo que por unos instantes pareció hincharse y golpear en la mente de Índigo con la misma fuerza que el estruendo que había sonado antes. Ladeó la cabeza para

escuchar con atención, sorprendida. ¿Había huido la manada perseguida por sus creaciones? ¿Habían sido todos destruidos? ¿O de alguna forma se había transferido la batalla a alguna otra dimensión? Llena de curiosidad, casi hizo un movimiento en dirección a la puerta..., entonces se detuvo cuando surgió un único y lúgubre aullido proveniente de la plaza.

Un agudo estremecimiento recorrió el pecho y los brazos de Índigo. Conocía aquel sonido. Lo que era. Despacio, extendió la mano y levantó el pestillo de la puerta, luego la abrió unos pocos centímetros y miró al exterior.

Todo rastro de pelea había desaparecido. La plaza estaba oscura, silenciosa. Pero no del todo vacía. Sola en el centro, el moteado hocico levantado hacia el uniforme firmamento y los costados temblorosos aún por el grito lanzado, estaba *Grimya.*

—¡*Grimya!*

Índigo sintió cómo la emoción se agolpaba en su interior y, sin preocuparle el peligro, salió a la plaza. *Grimya* se puso en tensión al instante; su cabeza giró e Índigo vio el reflejo de sus ojos, como focos de amarillo fuego en la penumbra.

—*Grimya...*

Índigo intentó fusionar su mente con la de la loba, suplicándole, deseosa de ofrecerle amor y consuelo...

Grimya gruñó. Sin una manada de lobos fantasmas para darle su apoyo su gruñido fue vacilante y nacido más del temor que de la agresión; pero Índigo percibió la oleada de fiero odio que surgía de la mente de *Grimya* en respuesta a su ruego. La loba retrocedió, la cola entre las patas, la mirada todavía clavada en ella con aquella espantosa y demencial fijeza. Luego lanzó otro aullido, un grito de total derrota y miseria, y se dio la vuelta, internándose de un salto entre las sombras para desvanecerse como un ¡perro apaleado.

E Índigo se quedó allí, sin saber qué hacer, mientras las lágrimas corrían a raudales por sus mejillas.

Librodot

CAPÍTULO 19

—Bien, pues. —Constan se llevó las manos a los costados y paseó la mirada a su alrededor como si desafiara a cualquiera a discutir lo que iba a decir—. Iremos tras eso, y lo mataremos. Eso es todo lo que hay que decir. —La arruga de la frente que había dado a su rostro un aspecto furioso se profundizó aún más, y empezó a pasear—. ¡*Demonios,* por los ojos de la Madre de la Cosecha! Jamás pensé que viviría para ver cómo tal inmundicia infectaba las vidas de la gente decente!

Fran miró a Índigo, que permanecía sentada en el alféizar de la ventana un poco aparte del resto del grupo. Durante toda la ruidosa y emotiva reunión de los Brabazon se había retirado a un segundo plano, sin decir gran cosa mientras Constan, Fran y Esti hablaban hasta que no quedó nada por contar. Era bastante comprensible, debía de sentir que tenía poco que ver personalmente en la celebración familiar; pero Fran sospechaba que había algo más tras aquel silencio. Estaba pensativa; pero el muchacho no conocía la causa de su estado de ánimo, y no sabía cómo abordar el tema con ella.

Además, había otras cosas que requerían su atención. Muchas cosas habían sucedido desde que él, Índigo y Esti habían atravesado la puerta del Tonel de Manzanas y se habían reunido con Constan, al principio todos habían hablado, reído y llorado a la vez, y durante algún tiempo resultó imposible comprender nada. Pero por fin la atmósfera se había calmado, y poco a poco habían podido juntar las piezas más sobresalientes de su posición.

La discusión se había celebrado mientras consumían la primera comida abundante que los recién llegados habían probado desde que abandonaran la auténtica Bruhome. La teoría de Índigo sobre la inocencia de Constan se había visto sorprendentemente reivindicada; cuando se le preguntó cómo había sobrevivido durante aquella dura prueba los miró sorprendido y respondió que había hecho lo que cualquiera con un poco de sentido habría hecho: beber agua de los arroyos y estanques que encontró en el camino. Cierto que no había habido comida disponible en los negros páramos, pero en cuanto llegó a esta ciudad desierta, desde luego que había encontrado comida y agua en cantidad en las bodegas de la taberna, y desde entonces se las había arreglado muy bien. Y cuando la bodega resultó estar muy bien abastecida de suministros que todos podían ver y comer, Fran empezó a comprender lo poderosa que podía resultar la mente incondicional de su padre en aquella dimensión. Sin la menor vacilación o duda, Constan había impuesto su propia realidad sobre el mundo irreal; y el potencial de tal habilidad resultaba pasmoso.

Pero tras la comida y la primera oleada de relatos y revelaciones, tuvieron que enfrentarse a la definitiva y más ardua de todas las tareas. Constan estaba firmemente convencido de que seguía en el mundo real y de que el negro bosque a cuyo interior él y Cari y *Grimya* se habían precipitado, junto con todos sus horrores e ilusiones, era obra de brujería que alguien había hecho surgir de la noche para rodear Bruhome. No aceptaba —o no quería hacerlo— que esa ciudad vacía y silenciosa no fuera la misma Bruhome, atrapada todavía en la sobrenatural noche que contenía el bosque, y cuando Fran e Índigo intentaron explicarle la verdad, la negó con toda energía. Su teoría, y nadie lo iba a sacar de su error, era que los habitantes de la ciudad se habían visto finalmente atraídos por la maligna influencia que se había apoderado de toda la región. Por una combinación de buena suerte y porfiada determinación, él junto con Índigo, Fran y Esti habían encontrado el camino de vuelta; pero los otros, incluido el resto de sus hijos, seguían perdidos y vagando por algún lugar en lo más profundo de aquel repugnante bosque.

Habían intentado razonar con él, hacerle comprender la auténtica verdad, pero Constan era obstinado. La teoría se había convertido en su mente en una realidad sólida y se negaba incluso a considerar los fallos lógicos que contradecían su creencia, Índigo se había retirado bruscamente de la discusión y Fran también se dio por vencido al fin cuando comprendió que nada iba a conseguir.

Pero existía una cuestión que Constan estaba del todo dispuesto a aceptar; ya que, como

cualquier oriundo de las tierras del sudoeste, Constan no dudaba de la existencia de demonios. Cuando Fran le contó —escogiendo las palabras con cuidado— su encuentro con el ser que mantenía a Bruhome bajo su poder y el desafío que aquel ser les había lanzado, la chispa de indignación que había ayudado a Constan a superar su miedo durante todo aquel tiempo prendió y se encendió hasta convertirse en furiosa cólera. Constan sólo tuvo una respuesta ante aquella cólera: buscar la causa, y eliminarla.

Así pues, empezó a pasear por la estrecha habitación como un perro jabalinero enjaulado, al tiempo que le tomaba cariño a su idea. El demonio *moriría.* Lo encontraría y lo haría pedazos, con sus propias manos si era necesario. Mientras su padre vociferaba, Fran volvió a mirar a Índigo. Ésta observaba a Constan pero de soslayo, como si apenas lo escuchara. Fran se preguntó por qué no habría hablado aún de su plan, y deseó poder estar al tanto de sus pensamientos.

De pronto Constan se detuvo otra vez. Se le oía respirar pesadamente, con dificultad, como un caballo sudoroso en un espacio reducido. Por fin se volvió en redondo hacia ellos.

—¿Bien? ¿A qué estamos todos esperando? —Su mirada los taladró, luego se posó en la figura inmóvil y silenciosa de Cari que descansaba sobre el improvisado lecho de la esquina—. ¡Si queremos salvar a Cari hemos de destruir a esa cosa antes de que la situación empeore! Volveremos a cruzar los páramos, encontraremos esa fortaleza tres veces maldita de la que me habéis hablado *y...*

—No —dijo Índigo con tranquilidad.

Constan se interrumpió en mitad de la frase.

—¿Qué? —Parecía estupefacto, como si hubiera olvidado que ella estaba allí; pero se recuperó con rapidez—. ¿Qué quiere decir «no»?

Índigo bajó del alféizar de la ventana y flexionó las piernas para eliminar un ligero calambre.

—Constan —dijo—, de nada sirve que vayamos en busca de la fortaleza del demonio. No la encontraremos; no a menos que el demonio quiera que lo hagamos, y no creo que lo quiera. Podríamos registrar esos páramos durante una eternidad mientras él nos lleva de un lado al otro. En mi opinión estaríamos mucho mejor si nos quedáramos exactamente donde estamos.

—¿Donde estamos? —repitió Constan, incrédulo—. ¿Qué hay de bueno en eso?

Fran intentaba atraer la atención de Índigo, pero ésta o bien no se daba cuenta o no quería acusar recibo de sus furtivos ademanes.

—Quiero ver al demonio destruido tanto como tú —repuso la joven—, pero no conseguiremos destruirlo si nos ponemos en marcha como soldados que van a la batalla. Hemos de ser más sutiles que eso.

—¿Cómo es eso? —Constan frunció el entrecejo.

—No iremos en busca del demonio. Lo atraeremos aquí, a buscarnos. He pensado en ello, y creo que es la forma más segura de conseguir nuestros fines. —Ahora sus ojos sí que respondieron a Fran, pero de forma fugaz y con una advertencia para que no interviniera—. Tengo una idea para una trampa, y estoy segura de que saldrá bien.

—¿Qué clase de trampa? —Constan empezaba a mostrarse interesado.

Se produjo una pausa, y luego Índigo dijo:

—Una representación completa de la Compañía Cómica Brabazon.

La segunda pausa fue bastante más larga que la primera. Luego Constan repuso:

—Cielos, muchacha. ¿De qué estás hablando?

Las miradas de Índigo y Fran se cruzaron de nuevo, y esta vez la advertencia de la muchacha se vio reforzada por un rápido gesto negativo de su mano.

—Constan —siguió—. No es mi intención parecer arrogante, pero poseo una mejor idea de qué es aquello a lo que nos enfrentamos. Conozco la naturaleza de nuestro adversario, y creo, *creo,* que también conozco la forma en que podemos vencerlo. Lo que voy a decir puede que te suene a locura; pero he de pedirte que confíes en mí.

—Chica, confío en ti, ya sabes que sí. —Constan estaba perplejo—. Pero esto..., la verdad

Librodot

es que no comprendo. ¿Qué puede tener que ver uno de nuestros espectáculos con esta brujería?

—En potencia, todo. —Índigo le devolvió sin parpadear la intimidatoria mirada—. En nuestros espectáculos nuestra intención es ofrecer al público una ilusión, e imponerla sobre la realidad de nuestras vidas. Lo que tengo en mente es hacer todo lo contrario: imponer la realidad sobre un mundo de ilusión.

Profundas inhalaciones procedentes de Fran y Esti le dijeron que ellos la comprendían. Tanto mejor; pero Constan había fruncido aún más el entrecejo.

—¿Ilusión? —dijo picajoso—. ¿Realidad? ¿Qué clase de rimbombantes tonterías son ésas?

—No son ninguna tontería, Constan —replicó Índigo, sacudiendo la cabeza con suavidad—. Al menos, le rezo a la Diosa para que no lo sean. Durante nuestros viajes, Fran y Esti y yo hemos aprendido mucho sobre este mundo. Perdóname, pero hemos aprendido mucho más que tú, y...

Fran no pudo permanecer en silencio por más tiempo e interpuso:

—¡Es cierto, papá! Lo sabemos: todo en este mundo es una ilusión, no es real...

Constan se revolvió contra él. Se sentía confundido, y la confusión dio origen al miedo, y el miedo por su parte dio paso a la beligerancia.

—¡Cállate, muchacho! —refunfuñó—. ¿Qué sabes tú de nada? ¡Ilusiones, nada menos! ¡Nunca he oído nada semejante!

Escocido e insultado por tan arrogante rechazo, Fran abrió la boca para replicar, pero Índigo intervino al instante para impedírselo.

—Constan, comprendo tus sentimientos —dijo. Algo en su voz hizo que tanto Constan como Fran se detuvieran—. Y no voy a intentar explicar lo que quiero decir con palabras. —Vaciló—. Hace unos minutos has dicho que confías en mí. Te pido, pues, que no dudes, y me des al menos la oportunidad de probarte mi teoría.

—¡Papá, por favor, escúchala! —lo instó Esti, poniéndose en pie de un salto y aferrándose al brazo de Constan—. No tienes nada que perder.

Constan empezó a titubear; pero no se sentía muy dispuesto a capitular.

—No *comprendo* —dijo en un tono medio agresivo, medio suplicante—. ¡No veo de qué pueda servir! —Se volvió y señaló el improvisado lecho con una mano—. ¿Cómo puede ayudar a mi Cari? ¿Cómo puede devolverme a mis otros hijos?

—No puedo prometerte nada, Constan —repuso Índigo al tiempo que se humedecía los labios—. Pero creo que si seguimos mi plan, acabaremos con el poder que el demonio ejerce sobre ella... y sobre todos los habitantes de Bruhome. Fran comparte mi creencia, y también Esti —les dirigió una rápida mirada y ambos asintieron con energía—. Y te necesitamos junto a nosotros, Constan. Eres el núcleo de la Compañía Cómica Brabazon; tu papel es vital. ¡Tienes que... *necesito* que... idees una función que sea la más espectacular que Bruhome haya presenciado jamás!

Se hizo el silencio. Constan clavó los ojos en Índigo, en un esfuerzo por comprender, por obtener aunque sólo fuera un destello de lo que significaba aquella estrafalaria petición: pero la comprensión estaba fuera de su alcance. Miró a sus dos hijos. También ellos contemplaban a Índigo, pero en lugar de compartir su desconcierto, sus rostros reflejaban una total confianza; y, bruscamente, Constan dejó caer los hombros en señal de derrota.

—De acuerdo. —Se restregó la barbilla con los dedos de una mano—. De acuerdo, chica; no voy a discutir contigo. Con ninguno de vosotros. —Frunció el rostro por un breve instante y lanzó una dolorida mirada a Fran y a Esti—. Si eso es lo queréis que haga, supongo que no tengo más remedio que estar de acuerdo. De lo contrario lo haréis sin mí, ¿no es así? —Vio la confirmación a sus palabras en los ojos de los dos jóvenes—. Sí, ya lo pensé. Y la Madre de la Cosecha sabe qué barbaridades podríais cometer. Muy bien, me sobrepasáis en número, de modo que me rindo. ¡Pero que me maten si no creo que os habéis vuelto completamente locos!

Índigo lanzó un suspiro de alivio. La capitulación de Constan era forzada, su avenencia

Librodot

precaria; pero ella había obtenido su promesa de cooperar y de momento eso era suficiente.

—Gracias —dijo con entusiasmo, y Esti coincidió con ella, inclinándose hacia adelante para besar a su padre en la mejilla. Fran no dijo nada, se sentía todavía algo resentido por la bronca recibida de Constan, pero a regañadientes asintió con la cabeza.

—Muy bien, pues. —Constan cruzó los brazos sobre el pecho y miró testarudo a cada uno de ellos por turno—. Nadie puede decir que Constan Brabazon hace las cosas a medias. —Su mirada se posó ahora sobre Índigo—. ¿Qué clase de función quieres?

—La mejor que hayamos hecho jamás —repuso Índigo al momento.

—¿Con sólo nosotros cuatro para representarla? Eso es pedir mucho. ¿Y cómo, si se me permite preguntarlo, se supone que regresaremos a las carretas para recoger nuestros accesorios y vestuario, con esas... —indicó con un gesto la plaza que se veía por la ventana— ... con esas *cosas* ahí fuera?

—No los necesitaremos. Todo lo que precisaremos está aquí dentro de esta habitación con nosotros. Incluidos tantos actores como queramos.

La expresión de Constan se alteró y farfulló:

—*¿Qué?* Mira, muchacha...

Índigo lo interrumpió antes de que el mal genio de Constan tuviera tiempo de hacerse oír.

—Ven a la ventana.

Había esperado no tener que hacerlo, al menos aún no; pero ahora comprendió que su esperanza había sido vana. La paciencia de Constan y su aquiescencia a dejarse manipular se acababan allí. Habían conseguido chantajearlo para que aceptara colaborar en su plan hasta un cierto punto; pero más allá de aquel límite su credibilidad había sobrepasado la medida y por allí ya no pasaba. La muchacha ya no se atrevía a seguir utilizando el guante de seda o perdería el terreno ganado. Constan tenía que ver la verdad por sí mismo.

—Por favor, Constan. Haz lo que te pido. —Su voz era dura—. Sólo por esta vez.

Durante un tenso momento Constan siguió mirándola furioso. Luego, despacio, se adelantó, e Índigo reunió toda la fuerza de voluntad de que fue capaz, mientras rogaba en silencio que no se hubiera equivocado y aquello saliera bien.

—Primero, necesitamos luces —anunció la joven, y se volvió hacia la ventana.

Abajo, en la plaza, aparecieron de la nada seis retazos de pálida y parpadeante luz naranja. Todavía resultaban débiles e inestables, pero la muchacha se concentró con más fuerza, y de repente la perezosa luz trémula se convirtió en seis llamaradas que se alzaron hacia el firmamento desde la parte superior de los postes en seis llamaradas que se alzaron hacia el firmamento desde la parte superior de los postes de las antorchas.

Constan lanzó una exclamación incoherente y retrocedió asustado, Índigo le sonrió tranquilizadora.

—Así que, ya tenemos luces —dijo—. Y ahora, el escenario.

Era una réplica perfecta del escenario sobre el que —parecía que hubiera transcurrido una eternidad desde entonces— la Compañía Cómica Brabazon había actuado durante la Fiesta de Otoño. La luz de las antorchas bailaba sobre las tablas vacías y arrojaba sombras sobre las cortinas corridas; y más antorchas diminutas ardían en hilera en la parte delantera de la plataforma.

—Y —siguió Índigo—, tenemos todos los disfraces que necesitemos.

Constan se volvió hacia ella boquiabierto, con los ojos a punto de salírsele de las órbitas, intentando poner en palabras las preguntas que se agolpaban en su asombrada mente. Ella le dedicó otra sonrisa, y Constan se encontró frente a una criatura de dulces ojos dorados ataviada con todas las tonalidades verdes de la primavera, cuyos cabellos poseían el color de la tierra fértil y cuyo rostro era más bello que el de cualquier cosa humana...

—¡Ah!

Constan se tambaleó hacia atrás al tiempo que se cubría el rostro con un brazo como para protegerse. Esti le sujetó el otro brazo para evitar que perdiera el equilibrio e Índigo se quedó helada al darse cuenta de lo que había hecho.

Librodot

¡No había sido su intención adoptar aquella forma! Había surgido de forma espontánea y sin que ella lo hubiera deseado en absoluto: su única intención había sido mostrar a Constan una imagen de sí misma ataviada con uno de los familiares disfraces teatrales. Pero alguna otra cosa se había apoderado de su voluntad, anulando su conciencia, para convertirla en la imagen del emisario de la Madre Tierra.

—Yo... —Pero no podía expresarlo en palabras. *¿Cómo podía haber sucedido?* Le habían arrebatado el control; no había, deseado aquello; no esa imagen precisamente...

—Índigo, ¿te encuentras bien?

Era Fran, que la había visto tambalearse y corrido a su lado.

—S-sí... es... estoy... —Índigo recuperó el control con un gran esfuerzo—. Estoy bien.

—Nos has sobresaltado a todos; no sólo a papá. —Fran miró al otro extremo de la habitación donde Constan se había sentado pesadamente con Esti a su lado—. La imagen resultó tan *real...*

Índigo aspiró con fuerza varias veces a gran velocidad.

No quería que nadie se enterase del sobresalto que había sufrido. Deseaba poder alejarse, estar sola durante unos pocos minutos para recuperar la calma y la compostura.

Reprimió un deseo de salir corriendo de la habitación y, en un intento de mantener al menos una apariencia de normalidad, dijo a Fran:

—Lamento haber tenido que hacerlo. Pero fue lo único que se me ocurrió para convencerlo.

—¡Oh, se pondrá bien! —Esti le dedicó una leve sonrisa—. Dale unos minutos para que se recupere de la sorpresa, y se lo explicaremos todo. Tenía que hacerse, Índigo.

—Sí. Pero ahora que conoce la verdad, ¿cómo le afectará eso?

—No le afectará en absoluto —repuso Fran con una mueca—. No si yo conozco a mi padre. Es un hombre muy práctico. Una vez ha visto algo con sus propios ojos, cree en ello. Ya no tendremos más problemas con él ahora; y en cuanto averigüe cómo se hace, lo más probable es que nos superará creando sus propias ilusiones. Espera y verás.

Miró pensativo por la ventana. Las antorchas y el escenario se habían desvanecido; en su momento de furor mental Índigo había perdido el control sobre aquellas imágenes y se habían desvanecido, pero Fran ni sabía ni le importaban los motivos de su desaparición. No sería difícil recrearlos cuando llegara el momento.

—Realidad impuesta sobre la ilusión —dijo—. Podemos hacerlo, Índigo. ¡Realmente podemos poner este maldito mundo patas arriba! Y cuando el demonio venga corriendo a nuestra trampa... ¡morirá! —Chasqueó los dedos.

Índigo apenas pudo disimular una sonrisa. La descripción de Fran era simple, pero muy cercana a la verdad. El demonio había declarado que no podía morir; sin embargo ella creía que no podía seguir viviendo en un mundo que era real. En eso se fundamentaba su esperanza. El demonio no tenía auténtica vida propia, sino que existía tan sólo a través de las ilusiones que creaba. Si se desarmaba la estructura de aquellas ilusiones, y se las desperdigaba para reemplazarlas con la realidad de las cosas de carne *y* hueso, no quedaría nada para alimentar su vampírica voracidad.

Podían hacerlo. Poseían el poder. Quizá se le ocurrió con cierta inquietud, después de la imagen que había creado involuntariamente, pero poseían más poder del que creían. Ahora, todo lo que les quedaba era utilizarlo, y utilizarlo bien.

—Lo mejor será que hablemos con tu padre —dijo Índigo. Su mirada se encontró con la de Fran y le sonrió—. Este es el último acto de la obra. ¡Asegurémonos de que sea la mejor representación que la Compañía Cómica Brabazon haya ofrecido jamás!

Esti lo apodó el Consejo de Guerra, y nadie se sintió inclinado a llevarle la contraria. Constan, tal y como Fran había predicho, llevó la voz cantante en la discusión; la jugada de Índigo había dado muy buenos resultados, y la actitud de Constan había pasado del escepticismo y desconcierto al más sincero entusiasmo. Si le hubieran dicho desde un principio qué era todo aquello —había dicho, algo herido en su amor propio—, podrían haberse ahorrado un sinnúmero de inútiles discusiones. Al oír esto, Esti se había visto

Librodot

obligada a taparse la boca con la mano para reprimir una carcajada, mientras que Índigo y Fran cruzaban una maliciosa sonrisa.

Pero a medida que el consejo se volvía más serio, la atmósfera no tardó en calmarse. La conversación poseía un aire peculiar: superficialmente podrían haber estado discutiendo planes para cualquier representación normal de los Brabazon; pero por debajo de las conocidas discusiones sobre cuestiones prácticas existía el conocimiento tácito pero enfático de que mediaría un gran abismo entre aquello y cualquier otra cosa que hubieran realizado con anterioridad. Pero por fin las ideas fragmentarias empezaron a tomar forma hasta ofrecer una imagen coherente; y finalmente Constan, que en aquellos momentos había retomado su acostumbrado papel de jefe de la compañía, mandó hacer un alto.

—Hemos dicho todo lo que se podía decir. —Juntó las manos con una palmada; un gesto que, por larga experiencia, todos sabían significaba que no aceptaría más discusiones—. Esti está medio dormida ahí sentada., oh, claro que sí, criatura —Esti intentó protestar y ahogar un bostezo al mismo tiempo—, *y no* tengo la menor duda de que al resto de nosotros le convendría algunas horas de sueño. Se acabó la charla. Sabemos lo que vamos a hacer, así que a descansar, y luego empezaremos. —Escudriñó los rostros que lo rodeaban—. ¿Algo que objetar a eso?

Nadie discutió. Lo que Constan sugería era de sentido común: todos estaban agotados, y sería una temeridad enfrentarse a lo que les aguardaba sin haber descansado. Los armarios de la ropa blanca del Tonel de Manzanas ofrecieron una abundante provisión de mantas, y transportaron una buena cantidad de ellas al desván sobre las que se acomodaron para dormir.

Y, mientras dormía, Índigo soñó con *Grimya.*

En el sueño, la loba la llamaba y ella corría por un interminable páramo negro tras ella. En algunas ocasiones vislumbraba por entre la penumbra la veloz figura de *Grimya* delante de ella; pero cada vez que intentaba redoblar sus esfuerzos para alcanzarla, tropezaba y caía al suelo. Y mientras corría, dos figuras corrían a su lado, ambas extendían las manos como si quisieran tomar las suyas, pero nunca llegaban a tocarlas. A su derecha, el emisario de la Madre Tierra se deslizaba como un espectro sobre la hierba, los cabellos y la túnica agitándose como movidos por el viento. A su izquierda, veloz y ágil, Némesis descubría sus dientes de felino y reía con voz estridente ante su aflicción. Y ella sollozaba, porque *Grimya* sufría, *Grimya* la necesitaba, y no importaba lo mucho que se esforzase: nunca, nunca podría alcanzarla.

Índigo despertó bruscamente de su sueño, y supo al instante que no podría volver a dormirse. En la oscura habitación sus compañeros eran formas inmóviles sobre los toscos lechos; Constan roncaba. Sin hacer ruido, para no despertarlos, Índigo se levantó, salió de la habitación de puntillas y bajó por las escaleras hasta el piso intermedio de la taberna. Se sentía inquieta, alterada por el sueño; y en su interior ardía el deseo de bajar hasta la planta baja, abrir la puerta de la calle de par en par y precipitarse a la plaza llamando a *Grimya* en voz alta. Era una estupidez, claro: *Grimya* no vendría; o si lo hacía, lo haría como una enemiga. Pero la pesadilla había despertado pensamientos que estaban demasiado enredados, que eran tan profundos y personales que ni siquiera ella podía racionalizarlos.

Se dedicó a pasear sin rumbo por el descansillo del primer piso, mirando al interior de las vacías habitaciones pero sin el menor interés. Una de ellas, mayor que las demás, poseía dos ventanas que daban a la plaza, e Índigo entró en ella y la atravesó para ir a apoyarse taciturna en uno de los antepechos y mirar al exterior. No había nada que ver en la plaza; nada se movía. Y no había ni rastro de *Grimya...*

Resultaba extraño, pero tras su breve estallido de dolor cuando se enfrentó a *Grimya* en la plaza, sus ojos se habían mantenido totalmente secos. Incluso aunque hubiera deseado llorar ahora, no tenía lágrimas. En lugar de ello, sentía un gélido y duro foco de tristeza y desamparo que se veía agudizado por un sentimiento de culpa al darse cuenta con claridad, quizá por vez primera, de los pocos esfuerzos que había hecho hasta ahora por salvar a su amiga. Se despreció por ello; aunque sabía que *Grimya* —la antigua *Grimya*— la hubiera

Librodot

contradicho con energía. Bien, pues, por una vez *Grimya* habría estado equivocada. El sueño con sus imágenes de la mofa de Némesis y el frío e imparcial juicio del emisario, le habían hecho comprender la verdad, y ahora había tomado una resolución. Antes que nada, y por encima de cualquier otro objetivo, tenía que encontrar a *Grimya* y recuperar su mente de las garras del demonio. No se trataba tan sólo de una cuestión de lealtad, aunque eso en sí mismo hubiera sido motivo suficiente. Era una cuestión de responsabilidad y de amor.

Ocupada en sus desdichados pensamientos, no escuchó los pasos vacilantes que sonaron en las escaleras y fuera en el pasillo, ni tampoco los apagados sonidos de puertas que se abrían y cerraban. Sólo cuando una tabla del suelo crujió a su espalda salió bruscamente de su ensoñación, y miró a su espalda.

Fran estaba de pie en el umbral. Había preocupación en sus ojos.

—¿Índigo? Me preguntaba dónde estabas. ¿Va... todo bien?

Índigo reprimió una punzada de irritación ante aquella intromisión en su intimidad. Fran no podía saberlo; en justicia no podía enojarse con él.

—Estoy bien, Fran. Sencillamente ya no quería dormir más.

Animado, penetró en la habitación y cerró la puerta a su espalda.

—Papá y Esti siguen dormidos como troncos. —Hizo una pausa—. Supongo que no hay la menor señal de ella... De *Grimya,* quiero decir.

Índigo se había vuelto hacia la ventana; no lo miró al decir:

—No. Ninguna señal.

—Eso es lo que te preocupa, ¿no es verdad? —suspiró Fran—. ¡Índigo, lo comprendo! Sé que quieres tanto a *Grimya* como... como papá quiere a Cari.

No era ésa la comparación que había querido hacer, pero en el último momento el valor le había fallado. Avanzó y tomó la mano izquierda de la muchacha, Índigo no la apartó, pero tampoco respondió; sus dedos permanecieron fláccidos entre los de él.

—La salvaremos —continuó Fran con vehemencia—. ¡Sé que lo haremos, Índigo, de alguna manera!

Intentaba ayudar, pero su preocupación sólo servía para empeorar las cosas, Índigo liberó su mano con suavidad.

—Fran, no quiero hablar de ello. No ahora.

—Pero yo creo que deberías. Te haces daño a ti misma, conteniendo tus sentimientos de esta forma, ¡Índigo, voy a encontrarla para ti, y la liberaré! Sea como sea, y cueste lo que cueste...

—*Por favor.*

Lo dijo con más aspereza de la deseada, y lo lamentó al instante. Los decididos ojos color avellana de Fran adoptaron una expresión de contrariedad, y comprendió lo ansioso que estaba el muchacho por serle útil, lo mucho que su aprobación significaba para él. Comprendió lo mucho que la amaba y tuvo que desviar la mirada otra vez. Pobre Fran: había tantas cosas que desconocía...; tantas cosas que podrían, si las averiguara, destruir el ideal que tenía de ella. El muchacho era una lamentable y precaria mezcla de hombre y niño, su inmaculada experiencia estaba tan distante de la de ella como era posible estarlo. Podía ver sus sueños con la misma claridad que si él hubiera doblado una rodilla en tierra y se los hubiera declarado: eran los sueños de la juventud, del optimismo y de la incuestionable creencia en su propia invencibilidad. Pobre, querido y cariñoso Fran. Era como un cachorro, como un hermano menor. Decirle que le amaba de esa forma significaría destruir sus esperanzas: porque por mucho que fuera, Fran no era Fenran. Y nadie, y menos que nadie este vehemente aspirante a pretendiente que tanto se esforzaba por ser fuerte y valeroso a sus ojos, podría jamás ocupar el lugar de Fenran.

—Fran, te agradezco profundamente tu amabilidad —le dijo—. Pero en esto no hay nada que puedas hacer. Si puede romperse el hechizo de *Grimya,* sólo yo puedo hacerlo.

—No puedes estar segura de ello.

—Ya lo creo que sí. —Sonrió compasiva—. Por favor, Fran. Comprendo lo mucho que

deseas ayudar, pero...

—Pero no quieres la ayuda que pueda prestarte.

—No es eso.

—Oh, claro que sí lo es, ¿no es así? —Los ojos de Fran se llenaron de repente de enfurecido dolor—. Hablas como si yo fuera una criatura; como si careciera de la fuerza o la inteligencia para hacer nada. Pero no soy una criatura... ¡Soy un *hombre!* —Avanzó de repente y la sujetó por los antebrazos; ella intentó desasirse, pero tenía la ventana detrás y estaba acorralada.

—Índigo. —La voz de Fran había cambiado de tono. El ramalazo de furia había pasado, pero la urgencia que lo había reemplazado no era menos intensa—. Índigo, no estás ciega. Debes saber lo que siento por ti. ¡Que la Diosa me ayude, *te amo!*

La muchacha lo miró fija, intentando que la lástima que sentía por él no se reflejara en sus ojos.

—Por favor, no digas eso —le respondió.

—¿Por qué no he de decirlo? ¡Es cierto!

—No me conoces. Puede que creas que sí, pero estás equivocado. —Entonces al darse cuenta de que él no iba a aceptar aquello, no iba siquiera a escuchar, añadió—: ¿Y has considerado *mis* sentimientos sobre esta cuestión?

—¡Claro que sí! Apenas si he pensado en otra cosa... quiero *ayudarte;* quiero *hacerte feliz...*

—*¿Feliz?* —Ahora era ella la que empezaba a enojarse; a enojarse ante la presunción del joven. Intentó desasirse de sus manos pero él las cerró con más fuerza, y la furia de ella aumentó. La ingenuidad y el amor juvenil, por muy profundas que ambas cosas fueran, no excusaban aquel comportamiento.

—Fran, suéltame.

—Índigo...

—¡He dicho que me *sueltes!* ¿Qué derecho crees poseer para comportarte así? —El rostro de Índigo estaba lívido de furia, y de repente ya no le importó si le hacía daño; la verdad es que *quería* hacerle daño, hacerle pagar por haberse entrometido de forma tan egoísta en sus cosas, y por despertar una antigua y arraigada pena—. No te amo, Fran, y jamás podría. Amo a Fenran. Y Fenran es un *hombre:* ¡no un chiquillo estúpido a medio crecer!

Las mejillas de Fran enrojecieron y de repente sus tensas emociones se desbordaron.

—¡Fenran está muerto! —La zarandeó con tanta violencia que la aturdió—. ¡Está *muerto!* ¡Pero yo estoy vivo, y estoy aquí, y *soy real!*

Y antes de que Índigo pudiera reaccionar, la atrajo por la fuerza contra él y su boca se cerró ansiosa sobre la de ella, mientras su lengua intentaba abrirse paso por entre los dientes de la joven.

Índigo lanzó un inarticulado grito ahogado e intentó desasirse furiosa. Pero Fran la empujó hacia atrás y clavó su columna vertebral contra el antepecho de la ventana, inmovilizándola.

—¡Te amo! —Se separó el tiempo suficiente para jadear las palabras, mientras le besaba la barbilla, las mejillas y cualquier parte del rostro de ella que podía encontrar en su excitación—. Y tú puedes amarme..., *sé* que puedes hacerlo, *¡lo sé!* Por favor, Índigo. Oh, *por favor...*

Sus labios buscaron de nuevo los de ella; estaba sin aliento, jadeante, su joven cuerpo anguloso apretándose contra ella. Y de pronto el enojo de Índigo se transformó en violenta cólera. Torció la cabeza a un lado y aspiró con fuerza; luego, con una energía surgida de su cólera se revolvió liberándose y le dio una bofetada. A pesar de que tenía poco espacio para maniobrar, pudo imprimir bastante fuerza al golpe, y Fran se tambaleó hacia atrás, a punto casi de perder el equilibrio mientras iba a dar contra el rincón. Levantó una mano hasta la ardiente mejilla y la miró asombrado, incapaz de hablar pero con un revoltijo de emociones brillando en sus ojos. Vergüenza, pesadumbre... y furia... Por encima de todo, furia.

Índigo no se movió. Durante un instante que pareció interminable pero que con toda probabilidad no duró más que algunos segundos se miraron el uno al otro, conscientes de que

Librodot

habían llegado a un punto muerto inamovible. Luego Fran se apartó de la pared con un movimiento brusco y atravesó la habitación tambaleante en busca de la puerta, que abrió con violencia. Ésta se estrelló contra sus goznes a su espalda, e Índigo oyó el repicar de sus pies sobre las tablas de madera mientras se alejaba corriendo por el descansillo.

Librodot

CAPÍTULO 20

Estaban listos. Y en la lúgubre y oscura plaza del mercado de la espectral Bruhome, el escenario estaba literalmente dispuesto para la más estrafalaria y a la vez más importante de las representaciones que la Compañía Cómica Brabazon había ofrecido en toda su vida.

Índigo había hecho aparecer de nuevo la plataforma, pero esta vez en una forma que resultase sólida y sustancial. Mientras los cuatro la contemplaban en medio de la oscuridad había sentido, irónicamente, una repentina y desorientadora sensación de completa irrealidad: el escenario parecía grotescamente fuera de lugar en el vacío de la plaza, como algo surgido de una febril pesadilla, y el profundo silencio que los rodeaba hacía que resultase aún más sobrecogedor.

Nada los había amenazado cuando, con gran cautela, habían abandonado la taberna para penetrar en la plaza. No había lobos que aguardasen emboscados para atacarlos: Índigo se preguntó si las ilusiones que ella, Fran y Esti habían creado habrían destruido a toda la manada y, si así era, qué habría sido de aquellas ilusiones; los osos y las quimeras y los Ahuyentadores. Y *Grimya.* ¿Dónde estaba *Grimya* ahora que sus espantosos seguidores habían desaparecido? ¿Y la atraerían de regreso los sucesos que iban a ocurrir en la plaza?

Se negó a prestar demasiada atención a tales ideas, y obligó a su mente a concentrarse en la tarea que les aguardaba. La función que iban a representar tendría dos partes. La primera estaba pensada para atraer la atención del demonio, sería como arrojarle el guante y desafiarlo a que se enfrentase a ellos; mientras que la segunda parte —y con mucho la más peligrosa— ocasionaría, si lo conseguían, la definitiva destrucción del demonio.

Si lo conseguían. Ésta era la pregunta crucial, y una para la cual Índigo carecía de respuesta. Mientras subía al escenario detrás de Fran y Esti la sensación de irrealidad la inundó por segunda vez, y con ella recibió una oleada de duda y temor. ¿Pedía acaso demasiado de los Brabazon y de sí misma? ¿O era quizá toda aquella estratagema una completa e inútil locura?

Miró subrepticiamente a Fran que se encontraba a poca distancia de ella. El joven no le había dirigido la palabra desde la lamentable riña de la taberna, y su rostro aparecía tenso y sombrío. Sabía que Esti se había percatado de la ruptura entre ambos y había adivinado el motivo, aunque no los detalles. Pero Índigo había evitado darle cualquier posibilidad de que pudiera hacerle preguntas personales, y Fran se dedicó a realizar sus preparativos en mecánico y sepulcral silencio. Una parte de Índigo quería acercarse a él e intentar hacer las paces; pero otra parte, más poderosa, aconsejaba lo contrario. Resultaría muy fácil empeorar las cosas; y todavía sentía un resto de su anterior cólera que le impedía relajarse en cualquier forma. Lo único que esperaba era que Fran tuviera el suficiente sentido común como para no poner en peligro su plan con algún retorcido deseo de devolverle la ofensa. No creía que fuera tan estúpido; pero el temor estaba allí de todos modos.

Tantos escollos..., tantos riesgos... «Madre Tierra», oró Índigo en silencio llena de fervor, «ayúdame. ¡Si puedes, por favor, ayúdame y guíame ahora!»

Pero ya era tarde para volverse atrás. Constan había ocupado su lugar en la parte delantera del escenario, y a pesar de su estado de ánimo, a pesar del desconcertante vacío de la plaza, la tensa expectación que siempre precedía el inicio de una representación empezaba a hormiguear por su cuerpo como si miles de agujas de hielo corrieran por sus venas. Oía la rápida y excitada respiración de Esti, y los pies de Fran que se arrastraban nerviosos por el suelo. Constan se volvió para mirarlos: una silueta grande como la de un oso en la penumbra; comprendieron, de forma casi palpable, que tomaba las riendas, que ejercía el control. La atmósfera se volvió más tensa; Índigo concentró toda su fuerza de voluntad, se preparó...

Constan extendió las manos en un gesto teatral y rugió:

—¡LUZ!

Un torrente de energía mental surgió de las tres mentes a la vez, y los oscuros postes para antorchas que rodeaban la plaza llamearon llenos de chisporroteante vida. Todo el escenario

Librodot

se llenó de luz y la escena pasó de la oscuridad a una brillante iluminación, y Esti tomó la mano de Índigo y la oprimió con fuerza, en un apretón que transmitió sin palabras su compartido triunfo. Entonces Constan se volvió, y gritó a la plaza:

—¡Saludos, amigos míos! ¡Se os saluda y se os da la bienvenida a esta fiesta! Esta noche os traemos música y canciones, y risas y lágrimas... ¡esta noche, nosotros, la Compañía Cómica Brabazon, hará que vuestros sueños se hagan realidad!

Estaba magnífico. Impávido ante la extraordinaria puesta en escena, el vacío y el silencio que se abrían ante él allí donde debería de haber estado su público, había adoptado al instante y con energía su papel de consumado comediante. Podría no haber aprendido la forma de fabricar ilusiones a partir de la esencia de aquel mundo; pero de súbito Constancia Brabazon se había erigido en el indiscutido señor de los festejos alrededor del cual todo debía girar. Giró sobre sus talones al tiempo que extendía un brazo, y Esti se adelantó corriendo, Índigo entrevió su rostro y percibió un miedo tenso en su expresión, pero la muchacha tomó la mano de su padre y dedicó una profunda reverencia a la imaginaria multitud; su voz resonó alta y clara por la plaza.

—¡Buenas gentes, os saludamos, y os damos la bienvenida a la reunión de esta noche!

Era la cancioncilla tradicional con la que iniciaban siempre el espectáculo interpretada generalmente por la pequeña Piedad, e Índigo se humedeció los labios, mirando a Fran de soslayo. Este no la miró, pero sujetaba su flauta, flexionando los dedos listo para empezar.

—¡Acercaos, olvidad las penas —entonó Esti—, y unios a nuestra fiesta!

Constan efectuó un rápido gesto, e Índigo y Fran —con gran alivio por su parte— añadieron sus voces al estribillo.

¡Sabemos bailar y sabemos cantar,
y estos dones os traemos,
con música y alegría, bromas y juegos,
para desearos felicidad y este día festejar!

Por un emocionante momento, mientras sus labios formaban las palabras, Índigo escuchó el clamor de voces nuevas, voces infantiles que se elevaban como fantasmas de otro mundo. El corazón le dio un brinco y se puso a latir de prisa hasta el punto de cortarle la respiración... y de repente ya no tuvo tiempo de pensar, Constan iniciaba ya el compás con el pie, *uno, dos,* y arpa y flauta se unieron a la alegre Donada del primer baile.

Los dedos de Índigo volaban sobre las cuerdas del arpa, y giraba vertiginosa con una nueva oleada de energía mientras Esti saltaba y daba vueltas al compás de la música. ¡Esto *era* Bruhome: eran la Fiesta de Otoño, y la Compañía Cómica Brabazon ocupaba el escenario, para ofrecer la mejor representación de su vida! Y en cualquier momento aparecerían los demás actores, y la música alcanzaría todo su alegre volumen; *«¡escúchala!»,* se instó a sí misma, *«¡haz que suceda, utiliza tu voluntad para que suceda!»*

De repente se escuchó el sonido de una segunda flauta que se entretejía en una alegre armonía con los sones de la flauta de Fran. El rostro de Índigo se iluminó con una sonrisa triunfal cuando a la flauta se unieron los débiles sones de un violín, un organillo, el tamborileo de una pandereta. *¡Sí!* Se acercaba, empezaba, ganaba energía e impulso. Volvió a abrir los ojos y vio que Esti tenía ahora una pandereta en cada mano, y que sus sucios pantalones y camisa se habían transformado en un traje bordado, la falda revoloteando alrededor de sus muslos mientras bailaba. Constan daba palmas, al tiempo que enumeraba las figuras de la danza como si un público invisible se uniera a ella; e Índigo imaginó la plaza vacía llena de rostros alzados, de gente que gritaba, que cantaba, mientras otros se balanceaban por entre la multitud tejiendo una figura en forma de ocho. Por un instante la plaza iluminada pareció tambalearse y parpadear, y le pareció ver... No, *la vio:* a la multitud, a los asistentes al espectáculo como fantasmas en un espejo distorsionante.

De repente Esti lanzó un grito de éxtasis y bajó del escenario, saltando por encima de la

Librodot

hilera de candilejas para ir a posarse grácilmente sobre el suelo de la plaza. Empezó a girar sobre sí misma como un espíritu travieso recorriendo la plaza y de repente extendió las manos como para ofrecérselas a un compañero imaginario. Y de improviso un hombre enmascarado, vestido con hojas y con un elevado tocado de astas apareció bailando con ella; sus brazos se entrelazaron mientras saltaban y marcaban el paso.

Los ojos de Fran se abrieron de par en par y gritó a Constan una palabra que Índigo no conocía pero que sonó a algo parecido a «¡Kirnoen!». Nuevas figuras se materializaban ahora alrededor de la pareja; Índigo vislumbró diminutas siluetas de apariencia humana con cabeza de zorro; una hermosa mujer con los ojos y las alas de un halcón; otro hombre astado de rostro moreno...

Constan se volvió y atajó la música al tiempo que empezaba a batir palmas con un ritmo diferente.

—¡Cambio de melodía! —rugió—. *¡Los Cazadores y la Cosecha...* AHORA!

Las agudas notas de la flauta cambiaron de tono bruscamente, para luego lanzarse a una melodía nueva y más ligera, Índigo lo siguió con rapidez al reconocer la canción, arrancando del arpa un sonido parecido al de un caballo al galope; y unos segundos después los instrumentos fantasmas —el violín, el organillo, el tambor— añadieron su enfático apoyo. La figura astada tomó a Esti por la cintura y la alzó en el aire bien alta, y de pronto la plaza pareció llenarse de figuras que bailaban: hombres y mujeres enmascarados, pequeños perros que saltaban llenos de vigor, y un millar de criaturas cuyos cuerpos eran en parte humanos y en parte animales. De todas aquellas gargantas surgió un grito, una mezcla de grito humano y ladridos, chillidos y gañidos de animales, y Fran, con el rostro arrebolado por la excitación, gritó una y otra vez, como un grito guerrero:

—*¡Kirnoen! ¡Kirnoen!*

Y de pronto Índigo recordó. *Kirnoen* era el nombre que la gente del sudoeste daba a los cazadores salvajes, a los sobrenaturales servidores de la Madre Tierra que cabalgaban bajo el rojo globo de la Luna de la Cosecha para purificar la tierra tras los últimos días de espigueo y prepararla para el sueño invernal. También ellos poseían tales personajes míticos en las Islas Meridionales, aunque éstos cabalgaban bajo otro nombre; y se los festejaba en las magníficas fiestas de las monterías con la llegada de las primeras heladas y los fuertes vientos que soplaban del sur...

Un grito tembló en su lengua con la exigencia de ser pronunciado. Su mente se llenó de imágenes: de Carn Caille, su perdido hogar; de la tundra, y de los grandes bosques, y de los curvados cuernos de caza que lanzaban su letanía al sol que llameaba en el horizonte como si se tratara del palpitante corazón vivificador de la Diosa. Oía el ladrido de los perros de caza, el resoplar y tronar de los caballos que se abrían paso por entre los helechos como naves que hendieran el mar, el chasquido de los arcos, los gritos alegres de los cazadores... y el grito surgió de sus labios, un grito de liberación y triunfo. El arpa cayó de sus manos, su discordante nota de protesta ahogada por la respuesta de la saltarina y revoloteante concurrencia, e Índigo percibió la llegada del cambio, se sintió crecer, sus cabellos cayeron en forma de cascada como un torrente desbordado, sus toscos ropajes desaparecieron y quedó ataviada de hojas y de luz y de los cálidos y ondulantes colores de la tierra. Sus ojos se volvieron dorados, y el grito siguió y siguió, surgiendo como un torrente de su garganta al tiempo que nuevas figuras brotaban de la resplandeciente oscuridad de la plaza para unirse a la alocada danza. Enormes caballos alazanes y pardos se alzaban sobre sus cuartos traseros y efectuaban cabriolas; delgados galgos grises entonaban un coro melodioso con sus ladridos, y la alegre y chillona risa de los cazadores de las Islas Meridionales, tostados por la acción del sol y los vientos marinos, repicaba como campanas para resonar en las vacías casas y sacudir toda la plaza.

—¡Índigo! ¡Índigo!

Alguien la llamaba, y aunque reconocía aquella voz que procedía de otra época, de otro mundo, el rostro aturdido de Constan y el rojo halo de sus cabellos no significaban nada para

Librodot

ella cuando volvió sus ojos dorados hacia él. Sintió cómo el poder contenido en su interior se alzaba de nuevo, y Constan retrocedió como empujado por un vendaval. Una parte de su mente intentó ir hacia él, pero otra parte, mucho más poderosa, estaba más allá de tales consideraciones; fuera incluso de su control. No sabía lo que Constan había visto; todo lo que sabía era que en su interior crecía una gloriosa energía que aumentaba a medida que aumentaba la música y los bailarines danzaban y saltaban por la plaza. Deprisa y más deprisa aún... y súbitamente la alegre algarabía se vio reforzada por aullidos, silbidos, gritos y rugidos, mientras que de los callejones y calles laterales, de las puertas y de las ventanas surgía a borbotones una nueva horda de celebrantes, Índigo sintió cómo su corazón se henchía de orgullo al reconocer a las ilusiones que ellos habían creado, a las criaturas que habían expulsado a los lobos fantasma. Osos gigantescos, pardos como los bosques o blancos como las desiertas llanuras polares; búhos enormes; quimeras, incluso los Ahuyentadores estaban allí, girando sobre sí mismos como derviches y proclamando a través de chillidos su maníaca alegría. Su visión parecía penetrar un espectro situado más allá de los límites humanos, y en medio de la enloquecida lanza vio a Esti, acompañada ahora por una sombra gigante que se transformaba con sorprendente rapidez de hombre en caballo, en gato, en espíritu, en mastín. Una aureola con los colores del arco iris parecía rodear a la muchacha; una estrella terrenal con vida física entre las ilusiones; reía, la cabeza echada hacia atrás, y de sus manos levantadas surgían haces de luz que atravesaban la plaza para estallar como cohetes de artificio entre las antorchas.

Y entonces, en medio de toda aquella multitud que saltaba y se movía, Índigo divisó otra estrella, otro resplandor de vida. Se movía, se abría paso en dirección al escenario, aunque de forma irregular, como si se debatiera entre el temor y el deseo. Una loca esperanza irracional se apoderó de ella; fuera lo que fuese, no se trataba de una ilusión. Estaba vivo: su intensificada visión podía percibir cómo latía la vida en su interior; sus intensificados sentidos percibían el palpitar de su corazón, el torbellino de su mente... y de pronto lo supo, supo sin el menor asomo de duda quién venía hacia ella.

Se volvió y una ráfaga de viento barrió el escenario, agitando su manto de hojas, azotando sus cabellos. Constan... pero se había unido al baile, arrastrado como una rama por un torrente. Fran... pero sólo estaba su caramillo abandonado sobre las tablas del suelo. Estaba sola. Cuando volvió otra vez la cabeza, la palpitante luz se había detenido al pie del escenario, y en el interior del espectro centelleante que revelaba un cuerpo de carne y hueso estaba *Grimya.*

Unos ojos dementes se clavaron en los de ella. *Grimya* no la conocía; sin embargo la loba reconocía a la criatura de ojos dorados en que se había convertido Índigo, y su odio se vio distorsionado por una sensación de miedo y por otra emoción, que aún no estaba definida pero que pugnaba por salir a la superficie. La loba separó los labios para mostrar los babeantes colmillos y, sin previo aviso, saltó al escenario.

Estaban a menos de un metro de distancia, cara a cara, sin que ninguna se moviera, Índigo percibió la roja oleada de la mente de *Grimya* explorándola. Aquella mente odiaba. Estaba llena de voracidad. Ansiaba comer, y también vengar la desaparición de su manada. Y, no obstante, más allá de esa mirada enloquecida, más allá de aquella mente deformada, algo se esforzaba por hacerse oír; algo que gritaba lleno de dolor y pena: *¡cúrame!*

«Grimya... »

Índigo proyectó el nombre de la loba con toda la energía que pudo reunir; con todo su amor, con todo su instinto protector. Inesperadamente las tablas del escenario se desvanecieron; era hierba lo que había bajo sus pies desnudos, y un árbol se alzaba a su espalda, sus hojas brillando como oro derretido a la luz de las antorchas. La loba empezó a temblar, y un gruñido murió antes de surgir de su garganta.

—Grimya.

Esta vez lo pronunció en voz alta, y con la dulce autoridad que nace de la completa confianza en uno mismo. La voz que surgió de sus labios no era la suya, pero la conocía bien.

Librodot

Poseía el poder; ahora lo sabía. Ella era el poder. El poder para tomar el control. El poder de curar.

—Ah, mi pequeña hermana de los bosques. —Clavó una rodilla en tierra, y una mano bronceada, su propia mano y a la vez no la suya, se extendió en dirección a la temblorosa loba—. Reconóceme, mi querida amiga, y ven a mí. Sé curada. Sé tú misma otra vez.

Grimya gimió. Cuando el ser que era Índigo extendió la mano, mostró los dientes de nuevo e intentó morder aquellos dedos extendidos; pero se detuvo. Sus estremecimientos se redoblaron, y por un momento la angustiada mente cuerda de *Grimya* la contempló con desesperación desde los enloquecidos ojos lobunos.

«Por... por favor... » El débil grito mental luchó por llegar hasta ella franqueando un enorme abismo. *«Por... favor, ayúdame... »*

La bronceada mano rozó la cabeza del animal, y un impresionante escalofrío sacudió a la loba del hocico a la cola, Índigo sintió algo de un violento color rojo que palpitaba con fuerza, y un negro núcleo bajo el rojo; algo vampírico, maligno. Se sintió llena de repulsión y desprecio, y por un instante le pareció que contemplaba desde las alturas un cuadro de sí misma y de *Grimya,* como si lo contemplara con otros ojos, desde otra mente. Un ramalazo de luz cegadora resplandeció en su interior; sus dedos se crisparon una vez, y *Grimya* aulló como una posesa mientras el negro núcleo, el maligno fragmento de la influencia del demonio se desintegraba. Mientras se hacía añicos, la escena alrededor de Índigo pareció retorcerse y desmoronarse sobre sí misma. Colores imposibles estallaron ante sus ojos; el mundo se astilló en diminutos fragmentos, se reformó...

Y se encontró arrodillada sobre las tablas desnudas, sollozando y abrazada a *Grimya* con todas sus fuerzas, mientas la loba le lamía el rostro, entre gañidos...

Se sobresaltó de repente, al darse cuenta de que los asustados gemidos de *Grimya,* eran lo único que se escuchaba en medio de un silencio total. Rápidamente, con el corazón latiéndole con fuerza, Índigo alzó la vista.

La plaza estaba vacía. Las antorchas ardían aún sobre los elevados postes pero los bailarines habían desaparecido. No había música, ni gritos, ni exclamaciones, ni parloteos: sólo las figuras solitarias de Constan, Esti y Fran, de pie y desvalidas sobre los adoquines, que miraban a su alrededor con perplejidad.

Índigo se puso en pie muy despacio. *Grimya* se apretó contra su pierna, todavía demasiado conmocionada para hablar o proyectar siquiera cualquier mensaje mental. ***¿Qué*** *había sucedido?* ¿No habrían hecho Esti y Fran desaparecer sus ilusiones? O...

La idea se borró de su mente cuando, procedentes de la oscuridad de la calle que conducía al río, llegaron unos pasos resonantes y acompasados.

—¡Constan! —la voz de Índigo restalló por la plaza mientras su premonición se transformaba rápidamente en certeza—. ¡Trae a los otros! ¡Regresad al escenario... deprisa!

Los tres Brabazon la oyeron y regresaron corriendo. Fran subió de un salto y luego se volvió para ayudar a Constan, mientras Índigo tiraba apresuradamente de Esti para ayudarla a pasar por encima de las candilejas.

—¿Qué sucede? —Esti estaba sin aliento *y* sofocada—. ¡Todo se desvaneció de pronto! Y... —Se detuvo y sus ojos se abrieron de par en par al descubrir la presencia de *Grimya*—. Índigo... —exclamó asustada.

—No pasa nada. —Índigo dirigió una rápida mirada a la loba—. Ahora no hay tiempo para explicártelo, Esti, pero *Grimya* ya no es un peligro.

Era evidente que Esti no había presenciado lo sucedido sobre el escenario; pero cuando Constan trepó al escenario, los ojos de Fran se cruzaron con los de Índigo por un breve instante, y la muchacha supo de inmediato que él sí había presenciado la escena. La mirada que le dedicó era de enojo, pero el enojo estaba teñido de incertidumbre y de un cierto temor.

Constan, no obstante, no pareció darse cuenta del momentáneo intercambio de silenciosas miradas. Se irguió con cierta dificultad, y se volvió para contemplar las negras fauces de la calle.

Librodot

—Si eso es lo que creo que puede ser... —empezó sombrío.

Índigo padecía aún los efectos de su experiencia con *Grimya,* sus sentidos parecían distorsionados y su mente lenta y confusa. Tuvo que hacer un esfuerzo para serenarse.

—Sospecho que lo es —dijo abriéndose paso por entre la confusión que la embargaba—. Y llega antes de lo que esperaba.

Esti atravesó el escenario en silencio —evitando con cuidado a *Grimya*— para tomar la mano de Fran. Constan les dedicó a todos una mirada feroz.

—Muy bien, pues. Ha llegado el momento de que se inicie la segunda parte del espectáculo.

—Aún no.

Índigo clavó los ojos en la bocacalle. Las pisadas sonaban más fuertes ahora, aunque eran más lentas. Y podía percibir la presencia de unos ojos, una sensación casi tangible, que los contemplaban desde la oscuridad.

Una sombra surgió de la entrada de la calle. Se acercó al primero de los postes que sostenían las antorchas, y al pasar junto a él, la antorcha perdió intensidad y se apagó.

Pasó junto a la segunda luz; también ésta se extinguió. Esti dejó escapar un débil y nervioso sonido, y *Grimya* lloriqueó.

A la luz de las restantes antorchas Índigo pudo ver ahora que la sombra poseía forma humana, pero sin sustancia ni rasgos definidos. Se trataba de una silueta, desprovista de detalle. Pero podía sentir de todas formas la cruel intensidad de su mirada.

Una tercera antorcha se estremeció y se apagó, luego una cuarta. El demonio se acercó al escenario, y las diminutas candilejas empezaron a perder intensidad.

—¡No! —exclamó Índigo con fiereza. Vio cómo Fran y Esti cerraban los ojos, concentrados en reunir su fuerza de voluntad; y la hilera de luces aumentó de intensidad otra vez. El demonio se detuvo.

Entonces la débil y abismal voz que recordaba tan bien de la sala putrefacta dijo, con dulce y compasivo desdén:

—Os aplaudo a todos, y os agradezco la diversión. Pero ¡oh, sois tan estúpidos!

Librodot

CAPÍTULO 21

—Somos estúpidos, ¿no? —La voz de Constan estalló en medio del mortal silencio que se había apoderado de la escena. Su rostro se sonrojaba cada vez más, y una vena palpitaba en su cuello con reprimida cólera—. ¡Ya lo veremos, aborto del averno! ¡Ya veremos quién es el estúpido!

—¡Papá! —Esti le tiró de la manga, horrorizada por su total falta de precaución—. ¡No lo provoques!

Constan se desasió de ella y avanzó con grandes zancadas hasta la parte delantera del escenario, sus ojos se clavaron en la sombra al tiempo que se ponía en jarras con los puños apretados.

—*¡Devuélveme a mi hija!* —rugió—. ¡O, de lo contrario, por todas las abundantes cosechas que nos concede la Madre, te juro que desperdigaré tus restos sobre estos adoquines para que sirvan de alimento a tus repugnantes seguidores!

Una suave risa surgió de la boca invisible de la sombra.

—Constancia Brabazon, eres de verdad un gran comediante —dijo el ser—. Me proporcionarás un buen alimento cuando te devore. Mucho mejor que las débiles almas de Bruhome. Mucho mejor que sus cosechas, sus animales y sus niños. —Se deslizó hacia un lado, hasta detenerse justo frente a Índigo. La silueta de su cabeza se inclinó ligeramente hacia abajo, e Índigo notó cómo *Grimya* se colocaba tras ella. Un débil y temeroso gruñido borboteó en la garganta de la loba, y el demonio volvió a cloquear.

—Has encontrado a tus compañeros, y has liberado a tu amiga de mi pequeño hechizo. Te felicito, Índigo; creo que has conseguido muchas cosas, y aprendido mucho sobre ti misma en el proceso. Es triste que no vaya a servir para nada.

—Oh, sí que servirá para algo —repuso Índigo con frialdad—. Y nuestro espectáculo aún no ha terminado.

—¿Más diversión? ¡Qué agradable! Animará mi desdichada existencia. Y puedo preguntar... —la borrosa cabeza se alzó otra vez, e Índigo sintió la intensidad casi física de su mirada—... ¿de qué naturaleza será esta nueva diversión?

Índigo no estaba segura, pero le pareció detectar algo más que lacónica burla en la pregunta. La voz débil y sin inflexión no revelaba nada, pero la muchacha sospechó que aquella vampírica entidad estaba un poco más preocupada por su respuesta de lo que se atrevía a admitir. Le sonrió y dijo:

—¿Tanta curiosidad, cuando tu dolorosa carga te niega incluso los más nimios placeres de esta vida? Me sorprendes, demonio.

Los hombros de la sombra se agitaron en un gesto cansino.

—Incluso los más desdichados de nosotros tenemos a veces nuestros caprichos.

—O temores.

Constan tenía los ojos fijos en ella, e Índigo deseó fervientemente que no intentara intervenir; la muchacha necesitaba que aquel hiato se prolongara un poco más, ya que algo que se le había escapado al demonio bullía en su mente. *Has aprendido mucho sobre ti misma.* Aquella cosa percibía algún cambio, una estimulación de sus habilidades, y la joven recordó la vertiginosa sensación que se había apoderado de ella cuando luchaba por sacar a *Grimya* de su hechizo. Entonces había poseído el poder; ella *era* el poder...

Su corazón empezó a palpitar de forma irregular lleno de excitación. Debiera haberse dado cuenta antes, mucho antes, cuando el demonio les dio la bienvenida en la sala en ruinas y le había arrojado al rostro las dos imágenes que la denominaron *hermana.* Ya que, ¿de dónde podría haber sacado aquellas imágenes, si no era de su propia mente? No, como había creído ella entonces, de su memoria; sino de otra parte más profunda de su ser: de su alma.

Oh, sí. Podía hacer lo que era necesario hacer. Lo había conseguido una vez; lo haría otra. Todo lo que precisaba era la comprensión que pusiera en marcha su voluntad, y esa comprensión le había llegado ahora.

Librodot

Supo, sin necesidad de volver la cabeza, que los Brabazon aguardaban inquietos. Era consciente de su confusión, pero no tenía tiempo de detenerse y advertirles de lo que pensaba hacer. El demonio había colocado un arma en sus manos sin darse cuenta: debía utilizarla.

Devolvió toda su atención a la flotante sombra. Hubiera resultado fácil compadecerla; era una cosa patética e irreal que no estaba ni viva ni muerta. Pero compadecerla era alimentar aquella ilusión y darle poder. Por sí mismo el demonio carecía de fuerza; así pues, seguramente, carecería de auténtico poder. Sólo poseía el poder que sus víctimas le otorgaban de forma inconsciente al creer en la fuerza de las ilusiones que creaba... y creyendo de este modo en el mismo demonio.

—Tenemos un último espectáculo para ti, mi siempre hambriento amigo —le dijo Índigo con una sonrisa—. Un baile. Lo llamamos *El Regreso de Bruhome.*

La sombra se estremeció, como movida por algún tipo de emoción.

—Un título divertido —repuso la insustancial voz, y esta vez no había duda de la presencia de un tono de inquietud en ella—. Tu habilidad para bromear en un momento como éste te honra.

—Me alegro de que pienses así, ya que la broma será a tu costa. —Dio un paso atrás—. ¿Quieres subir al escenario y bailar con nosotros, demonio?

A su espalda, Constan siseó:

—Índigo, en el nombre de la Madre, ¿qué estás haciendo?

Pero la muchacha agitó una mano en gesto negativo. La sombra permaneció inmóvil. La sonrisa de Índigo se tornó menos simpática.

—¿O deseas que te busque una pareja de baile más apropiada?

Podía sentir cómo la energía aumentaba en su interior; como había sucedido con *Grimya.* La distancia era mucho mayor, no obstante; no sabía si lo conseguiría, si podría reunir la voluntad necesaria: «¡No, no pienses eso! ¡Tienes el poder! ¡Tú eres el poder!»

Una luz cegadora brotó de debajo del escenario, y en el centro de la luz, donde un instante antes había estado Índigo, se alzaba ahora la elegante figura del Emisario. El ser levantó un brazo en gesto autoritario, y de la noche, de algún lugar más allá de los confines de la plaza, el aire les trajo las débiles notas de un organillo.

Esti lanzó un grito de angustiado deseo.

—¡Val! ¡Es la canción de Val!

«Sí», pensó Índigo con violencia, «sigue así, llámalos a todos: a Val, a Lanz, a Honi y a Pi, a todos ellos, a todos ellos!» Perdida en el turbulento caos de su propia mente, inundada por la imagen que ella misma se había creado, concentró el llameante foco de su voluntad en su invocación.

Flauta, caramillo y tambor se unieron al organillo, y la melodía se fundió en una alegre marcha. El sonido creció, cada vez más cercano, más próximo, y ahora parecía estar ya por todas partes a su alrededor, como si todo un ejército de músicos danzara por las oscuras calles y callejuelas, para converger de forma inexorable en la plaza y el escenario. Fran tomó su caramillo, con los ojos brillantes de excitación, y Esti, pandereta en mano, gritó a Constan:

—¡Papá, toca el violín! ¡Puedes hacerlo, puedes hacerlo, con sólo desearlo con fuerza!

La sombra había retrocedido al materializarse la luz y la figura del Emisario, pero ahora, recobrándose, se precipitó hacia el escenario; se alargó, extendiendo sus manos fantasmales como si quisiera apoderarse de la reluciente visión y hacerla pedazos. Pero un brazo dorado volvió a alzarse, y señaló en dirección a la puerta de la posada del Tonel de Manzanas.

—¡Baila, demonio! ¡Baila con la Compañía Cómica Brabazon! ¡Baila con la gente viva de Bruhome!

Dos antorchas se encendieron de repente en los soportes colocados sobre la puerta de la taberna, y la puerta de ésta se abrió con estrépito. En el umbral apareció una figura solitaria, y las llameantes antorchas iluminaron una mata de relucientes cabellos castaños...

—¡Cari! —aulló Esti con toda la potencia de sus pulmones.

Constan giró en redondo, y los arrebolados colores de su rostro desaparecieron como por

ensalmo. También el demonio se volvió, siseando furioso, y el contorno de la negra sombra se distorsionó al ver lo que pasaba.

—¡Se ha roto tu hechizo! —La imponente figura del Emisario desapareció con un potente destello y allí estaba Índigo, despeinada, y aullando de odio y triunfo al vampiro—. ¡No tienes ningún poder sobre nosotros..., ahora somos los señores de la fiesta! —Se volvió—. ¡Constan, trae a Cari! ¡Tráela con nosotros!

Constan saltó del escenario al tiempo que gritaba el nombre de su hija a todo pulmón, y echó a correr por la plaza. Cari lo había visto y se alejaba de la puerta, tambaleante, los brazos extendidos hacia él; se reunieron, y Constan la columpió entre sus brazos, besando su rostro y sus cabellos mientras se daba la vuelta y corría de regreso a la plataforma. El demonio contempló su avance con atención, luego se volvió con brusquedad para mirar a Índigo otra vez. La muchacha sintió el veneno de su mente, la energía que empezaba a acumular, la creciente rabia... y entonces una boca horrible y llameante se abrió en la borrosa cabeza, como si se hubiera abierto de par en par la puerta de un horno, y se balanceó hacia atrás sobre sus talones mientras una única y terrible nota brotaba de aquella boca, un malévolo trueno que ahogó la creciente música y zarandeó el escenario. Las llamas de las antorchas se alzaron hacia el cielo en señal de protesta; entonces todas las luces de la plaza se apagaron, y el silencio cayó sobre ellos mientras la horrible nota se tragaba todo otro sonido, *y* cesaba.

Constan se detuvo con un patinazo, y Fran y Esti, que se habían dirigido al borde de la plataforma para ayudarlo, se detuvieron en seco. La sombra había cambiado. A su alrededor palpitaba ahora una tormentosa aureola púrpura, atravesada por lenguas de parpadeante fuego plateado, como si se tratara del lento latir de un corazón maligno. Lanzó un lento y áspero aliento que pareció interminable, e Índigo sintió cómo la piel se le ponía de gallina al tiempo que el aire se volvía frío como el hielo. Con una voz que mostraba toda la desapacible y mortífera furia de una tormenta ártica, el demonio dijo:

—Ah, Índigo. Ahora sí que me has hecho enojar.

La plataforma empezó a temblar. Fran perdió el equilibrio y cayó, mientras que Esti se aferraba al telón con tanta fuerza que casi hizo que le cayera encima, y *Grimya,* aturdida todavía por la sorpresa, retrocedía lloriqueando a un rincón. Pero Índigo sintió cómo las tablas se arqueaban bajo sus pies, escuchó el crujido de protesta de la madera, y sonrió:

—No, demonio. No puedes destruir lo que hemos creado. Lo que hemos creado es real, y careces de poder para controlar la realidad.

—La realidad quizá no —rió con suavidad el ser—. Pero sí la ilusión. Y me parece que aún tienes una lección que aprender.

La plataforma dejó de temblar. Por un instante se produjo un silencio total; y entonces un sonido que iba más allá del sonido atronó la plaza. El cielo color estaño se volvió negro como la pez, y de la negrura surgieron constelaciones que empezaron a brillar fríamente sobre la escena. El terrible ruido murió, y empezó a soplar el viento, un vendaval glacial que gemía sobre los tejados de las casas y arrojaba ráfagas de nieve al rostro de Índigo. Y de pronto, surgida de la noche polar, la joven escuchó la primera pisada titánica de algo que se acercaba.

Un terror engendrado por siglos de leyenda hundió sus aceradas garras en el estómago de Índigo. *El Innominado* avanzaba hacia ellos desde las gigantescas montañas de hielo y arrastraba ante él las poderosas galernas invernales; la muchacha sintió que temblaba a medida que el pánico se apoderaba de ella; y sus ojos se vieron atraídos hacia las alturas, hacia el negro cielo, donde entre las constelaciones sabía que vería las dos estrellas gemelas que no eran estrellas sino los lejanos y relucientes ojos del precursor sin forma que anunciaba la caída del cielo...

«¡Ilusión!» El grito estalló en su mente como una llamarada, y algo se abalanzó contra ella y la arrojó al suelo. Se golpeó contra la dura realidad del escenario, gritando mientras las atronadoras pisadas del Innominado resonaban en sus oídos.

«¡Ilusión, Índigo! ¡Ilusión!» Los dientes de *Grimya* se habían cerrado sobre el hombro de su camisa y la loba se retorció en un esfuerzo por conseguir ponerla en pie. Índigo rodó por el

Librodot

suelo, quedó tendida sobre él y empezó a proferir un grito incontenible mientras las espectrales pisadas sonaban una y otra vez, cada vez más cerca...

—¡A... yudadme!

Grimya se volvió, soltando a Índigo al tiempo que ladraba su desesperado llamamiento a los aturdidos Brabazon. Esti estaba paralizada, demasiado confundida para moverse; pero Fran sí reaccionó. Retomó su flauta, una cascada de notas —cualquier cosa, cualquier melodía, no importaba— trinó sobre el escenario y cortó el terrible ruido producido por la llegada del Innominado. La música actuó sobre Esti como un bofetón: se tambaleó hacia atrás, y sus ojos recobraron la conciencia al tiempo que comprendía lo que Fran intentaba.

—¡Papá! —gritó a Constan, quien permanecía acurrucado contra el borde de la plataforma con Cari bien sujeta entre sus brazos—. ¡Papá, toca! ¡Toca..., Fran no puede conseguirlo solo! —Extendió los brazos en un intento por arrebatarle a Cari y subirla al escenario—. *¡Ayúdanos!*

Cari cayó sobre las tablas del escenario, mientras Constan trepaba detrás de ella. *Grimya* había conseguido sentar a Índigo, y ésta sacudía la cabeza mareada. Música... Fran tocaba, obligaba al Innominado a retroceder, y el Innominado no era más que un mito, un fantasma, una ilusión; pero la nieve todavía azotaba sus mejillas, y el viento aullaba como un millar de almas condenadas...

—¡Cari, baila conmigo! —chilló Esti a su hermana por encima del gemido de la galerna, y la zarandeó como si se tratara de una muñeca de trapo. La cabeza de Cari rodó sobre sus hombros; la joven lanzó una boqueada y se aferró a los brazos de Esti—. ¡Baila! —gritó Esti de nuevo—. ¡Estamos en Bruhome! ¡Las fiestas, Cari, las Fiestas de Otoño! ¡Baila conmigo!

Fran, al escuchar su frenética exhortación, empezó a tocar una alegre danza llamada *Las Alegres Doncellas,* en la que tradicionalmente Cari y Esti siempre sacaban a bailar al público. El pie del joven golpeó el suelo con fuerza para marcar el ritmo, y los vidriosos ojos de Cari parpadearon.

—¡Ohhh... !

—¡Baila!—aulló Esti, y tiró con fuerza de los brazos de su hermana, la hizo girar y la obligó a saltar para mantener el equilibrio.

De pronto el cuerpo de Cari, si no su mente, pareció comprender, y a los pocos instantes ella y Esti reproducían los diferentes pasos de la danza. Constan, que hasta entonces había estado demasiado asombrado para hacer otra cosa que no fuera contemplar la escena boquiabierto, sacudió la cabeza con energía y se llevó ambas manos a la cabeza como si luchara por suprimir el aullido del viento y el ruido de las pisadas del Innominado. El demonio se reía de él, *se reía...* ¡no podía permitir que se rieran de él! ¡No se burlaría de él! E Índigo precisaba su ayuda, ¡Índigo había salvado a Cari, y ahora lo necesitaba!

Flexionó las anchas manos, y sin que ejerciera un control consciente sobre sus dedos éstos se doblaron en un gesto familiar ante sus ojos. Madera y resina; y el arco en su mano, y las cuerdas vibrando bajo sus dedos...

Constan lanzó un alarido de sorprendida alegría mientras el violín, su propio violín, estropeado y rayado y precioso para él, se materializaba en sus manos, y escuchó cómo su voz se elevaba para mezclarse con la flauta de Fran.

—¡Más fuerte! —rugió a Fran, arrastrado por su éxito—. Vamos, muchacho, ¿dónde tienes los pulmones? ¡Más fuerte y más rápido! ¡Bailad, muchachas... ! ¡Bailad hasta convertir a ese engendro en polvo!

La luz hizo su aparición de pronto al encenderse de nuevo las dos antorchas más cercanas al escenario, galvanizadas por el esfuerzo conjunto de Fran y Esti, y su brillante iluminación cayó sobre el rostro de Índigo. El fuego luchó contra el hielo por un instante, y entonces la nieve, la ilusión, se desvaneció, y la conciencia regresó con una violenta sacudida. El Innominado... Pero no, se había marchado, jamás había existido...

«¡Índigo, levántate! ¡Levántate! ¡Hemos de ayudar a, Constan!»

Grimya saltaba a su alrededor describiendo un círculo, las orejas pegadas a la cabeza y

Librodot

mostrando los dientes, excitada. Medio deslumbrada por la luz de las antorchas, Índigo intentó apuntalarse, se incorporó, se tambaleó...

La música. Constan y Fran. Sus dedos volaban sobre sus instrumentos mientras Esti y Cari giraban como derviches presas de demencial energía. Y el demonio...

El demonio se había convertido en un negro torbellino, una elevada columna de furia que se alzaba ante el escenario. Durante una milésima de segundo Índigo clavó sus ojos en él, y entonces, sin advertencia previa, su visión se deslizó a otra dimensión, a otro espectro, y vio en el interior de aquel ser; a través del humo y de la sombra su mirada penetró hasta su mismo centro. No había nada allí. Nada excepto un vacío, un vórtice, un espacio vacío sin vida y sin significado.

—¡MALDITO SEAS! —Su voz aulló por encima de la salvaje danza y del ruido de los pies de los Brabazon—. ¡NO EXISTES!

Grimya lanzó un gañido y retrocedió cuando, como un árbol que estallara en llamas, la figura de Índigo se iluminó con los cegadores colores del arco iris. Una cabellera plateada cayó sobre sus hombros, unos ojos dorados aparecieron en su rostro, y se convirtió en la criatura-demonio y en la representación de la diosa y en una virgen y en una madre y en una vieja bruja, y también en la representación del ser humano imperfecto y en constante superación.

El demonio lanzó un alarido, y veinte esqueléticos reptiles de gigantescas proporciones aparecieron por encima de los tejados de las casas de la plaza de Bruhome, y saltaban y aullaban y agitaban las alas membranosas mientras resbalaban por las tejas. Los ardientes ojos de Índigo se volvieron hacia ellos, y los reptiles se desvanecieron en medio de una llamarada. Mientras sus llameantes pedazos caían sobre los adoquines y se disolvían, las chimeneas de cinco casas empezaron a humear...

El demonio volvió a gritar. En un callejón, se agitó una enorme sombra. El Caminante Pardo surgió de entre la oscuridad, ululando y agitando su gran garrote, con un centenar de Ahuyentadores que chirriaban y farfullaban alrededor de su único y monstruoso pie.

—¡NO! —exclamó Índigo; y allí donde había estado el Caminante Pardo, se encendieron las luces en cuatro ventanas superiores, y un fantasmal fragmento de alegres risas resonó desde una lejana taberna en el mismo instante en que los Ahuyentadores se disolvían en la nada.

El remolino en que la sombra que era el demonio se había convertido empezó a girar a más velocidad, alargándose y adquiriendo un negro tan intenso que parecía absorber toda la luz que lo rodeaba. Ahora gemía, una aguda y débil nota letal que se abría paso por entre la música, intentando romperla y hacerla pedazos, Índigo se volvió y la voz del Emisario gritó, ahogando el diabólico chillido:

—¡Val!, ¡Lanz!

Constan oyó cómo se gritaban los nombres de sus hijos por encima del estrépito producido por el demonio, y una excitación salvaje e incontrolable se apoderó de él.

—¡Val! —vociferó—. ¡Lanz! ¿Dónde estáis, perezosos fanfarrones? ¡Tocad! ¡Si valoráis vuestras pieles, TOCAD!

Unas vagas formas aparecieron en el borde del escenario, y una segunda flauta y un organillo añadieron sus espectrales voces a la danza. Val, pecoso y sonriente, estaba doblado sobre su instrumento; Lanz, echándose hacia atrás los cabellos empapados de sudor, mantenía los ojos cerrados con fuerza mientras tocaba la flauta. Se solidificaban; *eran reales... y* mientras ellos adquirían consistencia, Índigo vio a través de ojos que eran azul-violeta y dorados y plateados a la vez, cómo el demonio se retorcía, escuchó su grito de furia, de frustración, de creciente y horrorizado temor.

Giró sobre sí misma, y su reluciente mirada se clavó en la taberna del Tonel de Manzanas. La luz apareció en las ventanas de la planta baja, y por entre la puerta abierta les llegó el sonido de charlas y risas, mientras que sombras —sombras mortales de seres humanos— se movían detrás de los cristales. Se volvió otra vez: y encima del balcón de la Casa de los

Librodot

Cerveceros aparecieron los estandartes de tres gremios de Bruhome: una hoz atravesada sobre un cayado de pastor, una pirámide de toneles envueltos en guirnaldas de lúpulo, una manzana escarlata sobre un campo verde. Levantó los ojos, y el firmamento, que había recuperado su monótono color hojalata, se llenó de pronto de estrellas, de las familiares y benefactoras constelaciones del sudoeste.

A lo lejos, un perro se puso a ladrar con entusiasmo, feliz por el mero hecho de estar vivo.

—¡BRUHOME! —era la voz de Índigo y también un centenar, un millar de otras voces unidas—. ¡BRUHOME!

—¡Bruhome!

Los Brabazon repitieron el grito y Esti lanzó un agudo trino tirolés lleno de triunfante entusiasmo. Ella y Cari se separaron, y de repente allí estaba Honi, y también Gen, y Piedad, uniéndose a ellas, faldas y melenas ondeando al viento, Índigo echó la cabeza hacia atrás en una sonora carcajada, y una mano dorada señaló.

Las hermanas lanzaron un agudo chillido, y, cogidas de las manos, saltaron del escenario para aterrizar en el suelo de la plaza. Formaron un anillo alrededor de la arremolinada columna negra, y empezaron a saltar y a bailar al tiempo que se burlaban del demonio que luchaba por abrirse paso. Y a su alrededor, débiles como apariciones pero cada vez más sólidas con cada momento que pasaba, un grupo de personas empezaba a surgir de la noche a medida que más y más antorchas se encendían para iluminar la escena. Borrachínes y bailarines, novios y mirones: toda la marea de una humanidad viva y alborozada. Sobre la plaza aparecían nuevas luces, en las ventanas y sobre las puertas adornadas de guirnaldas. Flores y adornos brotaban de la nada para balancearse y girar a la luz de las antorchas; las puertas de las casas se abrían, y figuras sonrientes más sustanciales que simples fantasmas salían de sus casas para unirse a la fiesta...

Bruhome regresaba. No la cruel parodia de una ciudad de fantasmas sino la próspera y bulliciosa realidad, que festejaba la cosecha, festejaba a su Diosa, festejaba la misma vida. Y Constan, Fran, Val y Lanz tocaban, y Esti, Cari, Honi, Gen y Pi giraban y giraban a toda velocidad, sus cabellos una rueda de fuego, sus faldas un glorioso caleidoscopio de colores mientras daban vueltas alrededor de la aullante y aterrorizada sombra: a medida que el color y la solidez y la realidad penetraban con energía en el mundo del demonio para desgarrar su ilusoria textura y arrojarla al limbo del que provenía.

Un tremendo temblor recorrió el cuerpo de Índigo, como si fuera un árbol y sus raíces se enterraron en las profundidades de la vivificante tierra. *¡El demonio se moría!* La sensación la abrumó, llenó su cuerpo, su mente, su espíritu, y lanzó los brazos hacia el cielo, mientras su voz se elevaba en un melodioso y potente grito de triunfo. *Un último gran deseo. Uno, el definitivo...*

Sus manos se juntaron como las de un buceador que se lanzase desde un acantilado, y sus ojos ardieron como oro derretido mientras sus brazos descendían, trayendo con ellos al sol y la luna, el poder gritando a través de ella, *vida, vida...*

La negra columna que se retorcía y convulsionaba dentro del círculo formado por las danzarinas hermanas lanzó un aullido que llegó hasta las estrellas. Fue un alarido lleno de insoportable agonía, y también de derrota, y pena, y justo al final un chillón y moribundo lanzazo de odio inútil, mientras, aplastados por la realidad, arrojados al olvido, los últimos pedazos de la entidad diabólica se dispersaron y desaparecieron del mundo.

Desaparecieron del mundo...

Desaparecieron...

Silencio y quietud. Algo la mantenía rígida, cuerpo y mente paralizados por una fuerza que no comprendía ni controlaba. El Emisario de ojos dorados había desaparecido. Era Índigo; sólo Índigo. Y el demonio estaba muerto, y ella...

Levantó la cabeza, y sintió como si su cuerpo no le perteneciera a ella sino a otro —a algo—, a alguien extraño, desconocido. El escenario: estaba de rodillas sobre él, en Bruhome, en las Fiestas de Otoño. Detrás tenía a Constan y a Fran y a Val y a Lanz; pero sus

Librodot

instrumentos estaban mudos; la contemplaban, sin comprender. *Aguardaban.* Y abajo del escenario, entre la multitud inmóvil: las muchachas, su baile detenido. La contemplaban...

Lo había hecho. Había eliminado el cáncer, el vampiro, el devorador de almas. Ella y los Brabazon. Y *Grimya. Grimya* estaba a su lado; pero en silencio, silenciosa como los demás.

Y en el extremo opuesto del escenario...

Fran vio cómo el cuerpo de Índigo se quedaba rígido, y vio la expresión de incredulidad y terror que estaba más allá de lo que él conocía que aparecía lentamente en su rostro. Toda su rabia y resentimiento quedaron olvidados en un momento, y dejó caer el caramillo, al tiempo que avanzaba hacia la joven con los brazos extendidos...

Y entonces se detuvo.

El hombre tenía los cabellos y los ojos negros, e iba vestido con las sobrias ropas de alguien que conocía y amaba la vida de un mundo amplio y variado. Su rostro era moreno y lleno de cicatrices como si hubiera sufrido el azote del viento y del fuego y de los mares salobres y otros tormentos que era mejor no mencionar. Y mientras miraba los ojos del hombre, y luego el rostro de Índigo, Fran supo de quién debía tratarse. Y en ese momento comprendió al fin lo que el amor —el amor *real,* no la pasión juvenil— era en realidad.

Fenran sonrió y su sonrisa hizo que Fran desviara la mirada avergonzado. No podía mirar cómo, en silencio, la figura de cabellos negros se acercaba a Índigo y extendía la mano hacia el suelo para tomar la de ella; no podía presenciar cómo sus dedos se entrelazaban, ni el beso que Fenran, inclinado, depositaba con suavidad pero de forma conmovedora sobre los levantados labios de Índigo mientras ésta alzaba hacia él sus ojos suplicantes y llenos de anhelo. Una tabla crujió bajo el pie de Fenran, madera vieja que se quejaba, y cuando Fran volvió a mirar sólo estaba Índigo, arrodillada sobre el escenario de las Fiestas de Otoño; lloraba en silencio mientras los sonidos de vida y actividad crecían poco a poco alrededor de ellos, y los primeros rayos del auténtico sol empezaban a caer oblicuos sobre los tejados de las casas de Bruhome.

Librodot

BRUHOME

—*«¿Así que podemos quedamos durante un tiempo?»,* preguntó *Grimya.*

—Sí. —Índigo sonrió con dulzura, y se agachó para acariciar la leonada cabeza de la loba—. Al menos durante algún tiempo.

De fuera de la carreta le llegaba el sonido del crepitar del fuego, y los primeros efluvios de la comida que Cari preparaba flotaban en la ligera brisa nocturna, mezclándose con los aromas más frescos del río. Dentro de pocos minutos comerían, y luego llegaría el momento de dirigirse a la plaza para la representación nocturna. Nueve días de Fiestas de Otoño. Nueve días de celebración de la cosecha, y de dar gracias a la Madre Tierra por la liberación de Bruhome.

La enfermedad había desaparecido. No había habido nuevas víctimas, y a la luz del alba que por fin se había abierto paso tras la larga y sobrenatural noche, la mayoría de los durmientes habían sido encontrados sanos y salvos en sus camas, tan sólo con el recuerdo de unas febriles pesadillas al despertar. La liberación había llegado demasiado tarde para algunos, cuyos espíritus habían servido de alimento a la vampírica voracidad del demonio; pero el número de muertos era reducido, y aunque lloraron a los desaparecidos, los vivos tenían aún mucho que celebrar. Incluso algunos que habían desaparecido a principios de la plaga regresaron aturdidos y débiles pero en esencia ilesos. Y aunque las cosechas de lúpulo habían sido víctimas de la plaga, la uva se recuperaba y los manzanos producirían una abundante cosecha.

Ahora, Bruhome quería música, canciones y risas para cicatrizar las últimas heridas y ayudar a la región a olvidar los horrores de los últimos días. Los habitantes de la ciudad, con su habitual pragmatismo, habían creado ya su propio mito para explicar los males que habían caído sobre ellos. El mito no era la verdad, pero resultaba más cómodo para las mentes racionales, y con el tiempo recibiría veneración como algo precioso a medida que la cruel realidad se desvaneciera en el pasado.

Pero para Índigo y *Grimya* el recuerdo de lo sucedido no se desvanecería y la verdad no se vería oscurecida por el tiempo. El secreto que compartían con los Brabazon de más edad —y en particular con Fran y Esti— era algo que, por acuerdo instintivo, apenas si se mencionaría ni tan siquiera en sus momentos de mayor intimidad. Quizá, con los años, la compañía crearía un nuevo relato alegórico para su repertorio; pero el auténtico secreto quedaría guardado para siempre.

La mano de Índigo se cerró sobre la piedra-imán, que había sacado de su bolsa y sostenía en su mano desde hacía un rato. La piedra estaba caliente, y el dorado punto de luz estaba ahora inmóvil en su centro. Había contemplado cómo la diminuta luz se estremecía, y se movía hacia el extremo de la piedra para indicar en dirección norte; pero al ver aquello algo se había alzado en su interior; una sensación de fuerza, una sensación de certeza. No dejaría que se le dieran órdenes. La piedra-imán había sido su señor, y ella había bailado a su son. Pero ahora, eso cambiaría. La piedra-imán ya no sería su señor, sino su servidor; y como servidor, también sería un amigo. Ella seguiría el rumbo que le marcase; pero a su manera y cuando le pareciese. Y el momento de hacerlo aún no había llegado. Se quedaría un tiempo, ya que aquí había encontrado amigos, y descubierto otra vez lo que era ser feliz.

Mentalmente, Índigo dijo: *No.* Y el dorado punto de luz tembló, y obedeció.

Ella poseía el poder. Era extraño que se hubiera precisado de una entidad cuya consigna era la ilusión para revelarle tal verdad; pero la lección había calado hondo. Empezaba a comprender un poco de lo que ella era en realidad... y quizá también un poco de lo que había tras su paciente misión. Y a medida que pasaba el tiempo, a medida que se embarcase en nuevos viajes, seguiría aprendiendo.

Una imagen fugaz apareció en su mente: Fenran. Un instante, un contacto precioso. Su fuerza había hecho que él acudiera a ella. *Su fuerza,* sólo. Entonces, siguiendo a este descubrimiento, se formó una nueva imagen, y la joven sonrió mientras guardaba la piedra-

Librodot

imán otra vez en su bolsa. Ojos dorados y ojos plateados; y entre ellos, sus propios ojos jóvenes y viejos, de color azul-violáceo. Tres entidades totalmente dispares. ¿Lo eran?, se preguntó. ¿Lo eran?

Sonaron unas pisadas en los peldaños de la carreta, y una sombra penetró por la puerta entreabierta, Índigo levantó la cabeza, y vio a Fran.

—¿En la luna? —El muchacho le sonrió, algo dubitativo aún, aunque, poco a poco, la timidez empezaba a esfumarse.

—Sólo soñaba despierta, Fran —le repuso ella con otra sonrisa.

—La comida está lista. ¡Y luego lo mejor será que nos pongamos en marcha hacia la plaza, o nuestro público se pondrá nervioso! Y... —vaciló.

—¿Y?

Su sonrisa se ensanchó hasta adoptar una leve mueca avergonzada.

—Habrá baile en la plaza cuando termine la representación. Y me preguntaba si querrías ser mi pareja para el primer baile...

Ella lo miró a los ojos y sintió una mezcla de tristeza y agradecimiento. Fran la amaba, pero comprendía ahora que ella jamás podría ser suya. Fenran, tanto si era un fantasma como un ser de carne y hueso, le había demostrado aquella verdad; el muchacho empezaba a aprender a aceptarla, y la juventud y la resistencia propia del ser humano ya le estaban ayudando a ello. Encontraría otro amor, un amor perdurable, con el tiempo; y hasta entonces se sentía contento con ser su amigo.

Índigo se puso en pie y le tendió la mano, apretando ligeramente sus dedos.

—Sí, Fran —dijo—. Será un honor.

Librodot